

#1 New York Times y autora bestseller internacional

el

sagatitán

RETORNO

JENNIFER L. ARMENTROUT

Lectulandia

Las Parcas se están partiendo sus huesudos culos...

Ha pasado un año desde que Seth sellara con los dioses el trato en el que les entregaría su vida. Y, hasta ahora, los trabajos que le han encomendado han sido bastante violentos y sangrientos —algo que a él ya le va bien—. Pero ahora, Apolo tiene en mente otro destino para Seth.

Tendrá que hacer de protector y a la vez mantener sus manos y dedos quietos, y esto, para alguien que tiene problemas de contención, puede ser el reto más difícil.

Josie no tiene idea de qué va el buenorro, pero se imagina que su llegada significa que la nueva vida que empezó tras abandonar su hogar será tirada a una batidora de tamaño Olímpico y hecha puré. O Josie se está volviendo loca o una pesadilla salida de un antiguo mito la está persiguiendo.

Aunque podría ser que la extraña atracción latente entre ella y Seth, el chico de ojos dorados y lleno de secretos, demostrara ser lo más peligroso de todo.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

El retorno

Titán - 1

ePub r1.0

Titivillus 17-11-2017

Título original: *The return*
Jennifer L. Armentrout, 2016
Diseñador de la cubierta: Borja Puig

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La mansión estaba tan silenciosa como deseaba que estuviera el interior de mi cabeza. No había ruido alguno, ni siquiera una inhalación desigual de aire o una palabra susurrada. Verdaderamente maravilloso.

Pacífico.

El paisaje era otra historia.

Desde mi punto de vista, en la parte superior de la escalera, el opulento diseño de planta abierta del primer piso era como si un camión lleno de espaguetis con tomate hubiese descargado. Todo estaba salpicado de rojo y mugre, como si una flota de cañones hubiese disparado un sinfín de raviolis de carne contra paredes y techos con una variedad enorme de texturas y materiales que normalmente se encontraban *dentro* del cuerpo humano.

Nunca volvería a ver una lata de Chef Boyardee de la misma manera.

Sin embargo, no había ni una gota de sangre sobre mí. Mis botas negras brillaban; mis pantalones tácticos negros y la camisa Under Armour —el uniforme estándar de un Centinela—, se libraban del gore. Mis habilidades eran buenas... muy buenas.

Observé las habitaciones de abajo. Tenían que ser, de lejos, una de mis mejores *Redenciones*, una en forma de búsqueda de escondites para destruir a los traidores que un año atrás habían apoyado a Ares en su intento de apoderarse del mundo mortal.

Sus arrepentidos culos no tendrían ninguna oportunidad en el Hades.

Buenos de toda la vida, mortales comunes que habían acabado metidos en algo malo yacían sin vida entre los vástagos de los Olímpicos. Pero la mayoría de los que estaban en el suelo de la habitación de abajo eran Puros. Su nombre oficial era *Hematoi*. Puse los ojos en blanco. Eran tan pomposos como su nombre sugería. Los *Hematoi* eran producto de dos semidioses montándose. Su sangre se consideraba *pura* comparada con la de sus homólogos, los mestizos, que eran el resultado de unir a un puro y un mortal. Por simple genética, los mestizos eran más débiles que los puros. Tenían menos éter —la sustancia que rodeaba el Olimpo y que era también la fuerza vital que fluía en la sangre de los dioses y todas sus creaciones—. El éter era lo que nos permitía detectarnos los unos a los otros. Los puros tenían más éter en su sangre que los mestizos, por eso podían controlar los elementos, igual que los dioses, pero no los mestizos. Nuestra sociedad había sido estratificada durante miles de años; porque los puros siempre se creyeron superiores a los mestizos, esclavizándolos virtualmente hasta hacía un año, todo porque genéticamente, llevaban más éter.

Pero a la hora de morir, eran todos iguales: apestosos, sucios y muertos.

Mi mirada se dirigió de nuevo a las puertas dobles. Había Centinelas. Podía sentir su recelo a entrar en el edificio; saborear su ansiedad en la punta de mi lengua. Una

leve sonrisa levantó las comisuras de mis labios. Sabían que yo estaba aquí. También podían sentirme, pero yo era muy diferente a ellos.

Yo era un mestizo, pero también era el Apollyon, hijo de un puro y un mestizo, unión que había sido prohibida desde hacía miles de años, ya que un Apollyon era más poderoso de lo que cualquier puro o mestizo podría desear.

Y siempre llegaba a los escondites de los traidores antes que ellos, así pues, a los Centinelas solo les quedaba limpiar, algo que estoy seguro de que les entusiasmaba.

La primera en entrar fue una mujer mestiza que iba vestida igual que yo. Llevaba su negra melena recogida en un moño anudado en la parte superior de su cabeza. Era mayor, probablemente treinta y tantos años. Era raro que un Centinela viviera tanto tiempo. Su piel oscura palideció cuando se detuvo justo en la entrada. Apretó las dagas de titanio en sus manos mientras esperaba a que algo extraño apareciera entre la sangre y los cuerpos.

La Centinela levantó la cabeza y la luz del techo iluminó sus amplios pómulos. Tenía una cicatriz debajo del ojo derecho, con la piel un tono más clara. Al verme se quedó inmóvil.

Mi sonrisa se ensanchó.

Detrás de ella entró corriendo otro Centinela, casi estrellándose con ella. Al verme, susurró:

—Seth.

Dijo mi nombre como si yo fuera el monstruo que se esconde debajo de las camas de los niños, y en cierto modo aquello me gustó. Luego, el resto de Centinelas fueron entrando. Cuando el quinto entró, al ver mi diseño de interiores, se desplomó y, con las manos en las rodillas, vomitó hasta la cena.

Bien.

Nuestra sociedad permanecía totalmente desconocida para el mortal medio y había operado bajo lo que se conocía como la Orden de Razas durante miles de años. La Orden fue desmantelada, por lo que los mestizos ya no eran forzados a elegir entre convertirse en Centinelas —cazando violentas criaturas, protegiendo puros, haciendo cumplir la ley y, por lo general, muriendo rápidamente en servicio— o sirvientes, cuyo trabajo realmente no era tal sino esclavitud. Desde entonces muchos puros mimados se habían alistado a ser Centinelas, cubriendo las pérdidas de los mestizos que mayormente habían dicho «a la mierda, yo me largo».

Aquello no era precisamente algo bueno.

Por ejemplo, el idiota que vomitaba sobre mi suelo cubierto de sangre era un puro. Nada más levantarse, con el rostro en un tono verdoso, retrocedió sacudiendo la cabeza.

—No puedo —dijo con voz entrecortada—. No puedo hacerlo.

Luego se giró y salió pitando por las puertas.

Suspiré. Por eso no podíamos tener cosas bonitas.

La Centinela tenía más pelotas que cualquiera de los hombres que estaban allí con

ella. Se acercó, pasando por encima de una pierna que antes era del chico de la... no, *su* pierna estaba en la escalera. No supe de quién era aquella. Su boca se abrió como si fuera a decir algo; tenía ganas de escuchar qué iba a decir, pero entonces el aire de la habitación cambió, llenándose de electricidad y una ola de energía ocupó el espacio. Varios símbolos antiguos serpentearon sobre mi piel, girando y formando escudos de protección alrededor de toda mi piel.

Una columna de reluciente luz azul atravesó el techo de la catedral, bajando a pocos metros de la Centinela. A medida que la luz se desvanecía, un dios se revelaba.

Los Centinelas retrocedieron apresuradamente. Algunos incluso cayeron de rodillas, sin pensar en el estropicio que había en el suelo. Yo, sin embargo, levanté la mano derecha y me rasqué la ceja con el dedo anular.

La persona que menos me gustaba del mundo mortal, el Olimpo y el Tártaro, sonrió mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. Inclino su engreída, presuntuosa, lamentable y generalmente inútil cabeza hacia atrás y me miró con unos ojos blanco puro, sin pupilas ni irises. Chungo que te cagas.

—Sentí una perturbación en la fuerza —dijo.

Entrecerré los ojos mientras suspiraba exasperado.

—¿En serio? ¿Una cita de Star Wars?

Apolo, el dios del sol y otras no sé cuántas cosas moleestamente importantes, que hacían que matarlo fuera virtualmente imposible a menos que uno quisiera acabar con el mundo, se encogió de hombros.

—Tal vez.

Estaba teniendo una buena noche. Había comido filete y langosta para cenar. Había matado unas cuantas personas. Asustado algunos puros y mestizos. Planeado hacerle otra visita al colegio femenino que había descubierto hacía tres meses. Aquellas chicas podían animar a cualquier tío. Pero ahora, *él* estaba allí. A partir de aquel momento, todo se fue por el desagüe.

La irritación recorrió mi cuerpo, haciendo que las marcas se agitaran sin cesar sobre mi piel. Apolo y yo teníamos una historia en común —una muy mala—. No podía matarme. No estaba seguro de cómo alguno de los dioses del Olimpo se lo montaría para poder matarme, pero sabía que lo harían, en algún momento. Pero aún no; todavía me necesitaban.

—¿Qué quieres?

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Un día de estos me hablarás con respeto, Apollyon.

—Un día de estos te darás cuenta de que no te respeto.

Los Centinelas en la habitación me observaron como si acabara de bajarme los pantalones y me hubiese sacudido la chorra en sus caras.

Una tensa sonrisa apareció en los labios del dios; una del tipo «esconde a los niños y a tus seres queridos», no me intimidaba.

—Tenemos que hablar.

Antes de que pudiera responder, chasqueó los dedos y aparecimos en el exterior de la mansión, con las botas en la arena, el olor a sal inundando mis sentidos y el océano a mis espaldas.

Un gruñido iracundo salió de mi garganta.

—Odio cuando haces eso.

La sonrisa en su rostro aumentó.

—Lo sé.

Lo detestaba, y el bastardo lo hacía cada vez que podía —normalmente cada cinco minutos si estaba yo presente y, generalmente, sin motivo ninguno—. En ocasiones, me llevaba de habitación en habitación para atormentarme. Mi último año había puesto a prueba mi más que escasa paciencia.

—¿De qué quieres hablar? —Rechiné los dientes, cruzándome de brazos para evitar golpearlo con una ráfaga de *Akasha*, el quinto y más poderoso elemento, el que solo los dioses y el Apollyon podían utilizar. No lo mataría, pero seguro que le picaría un ratito.

Apolo desvió la mirada hacia el oscuro océano.

—¿Tienes que ser siempre tan descuidado?

Mis cejas se levantaron.

—¿Qué...?

—Allí dentro, digo —dijo, señalando con la barbilla hacia donde centelleaban las luces de la mansión—. ¿Siempre tienes que liarla tanto cuando te encargas de aquellos que nos traicionan?

—¿*Tengo* que serlo? No.

—¿Entonces por qué lo haces? —Me observó.

Matarlos como lo hacía era innecesario. Podría volverlos polvo, hacerlo de forma rápida, ordenada y sin dolor, pero no era mi estilo. Tal vez al principio había sido menos... violento, pero ya no. No cuando mi único propósito era llevar a cabo el trabajo sucio de los dioses. Porque cada vez que veía sus caras, pensaba en mis propias meteduras de pata —que eran muchas—, me hacían recordar... No quería pensarlo. Estaba muy decidido a no ir por aquel camino esa noche, no sin una botella de *whisky*.

—Me habéis convertido en Terminator. ¿Qué esperabais? —Me encogí de hombros—. ¿Es de esto de lo que querías hablarme? ¿Mi método para llevar a cabo tus órdenes? Pensaba que tendrías mejores cosas que hacer que aparecer solo para quejarte de que haya hecho un desastre.

—No es solo por el desastre, Seth, ya lo sabes. Es *por ti*.

Un músculo comenzó a latir con fuerza a lo largo de mi mandíbula. Capté lo que estaba diciendo.

—Ahora soy así. Así que apechuga. —Empecé a darle la espalda—. Si eso es todo, me marchó. Hay unas chicas que quiero...

—No es por eso que estoy aquí.

Cerrando los ojos, me tragué una ristra de maldiciones. Por supuesto que no. Me giré de nuevo hacia él.

—¿Qué?

Apolo no respondió de inmediato.

—¿Recuerdas a Perses?

—Uh. No. He olvidado el Titán de dos metros que ayudé a liberar del Tártaro. Se me había ido totalmente. —Mi voz goteaba sarcasmo, y el destello de electricidad estática crepitando en sus ojos totalmente blancos, me decía que lo había notado. Aquello me hizo ridículamente feliz—. ¿Lo habéis capturado?

—No del todo.

Puse los ojos en blanco.

—Qué sorpresa.

Liberar a Perses había sido nuestro último recurso en la lucha contra Ares. El Titán era, probablemente, lo único a lo que el Dios de la Guerra temía, y la decisión de ponerle una alfombra roja hacia el reino mortal había sido arriesgada. A Perses se le había prometido una eternidad en los Campos Elíseos por su ayuda —si se comportaba—. Obviamente, no se había comportado y, en el momento en que Ares fue derrotado, el Titán desapareció —a hacer lo que sea que hacen los dioses antiguos después de dormir durante unos cuantos milenios.

Apuesto a que eso implicaba echar unos cuantos polvos. Muchos.

—Tu sarcasmo y estupidismo no son necesarios —comentó Apolo, casual.

Le sonreí.

—No creo que «estupidismo» sea una palabra.

—Lo será si yo lo digo. —Apolo respiró profundamente, un signo seguro de que su temperamento estaba alcanzando su punto de «echar a Seth al océano más cercano»—. Perses ha logrado hacer lo impensable.

Había muchas cosas que consideraba impensables, como por ejemplo la mitad de lo que hacían los dioses a diario.

—Tendrás que ser más específico.

Parpadeó y cuando sus ojos se volvieron a abrir, fueron más normales. No del todo normales, pero tenían pupilas e iris; eran de un intenso azul, a diferencia de los míos, color ámbar.

—Ha liberado más Titanes.

—Eso no es... *espera*. ¿Qué?

—Ha liberado más Titanes, Seth.

Ahora tenía toda mi atención.

—¿A todos?

—A siete —confirmó Apolo—. Incluyendo a Cronos.

Santa mierda, eso *no* era lo que esperaba. Di un paso atrás, dejando caer las manos sobre las caderas mientras reflexionaba sobre qué decir.

—¿Cómo demonios es eso posible? ¿Hades se quedó dormido mientras trabajaba

o qué?

—Sí, Seth, se echó una siesta. Perses se coló por la puerta trasera y los dejó salir. Luego cruzaron el Valle de luto, se detuvieron a hacer un picnic y después decidieron dejar el inframundo poco a poco y dando un paseo, y mientras, Hades se divertía y no hacía nada.

Eso parecía probable.

—No —espetó. Sus ojos azules, brillaban intensos—. Hades no se quedó dormido en el trabajo. Ninguno de nosotros lo ha hecho, pequeño punk.

Arqueé una ceja.

—Vale, eso ha sido innecesario.

Apolo lo ignoró.

—Usa tu cerebro por una vez, Seth. Eres un tipo inteligente. Sé que lo eres. Y sabías muy bien que cuando Ares fuera derrotado, habría un efecto dominó.

—Sí. *Puede* que lo recordara.

Se acercó a poco más de un metro de mí y supe que no me daría una paliza, al menos no esa semana.

—Sabíamos que habría efectos secundarios. Era un riesgo que teníamos que tomar, igual que liberar a Perses. Pero cuando Ares murió, todos nosotros nos debilitamos de una forma u otra. No nos dimos cuenta de que una de las grietas más grandes en nuestra armadura estaría en las salas que sepultan a los Titanes. Como Perses se dio cuenta de eso y entró en el Tártaro para liberarlos no lo sabemos, y realmente no importa en este momento. Varios están en libertad y buscan varias almas, almas sagradas. No son cualquier alma ordinaria, sino almas antiguas que apoyaron a los Titanes cuando gobernaban.

Me quedé atónito mirando al dios.

—Así que, ¿me estás diciendo que ninguno de vosotros consideró que esto podría suceder?

Me devolvió la mirada.

Una risa seca, sin sentido del humor, se me escapó.

—Esto es genial, Apolo. ¿Tenemos Titanes vagando por ahí?

—Están en algún lado. ¿Dónde? No tenemos ni idea. Están bloqueando nuestra visión. —Apolo se estiró, pasando una mano por su rubio cabello—. Están conspirando para derrocarnos.

—¿Eso crees? Quiero decir, estoy seguro de que siguen enfadados tras haber sido derrotados por Zeus y el resto del *pack*. —Quería reírme de nuevo, pero nada de todo aquello era gracioso—. ¿Así que queréis que los atrape o qué?

Tenía que ser la razón por la que estaba allí. Tan retorcida como era, me gustaba esa petición. Encargarse de las Redenciones me estaba empezando a aburrir y localizar a los Titanes haría que desapareciese mi existencia en este plano. Tan poderoso y temible como era, no era capaz de acabar con un montón de Titanes sin morir en el proceso. Aquello significaba que terminaría aquel suplicio antes de lo

esperado.

Genial.

Debido el acuerdo que sellé un año atrás, el que puso mi culo en la tabla de cortar eterna en vez del de mi segunda persona menos favorita del mundo, había una cuenta atrás sobre mi cabeza. Cuando los dioses pensaran que ya no les era útil, encontrarían una manera de acabar conmigo. Mi eternidad de servidumbre a Hades había empezado. Pero el acuerdo... había valido la pena. No por *él*, se lo debía a *ella*.

Apolo me observaba de cerca, con atención.

—No.

Mis ojos se estrecharon.

—¿No, qué?

—No voy a enviarte tras ellos. Todavía no —dijo, dejándome callado, algo poco común—. Tengo otra tarea para ti. Necesito que vayas al sur de Virginia inmediatamente. Enviaría tu soleado y colorido culo allí en un instante, pero ahora que me has molestado, te llevará unas veinte horas llegar.

Bueno. Eso era irritante, pero me gustaban los viajes por carretera por lo que me parecía bien.

—¿Qué hay en el sur de Virginia?

—La Universidad de Radford.

Esperé.

Esperé un poco más, y luego suspiré.

—Bueno. ¿Quieres que me inscriba en la universidad? —pregunté, y Apolo inclinó la cabeza hacia atrás y rio tan fuerte, que en realidad gritó. Fruncí el ceño—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. Universidad. Tú usando la cabeza. Eso es lo divertido.

Estaba a pocos segundos de volarlo con *Akasha*.

La sonrisa desapareció del rostro de Apolo.

—Hay alguien importante allí que debes proteger a toda costa, Seth.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Enviarme de guardia... menudo cliché.

—Bueno, ese es un pequeño detalle.

La sonrisa de Apolo se volvió descarada.

—Sabrás quién es cuando la veas. —Una nube de humo apareció mientras agitaba su mano y, mientras se perdía en la oscuridad de la noche, vi que soltaba un trozo de papel—. Este es su horario. No deberías tener ningún problema para encontrarla.

Frunciendo el ceño cogí el papel y, rápidamente, lo observé. Era un horario de clases... un aburrido horario lleno de clases de psicología y sociología.

—Bueno. ¿Y exactamente, qué se supone que debo hacer con esta persona?

—Mantenerla con vida.

Exhalé ruidosamente.

—No me digas, Apolo.

—Debéis ir al Covenant del sur de Dakota... a la Universidad de allí.

Mi columna se enderezó como si alguien me hubiera atizado. Ese era el último lugar al que quería ir. Había gente que no quería ver.

—¿Por qué? ¿Quién es esta persona?

La sonrisa de Apolo regresó, me guiñó un ojo y luego se fue. Así sin más. Poof. Un segundo estaba y al siguiente no. Hijo de puta, odiaba que hiciera aquello. Más que molesto, observé de nuevo la hoja de papel. Había unas iniciales en el horario.

J. B.

Parecía un nombre absurdo.

Girándome hacia el océano, dejé escapar una serie de maldiciones dirigidas a Apolo, y, mientras el viento agitaba los mechones más cortos que habían escapado del turbante de cuero que me apartaba el pelo de la cara, juré que escuché esa bastarda risa.

No me sorprendió el hecho de que Apolo apenas me diera trabajo. El idiota era conocido por ofrecer poca o ninguna información, o entregar lo que sabía en dosis pequeñas, en los momentos más inoportunos; por lo general *después* de que la información hubiera sido útil.

Una cosa era segura; la persona a la que se suponía debía mantener a salvo tenía muy mala pata, teniendo en cuenta que la última persona que había tenido que proteger había terminado con una bala de titanio en la frente.

Mamá dejó escapar un gran suspiro, dejándome casi sorda.

—Cariño, me gustaría que no estuvieras tan lejos, donde no puedo ayudarte, o estar cerca de ti cuando me necesites.

Mi madre era mentalmente inestable.

No del tipo «Ja, ja, tu madre está loca», sino del tipo que estaba cien por cien convencida de que, veinte años atrás, un honesto ángel de Dios la había visitado en medio de la noche y la había dejado embarazada de mí.

Sí.

Le habían diagnosticado esquizofrenia. Se había estado comportando bien durante el último par de años gracias a un tratamiento médico, pero el resto de años antes de eso habían sido duros, algunas veces daba miedo y siempre estaba exhausta.

No ayudó que mi madre fuera tan joven cuando se quedó embarazada. Apenas tenía diecisiete años y, en la pequeña ciudad donde había crecido, la gente no era amable con las jóvenes madres solteras. La comunidad tampoco había comprendido su enfermedad mental.

—Mamá, de verdad, tengo que irme —le dije, observando la puerta de la habitación de la residencia momentáneamente abierta. Erin Fore entró, prácticamente brillando tras su carrera matutina a lo largo del New River Valley de las montañas Blue Ridge. Ella prefería salir a correr fuera, a pesar de tener un gimnasio en nuestra residencia. Yo prefería holgazanear en una máquina de correr estática.

—Desearía que vinieras a casa. Estás al otro lado del mundo —dijo.

Luché contra la urgencia de suspirar. Aquello era difícil para mi madre. Me lo repetía a menudo como un mantra.

—No es «al otro lado del mundo». Tú estás en Missouri. Yo estoy en Virginia. No está tan lejos, mamá.

Los ojos marrones oscuros de Erin se encontraron con los míos y vi la simpatía llenando su mirada. Habíamos sido compañeras de habitación durante los últimos tres semestres, casi dos años. Sabía todo acerca de mis problemas con mi madre, y entendía por qué me estaba especializando en psicología. Debido a la enfermedad de mi madre, me fascinaba cómo funcionaba el cerebro humano y todo lo que podía salir mal o dejar de funcionar correctamente. Crecer y tratar con la enfermedad mental me había dado una perspectiva única sobre el efecto dominó en otros miembros de la familia. Quería ayudar a las personas con la enfermedad, y también ayudar a los que estaban de cuidadores.

Pero era más que eso. Tal vez si entendía cómo funcionaba la mente, sería capaz de evitar correr la misma suerte que mi madre.

—Me sentiría mejor si vinieras a casa —continuó cuando yo ni siquiera había

hablado—. Hay buenas universidades aquí. Cuando te fuiste al terminar el verano, fue difícil, Josephine. Te quiero en casa. Las cosas no están bien.

Me quedé inmóvil mientras me ponía las sandalias, medio inclinada, con varios mechones de cabello castaño claro colgando sobre mi rostro. Me quedé observando mi pelo, viendo las mechas casi blancas que se mezclaban con el color más normal. No me las había hecho yo, habían aparecido cuando estaba en primaria.

Mamá había dicho que era probable que aparecieran gracias a mi padre ángel. Eso sonaba bien, pero era más que probable que se hubieran formado tras pasar los veranos en el lago. Por alguna razón, no se habían ido, y me gustaba que fuera así, nunca me había teñido desde entonces.

La culpa me revolvió el estómago y pensé lo mismo que había pensado cada día desde que vine a la universidad. *No debería haberla dejado*. Pero el pueblo me mataba lentamente. Necesitaba alejarme, necesitaba vivir, y mis abuelos habían apoyado esa necesidad. Querían que tuviera una vida normal, hasta el punto de que habían ahorrado cada centavo para enviarme a la universidad, para que me fuera lejos de la intolerancia y la responsabilidad que implica ser la hija de mi madre.

—Josephine —susurró.

Nadie me llamaba Josephine a excepción de mi madre, pero eso no fue lo que hizo que mi corazón dejara de latir. Me enderecé, alejándome de Erin mientras me dirigía a la pequeña cómoda y agarraba un brazalete de imitación de oro. Bajé la voz, a pesar de que no tenía sentido hacerlo en nuestro estrecho dormitorio.

—¿Qué no está bien?

—El mundo está en sus últimas etapas. —Si bien sus palabras silenciosas eran nefastas, la tensión en mis hombros se suavizó. Aquello no era nuevo—. No puedes haber olvidado lo que sucedió el año pasado.

Nadie en su sano juicio podría olvidar toda la destrucción cataclísmica que parecía haber ocurrido en todo el mundo. Un ciclón había limpiado del mapa grandes porciones de la costa de Carolina del Norte. Volcanes, terremotos a gran escala, tsunamis..., ciudades enteras habían sido destruidas. Países habían estado al borde de la Tercera Guerra Mundial. Realmente había parecido el fin del mundo, y hubo un momento en el que tuve miedo de que tal vez mi madre estuviera en lo cierto, pero entonces todo se detuvo; simplemente se detuvo y, desde entonces, todos —el mundo entero—, eran un «vamos a cogernos de las manos y amarnos los unos a los otros». Incluso los países que habían estado luchando entre sí desde siempre habían parado el derramamiento de sangre y la paz ahora prevalecía.

Hizo falta que millones de personas murieran para despertarnos a todos, pero no había sido la película *2012* haciéndose realidad; el mundo no se había terminado. Simplemente había sido la madre naturaleza que puso a la humanidad en su lugar.

—Mamá, el mundo no está acabándose. —Cogí otro brazalete, este de un color oro más opaco, y me lo puse en la muñeca izquierda—. Todo está bien. Yo estoy bien. Y tú estás bien, ¿verdad?

—Sí, cariño, pero yo solo... tengo un mal presentimiento —susurró a través del teléfono, volviendo a tensarme de hombros—. Ya sabes, un mal presentimiento, uno *de verdad*.

Me costó contener la respiración para no suspirar. Un «mal presentimiento» era la palabra clave para las recaídas en forma de alucinaciones visuales y auditivas, ella escapando de mis abuelos y poniendo su vida en peligro. Mi corazón se aceleró. Cuando me di la vuelta, Erin estaba sentada en su angosta cama, colocándose los zapatos. La preocupación apareció en su hermoso rostro.

—¿Qué tipo de «mal presentimiento» tienes?

Mamá empezó a hablar sobre cómo estaba teniendo sueños sobre mi padre.

—Un gran cambio está a punto de llegar. Todo el mundo va a...

Mientras hablaba, Erin vocalizó sin decir nada: *¿Está bien?*

Negué con la cabeza, sintiéndome frustrada y triste. Cuando colgué, supe que iba a llegar tarde a clase de psicología anormal si no me daba prisa, pero lo único que quería hacer era tumbarme en la cama y tirar de la colcha que mi abuela me había hecho hasta cubrirme la cabeza.

—¿Está recayendo? —preguntó Erin mientras se soltaba el pelo. Rizos negros cayeron sobre sus hombros. Ni un solo enredo.

Erin era perfecta.

También era un encanto.

—Sí. —Dejé estar mi pelo; nunca había tenido un solo rizo, pero estaba segura de que enredos sí que tenía, y a montones. Cogí mi bolso del suelo y me levanté—. Voy a llamar a la abuela después de clases. Probablemente ya lo saben, pero no querían que me preocupara.

Se puso de pie con gracia, mostrando sus increíblemente largas, suaves y oscuras piernas. Estaba convencida de que no crecía vello en ellas. En serio.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—¿Escaparnos a tomar unos tequilas esta noche? —Me colgué el bolso del hombro.

Sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa.

—Claro. Sé dónde encontrar el mejor.

Era cierto. Era extraño, ya que solo tenía veinte años, como yo. No tenía ni idea de dónde sacaba el suministro interminable de alcohol. Seguro que simplemente entraba en una tienda de licores, exhibía esas piernas asesinas y esa hermosa sonrisa, y le entregaban todo lo que quisiera.

Yo, por el contrario, conseguiría que se rieran nada más sonar la campanilla de la tienda.

—También voy a conseguírnos algo de comida basura; helado, patatas fritas con sabor a eneldo y, oh, *pretzels* cubiertos de chocolate. —Abrió la puerta para mí—. ¿Qué te parece?

—Eres increíble. —Dando un salto, la abracé rápidamente y luego me aparté,

ruborizándome. Era una idiota y aquello había sido vergonzoso.

Erin simplemente me sonrió como ella sabía. Sin embargo, ella no entendía nada. Creció a las afueras de Washington DC, en una gran ciudad, con una gran familia, rodeada de amigos que había hecho en el equipo de atletismo. ¿Yo? Al crecer prácticamente sin amigos, en una ciudad que veía a la niña de una madre soltera como un engendro del diablo, me hizo realmente valorar la amistad que tenía con ella.

Antes de hacer las cosas aún más incómodas, como echarme a sus pies y darle las gracias por ser mi amiga, me apresuré a salir de la habitación. Mientras corría por el pasillo, tuve que reordenar mi cabeza, colocando lo que estaba pasando con mi madre en una esquina de mi mente para volver a ello al terminar las clases. Necesitaba prestar atención a la actualidad. Esta era nuestra última charla antes del examen del viernes.

La primavera estaba en el aire y hojas diminutas brotaban de las ramas, pero el frío del invierno no había abandonado el campus todavía. La residencia era grande y divertida, tenía su propio salón-comedor, pero era horrible para llegar a Russell Hall, donde se celebraba la clase, y tenía la sensación de que estaría cansada de los árboles antes de llegar al edificio.

El viento revolvió el pelo alrededor de mi rostro. Encorvé los hombros, manteniendo la barbilla baja mientras salía por la puerta, sin prestar atención a la diversidad de estudiantes que merodeaban cerca de la entrada o en los bancos de alrededor. Cualquiera otro día me distraería con facilidad, pero cuando estaba nerviosa o estresada, *todo* era un objeto reluciente, brillante, y yo tenía la capacidad de atención de un pez de colores. No podía permitirme enfrascarme en una conversación e inevitablemente faltar a clase.

Seguí el camino por el parque cuidadosamente ajardinado. En días más agradables y cálidos, pasaba mucho tiempo estudiando bajo los grandes y negros robles.

El campus era realmente precioso. Era una de las razones por las que me había matriculado allí.

Eso, y que nadie sabía que yo estaba allí o quién era mi madre.

Apretando los brazos con más fuerza contra mi pecho, llegué a mitad del camino cuando sentí algo... algo *extraño*, *familiar* y definitivamente *no deseado*. Empezó como un escalofrío en la base de mi columna vertebral y luego fue disminuyendo en intensidad y subiendo hacia arriba. El extraño temblor se extendió hasta mi nuca, dirigiéndose a mis hombros. Se me puso el vello de punta y perdí cualquier noción de equilibrio, haciéndome tropezar con las losas del suelo. Entonces el malestar floreció en la boca de mi estómago, como una maleza nociva decidida a apoderarse de todo mi cuerpo.

Miré por encima del hombro, a través de las ramas de los árboles y bancos, pero no vi nada anormal. Había estudiantes por todas partes, hablando en grupos, haciendo

lo suyo, pero no podía quitarme la clara sensación de tener unos ojos sobre mí, taladrándome la piel, los músculos y finalmente el hueso.

Pero nadie me prestaba ni la más mínima atención. Nunca lo hacían cuando tenía estas sensaciones. Todo estaba en mi cabeza.

Retomé el ritmo; no podía correr más rápido que el malestar que estaba creciendo constantemente como una bola amarga de pánico en la parte posterior de mi garganta. Se me encogió el corazón, mientras la respiración se me aceleraba y el sudor aparecía en mis manos.

—Mierda —murmuré.

Me detuve, obligándome a coger aire lenta y profundamente, pero la presión se cerraba sobre mi pecho. Los escalofríos se extendieron hasta la parte posterior de mi cráneo. ¿Qué era eso? ¿Un síntoma? ¿Era así como había empezado mi madre? Varios estudios vinculaban los genes con las enfermedades mentales. Había una probabilidad aproximada de un veinticinco por ciento de que pudiera desarrollar esquizofrenia, y estaba en el grupo de edad adecuada para el inicio de la enfermedad.

No voy a enfermar. No voy a enfermar.

Cerrando los ojos, envolví una temblorosa mano alrededor de la correa de mi bolso. Aquello no era un síntoma de un trastorno mental. Simplemente estaba cansada. Estresada. Todo iba bien. Todo iría bien.

Tenía que ser así.



Al final llegué a clase a tiempo y fui capaz de concentrarme durante la conferencia. Al parecer iba a estar lista para el examen del viernes.

Cuando Jesse Colbert, otro estudiante de psicología con el que compartía muchas de las clases, se quedó a mi lado mientras yo recogía mis cosas, intenté no actuar como una sosa total.

Era un tipo alto, de mi edad, con el pelo tan oscuro como la obsidiana pulida. Era guapo. Agradable. De grandes pómulos y siempre tenía una sonrisa en su rostro. Manos impresionantes. Tenía obsesión por las manos masculinas y sus manos — ásperas, masculinas, de dedos largos— me gustaban.

Alejando los pensamientos de mi extraño semifetiche, me obligué a lo que esperaba no fuera una sonrisa espeluznante.

—Hey.

Cogiendo sus libros, me sonrió.

—¿Nos veremos mañana por la noche, no?

De pie, metí el libro en el bolso.

—Sí. Es una cita... —Mi cerebro se estremeció, eliminando ese comentario—. Quiero decir, no es una *cita* cita, como salir y esas cosas. Cena. Lo que sea. — Sintiendo mis mejillas arder, me centré en la esquina de su hombro—. Cita de

estudio, pero sin ningún tipo de situación de cita real.

Oh Dios mío, tenía que callarme, porque nunca me habían pedido una *cita* cita. Oh señor, notaba mi cara ardiendo, pues estaba de pie delante de Jesse pensando en por qué seguía siendo virgen. Me gustaría que mi cerebro tuviera un interruptor de apagado.

Me observó mientras hablaba y, cuando finalmente cerré la boca, se rio entre dientes.

—Sí, lo sé, Josie. ¿Nos vemos mañana a las seis?

—Sí. A las seis. Por la noche, ¿verdad? —Que alguien me dispare, por favor—. Por supuesto. Perfecto.

Vaciló y luego, con una leve sonrisa, se dio la vuelta. Suspirando, hice una lista mental de las maneras en las que era la Reina de Todos los Torpes, mientras me dirigía a la puerta. Hice una parada en el baño, principalmente para poder postergar el llamar a mis abuelos un poquito más. No estaba lista para escuchar lo que ya sabía, y odiaba eso, porque me convertía en una cobarde. Me lavé las manos dos veces, me cepillé el pelo que el viento había revuelto, volví a aplicarme brillo de labios y luego deambulé por el pasillo. Las clases ya habían empezado. Me dirigí a la escalera más cercana, dejando que la puerta se cerrara detrás de mí. Los pensamientos se centraron de nuevo en mi madre y en llamar a mis abuelos. Necesitaba terminar con aquello. Busqué en mi bolso y cogí el teléfono.

No tenía ni idea de lo que sucedió después.

A solo unos pasos del segundo piso, una ráfaga de aire frío bajó directo, atravesándome lo suficientemente fuerte como para asustarme. Extendí la mano para agarrarme a la barandilla cuando mi bolso se resbaló de mi hombro, me golpeó el pie y rebotó hasta llegar abajo.

¿Qué demonios...?

Durante unos segundos, mi mirada permaneció fija en mi bolso y luego miré por encima de mi hombro. No tenía ni idea de lo que esperaba ver de pie allí, ¿tal vez a Casper el fantasma pervertido o algo así? Algo asustada, me di la vuelta y casi me caigo hacia atrás del *shock*.

Un hombre estaba de pie justo ahí. Bueno, no estaba de pie. Estaba inclinado hacia abajo recogiendo mi bolso. ¿Pero cómo había llegado allí? No había oído a nadie caminar bajando las escaleras, y no había forma de que alguien pudiera levantarse tan rápido... a menos que le hubieran brotado alas y volara por las escaleras, algo poco probable.

Solo podía ver la mitad de él, e incluso así, me di cuenta de que era alto. Yo no era una chica pequeña; medía un metro setenta, pero aquel chico me hacía sentir... *delicada*, ahí de pie junto a él.

Un *henley* marrón oscuro se tensaba sobre sus anchos hombros y sus brazos estaban muy bien definidos. Llevaba el pelo, de un color rubio dorado, recogido con un turbante de cuero negro. Parte del pelo se había soltado mientras se agachaba a

recoger mi bolsa.

Oh Dios... Tenía unas manos muy bonitas.

La piel que se veía en sus brazos era de un color dorado increíble. Nunca había visto una tez así. No estaba bronceado, era *otra cosa*. Me quedé sin aliento.

¡Santo Buenorro-McBuenorris!

Un mentón curvo, casi obstinado, se adhería a una mandíbula fuerte. El labio superior era solo un poco más delgado que el inferior, y esos mechones de cabello que se habían escapado, ahora acariciaban sus amplios, altos y dorados pómulos.

Entonces vi sus ojos.

Di un paso atrás y perdí el equilibrio, quedándome sentada en el escalón tras de mí. Tal vez más tarde estaría avergonzada, pero en aquel momento, lo único que podía hacer era mirarlo fijamente.

Tenía que ser el hombre más hermoso que jamás hubiera visto, y no era una broma. Ni siquiera podía pensar en alguien en la televisión, en las revistas, o en las películas que se pareciese a él. Su belleza masculina era delicada y al mismo tiempo dura, áspera y suave, un enigma total de esplendor, pero sus ojos...

Eran del color más extraño que hubiera visto, un rojizo ámbar. No había forma de que fueran naturales. Pero, maldito fuera, esas lentillas quedaban genial con unas pestañas sorprendentemente oscuras y cejas de un tono o dos más oscuras que su pelo.

De pronto me pregunté si era posible tener un orgasmo visual, porque creo que podría haber experimentado uno, excepto que... este irreal y hermoso hombre me miraba con aquellos ojos de color miel que no paraban de crecer.

Y la forma en la que me miraba no era buena —casi como si no pudiera creer lo que estaba viendo—, como si me hubiera crecido otra cabeza. Aunque sabía que no iba a ser *miss* Estados Unidos después del día que llevaba, no tenía ni idea de por qué me estaba mirando como si de repente quisiera vomitar.

O pegarle a algo.

—Hijo de puta —dijo, y mi bolso se resbaló de sus dedos cayendo de nuevo con un golpe sordo.

Si no estuviera sentada ya, me hubiera caído de nuevo. Su voz... lentamente negué con la cabeza, esperando que hablara de nuevo, porque era la voz más profunda y suave que había oído nunca, con un ligero acento que no pude identificar.

Necesitaba decir algo, pero lo único que podía hacer era sentarme allí, mirarlo fijamente con abierto asombro y pensar en el hecho de que el único maquillaje que llevaba puesto era brillo labial, y yo era el tipo de chica que necesitaba por lo menos algo de rubor, máscara de pestañas... y un rostro completamente maquillado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Mi boca se secó a medida que continuaba mirándolo como si mi cerebro hubiera sufrido un cortocircuito, algo probable. Era como si hubiera perdido algunas células del cerebro, tal vez un par de sinapsis o tal vez otras cosas... importantes.

Se adelantó, moviéndose tan rápido como la llamativa serpiente de cascabel que había visto detrás de casa cuando era pequeña; tan rápido que no pude ni moverme. Una mano se posó en la barandilla sobre mi cabeza, dos escalones por encima mío y él estaba allí, frente a mí, respirando el mismo oxígeno que yo. La dimensión de la escalera, con sus limpias paredes rojas, se estrechó y el espacio pareció mucho más pequeño que antes.

Nuestras miradas se encontraron y... aunque pareciera una locura, sus ojos... Era como si hubiera algún tipo de luz tras ellos.

—¿Tus iniciales son J.B?

Internamente, me di cuenta de que era una pregunta extraña.

—¿Cómo lo sabes? No nos conocemos. Estoy segura, porque me hubiera acordado de eso. —Ahí iba de nuevo, divagando como una idiota—. Quiero decir, soy buena recordando rostros.

Especialmente con los extraordinariamente hermosos...

Sus espesas pestañas bajaron, cubriendo sus ojos brevemente, mientras murmuraba:

—Mierda.

Parpadeé.

—¿Discúlpame?

—¿Tu nombre?

Una parte de mí quería preguntarle cuál era el suyo, pero me había sorprendido con la guardia baja y respondí.

—Josie. Josie Bethel.

Su mirada se centró en la mía y durante un buen rato no habló. Una sensación de hipersensibilidad rozó mi piel, formando diminutas protuberancias. La tensión se vertió en el aire como si flotara sobre nosotros. Mi pulso se detuvo mientras cogía aire con dificultad.

Un músculo se contrajo a lo largo de su mandíbula y sus labios se abrieron cuando dijo:

—¿Qué *coño* eres?

Mis ojos me estaban engañando. El pelo era del color equivocado. Demonios, ni siquiera estaba seguro de qué color de cabello tenía esta chica. ¿Castaño claro? ¿Rubio? ¿Rubio claro? ¿Todos los tonos en uno solo? Y su nariz era demasiado pequeña. Ella se parecía...

Ni siquiera me atrevía a terminar ese pensamiento, por lo que ello suponía.

Sus ojos, de un tono azul profundo persistentemente familiar, se fijaron en los míos. Cuando no respondió a mi pregunta, decidí intentarlo de forma más sensible. Mi mano salió disparada, envolviéndose alrededor de su muñeca.

Esperé algo, un cambio, una fisura de poder que me indicara lo que ella era.

Nada.

Sus ojos se abrieron, casi consumiendo su rostro, y había un toque de inocencia en su mirada, repentinamente cuidadosa, que no había visto desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué estás haciendo? —Tiró de su brazo, pero no llegó muy lejos.

Ignoré su pregunta. Estaba concentrado en intentar descifrar qué demonios era ella y por qué demonios estaba yo aquí.

No me había dado cuenta de que estaba allí al pasar por la escalera en dirección a su clase; iba tarde. Ni siquiera había esperado encontrar a la misteriosa J.B. después de esa clase. Mierda, ni siquiera la había sentido hasta que me topé con ella, yendo demasiado rápido para que cualquier ser humano me viera, y terminé sorprendiéndola. Definitivamente no era una pura o una mestiza, porque la hubiera sentido, así que no se escondía en el mundo de los mortales, como algunos habían logrado hacer en el pasado. Pero cuando me enderecé y vi su rostro, supe... solo *supe* que tenía que ser la persona que Apolo me había enviado a encontrar, y sus iniciales lo habían confirmado.

No había nada que me indicara qué era, ninguna señal de qué era lo que la convertía en única. Parecía *mortal*, pero no podía serlo, pues no habría ninguna razón por la que Apolo querría que custodiara a una chica universitaria mortal. A menos que esta fuera otra forma de castigo, y demonios, en realidad no me sorprendería.

—Me estás haciendo daño —susurró.

Su voz deshizo mis pensamientos. Observé mi mano cerrada alrededor de su muñeca. La piel de mi mano se estaba volviendo blanca; mierda, le *estaba* haciendo daño. La solté, como si su piel me hubiera quemado. La sorpresa me recorrió, pero no supe si era una ilusión o una realidad, solo sabía que no tenía intención de hacerle daño.

A veces no estaba muy seguro de cuáles eran mis intenciones, ya no.

—¿Qué eres *tú*? —preguntó, arrugando la nariz mientras hablaba—. ¿Aparte de

un tío buenorro con obvios problemas de espacio personal y del manejo de la ira?

Parpadeé observándola. ¿Pensaba que yo era un tío buenorro? Bueno, era lógico.

—Dios. Qué suerte tengo —continuó, acariciando la piel alrededor de su muñeca y mirándome con algo más que desconfianza—. ¿Por qué todos los chicos guapos tienen que ser unos locos idiotas? —Se levantó. Sus ojos se encontraron con los míos mientras daba un paso hacia un lado, presionándose contra la pared—. ¿Qué quieres?

Seth, ¿qué quieres? Aquellas palabras que ya había oído en el pasado iban acompañadas por enfadados ojos marrones como el *whisky*. Retrocedí tan rápido que me sorprendió que no me hubiera dado a mí mismo un golpe.

—¿Sabes qué? No quiero saberlo. Probablemente es mejor que no lo sepa. Cogeré mi bolso y seguiré mi camino. ¿Vale? —Se movió, dispuesta a irse—. Esta soy yo yéndome.

Una extraña sensación de *déjà vu* se apoderó de mí mientras se alejaba, literalmente golpeando su hombro con el mío y cogiendo su bolso.

—Locos idiotas —murmuró en voz baja—. Soy un imán de bichos raros.

Me di la vuelta mientras corría por las escaleras, alejándose de mí como si yo fuera la persona maníaca con la cual no querría toparse en un callejón oscuro. Y bueno, eso no estaría demasiado lejos de la verdad. Algunos probablemente preferirían estar cara a cara con una arpía en lugar de conmigo.

Se detuvo a mirar por encima del hombro, y de nuevo me llamó la atención la familiaridad de esos profundos ojos azul oscuro, de la curva de su obstinada mandíbula y barbilla, y la forma en arco de sus carnosos labios.

Era como tomar a dos personas que conocía y mezclarlas entre sí para formar una persona completamente nueva, y eso era totalmente desconcertante.

Y entonces desapareció tras una puerta y yo me quedé de pie allí como un imbécil.

Seth, ¿qué quieres?

¿Todo, cualquier cosa y nada en absoluto?

Sí, eso sonaba bastante bien. Mis manos se apretaron en puños. Cerrando los ojos intenté centrarme, pero no pude evitar la sensación de que había estado así antes, pero con otra persona.

El crujido de un gran trueno reverberó a través del hueco de la escalera e hizo eco dentro de mi cráneo. Se estaba gestando una tormenta, coincidiendo con las emociones en conflicto dentro de mí.

¿Qué quieres?

Mis ojos se abrieron y la escalera se tiñó de color ámbar. No, *joder* no. Me tambaleé hacia atrás contra la pared. No tenía sentido, pero *ya había* estado en una situación así antes.

Maldita sea.

Iba a cometer una masacre sobre un dios; Apolo.



Demasiado asustada desde el encuentro con el aterrador —aunque extraordinariamente guapo— chico en la escalera, terminé por llamar a mi abuela antes del inicio de estadística. No debería haberme molestado en ir a clases; para cuando habían transcurrido los cincuenta minutos, era como si acabara de sentarme y abrir mi cuaderno.

Había anotado apenas dos frases de la clase y un dibujo de algo que parecía un zombi en el margen de la página. Menuda habilidad para tomar apuntes.

Una vez fuera de clase, sintiéndome como si de alguna manera me hubiera vuelto más tonta en vez de más inteligente, hablé con mis abuelos. Como esperaba, eran totalmente conscientes de los sentimientos de mi madre ya que la observaban de cerca. Mi abuela me dijo que no me preocupara; era más fácil decirlo que hacerlo. Mamá tenía apoyo. No estaba sola.

Mientras me dirigía a mi dormitorio, mis pensamientos volvieron a la escalera en el Russell Hall. ¿Quién era ese chico, y por qué en el mundo me había preguntado *qué era?* ¿Como si hubiera alguna otra opción además de humana? Esa tenía que ser la pregunta más extraña que me hayan hecho alguna vez, y me habían preguntado cosas bastante peculiares.

Dios, realmente sabía cómo atraer a los bichos raros.

Tenía un largo historial, empezando por Bob. Nunca había conocido su apellido, lo cual era, probablemente, algo bueno, teniendo en cuenta todo. Cuando era una niña, él había sido todo mi mundo durante un verano.

Me había pasado la mayor parte de mis días en el lago oculto por los tristes sauces y los árboles de roble amarillo brillante que rozaban la propiedad de mis abuelos. A esa edad, el lago parecía del tamaño de un océano. Y fue allí donde conocí a Bob.

Había aparecido una tarde, mientras jugaba en la orilla sucia y polvorienta; una tarde importante para mí. Una de las niñas del colegio había hecho una enorme fiesta de pijamas esa noche para celebrar el final del curso y el comienzo del verano. Yo no había sido invitada —nunca me habían invitado a ninguna de esas cosas—, y había estado triste y confundida, porque todo lo que siempre había querido era agradecerles a los otros niños. No le gusté a los chicos hasta la escuela secundaria, y cuando llegó la secundaria les gustaba por razones equivocadas.

Cuando vi a Bob por primera vez me asusté. Me quedé congelada al verlo salir de entre los árboles; pelo negro y ojos del color del cielo. Era tan grande como los super héroes en las tiras cómicas que mi abuelo tenía en su oficina y que me habían advertido sobre no tocar jamás.

Los había tocado muchas veces.

Bob me había dicho que vivía un poco más abajo, junto al lago, y yo no lo cuestioné, porque el mundo era demasiado grande como para saber que no había

cabañas o casas allí, aparte de la de mis abuelos. La primera vez que nos conocimos, me habló sobre el bagre en el lago y el pez más grande que había visto en los océanos, contándome historias que me dejaron fascinada. Yo le gustaba y fui feliz cuando la semana siguiente regresó, el mismo día, a la misma hora, trayendo caramelos. Empezamos un ritual una vez por semana y, al no tener amigos, con la excepción del fortuito nuevo chico en la ciudad, Bob se había convertido en mi mejor amigo durante aquel verano.

Las muñecas que me trajo ayudaron a ello.

Incluso a mí, siendo pequeña, me habían parecido raras y caras, como si él las hubiera coleccionado durante mucho tiempo.

Mirando hacia atrás, veo cuán espeluznante era todo aquello, pero entonces estaba tan hambrienta de amistad, que no pensé en ello.

Era cierto.

La amistad terminó cuando mi abuelo nos encontró una tarde. Bob estaba sentado con las piernas cruzadas frente a mí, enseñándome cómo hacer silbatos con la hierba. Ni qué decir tiene que Pappy se asustó y me alejó del lago. Encontraron las muñecas y las tiraron. Mamá lloró por alguna razón que desconozco y luego me sentó y enseñó lo peligroso que era hablar con extraños.

No volví a ver a Bob.

Había atraído a más bichos raros en los últimos años, como la anciana que estaba siempre en la tienda cuando iba a comprar comida basura, pues mis abuelos eran tercos con la comida sana. De alguna manera habíamos entablado una extraña amistad... ella, yo y sus nueve gatos. Luego, fue la bibliotecaria de secundaria. Ella fue lo más cercano a una mejor amiga que jamás he tenido.

Había habido más y, tan ridículo como sonaba, a veces me preguntaba si había alguna innata locura que otras personas locas podían sentir al verme, como un radiofaro direccional. Así que supuse que no debería sorprenderme que un tío loco, aunque guapo, se acercara a mí en un campus lleno de gente.

Entré en mi residencia y cogí el ascensor. Toqueteando las pulseras, cambié de un pie a otro, impaciente. Cuando el ascensor se detuvo, salí y casi derribo a una chica. Se tambaleó un poco antes de apoyarse en la pared de enfrente.

—Lo siento. Lo siento tanto —le dije, haciendo una mueca cuando se enderezó—. Realmente lo siento.

—No hay problema. —Sonrió, mientras entraba en el ascensor.

Sacudiendo la cabeza, me giré y caminé por el largo pasillo hasta mi dormitorio. Cuando llegué a la puerta, el temblor apareció en la base de mi columna de nuevo, extendiéndose hacia arriba hasta llegar a los hombros. El corazón me dio un vuelco y cerré los ojos.

Dos veces en un día.

Oh Dios.

Nunca había sentido esto más de una vez en un lapso de varios días. Tragando

saliva, envolví mis dedos alrededor del pomo de la puerta, luchando contra el impulso de darme la vuelta y escanear el pasillo, porque sabía que nadie estaría allí.

Tomando una respiración profunda, abrí la puerta y entré en la habitación. Mis cejas se alzaron y me olvidé de la sensación mientras cerraba la puerta detrás de mí.

Erin estaba tirada en el suelo, con las palmas presionadas hacia abajo sobre una colchoneta, su trasero cubierto de *spandex* sobresaliendo hacia el cielo. Giró la cabeza, mirándome desde debajo de su axila.

Su *axila*.

—¿Cómo en el mundo puedes conseguir que tu cuello se doble así sin quitarte la vida? —pregunté.

—Habilidades. Yoga.

Erin hacía yoga y meditación religiosa, diciendo que ayudaba a fusionar su yin y yang o algo así. Una vez me dijo que tenía buenas rachas y, contorsionándose en posiciones que dolían solo de verlas, le ayudaba a mantener «buenas vibraciones» a su alrededor. Lo cual era extraño, porque nunca había visto a Erin perder los estribos en los dos años que hacía que la conocía.

Erin se sentó en una postura más normal y me miró.

—Mira debajo de la cama.

Curiosa, dejé caer mi bolso y pasé sobre sus piernas. Inclinandome, levanté la colcha y mis ojos se abrieron como platos cuando vi la botella. La cogí y apreté contra mi pecho mientras le susurraba.

—¡José!

Su mueca se extendió a una sonrisa.

—El mejor novio de la historia.



De pie en medio de la *suite* del ático del hotel, que no está demasiado lejos de Radford, le grité a Apolo por cuarta vez desde que había cruzado la puerta.

Al final, hubo respuesta en forma de una fisura de energía impregnando el ambiente. El aire caliente recorrió mi nuca. Me di la vuelta, maldiciendo, cuando vi a Apolo *allí* de pie. Se había transportado casi encima mío.

—Dioses —espeté—. La sala tiene casi doscientos cincuenta metros cuadrados, amigo, no era necesario aterrizar sobre mí.

Apolo rio mientras se cruzaba de brazos.

—¿Me has llamado?

Me puse frente a él. Estábamos casi a la misma altura, poniéndolo a él tal vez unos centímetros por encima de mi metro ochenta y cinco.

—¿Quién es ella?

Hubo una pausa.

—Josephine Bethel.

Lo miré mientras la irritación giraba como un ciclón a alta velocidad.

—Me he dado cuenta de eso. Gracias.

—¿Ah, sí? Por cierto, no lo estás haciendo muy bien lo de protegerla. ¿Lo haces a distancia? ¿Es una nueva habilidad tuya de la que no soy consciente? —Se dio la vuelta, inclinando la cabeza hacia un lado. Al parecer observaba la cadena del ventilador. Segundos más tarde, lo confirmó. Se levantó y tiró de ella.

La luz hizo clic, encendiéndose.

Tiró de la cadena de nuevo.

La luz se apagó.

Oh, por amor de los dioses, tenía un serio caso de déficit de atención a veces.

—Apolo —dije.

Dando la impresión de haber olvidado que estaba aún en la habitación conmigo, bajó la mano lentamente.

—No has hecho la pregunta correcta, Apollyon.

Me obligué a dar un paso atrás antes de usar el elemento aire, envolver la cadena de oro brillante alrededor de su grueso cuello, y convertirlo en una piñata de dios del sol.

—No es una mestiza o una pura. La noto como si fuera mortal, pero ella... —Negué con la cabeza, dándome la vuelta. Al llegar al ventanal, abrí la cortina. El anochecer había caído, trayendo una nube de niebla a las cimas de las montañas cubiertas de árboles.

—¿Qué, Seth? —preguntó Apolo en voz baja.

No podía creer que fuera a decir esto, pero Apolo no iba a darme la información. No funcionaba así. Apartando las manos de la cortina, cerré los ojos.

—Ella se parece... me recordó a Álex.

Álex.

Alexandria Andros.

La chica que en su día pensé que era una mestiza normal, pero había resultado ser otra Apollyon, el verdadero Apollyon. Yo fui el que se suponía que no debía suceder, a pesar de haber nacido primero. Yo llegué a existir porque Ares quería controlar el Olimpo a través de mí. Y si había algo peor que ser un descendiente de ese imbécil, él casi logró convertirme en el Asesino de dioses, era ser el ser supremo resultado de que un Apollyon absorbiera las habilidades de otro. Por eso mismo tener dos Apollyons en una generación estaba prohibido.

Yo caí en el juego de Ares. Lo jodí, lo jodí todo hasta el punto de obligar a Álex a pasar parte del año —y de todos los años durante toda la eternidad— en el inframundo. Eso era algo por lo que nunca podría perdonarme. No importaba lo que había hecho para compensarlo o el trato que hice.

Me aclaré la garganta y continué.

—No en todo. Su pelo es diferente. Nariz y ojos diferentes, pero incluso en un momento dado, habló como ella. —Me reí y fue un sonido áspero—. Si no te

conociera, pensaría que están emparentadas de alguna manera, pero eso no es posible.
¿Verdad?

No hubo respuesta, solo me miró.

Y luego perdí los estribos.

Las runas empezaron a recorrer mi piel. La lámpara del escritorio de estilo ejecutivo explotó en una lluvia de chispas y vidrio. El olor a ozono quemado llenó el aire. Viento arreció, lanzando por el aire las pequeñas libretas de cortesía que descansaban sobre las mesitas.

—No es posible, Apolo.

Arqueó una ceja rubia.

—No me sorprende que te recuerde a Alexandria.

Por un momento, no pude moverme ni decir nada. Mis labios dibujaron una mueca extraña mientras daba un paso atrás. Esperé a que dijera algo más, cualquier otra cosa.

—¿Qué es ella? —dije con voz áspera, tensa. La necesidad de destruir algo me recorría furiosa.

Apolo bajó la barbilla. Varios segundos pasaron antes de que hablara.

—Es una semidiós.

Era lo último que esperaba que dijera.

—¿Una *semidiós*? —repetí como si hubiera aprendido a hablar apenas unos segundos antes—. ¿Un *semidiós* real y vivo?

—¿Opuesto a uno falso y muerto? —Se rio entre dientes, orgulloso de sí mismo, y luego suspiró cuando mis ojos se estrecharon—. Solías tener sentido del humor, Seth.

—Tenía un montón de cosas —repliqué. Sus rasgos se afilaron y su boca se abrió como si deseara hablar sobre ese tema, pero eso no era lo importante aquí—. No ha existido un verdadero *semidiós* en miles de años, no desde que los mortales adoraban a los dioses.

—Eso es cierto. Estuvimos de acuerdo en no crear más cuando nos retiramos al Olimpo, pero lo que también es cierto es que ella no es la única.

Lo miré fijamente, y luego soltó una breve carcajada.

—¿Hay *semidioses* vagando por la Tierra? Sabes, podrías haberlo dicho hace un año cuando estábamos a punto de destruir el mundo. —Los *semidioses* eran como el Apollyon, sus poderes servían para ayudar a los dioses. Y eran muy poderosos. También eran como Pegasus; supuestamente existía, pero desde que se hizo el Olimpo, nunca se había visto ninguno—. Espera. Esto no tiene sentido. No sentí nada en torno a esa chica. Ella no actuó como un *semidiós* y eso no explica por qué me recuerda a... ella.

—¿Es tan difícil decir su nombre? —preguntó Apolo—. Creo que hace unos minutos ha sido la primera vez que has dicho su nombre desde su pelea con Ares.

Me dolía la mandíbula de lo duro que estaba apretando.

—Como quieras —dijo Apolo, su atención cayó de nuevo sobre el ventilador del techo—. No hablemos de ello. Sé el mejor chico con problemas que puedas ser.

Cogí aire con fuerza. No sirvió de nada.

—No tengo problemas.

Eché la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Las pinturas de las cercanas montañas Blue Ridge se sacudieron.

—Tienes más equipaje que United Airlines. Olvida eso. Tienes más problemas que Medusa, y esa mujer hace que el interior de los pensamientos de una loca de los gatos parezca un lugar tranquilo.

—Te odio.

—Me hieres directamente en el corazón, amigo.

Mi paciencia era casi la misma que la de Cerbero después de que alguien intente quitarle su nuevo juguete.

—¿Qué pasa con la chica, Apolo?

Se dejó caer en el sillón de cuero.

—Es una larga historia.

—Qué sorpresa.

Ignoró mi comentario en gran medida.

—Todo comenzó con tu nacimiento, por lo que hay algo más que puedes agregar a tu montaña de lástima.

Me preguntaba si existía un repelente «anti dioses» y dónde podría encontrarlo.

—Sabíamos en el momento en que naciste que existía la posibilidad de que existiera un dios Asesino, ya que Alexandria tenía fecha prevista para nacer unos años más tarde. No sabíamos cuál de nosotros era responsable de tu nacimiento, pero sabíamos que querían utilizarte para su propio beneficio.

—Este paseo por el carril de los recuerdos me aburre. —Me crucé de brazos.

No parecía afectado. Se acomodó más cerca de la cama, levantó las piernas y las estiró sobre ella.

—El riesgo nos obligó a unirnos para llegar a un plan de contingencia en caso de que algo así sucediera y no pudiéramos pararlo. Los Doce acordamos que teníamos que hacer algo —dijo. Los Doce eran el núcleo de los Olímpicos, los más poderosos. Había más dioses, tantos que nadie podía hacer un seguimiento de ellos, dado que se reproducían como conejos, pero Los Doce tenían toda la atención—. Así que decidimos hacer algo que ninguno de nosotros había hecho en miles de años. Creamos doce semidioses.

¿Doce? Santas bolas de Hades.

—Así que, déjame adivinar. Tú y Zeus, Hefesto, Dioniso, Poseidón, Hermes y Ares —escupí el nombre del hijo de puta, y luego continúe—: embarazaron a mujeres humanas, y luego Hera, Artemisa, Atenea, Afrodita y Deméter, ¿se quedaron embarazadas?

—Por norma general así es como se hacen los bebés —respondió secamente—. Una vez que nuestras bellas damas concibieron, transfirieron sus embriones dentro de mujeres mortales. Y antes de que nacieran los doce semidioses, sus habilidades fueron bloqueadas, por lo que, hasta que fuera necesario, no serían nada más que mortales. No podíamos tener semidioses corriendo furiosos alrededor del mundo.

Puse los ojos en blanco.

—Los semidioses son más poderosos que los puros. Lo sabes, Seth. El éter que heredan no está diluido. Pueden controlar todos los elementos, incluyendo el *Akasha*. No les podíamos dar rienda suelta.

—Por supuesto —murmuré.

—Dos de ellos fueron asesinados inmediatamente. Zeus se puso celoso y asesinó al hijo de Hera, y en represalia, ella extinguió al suyo. Ya sabes cómo son.

Dioses.

—Eso dejó a diez. Por supuesto, como ya sabes, Ares planeaba convertir el mundo de los mortales en su patio de recreo personal para sus batallitas. Conocía

nuestro plan, así que fue a por ellos. Eliminó a cuatro más durante su pequeño reinado del terror, dejando a seis restantes. Por supuesto, su hijo no era uno de los que mató.

Un músculo se tensó en mi mandíbula. Durante mi estancia con Ares, no había mencionado nada de esto. No me sorprendía. Había muchas cosas que no me había dicho, y lo peor era que yo no lo había cuestionado, porque no me había importado. No al principio, por lo menos. La tensión se apoderó de mis hombros.

—Si tenías un mínimo de seis semidioses, ¿por qué no utilizarlos para ayudar a derrotar a Ares?

Movió sus botas.

—Todo lo que hacemos tiene un sistema de control y equilibrio cósmico. Los poderes de los semidioses solo pueden ser desatados de dos maneras. Al menos seis tienen que estar en el mismo lugar al mismo tiempo, y entonces es como un mando a distancia universal. Todas sus habilidades son liberadas de forma natural. La segunda forma es que nosotros liberemos sus poderes, pero eso es... es complicado, y solo podemos desatar al semidiós que nos pertenece. Si tomáramos esa decisión, nos debilitaría considerablemente y se necesitaría mucho tiempo para que nos recuperáramos. Otro sistema de control y equilibrio cósmico.

Girando mis hombros, trabajé para relajar la tensión.

—Todavía no entiendo por qué ustedes no arrastraron a los semidioses a la lucha contra Ares. Podrían haber cambiado el...

—El resultado no habría cambiado. Álex seguiría estando donde está ahora. Cambiando de tema —dijo—. Lo que importa ahora es que los necesitamos para sepultar a los Titanes. Además del hecho de que ya no somos doce y no tenemos la energía cósmica para hacerlo. Ahora que han escapado, no podemos volver a capturarlos. La tarea recaería en los que llevan nuestra sangre. No va a ser fácil para ellos. Hay cosas que deben cumplir en primer lugar. Ya sabes, equilibrio de poderes, Seth.

No me preocupaba por el equilibrio de poder.

—Y después, una vez juntos, los encenderemos como si fuera un juego de Super Mario y terminaremos con todo esto de una vez, ¿no?

—No es así de simple. No sabemos dónde están. Tenemos nuestras conjeturas.

—¿Cómo demonios no sabéis dónde están?

—Cuando bloqueamos sus habilidades, eso también bloqueó el sentirlos. Con los años, hemos sido capaces de hacer un seguimiento de algunos de ellos. Realmente depende del dios que es el padre o la madre y el interés de ellos en mantenerlos controlados. Muchos de ellos no tenían ningún interés.

—Sí, sois un paradigma de los buenos padres.

Sonrió.

—No puedo discutirte eso, pero estamos buscándolos. Dos a los que *les hacíamos* seguimiento desaparecieron hace aproximadamente tres semanas. Desaparecieron.

Poof. Idos.

Empezaba a tener dolor de cabeza por toda esta mierda.

—Entonces, ¿cómo sabes que no son solo cuatro ya?

—Porque Atenea y Hermes hubieran sentido su pérdida. No lo han notado, pero sospechamos que los Titanes tienen algo que ver con su desaparición. Solo porque *tú* no puedas sentir sus poderes porque están bloqueados, no significa que los Titanes no puedan.

—¿Por qué los Titanes raptarían a dos semidioses, los únicos que pueden ponerlos de vuelta en el Tártaro, y no matarlos?

—Su actividad favorita. Equilibrio de poder cósmico. —Suspiró mientras deslizaba una mano por la camisa blanca que llevaba, inspeccionando un botón de oro con un interés que sobresalía en lo extraño, mientras hablaba—. Había una razón por la que no podíamos matar a los Titanes cuando los derrocamos. Derivamos nuestro poder de ellos. Son nuestros padres y madres, después de todo, y eso funciona en ambos sentidos. Han estado enterrados durante miles de años, Seth. Son débiles ahora y necesitan recuperarse para entrar en el Olimpo, pero necesitan un dios o algo similar poder para hacerlo.

—¿Algo que tenga poder concentrado?

Apolo asintió.

—Pueden alimentarse de los semidioses, tomar su éter como un daimon lo haría, pero no es tan desagradable y tampoco hay mordidas. Pero sabes que hay diferentes maneras de drenar el éter, ¿no?

Aspiré una bocanada de aire mientras retrocedía. Sí, lo sabía. Aquello había sido un golpe bajo.

—Así que no van a matarlos. Van a capturarlos y a alimentarse de ellos hasta que estén a pleno rendimiento y los semidioses... Bueno, no serán más que cáscaras secas de lo que solían ser. —Quitó los pies de la cama y se puso de pie—. Ya tienen a dos, y Josephine debe estar en un sitio seguro.

—¿Porque es una semidiosa? —Todavía no podía creer que fuera una jodida semidiosa—. ¿Una débil, inexperta y prácticamente mortal semidiosa?

—Los mortales no siempre son débiles, Seth. Será sabio que te des cuenta de eso. Y hay otras razones por las que es imperativo que Josephine permanezca segura.

—Como sea. —Me di la vuelta, quitando mi bolsa de la silla y arrojándola sobre la cama. Saqué la Glock que estaba cargada con balas de titanio y la metí en la parte trasera de mis *jeans*.

Cuando bajaba mi camiseta para cubrir la culata de la pistola, fue cuando me di cuenta. Me volví lentamente hacia Apolo, y debió de leer algo en mi mirada, porque arqueó una ceja.

Hijo de *puta*.

—Los ojos —le dije, dando un paso hacia él—. Sus ojos me eran familiares.

Una lenta sonrisa se formó en su boca, y luego parpadeó. Cuando los abrió de

nuevo, dejé escapar una fuerte maldición. Eran de un color azul oscuro, casi normales; ojos mortales. Los mismos ojos que habían visto detrás de unas gruesas y largas pestañas, y los mismos ojos con los que Josephine Bethel me había mirado.

—Es tuya, ¿no? ¿La chica de antes? —Giré mi brazo, señalando con un dedo en dirección a la universidad. Una extraña sensación se extendió por mi pecho. Era una sensación extraña, pero sabía lo que era. Temor—. Ella es tu hija.

La sonrisa de Apolo se extendió hasta exhibir sus dientes blancos.

—Lo es. Y cuando sus habilidades se liberen completamente, tendrá todo el poder que yo tengo, no como Hércules o Perseo o cualquiera de los originales que solo tenían algunas de nuestras habilidades; hemos descubierto algunas cosas desde entonces. Y eso significa que ella puede convertirte en un arbusto que huele a pis de gato, así que recuerda eso cuando estés a su alrededor.

Vaya, ¿cómo reaccionaría si supiera que había estado mirándole el culo a su *hija*? En realidad no me importaba si podía convertirme en el maldito Kraken. Lo que me importaba era el hecho de que estaba relacionada con *ella*, con Álex. Por eso se parecían. Después de todo, Apolo era el tata mil veces bisabuelo de Álex y todos comparten el mismo hilo de éter, por lo que, aún teniendo sus poderes atados, podía percibir algo.

Mis ojos encontraron los suyos.

—Esto es un desastre, Apolo. Lo sabes, ¿verdad?

Inclinó la cabeza.

—Pude ver que sería... incómodo para ti.

¿Incómodo? Casi me reí, pero no lo hice, porque quería darle un puñetazo en la cara. Lo último que quería era algo que me recordara el desastre que causé, todas las malas decisiones que había tomado, y esta chica sería un recordatorio constante. Podía sentir la ira y la inquietud extendiéndose por mi pecho, pero no había nada que pudiera hacer. Los dioses, específicamente Apolo, eran mis propietarios. Podría luchar contra eso, pero al final me vería obligado, y la parte en la que me obligaban no sería algo agradable. Ese era el trato que había hecho.

Apolo se giró para que su perfil fuera visible, y una mirada que decía que estaba pensando en algo o en alguien muy lejos de esta habitación cruzó su rostro.

—Al mejorar mi habilidad, la he mantenido a salvo durante años, pero con los Titanes, yo... me temo que eso no va a ser suficiente. —Su gran cuerpo se estremeció al coger aire—. Crees que *nosotros* somos malos. Crees que a *nosotros* nos da igual, pero los Titanes son verdaderos monstruos, anormalmente crueles, y todo con lo que han tenido que sobrevivir estos miles de años han sido pensamientos de venganza. Y me temo que a algunos de ellos ni siquiera les importa recuperar el Olimpo, algunos están más concentrados en la venganza.

¿Era... verdadero temor lo que estaba percibiendo en Apolo? Mierda, no había sospechado que fuera capaz de algo así.

—Luché contra Hyperion y fue a él a quien sellé en su mausoleo. Fue una batalla

sangrienta y... bueno, vamos a decir que Hyperion tiene muchos motivos para querer vengarse de mí. En el momento en que se dé cuenta de que tenemos semidioses en la Tierra, buscará a mi hija. —Apolo se volvió hacia mí—. Él no solo va a alimentarse de ella: la destruirá para vengarse de mí. Es mi hija, Seth. Cuida de ella y no lo olvidaré.

Guau. Todo lo que podía hacer era mirarlo fijamente. Eso tenía que ser una de las cosas más compasivas que jamás había oído salir de la boca de Apolo o de cualquier dios.

Y entonces desapareció como hacían todos los dioses cuando daban por terminada una conversación.

Incliné la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y exhalé lentamente.

—Esto es un desastre.

El atardecer empezaba a hacerse presente, con el sol desapareciendo en el horizonte, y no fui capaz de esconder mi bostezo mientras corría por el césped; llegaba tarde a mi «no cita» de estudio con Jesse. Erin y yo estuvimos despiertas hasta tarde, acompañadas por mi botella de José, y me había pasado factura durante todo el día; tenía un dolor de cabeza horrible. No estaba segura de que esta sesión de estudio tuviera alguna utilidad, seguramente pasaría el rato mirando a Jesse, mucho mejor que pasar la tarde recordando al tío bueno, pero pirado, que me encontré el día anterior.

Dejando atrás unos arbustos con un olor horrendo, subí a la terraza que está al lado de la biblioteca. Por el rabillo del ojo, vi a alguien apoyado en la pared exterior—alguien bastante alto—, pero nada más fijarme, la persona desapareció de allí.

—Josephine.

Mi respiración se detuvo ante el sonido de aquella voz tan difícil de olvidar, y me di la vuelta.

Era *él*, el tío bueno pirado que me había acechado en las escaleras. Incluso con la tenue iluminación y la cada vez más presente oscuridad, era imposible no reconocerlo. Lo único en lo que era capaz de pensar en aquel momento, era que aquel chico sabía cómo hacer que un par de tristes pantalones de mezclilla fueran una obra de arte en sus largas piernas. De nuevo, llevaba una camiseta ajustada con las mangas arremangadas, pero esta vez era negro. Al parecer aquello era lo único que mi cerebro era capaz de procesar; que útil.

Mi mirada recorrió su cuerpo, sintiendo un leve mareo. Mi memoria no le había hecho justicia a su rostro. Cada ángulo y plano, cada centímetro cuadrado de su rostro, era algo que un artista anhelaría dibujar o pintar. Su belleza... Cuanto más lo miraba más pensaba que su belleza solo tenía una palabra para describirla: sobrenatural.

—No empezamos con buen pie ayer. —Estiró la mano, extendiendo sus largos dedos—. Me llamo Seth.

Me quedé mirando su mano, y luego lo miré a la cara durante varios segundos.

Arqueó una de sus doradas cejas.

—Esta es la parte en la que me das la mano y dices: «Hola, Seth, me alegro de haberme encontrado contigo en la escalera». —El tono burlón en su voz me mantuvo observando la situación—. O no.

El corazón me dio un salto en el pecho. Era momento de retroceder.

—Lo siento, se me está haciendo tarde y yo... la verdad es que no te conozco.

—En realidad nos conocimos ayer. En las escaleras.

—Eso no cuenta. —Di otro paso atrás.

—Para mí sí. —Inclinó la cabeza hacia un lado. Un mechón de cabello rubio se deslizó fuera del turbante, rozando la curva de su pómulo—. Tenemos que hablar.

—Ni siquiera sé quién eres, aparte de ser el tío bueno pirado de la escalera. No hay nada de qué hablar.

La sonrisa ladeada que exhibió Seth fue increíble.

—Así que crees que estoy bueno.

Mis mejillas se encendieron al instante. Lo *había* soltado porque era idiota y tendía a balbucear cuando estaba nerviosa.

—También he dicho que estás pirado.

—Tengo audición selectiva; sin embargo, tú y yo *tenemos* que hablar, Josephine.

—Josie —corregí distraídamente.

—¿Qué tal si te llamo Joe?

Fruncí el ceño.

—¿Qué? No, no me llames Joe. —Negué con la cabeza—. De hecho, ¿por qué sigo aquí de pie, hablando contigo? Tengo que...

—Hey, Josie, te he estado buscando. ¿Qué estás...?

Me giré hacia el sonido de la voz de Jesse. Estaba de pie detrás de mí, con el libro de texto entre las manos. No me miró. No dijo nada.

Confundida, observé a Seth o más bien su perfil: estaba mirando a Jesse. Volví a mirar a mi amigo y lo vi allí, de pie, con los brazos a sus lados sin apenas inmutarse.

—Vete —dijo Seth, en voz baja.

Jesse parpadeó lentamente. Sus labios se movieron intentando formar una palabra que no llegó a salir. Luego se giró y con movimientos rígidos, se marchó. ¿Qué demonios...?

Abrí la boca mientras el corazón brincaba en mi pecho. ¡Jesse acababa de largarse dejándome con el tío bueno pirado! Me di la vuelta para mirar a Seth. Estaba más cerca que antes, apenas a un metro de mí.

Me guiñó un ojo.

Guau. La mayoría de los chicos parecían imbéciles cuando guiñaban un ojo, o una caricatura de una cómica situación cursi. Básicamente, que un chico te guiñara el ojo era algo que nunca debería suceder. Él, sin embargo, parecía malditamente *sexy* y seguro. Pero, más importante aún, dejando a un lado el guiño, algo no iba bien. Se me puso la piel de gallina.

—Odio las interrupciones. —Bajó la barbilla de una manera que lo hizo parecer ridículamente angelical—. Así que, ¿*Josie*...? —Sus ojos recorrieron lentamente mi rostro; era una mirada tan intensa que podría parecer una caricia. Extendió la mano, cogiendo un mechón de mi pelo.

Me bloqueé. Cada músculo. Cada célula. Ni siquiera podía respirar. Aquello era extraño, muy extraño.

Enredó el mechón entre varios de sus dedos.

—Tienes un pelo interesante. Rubio. Marrón. Dorado. Algunas hebras tan pálidas

que podrían ser blancas. Todo mezclado. Nunca había visto algo así, y he visto muchas cosas, créeme.

Mis ojos se abrieron. ¿Estaba... *tocando* mi pelo? ¿Era eso de lo que quería hablar? Mi mirada se precipitó hacia el mechón que él sostenía. Nuestros ojos se encontraron, y mi corazón dio un vuelco. Sus ojos... Ese color rojizo era casi irreal, pero de repente no tuve tan clara mi suposición de ayer. Ya no creía que fueran lentillas.

El instinto rugió a través de mí, exigiendo que me sacara a mí misma de esta situación cuanto antes. La sensación que tenía a veces, la sensación de ser observada, no tenía nada que ver con lo que estaba sintiendo en aquel momento. La presión aumentó en mi pecho. Una serie de temblores recorrieron mi espalda, como anguilas heladas. Liberé mi pelo y me giré, sin siquiera molestarme en decir nada... *Santo Cristo*, estaba frente a mí antes de que pudiera moverme.

Di un paso atrás, trastabillando, mientras lo miraba boquiabierto. ¿Cómo había llegado hasta allí si estaba detrás de mí?

—Creo que estás convirtiendo en un hábito el alejarte corriendo de mí. —Sonreía, pero la sonrisa no llegaba a sus ojos. No solo eran de un color extraordinariamente raro, ahora estaban tan fríos como la primera nevada.

El miedo se extendió por mi piel, provocando que un tipo diferente de sentimiento apareciera; la ira. Me aferré a ese sentimiento mientras mi mano se apretaba alrededor de mi bolso.

—¿Eres un acosador o algo así?

—Me han llamado así una o dos veces, aunque parezca mentira.

Mi mandíbula se tensó.

—Curioso, teniendo en cuenta quién fue la última persona que me preguntó eso. —Sus rasgos se tensaron—. Una pariente tuya. Una prima, supongo. —Sus labios estaban fruncidos, pensativos—. ¿O tal vez una hermana? Honestamente, no tengo ni idea de cómo funciona todo eso, pero es bastante inquietante.

—No tengo hermanas. Ni siquiera tengo primos. —Mi madre era hija única—. Tú no... —Mis palabras terminaron con un chillido agudo. En un momento estaba de pie a varios pasos y al siguiente estaba a pocos centímetros de mí. Ni siquiera lo vi moverse. Me moví, presionando la espalda contra la pared de la biblioteca. Mi bolso se deslizó por mi hombro, aterrizando junto a mis pies—. Mierda, eres rápido.

—Puedo hacer un montón de cosas. —Atrapándome con su cuerpo, puso una mano contra la pared, al lado de mi cabeza. ¡Madre mía, era alto!—. Algunas rápidas. Algunas *muy* despacio.

Abrí la boca, asombrada.

—¿Eso era una insinuación se... sexual?

Sus labios temblaron.

—Algo así.

El calor volvió a mi cara y garganta, a pesar del frío que atravesaba mi jersey al

tocar la pared con la espalda.

—Bueno, pues ha sido asqueroso.

—Puedo hacerlo mejor —ofreció, y esos ojos dorados finalmente se iluminaron.

Inhalé bruscamente, lo cual fue un error, pues su olor invadió mis sentidos. Era salvaje, una mezcla de actividades al aire libre y algo pesado, sofocante.

—Eso no será necesario. Gracias.

Se rio y el sonido fue profundo y masculino. Hubiera sido agradable si no hubiera sido un acosador.

—Bueno. Esto parece otro horrible comienzo. Tengo ese efecto en la gente.

—Puedo imaginármelo. —Giré para deslizarme por el espacio que nos separaba, pero tan pronto como mi cuerpo se movió, su otra mano aterrizó en la pared, atrapándome. Mi mirada regresó de nuevo a él—. Esto no es agradable —dije, mi voz apenas fue un susurro.

—Lo sé. —Su mirada se unió a la mía—. También tengo un problema importante con el espacio personal. En realidad no creo en eso.

—Aceptarlo es el primer paso. —Mi ritmo cardíaco aumentó—. Retrocede.

Negó lentamente con la cabeza.

Cogí aire profundamente mientras levantaba la mano dispuesta a empujarlo hacia atrás, pero se movió más rápido. Al momento sus dedos se cerraron alrededor de mi antebrazo. Di un grito ahogado ante lo rápidos que eran sus reflejos y lo caliente que estaba su mano.

—Por favor, dioses, dime que no tienes un problema de agresividad, también —dijo. Cerré la boca. ¿Dioses? ¿En plural? Su mirada cayó sobre el brazo que sostenía entre nosotros. Sus labios se separaron—. Estás magullada.

¿Qué? Mi mirada siguió la suya y no pude ver nada, pero me di cuenta de que estaba sosteniendo el mismo brazo que me había agarrado el día anterior. En él había unas leves marcas; sus dedos, pero apenas se veían.

—¿Cómo las ves?

—Yo te las hice. —Una emoción desconocida revolvió sus ojos mientras su mirada se dirigía de nuevo a la mía—. Perdón.

Antes de que pudiera responder, levantó mi brazo y apretó sus labios contra la piel de la parte interna de mi muñeca. Una exhalación suave salió de mí. Todo mi brazo se estremeció, incluso zumbó, cuando apartó su boca de mi piel. Deslizó su mano por mi brazo, deteniéndose alrededor de mi muñeca y pasó su pulgar por donde sus labios habían estado.

La respiración en mi pecho se aceleró.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Voy a arreglar esto como quien quita una tirita. Intentaré hacerlo lo más rápido e indoloro que pueda.

Me tensé. Aquello no sonaba bien.

—¿Sabes algo sobre dioses griegos?

Bueno. Aquella no era la pregunta que esperaba tener que responder. En realidad, no debería responderla. Necesitaba un plan para salir de esta situación, pero él seguía deslizando su pulgar en círculos de forma suave.

—¿Josie?

—Sí. Sé lo que son los dioses griegos. —Lamí mis labios, y el tono de sus ojos se aclaró mientras su mirada se centraba en mi boca. Oh, santo Dios, todo en este tío era ardiente, peligroso y absolutamente disparatado—. ¿Puedes retroceder y dejarme marchar?

—Todavía no —dijo—. ¿Entonces conoces algunos de los mitos más famosos, no? Sobre los dioses, me refiero. Lo que probablemente no sepas es que, hace mucho tiempo, los dioses llegaron a llevarse bien con los mortales.

—Uh...

—Y cuando tuvieron hermosos bebés, los llamaron semidioses. Al juntarse unos con otros y tener descendencia, aparecieron los puros de sangre. Luego, algunos puros jugaron con los mortales y crearon los mestizos —prosiguió—. Y a veces, no siempre y nadie sabe por qué, cuando un puro y un mestizo se juntan, se crea un Apollyon.

—Bueeeeno —dije.

Esa media sonrisa juguetona pero nerviosa apareció en sus labios de nuevo.

—Yo soy un Apollyon.

Abrí la boca, la cerré y luego volví a abrirla de nuevo.

—¿Eres... un polly-yon?

—Apollyon —dijo Seth, o como fuera que se llamara—. Y tú, Josie, eres algo que no se ha visto desde hace mucho tiempo.

—¿Lo soy? —chillé.

—Sip. —Se inclinó y solo dejó un centímetro de distancia entre nosotros. Mi cuerpo se calentó en apenas un instante—. Eres una semidiosa.

Me quedé observándolo, pensando que seguramente lo había oído mal, pero mientras seguía mirándome, esperando una respuesta, me di cuenta de que lo había oído con suficiente claridad.

—¿Soy una semidiosa?

Asintió.

Solté una carcajada y él se echó hacia atrás, ladeando la cabeza mientras dejaba caer mi brazo. La tensión apareció en su rostro.

—Bueno. ¿Quién te ha metido en todo esto? Quiero decir, alguien tiene que tener...

—Alguien me *ha* metido en esto, pero no como tú crees —me interrumpió, con una expresión relajada—. Ha sido tu padre.

—¿Mi padre? —Volví a reírme, pero el sonido era áspero. ¿El padre ausente? Oh, aquello era fabuloso.

—Sí, tu padre. Y tu padre es como un grano en el culo para mí y probablemente

para muchos más. Es Apolo, también conocido como dios del sol, y es un gran imbécil.

—¿Apolo? —Se me escapó otra carcajada.

Sus ojos se estrecharon.

—Los dioses son reales, Josie. Y hay todo un mundo que vive entre los mortales, muy alejado de lo que consideras normal.

El humor se desvaneció dentro de mí.

—¿Estás diciendo que soy una semidiosa? ¿Eres un Pollyanna o algo así, y mi padre es... Apolo?

—Apollyon —corrigió graciosamente—. Y ahora tú y yo tenemos a un dios de dos metros de alto, y un gran idiota si me lo permites, en común.

Seguí mirándolo hasta que finalmente encontré las palabras.

—Estás hablando en serio.

—Tan serio como que los Titanes han escapado del Tártaro, un lugar que también es real, y que ahora están buscando tu dulce trasero.

Mi mente se quedó en algún lugar entre Titanes y mi dulce trasero. No podía creer que estuviera teniendo aquella conversación.

—Eres... eres mentalmente inestable.

Se inclinó de nuevo, tan cerca que pude sentir su aliento en mi mejilla. Aquello removi6 algo dentro de mí.

—Me gustaría estarlo. Haría que todo fuera mucho más divertido, pero por desgracia, no lo estoy. Al menos, no todavía. Y sé que hay mucho que asimilar, y sería genial darte tiempo para que lo hicieras, pero tengo la sensación de que no vamos a tener ese tiempo.

Aquello no era normal. Cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, Seth todavía estaba allí. Mis palmas estaban húmedas y, en la parte posterior de mi cabeza, una pequeña y horrible voz susurró al fondo: *Has caído. Eso es. Estás totalmente loca.*

—¿Esto es real?

Frunció el ceño.

—Lo es.

No podía serlo. No había forma de que aquello fuera real. Cogí aire, pero se atascó. Miré a mí alrededor con ansias, mientras un aleteo de pánico aparecía en mi pecho. Estábamos fuera, pero noté unos muros invisibles cerrándose a mi alrededor.

Esquizofrenia. Uno de los síntomas principales eran las alucinaciones; ver cosas que no estaban allí. Podría haber conjurado a un tío bueno que pensaba que era un polly-caca.

—Necesito aire.

Fruncía el ceño.

—Tienes aire. Estás...

—¡No! —Mi voz explotó con dureza—. Necesito aire. Espacio. ¡Necesito espacio!

Durante unos segundos se mantuvo allí y el aleteo de pánico en mi pecho se convirtió en un maldito pájaro, arañándome desde el interior. Debió de leer algo en mi expresión, porque se echó hacia atrás.

Separándome de la pared, di un paso hacia la izquierda y tropecé con mi bolso. Me di la vuelta y mi pie se enredó en la correa. Seth se lanzó hacia delante, cogiendo mi brazo antes de que me envolviera más.

—Espera —dijo bruscamente, agachándose. En un segundo, quitó mi bolso de mis pies—. Ya está.

Nada más estar libre de nuevo, tiré de mi brazo y me soltó. Empecé a retroceder, intentando relajarme y que mi corazón volviera a la normalidad.

—Esto no es real.

Todo aquello era una alucinación. Mi cabeza había creado a Seth. Tal vez Jesse nunca había estado esperándome en la biblioteca. Tal vez nada de aquello era real. Sabía que era posible. Había sido testigo de episodios en los que mamá pensaba que estábamos en Nueva York o en China sin haber salido de casa. O cuando hablaba con personas que no estaban allí, manteniendo conversaciones con ellos.

Sosteniendo mi bolso en su mano, se enderezó.

—Josie...

Me di la vuelta y corrí. Corrí más rápido de lo que nunca había hecho antes, incluso más rápido de lo que Erin podía correr, y no miré hacia atrás para ver si el Apollyon me perseguía. Sentía los músculos de mis brazos tensos. La gente con la que me cruzaba era un borrón. Me pareció oír a alguien gritar mi nombre. No dejé de correr cuando llegué a las escaleras que conducían a mi dormitorio o cuando pasé los sillones ocupados en el vestíbulo. Solo me detuve cuando tuve que apretar el botón del ascensor.

Me estaba volviendo loca. Mi cerebro estaba perdido.

¿«Tienes un pelo interesante»?

¿En serio había dicho aquello? Sí, lo había hecho, y si tuviera tiempo, me daría una patada en los huevos, pero por desgracia, mi charla de revelación con la chica había ido tan bien como podría ir el caminar dentro del palacio de Hades con tiras de carne colgadas alrededor del cuello mientras llamaba a los «cachorritos» para que salieran a jugar.

Tal vez podría haberlo manejado mejor. Por otro lado, ¿cómo da uno esa clase de noticias de una forma amable? ¿Con té y galletitas? Mi estómago gruñó. Dioses, estaba hambriento.

Con el bolso de Josie en la mano, crucé el césped que rodeaba la biblioteca. Sabía dónde estaba su dormitorio, en qué piso estaba y cuál era su habitación. Podría darle algo de tiempo para digerir la información, pero había visto el pánico en sus ojos azules, tan fuerte y crudo, que pude saborearlo. Darle tiempo sería contraproducente. Utilizaría esas horas para convencerse a sí misma de que nada de aquello era real.

Apreté la mano alrededor de la correa. Lástima que no pudiera golpearle en la cabeza o algo y traspasar la verdad y el conocimiento de nuestro mundo a ella. Un truco hábil como ese sería muy útil en aquel momento.

Aún más jodido era el hecho de que, cuando mordí mi labio inferior, pude saborear su piel y eso había enviado un calambrazo a mis partes felices. No es que hiciera falta mucho para que algo así sucediera. Cualquiera podría provocar el mismo efecto, y Josie... no era mi tipo. Tenía tendencia a ir a por chicas más ardientes. No chicas *guapas* que se balanceaban entre el simple y el dulce.

Sin embargo, su pelo no tenía nada de simple.

Tampoco sus labios; carnosos. Arqueados. De aspecto suave.

O sus ojos. A pesar de haberlos heredado de su padre, siempre había algo *sexy* en ese par de ojos azul oscuro.

Además, debajo de esos jerséis gordos y anchos, parecía haber un buen cuerpo.

Mierda. Ahora mis partes felices estaban *realmente* felices.

Acababa de cruzar la mitad del jardín cuando sentí una pesadez aceitosa deslizándose por mi piel. Me detuve, entrecerré los ojos, dirigiendo mi mirada a los árboles y los estudiantes. Mi atención aterrizó en un tipo de mediana edad con un maletín. Los símbolos se movieron por mi piel en advertencia, pero incluso sin ellos hubiera sabido que algo no estaba bien en ese hombre.

Estaba de pie en medio del césped, mirándome fijamente. Bajo la pálida luz de la luna, sus labios hicieron una mueca de desprecio.

Interesante. Parecía mortal, pero apostaría mi brazo a que no lo era... al menos, ya no.

El hombre se giró, caminando rápidamente en dirección opuesta. Miré rápidamente hacia donde estaba el dormitorio de Josie, pero me di la vuelta. No me llevó mucho tiempo alcanzarle mientras pasábamos bajo un grupo de robles. Dejando caer el bolso al suelo, extendí la mano agarrándole del hombro. Una sacudida subió por mi brazo, y la sensación turbia y espesa creció.

Sí, algo en este tío *no* iba bien.

Lo giré y miré fijamente sus ojos llorosos de un color desvaído y carente de vida. Inhalando, un olor rancio a almizcle me llegó, recordándome cuando estuve en el inframundo. Un olor no muy agradable.

Golpeando el centro de su pecho, lo empujé contra el grueso tronco de un roble, apartándonos de los transeúntes que nos rodeaban.

Mi labio se curvó.

—Hueles a muerte.

La cosa dentro del hombre ladeó la cabeza hacia un lado y rio con un sonido agudo que captó parte de mi atención.

—Es curioso que conozcas el olor —dijo, su voz distorsionada como si estuviera de pie al final de un largo túnel—. Ya que tú también apestas a muerte.

Rodé los ojos.

—Guau. Eso ha sido una respuesta inteligente.

—Jódete —gruñó.

—Incluso más ingeniosa que la anterior. Apuesto a que puedes mantener una conversación realmente profunda cuando quieres. Hablaremos sobre la economía y toda su mierda después.

La cosa que parecía un hombre sonrió.

—Estoy seguro de que Hades se lo pasará en grande una vez te conviertas en su juguete personal para toda la eternidad. —Se rio mientras mi mano se apretaba alrededor del cuello de su camisa—. ¿Qué? Todos conocen el trato que hiciste, Apollyon.

Mis ojos se entrecerraron mientras miraba por encima de su hombro. Tenía que haber una razón por la que olía como si hubiera pasado por el inframundo y se hubiera rociado a sí mismo con colonia de muerte con un toque extra del río Estigio. Mi mirada se dirigió de vuelta a su rostro mientras recordaba lo que Apolo había dicho sobre los Titanes escapando del Tártaro.

—Eres una jodida *sombra*.

Arqueó una ceja y esos ojos desvaídos se volvieron completamente negros.

—Y llegas demasiado tarde.

La cosa lanzó su cabeza contra el árbol con tal fuerza que el cráneo del hombre crujió. Abrió la boca y se marcó un *Supernatural* —la serie que Deacon siempre miraba cuando me encontraba en un radio de veinte kilómetros—. Humo negro salió, envolviendo los árboles y oscureciendo las ramas antes de desaparecer en la noche. Aparté la mano y el hombre cayó al suelo, muerto.

Miré el cuerpo. Junto a él había un maletín. En él estaban grabadas las letras Ph. D. detrás de un nombre.

—Bueno, genial.

Girándome, cogí el bolso del suelo y seguí mi camino. Las sombras estaban en el campus y no tenía ninguna duda de que habían escapado con los Titanes. Lo que significaba que era muy posible que los Titanes fueran conscientes de la ubicación de Josie.

Seguí las sombras más gruesas, moviéndose más rápido de lo que los mortales podrían registrar, convirtiéndose en nada más que una ráfaga de viento hasta encontrar el camino pavimentado que conducía al Muse Hall.

Desacelerando, subí las escaleras y abrí la puerta, esperando que Josie se hubiese calmado. Lo último que necesitaba era que se asustara y saliera corriendo hacia las colinas mientras había unas malditas sombras vagando por el campus, o peor aún, un posible Titán o dos o cinco.

Mientras me dirigía hacia los ascensores, una morena se dio la vuelta desde donde estaba sentada en el brazo del sofá. Las esquinas de sus brillantes labios se alzaron mientras su mirada me seguía a través del vestíbulo. Pude ver su pecho nada más girarse. El jersey escotado enseñaba lo necesario para llamar mi atención.

Maldición.

Cuando entré en el ascensor me sentí algo molesto. Una sonrisa apareció en mi rostro cuando me di la vuelta, mientras las puertas se cerraban. La chica seguía mirándome. La saludé y me centré en temas menos interesantes, pero, por desgracia, más importantes. Como la forma de convencer a Josie de que aquello era real y que ninguno de nosotros estaba loco, antes de que otra sombra —o algo peor— apareciera.

Por lo que sabía sobre las sombras, podían poseer cuerpos mortales y podían hacer casi cualquier cosa. También eran peligrosos en su forma de espíritu. Podrían matar a mortales fácilmente, por lo que se planteaba la siguiente cuestión: ¿por qué Josie seguía vivita y coleando si las sombras ya estaban aquí? ¿Por qué no se la habían llevado? A menos que eso significara que sus órdenes fueran no matar a los semidioses.

O tal vez la burla de la sombra, diciéndome que ya era muy tarde, significaba que Josie yacía en algún lugar, desangrándose.

—Mierda —susurré, queriendo lanzar el bolso contra las paredes del ascensor. Dudaba de que Apolo estuviera encantado si ya fuera demasiado tarde. La inquietud se agitó en la boca de mi estómago, y sentí el pesar ascender. Aparte de ser algo histérica y llamarme Pollyanna, parecía una chica genial.

Sin embargo era una chica guapa y genial, con una corta esperanza de vida, pues tenía a los Titanes tras ella.

Cuando las puertas se abrieron, crucé el pasillo en dirección a su habitación al final del mismo. Pude llegar en apenas unos pasos, pero entonces sentí «algo» con un

montón de éter, más del que un puro tendría, incluso más que el que tenía yo.

Eso significaba que en algún lugar en aquella planta había algo muy divino. No era un puro o un mestizo, y definitivamente no era otro Apollyon, ya que yo era el único en la Tierra en aquel momento. Además, no era la misma sensación que había tenido cuando descubrí la sombra. La sensación aumentó cuando llegué a la puerta de Josie y, mientras agarraba el pomo, maldije en voz baja. Sí, había algo con una gran cantidad de éter y estaba en su habitación. Maldición. Sentí el deseo de drenar el éter. Normalmente podía ignorar el impulso que aparecía cada vez que Apolo se presentaba, pues su estupidez eclipsaba todo lo demás.

Pero joder. Era como la compulsión de un maldito daimon buscando una dosis.

Y eso me molestó.

Girando el pomo de la puerta, utilicé el elemento fuego y derretí los engranajes internos. Ábrete Sésamo. Hubo un chirrido en el interior de la habitación mientras entraba, cerrando la puerta detrás de mí. No me llevó mucho tiempo encontrar a Josie, ya que la habitación era del tamaño de una caja de zapatos. Estaba sentada en la cama que quedaba a mi derecha, con la espalda apretada contra la pared, los ojos muy abiertos y el cabello multicolor colgando sobre sus hombros. Su rostro estaba pálido como el de un daimon.

—Te he traído el bolso —anuncié, arrojándolo para que cayera en una colchoneta azul que estaba en el suelo.

—Mierda —susurró, parpadeando varias veces—. No eres real. No eres real.

Suspiré, cambiando de postura.

—No vayamos con esto de nuevo.

Abrió la boca, pero en ese momento la puerta estrecha a los pies de su cama se abrió. Pensé que era la puerta de un armario, pero no podía serlo, a menos que una chica semidesnuda estuviera escondida allí.

Si era así, aquel era mi dormitorio ideal.

Sin embargo, nada más echarle una ojeada a la chica alta con pantalones cortos que apenas cubrían y un sujetador deportivo, supe que había encontrado la fuente de todo el éter de los dioses.

La chica parecía tener la edad de Josie, que basado en lo que Apolo había dicho, tenía que estar cerca de los veinte. Su cabeza se giró hacia mí. El movimiento parecía el de una cobra a punto de atacar.

Mis músculos se tensaron. Nuestros ojos se encontraron como dos toros listos para chocar sus cuernos.

—¿Lo ves? —preguntó Josie, agarrando la manta con fuerza—. ¿Lo ves, Erin?

—Sí, lo veo. —Cuadrándose frente a mí; era como si una pared de furia al rojo vivo irradiara de ella, prácticamente cubriendo la habitación al completo.

—¿Te conozco? —le pregunté.

Sus rasgos se afilaron mientras abría los labios, dejando al descubierto los dientes de tiburón.

—Has matado a una de mis hermanas.

—¿Qué? —chilló Josie.

Miré a la chica. Durante el tiempo que estuve con Ares, yo... había matado a mucha gente. Algunos puros. Algunos mestizos. Algunos eran incluso mortales. Básicamente, cualquier persona que se hubiera entrometido. No había mucha diferencia entre eso y lo que hacía ahora para los dioses.

—Vas a tener que darme algún dato más.

Se echó hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada, y sí, tal vez podría haber sido un poco más sensible con mi solicitud de información adicional, pero era un imbécil y, aparentemente, todos los demás también lo sabían.

La sonrisa que apareció en su rostro era casi agradable, excepto por los dientes afilados. Entonces, la chica que se hacía llamar Erin, dio un paso adelante eliminando su fachada mortal.

Su carne se volvió gris turbio, eliminando el tono dorado de su piel. Alas grises brotaron de su espalda, alcanzando al menos unos dos metros. Eran impresionantes. Sus dedos alargados formaron unas garras que podrían destripar a alguien con un giro de muñeca. Su cabello negro ondulaba alrededor de su cabeza, formando un millar de pequeñas serpientes negras que giraban en el aire. Los oscuros ojos desaparecieron y aparecieron unos completamente blancos.

—Oh, Dios mío —susurró Josie, parecía querer fusionarse con la pared detrás de ella—. Dios mío. Dios mío.

—Furia —gemí—. ¿En serio?

Erin. El nombre me parecía gracioso, teniendo en cuenta que la palabra griega para furia era *Erinyes*. Se levantó del suelo.

—Sí —escupió—. En serio.

Cualquier rastro de culpa que había sentido instantes antes por haber matado a su hermana, se había esfumado de golpe. Malditas furias. Sí, había matado a una de ellas cuando estuve completamente lleno de éter, pero dioses, esas perras habían estado jodiéndome desde mucho antes, cuando aún era buena persona. Las furias eran utilizadas por los dioses para buscar a aquellos que habían escapado de la justicia, y eran un signo de un muy infeliz panteón. Solo podía haber una razón por la que ella estuviera aquí: para proteger a Josie. Tenía que recordarlo.

—Bueno. Así que maté a tu hermana. Pero, ¿cuántas más tienes? ¿Cientos?

Dejó escapar un ruido sordo de advertencia.

—Debería arrancarte los intestinos y encadenarlos al techo.

Arqueé las cejas.

—Qué cuadro tan bonito.

—Esto no es real —dijo Josie, separándose de la pared, preparada para saltar de la cama—. Esto no puede ser real.

—Oh, es real. Tu compañera de cuarto es una furia. —La criatura se movió hacia un lado, bloqueando la salida a Josie mientras esta se ponía de pie, obligándola a

alejarse de mí. Sospechas confirmadas—. Y Apolo la ha enviado.

La furia rio, dejando al descubierto sus atractivos dientes.

—Chico, eres un Apollyon inteligente.

El *Akasha* apareció en mi piel, como un reflejo de la luz dorada a lo largo de mi antebrazo derecho.

—¿Quieres unirte a tu hermana?

Siseó.

—Me gustaría verte intentarlo.

—¿Qué está pasando? —susurró Josie.

La energía crepitó a mi alrededor y la luz del techo parpadeó. Trozos de papel levitaron a nuestro alrededor. La furia dio un paso adelante, deslizándose hacia mí con sus garras afiladas. Giré hacia un lado y me hundí bajo su ala, alzándome de nuevo dejando a Josie detrás de mí y a la furia delante de la puerta.

—Ah, estás empezando a irritarme —advertí, esquivando su pierna mientras intentaba darme. Di un paso adelante, agarrándola del tobillo, y dejé salir suficiente *Akasha* como para enviar una suave sacudida contra ella. Gruñó. Liberando su tobillo, atrapé su mano antes de que me diera en la cara—. Ya basta.

La rabia salió de ella mientras dirigía su otro brazo hacia mí. Atrapándolo, tiré de ella hacia abajo dejándola de pie en el suelo de nuevo.

—¿Qué está pasando? —chilló Josie.

Me agaché lanzando una patada, barriendo las piernas de la furia. Cayó al suelo con las alas plegadas. Salté hacia delante y mantuve sus piernas inmóviles. Agarrando sus muñecas, la inmovilicé. Debía mantener esas malditas garras lejos de la cara.

—Debes ser joven si este movimiento te ha derribado.

—Soy la más joven de mis hermanas, estúpido —escupió de nuevo—. Pero eso no va a detener...

—Maldita sea. —Levanté la cabeza mientras Josie nos rodeaba, tropezando cuando la puerta se abrió de golpe. Y entonces se detuvo.

Debajo de mí, la furia utilizó la distracción para tomar ventaja. Rodando sus poderosas caderas, me quitó de encima justo cuando el pesado olor a muerte entraba en la habitación. Una sombra.

Aterricé sobre mi costado y rodé, mientras las garras de Erin se acercaban, excavando y rasgando la alfombra. Dioses, no le gustaba ni un poquito. Poniéndome de pie, me lancé hacia atrás mientras sus uñas afiladas rasgaban la parte delantera de mi camisa, cortándola sobre mis abdominales. Ardiente dolor estalló en mi estómago.

Estaba *realmente* cansado de aquella mierda.

Levantando el brazo, solté una descarga de *Akasha*. La luz azul brillante crujió como un rayo cuando chocó contra su pierna, haciéndola gritar. Golpeó la pared junto a la cama tras el impacto y el yeso se agrietó. Por inercia, me agaché y giré cuando la furia voló por encima de mi cabeza.

—¡Josie! —grité, al verla caminar directa a la cosa que estaba en la puerta como si fuera su propio salvador personal—. ¡No!

Se dio la vuelta hacia mí mientras el hombre, que se parecía a un estudiante promedio, la agarraba.

—Ven conmigo —dijo, envolviendo su mano alrededor de su muñeca. Le retorció el brazo con fuerza, sus ojos poniéndose completamente negros, y la chica gritó cuando tiró de ella hacia él.

Me lancé hacia adelante mientras Erin, *por fin* se daba cuenta del cambio en la situación. Giró, buscando la sombra, mientras sus alas rugían a través del aire, justo en el momento en que Josie se liberó. Un ala la golpeó en el pecho levantándola en vilo. Me dirigí hacia ella, pero ya era demasiado tarde. Chocó contra las persianas que cubrían la estrecha ventana. El cristal se agrietó y empezó a caer. Maldición. Me deslicé por el suelo, atrapándola por la cintura antes de que se cayera sobre la alfombra. Le di la vuelta, tirando de ella hacia mi pecho, parando yo el golpe. Dejándola en el suelo, deslicé una mano bajo su cuello mientras enderezaba su cuerpo.

Unas pestañas gruesas, de un marrón muy oscuro, revolotearon sobre sus mejillas. Su piel estaba pálida. Puse una mano entre sus pechos; sus latidos se mantuvieron estables bajo mi palma. Rápidamente aparté los dedos, haciendo caso omiso del movimiento de su pecho, mientras comprobaba su caja torácica. Tal vez la palabra clave era «intentaba» hacer caso omiso de la curva de sus pechos, que lucían más llenos de lo que esperaba.

En ocasiones era un total y jodido cretino.

Rechinando los dientes, extendí la mano y quité la masa espesa de cabello de su frente. Nada parecía roto. Inconsciente, pero aún con vida... por ahora.

Levanté la vista en el momento en el que la furia atrapaba a la sombra por el estómago. La sangre corrió, y estalló. La sombra echó su cabeza hacia atrás, liberándose en un humo negro que se estrelló contra el techo, haciendo vibrar las paredes.

—Oh, no creo que lo hagas —dijo la furia, abriendo la boca. Su pecho se hinchó mientras inhalaba. El humo negro se mantuvo inmóvil.

La furia inhaló de nuevo y la sombra se contrajo, siendo aspirada a través de su amplia boca. Su garganta se hinchó mientras la última voluta de humo desaparecía en el vientre de la furia.

—Sí —murmuré, pasando los dedos por el pelo de Josie—. Eso ha sido... asqueroso.

Se dio la vuelta hacia mí, pero su mirada se posó en el cuerpo tendido de Josie. Inmediatamente, cambió de nuevo a su forma mortal mientras se dejaba caer al otro lado de ella. Se acercó a Josie, pero por alguna razón que desconocía, moví una mano a la nuca de Josie y la otra a su cadera, acercándola a mi regazo. La mirada que le envié a la furia debió dejarle claro lo que pensaba, pues se apartó.

Sostuvimos nuestras miradas una vez más y luego suspiró. Hundió la barbilla, mirando al suelo y dijo:

—La han encontrado.

Sabía que estaba soñando, porque estaba en casa, sentada en la mesa de roble dorada en la vieja cocina de estilo rural de casa de mis abuelos, además llevaba una versión adulta del vestido rojo que había adorado y llevado casi todos los días durante varios meses antes de que mi abuela me lo quitara. La parte de la falda era roja con volantes blancos, y la superior tenía un lazo rojo, también lleno de volantes blancos que formaban una V a cada lado. Cuando tenía cuatro años, aquel atuendo había sido precioso —adorable incluso—, pero con veinte años, ya no lo era tanto.

Mamá estaba sentada frente a mí, luciendo joven y vulnerable, mientras observaba su taza de té. Mi respiración se detuvo cuando inclinó la taza a un lado.

Oh, Dios, recordaba aquella mañana. Nunca la olvidaría.

Cerrando los ojos con fuerza, los reabrí y encontré a mi madre observándome. Abrió la boca y todos los músculos de mi cuerpo se esforzaron queriendo levantarme, pero estaba enraizada a mi asiento en ese maldito vestido de vaquera, reviviendo la mañana de hacía dieciséis años.

—Estás destinada a hacer algo grande, cariño. —Sus profundos ojos marrones vagaron por mi cara, desenfocados—. Tienes que estarlo. Sigo diciéndome que esa es la razón por la que estás aquí. Tiene que haber una razón por la que mi vida terminó cuando comenzó la tuya. Tiene que haber un punto en todo esto.

Al igual que antes, cuando escuché por primera vez esas palabras, un dolor muy real se deslizó a través de mi pecho. A los cuatro años, no entendía lo que esas palabras significaban, que yo no estaba planeada y que era un error, pero había sentido su significado y había sabido en ese momento que mi madre no me quería. Sabía que me amaba, pero no me había querido.

La cocina se volvió borrosa mientras el sueño se desvanecía, antes de que la abuela entrara. Incluso mientras abandonaba el sueño, existiendo en algún lugar entre dormida y despierta, recordé que la abuela había oído a mi madre, y no le había gustado nada. Mi madre se pasó el resto del día en su habitación, y mis abuelos me llevaron a comer un helado.

La conciencia volvió a mí mientras cogía aire. En el fondo de mi mente tenía una persistente sospecha de que había algo más importante a lo que debía prestar atención, algo diferente a lo que había entendido en sus palabras, años atrás.

Unas pisadas cercanas resonaron en mis oídos y me obligaron a abrir los ojos, intentando enfocar lo que me rodeaba. El techo era desconocido. Satinado blanco, con pulidas vigas a la vista; era mucho más elegante que el falso techo de mi dormitorio. Mi mirada se movió, pasando de un gran ventilador de techo a una pantalla plana del tamaño de un coche pequeño y por último a la gran mesa debajo de ella.

Aquel no era mi dormitorio y, ahora que lo pensaba, la cama de mi dormitorio no era una esponjosa nube de algodón ni tampoco lo eran las sábanas o la manta suave que prácticamente me tapaban hasta la barbilla.

Mierda.

Dirigí mi mirada a la izquierda, a una puerta que estaba entreabierta. Vi un cuarto de baño enorme. Con el corazón latiéndome a tope, miré a mi derecha y abrí la boca sorprendida.

Seth estaba junto a un gran ventanal. Las persianas estaban subidas y las cortinas abiertas. Era de noche, ¿pero quién se preocupaba por eso? Estaba sin camisa. Observaba el exterior, de espaldas a mí, exhibiendo toda esa piel dorada.

Los músculos a lo largo de su espalda y hombros se movieron, flexionándose, y haciendo un sinfín de cosas fascinantes mientras pasaba una toalla blanca por su cabello mojado. Cuando bajó los brazos, los extremos de su pelo rubio rozaron sus hombros. Se dio la vuelta, y buen Dios, los pantalones para hacer deporte que llevaba colgaban tan abajo sobre sus caderas que era casi indecente.

Ese chico había trabajado su cuerpo o era algo más.

A cada lado de sus caderas, tenía aquellas hendiduras que pedían ser tocadas, y luego estaban sus abdominales. ¿Paquete de seis? ¿Era posible que fueran ocho? Al parecer sí. Me apostaba lo que fuera a que podría haber hecho la colada de una semana sobre su estómago. Probablemente, sería mucho más divertido lavar la ropa sobre él que en la lavadora. No era casi perfecto, si no completamente perfecto; el cuerpo se completaba con unos pectorales increíbles. Eran irreales, pero totalmente...

—¿Quieres tocar?

Sorprendida, levanté la vista hacia su cara mientras me ponía roja de pies a cabeza.

—¿Di-disculpa?

Sus labios se curvaron hacia arriba y sus bíceps se tensaron mientras arrojaba la toalla a través de la habitación. Se acercó al borde de la cama, con los brazos a los costados, totalmente cómodo con su parcial desnudez. Por otro lado, a mí también me gustaría ir medio desnudo por ahí si fuera chico y tuviera un cuerpo como ese, así que...

—Te has quedado embobada mirándome durante tanto tiempo que he pensado que querrías tocar —repitió, y mi cara empezó a arder.

—No quiero tocar. Y no estaba mirando.

La media sonrisa se propagó.

—¿No lo estabas?

Negué con la cabeza.

—No, no lo estaba. Solo estaba... perdida en mis pensamientos. —Apartando un mechón de cabello de mi rostro de un soplido, me senté en la cama—. Y es de mala educación dejar ver que sabes que te están mirando.

Arqueó una ceja cuando cruzó los brazos sobre su pecho. ¡Caramba! Más

movimiento de músculos.

—¿No es más grosero estar mirando a alguien?

Pude ver un pezón asomándose por encima de sus brazos. ¿Quién iba a saber que el pezón de un hombre pudiera ser tan... atractivo? La piel era plana, oscura, y el pez...

—Creo que estás equivocada —replicó secamente—. Y estás mirándome. De nuevo.

¡Mierda! Lo estaba haciendo. Me obligué a dirigir mi mirada hacia el edredón color verde bosque.

—No estaba mirando. Estaba aturdida de nuevo. Tengo la costumbre de aturdirme. Así que no te hagas ilusiones.

—Me halagas.

Resoplé.

—Así que, déjame adivinar. ¿Te gustan las cosas brillantes?

—¿Qué? —Lo miré de nuevo, pero esta vez mantuve la mirada en su rostro—. ¿Cosas brillantes?

Ahora sonreía abiertamente.

—Sí, cosas brillantes. Como si tuvieras un trastorno de déficit de atención. Tu padre es muy propenso a ello.

—Mi padre... —Me detuve cuando el último par de horas volvió de nuevo a mi mente—. ¡Oh, Dios mío! —Ahí estaba yo, sentada mirando a aquel chico y discutiendo sobre cosas brillantes cuando todo mi mundo había explotado dentro de la locura.

Seth se acercó a la cama.

—¿Vas a espantarte y salir corriendo de nuevo? Si es así, me gustaría ponerme unos zapatos antes.

Ignorándolo, presioné la palma de mi mano contra mi frente mientras miraba el edredón de nuevo. Mi cabeza giraba como si hubiera bebido media botella de tequila en menos de una hora. Mi estómago se revolvió y tragué el repentino aumento de náuseas. Recordé estar fuera de la biblioteca y la extraña manera en que Jesse actuó mientras Seth le decía que se fuera. Recordé todas las locuras que Seth me había dicho, y recordé haber corrido a mi dormitorio, a Erin y... santa mierda, ¿en qué se había convertido? ¿Un murciélago gigante?

«Comienza con algo pequeño», me dije a mí misma cuando mi ritmo cardíaco se aceleró. Necesitaba empezar con cosas pequeñas.

—¿Dónde estoy?

—Estás en mi habitación de hotel. A casi tres kilómetros del campus. —Hizo una pausa—. Estás a salvo aquí.

¿A salvo de qué? Oh, sí, criaturas voladoras, Titanes y chicos con ojos espeluznantes de color negros.

—¿Me... desmayé? —Eso fue un poco vergonzoso.

Asintió.

—Te golpeaste la cabeza. Te pusiste en el camino de un ala o algo así. Sé que es demasiado a lo que hacer frente —continuó en voz baja, como si cualquier ruido fuerte fuera a devolverme al estado de pánico—. Todo lo que creías saber sobre el mundo es incorrecto y bla, bla, pero de verdad, no tengo tiempo para que vuelvas a asustarte. Como te dije, estás a salvo, pero solo por ahora. Esa cosa que viste era una sombra, un alma que escapó del Tártaro junto con los Titanes. Son peligrosos en su forma de espíritu y también pueden poseer cuerpos mortales. No era el único, pero eso no viene al caso. Saben que estás aquí, lo que significa que *ellos* saben que estás aquí.

Bajando mi mano, lo miré con dureza.

—Guau.

Levantó un hombro.

—Es la verdad.

Bajé la vista y fruncí los labios.

—¿Puedes ponerte una camiseta?

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

—No.

La frustración aumentó, mezclándose con confusión, ya que mi cabeza trataba de ponerse al día con todo. La negación empezó a formarse en la punta de mi lengua, pero aparté la mirada y negué lentamente.

—¿Crees que nada de esto es real? —preguntó, y la cama se hundió mientras se sentaba a mi lado. Ni siquiera lo había oído moverse—. Estás despierta. Y estás teniendo una conversación conmigo otra vez. —Extendió la mano, arrastrando sus dedos sobre mi antebrazo—. Y sientes eso, ¿verdad? Es real.

Cogí aire entrecortadamente. Sí, sentí un hormigueo que viajó hasta la punta de mis dedos.

—Mi madre está enferma —espeté, y aparté su mano mientras inclinaba la cabeza hacia un lado. Mechones húmedos se aferraban a su mejilla. Mis dedos se cerraron alrededor del edredón verde—. Tiene una enfermedad mental, esquizofrenia. Había momentos en los que tenía episodios que duraban días y alucinaba con personas y lugares. La esquizofrenia puede ser hereditaria.

Su mirada dorada se dirigió a mi rostro, intensa y extraña.

—¿Y crees que eso es lo que es esto? ¿Que tienes esa enfermedad?

Pasó un momento mientras la vergüenza recubría mis mejillas. El desarrollo de la enfermedad era uno de mis mayores miedos, porque sabía de primera mano lo difícil que era tratar con eso.

—No sé qué creer. —Estaba confusa y tenía la garganta seca. Recordé golpearme con una pared—. Tal vez es una conmoción cerebral y...

—No tienes una conmoción cerebral. Te examinamos.

Nosotros. Un aire frío se extendió por mi pecho mientras los acontecimientos en

mi habitación se reproducían en mi mente.

—Erin. Oh por Dios. ¿Qué... qué es ella?

Seth puso una mano sobre la cama junto a mis piernas mientras levantaba la otra, pasándose los dedos por el pelo, aún húmedo.

—Es una furia. Suelen ir detrás de los que han escapado del juicio final. Los dioses las utilizan como un sistema de alerta. Tu amiga puede ser bastante viciosa, como viste. Las furias no son ninguna broma. Tampoco son mis mayores fans.

Una furia. Mi amiga y compañera de habitación era una furia. Una risa se me escapó y se desvaneció rápidamente, cuando una sensación de vacío se abrió paso en mi pecho.

—¿Es realmente mi amiga?

Sus cejas se levantaron.

—Diría que sí. Es muy protectora contigo. Deberías haber visto cómo se puso cuando te levanté. No fue divertido.

No dije nada, porque dudaba de que él lo entendiera, pero todo lo que Erin me había dicho debía ser una mentira si ella era una especie de furia. No sabía si debía reír o llorar.

—¿Dónde está?

—Había que hacer limpieza antes de salir. Está recogiendo tus cosas, pero eso no es realmente importante en este momento. —Se acercó más y nuestras miradas se encontraron—. Voy a intentarlo de nuevo, ¿de acuerdo?

Presionando mis labios juntos, asentí. Mis nudillos empezaron a doler de la fuerza con que apretaba la manta.

—Tu padre es Apolo y eso te hace una semidiosa.

—Pero... no soy especial —dije, y entonces me di cuenta de lo patética que sonaba cuando él sonrió—. Quiero decir, los semidioses tienen poderes, ¿verdad? Recuerdo haber leído acerca de Hércules y otros. Eran súper fuertes, y yo ni siquiera puedo correr un kilómetro sin quedarme sin respiración o que me dé un calambre en la pierna.

—Bueno, es bueno saberlo, en caso de que necesite que corras rápido. —Eché una mirada suave en mi dirección—. Tus habilidades se limitaron cuando naciste, junto con las de los otros.

—¿Otros?

Asintió.

—No sé cuánto sabes sobre mitología Griega, pero solo la mitad de lo que enseñan en las escuelas mortales es verdad. Lo único que necesitas saber es que los dioses son muy poderosos y superan las habilidades del pensamiento cognitivo.

—Um. —Un dolor comenzó en mis sienes—. Magnífico, entonces.

—Ellos hacen cosas sin realmente pensarlo antes, y es por eso por lo que estamos en esta situación ahora —continuó mientras volvía la mirada hacia la ventana abierta.

No estaba segura de estar lista para conocer la situación.

—Y tú no eres un semidiós. ¿Eres el Apollyon?

—Apollyon —dijo, suspirando—. Como te dije antes, mi madre era una pura y mi padre un mestizo. No lo conocí.

—Yo tampoco conozco a mi padre. —Cuando me miró, sentí mis mejillas calentarse—. Bueno. Tú ya sabes eso. Al parecer tenemos eso en común, ¿no es así?

Sus ojos brillaron de un ámbar centelleante, sorprendiéndome con su intensidad.

—Tú y yo podemos tener algunas cosas en común, pero no somos para nada iguales y no hay nada que nos una.

Me apoyé contra la cabecera de la cama enfadada. No estaba muy segura de por qué, pero el tono de sus palabras había sido duro.

—No intentaba conectar contigo.

Volvió la mirada hacia la ventana y no dijo nada durante un largo rato.

—No todo puro y mestizo que se juntan crean un Apollyon. Por lo general, hay algún tipo de intervención divina, pero las relaciones entre puros y mestizos estaban prohibidas debido a la amenaza de que naciera un Apollyon.

Apartando la presión del aguijón de sus palabras anteriores, me centré en lo que era importante.

—¿Por qué?

—Se supone que debe haber solo un Apollyon en cada generación. Somos tan poderosos como un semidiós, capaces de controlar los cuatro elementos; aire, agua, fuego y tierra, y nosotros controlamos el quinto, *Akasha*. Pero cuando hay dos Apollyons, podemos... estamos conectados de una manera que es difícil de explicar. Podemos tomar la energía del otro y uno de nosotros, si hacemos un cierto ritual sobre el otro, podemos llegar a ser un dios Asesino, algo que un semidiós no puede hacer. Y ser un dios Asesino significa básicamente lo que imaginas. No hace falta decir que los dioses no están emocionados cuando hay dos Apollyon, por ese potencial peligro.

Todo esto era Griego para mí. Literalmente. Pero era fascinante.

Girando la cintura, me miró de nuevo.

—Voy a darte la versión corta de lo que pasó.

Estaba sorprendida de que no dijera que iba a darme la versión para principiantes, pero mantuve la boca cerrada.

—Yo no debería haber nacido —afirmó enfáticamente.

—Guau. —Mis ojos se abrieron—. Eso es un poco duro. —Y también un poco demasiado cerca de mi vida para mi gusto.

Se encogió de hombros, pero había una dureza en su mandíbula que decía que le afectaba más de lo que demostraba.

—Ya había otro Apollyon programado para nacer. Todos los Apollyon deben ser descendientes de Apolo, de una forma u otra. Pero nací antes... antes que ella, y me educaron para ser el Apollyon, entrenado para combatir desde el momento que pude caminar. Mi deber era intervenir y manejar situaciones que los Centinelas no pudieran

manejar.

»Los Centinelas son mestizos y puros que entrenan para mantener las cosas en orden, para asegurarse de que nadie enloquezca y que el mundo de los mortales se mantenga ajeno a lo que coexiste entre ellos. Hay un conjunto de sociedades, escuelas, universidades, comunidades, clubes..., como lo llames. Están por ahí y los mortales no tienen idea de nada, Joe.

Fruncí el ceño.

—No me llames Joe. No soy un chico.

Seth me ignoró.

—De todos modos, me criaron creyendo que era el único Apollyon. Hasta que me llevaron a la Isla Deity, una pequeña isla frente a la costa de Carolina del Norte. Entonces conocí a la otra y... Bueno, todo fue cuesta abajo desde allí. Los dioses sabían que yo no tenía que ser el Apollyon y sabían que uno de los suyos estaba buscando traicionarlos. Resultó que fue Ares quien se aseguró de que yo existiera. Quería apoderarse del mundo, traer de vuelta los días de gloria cuando los dioses gobernaban no solo el Olimpo, sino también el reino de los mortales.

La sorpresa me recorrió. ¿Ares era real? Buen Dios.

—Los dioses tomaron precauciones cuando nació. Sabían que necesitaban un plan de respaldo en caso de que uno de los Apollyon se convirtiera en el dios Asesino, así que crearon doce semidioses, limitaron sus poderes y los dejaron solos. Tú eres uno de ellos.

Mi cabeza daba vueltas otra vez.

—Por lo tanto, ¿soy básicamente el Plan B?

—En realidad, eres básicamente el Plan C.

Bueno, maldita sea. ¿Mi nacimiento fue el Plan C?

—Luchamos contra Ares hace un año. Una de las formas en que luchamos contra él fue liberando uno de los Titanes del Tártaro —explicó, y en lo único que podía pensar era «mierda». ¿*El Tártaro es real?* ¿Y el que rema la barca?—. Fue un plan de mierda desde el primer momento. Perses terminó liberando a más Titanes después de que derrotáramos a Ares, porque todos los dioses se debilitaron al vencer a Ares. Debido a algún tipo de mierda cósmica, solo los semidioses pueden volver a ponerlos en su lugar. Así que el Plan C se está poniendo en marcha. El Tártaro no es el infierno. Es una mezcla de lo bueno, lo malo, y algo en el medio. Y sí: una vez que los seis restantes semidioses estén juntos, sus poderes se desatarán.

—Espera. ¿Los seis restantes? ¿Pensé que había doce?

—Había doce. Ares acabó con algunos de ellos. —Puso su mano sobre la mía, lo que me hizo saltar. Una leve sonrisa cómplice apareció en sus labios mientras fácilmente arrancaba una de mis manos de la manta. Su mano soltó la mía y se dirigió hacia la otra mientras un escalofrío me recorría—. Hay seis, pero parece que los Titanes tienen a dos de ellos. No están muertos. Todavía no.

No estaba segura de qué quería saber, pero hice la pregunta.

—¿Qué quieren los Titanes de ellos?

Sus pestañas bajaron, protegiendo su mirada.

—Los Titanes están débiles y pueden alimentarse de dioses y semidioses para recuperar su fuerza.

—¿Alimentarse? Oh, por Dios.

Inclinó la cabeza hacia un lado y levantó sus pestañas.

—Pueden drenar el éter de los semidioses, que es lo que hace que nuestra sangre sea diferente a la de los mortales. Los dioses tienen más éter, seguido por los semidioses, los Apollyon, los puros y luego los mestizos.

Ahora que mis manos no estaban apretando nada y él todavía sostenía una, no sabía qué hacer con ellas.

—Esa es mucha información que procesar.

—Sí, bueno, *tienes* que lidiar con esto.

—Lo hago —contesté—. Lo estoy intentando.

Su mano se deslizó hasta mi muñeca y la simple caricia envió una onda de calor a lo largo de mi brazo.

—No estoy seguro de si lo estás haciendo o si todavía crees que estás alucinando con elefantes rosados. O bien, en tu caso, sería un Pegaso rosado. Y sí, Pegaso es real. Nunca lo he visto personalmente, pero está por ahí.

—No debería haberte dicho eso —repliqué. Su pulgar suavizó el interior de mi muñeca—. ¿Y puedes dejar de tocarme?

Su sonrisa se extendió mientras alejaba lentamente su mano de mi muñeca. Un momento después se inclinó. Inhalé bruscamente. Su aroma... había algo intoxicante respecto a él. Estaba cerca, tan cerca que si me movía un centímetro hacia adelante, nuestras narices estarían tocándose. Y no sería lo único tocándose.

—Tengo que asegurarme de que entiendes todo lo que te he dicho —dijo, su mirada brillante inmóvil en la mía—. Porque saben que estás aquí. Es por eso que las sombras están aquí, por eso una de ellas estaba en tu habitación.

—Era otro estudiante. Creo que él... vivía en el séptimo piso.

—Ahora no es nada.

Me estremecí. Mi estómago se revolvió.

Un músculo vibró a lo largo de su mandíbula.

—Eso ha sido un poco insensible por mi parte. —Hubo una breve pausa, las siguientes palabras sonaron casi forzadas—. ¿Era amigo tuyo?

—No lo conocía bien, pero eso no importa. Era una persona, viviendo y respirando, y ahora... —Y como él había dicho, ahora no era nada—. Esto no puede ser bueno. Nada de esto.

Sacudió la cabeza y su cabello se deslizó sobre sus mejillas. El movimiento lo puso aún más cerca.

—No, Josie, nada de eso es bueno, y aún hay más.

—¿Hay más? ¿Cómo es posible que haya más? ¿O los Transformers también son

reales? ¿O extraterrestres? ¿Qué pasa con las hadas y los vampiros y...?

—Josie —murmuró.

—¿Qué? —Quería lanzar mis manos al aire, pero terminaría pegándole si lo hacía—. No creía que existieran los dioses y son reales, ¿por qué no todo lo demás?

Arqueó una ceja.

—Tu padre teme que Hyperion vaya a por ti. Es un Titán que tu padre sepultó.

Mi estómago se retorció.

—¿No es eso por lo que la... la sombra estaba aquí?

Sacudiendo la cabeza, encontró mi mirada.

—La sombra podría haber estado explorando para cualquier Titán. Después de todo, están buscando cualquier semidiós. —Cuando me estremecí, su expresión permaneció impasible—. Pero Hyperion cuenta con una venganza dura para Apolo y existe la posibilidad de que vaya a por ti para conseguirlo. No quieres que eso ocurra.

—No —estuve de acuerdo. Mi cabeza empezaba a girar de nuevo. Las paredes de la habitación estaban cada vez más cerca—. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que tu vida cambia en este momento. Tienes que irte de aquí, y es ahí donde entro yo. Mi trabajo es llevarte al Covenant, que es una fortaleza en Dakota del Sur, donde Apolo cree que estarás a salvo.

La sensación de dar vueltas se detuvo, pues mi estómago tocó fondo.

—¿Dakota del Sur? Ni siquiera estoy segura de poder señalar dónde está Dakota del Sur en un mapa.

La ligera curva de sus labios apareció de nuevo.

—Está entre «no hay nada interesante para mí» y «tierra de nadie».

Una sorpresiva risa se me escapó. Seth... podía ser divertido. Sin embargo se esfumó al instante. Tenía miedo de que si empezaba a reírme, se convertiría en una risa loca, y entonces no sería capaz de parar.

Cerrando los ojos, intenté poner orden en mis pensamientos, pero sentía que mi cerebro era como una bañera desbordándose. El miedo se extendió por mi sangre como un pequeño arroyo helado. Lo corté antes de entrar en pánico, ese pánico que dejaba a las personas balanceándose en una esquina. Tenía que ser inteligente, porque lo último que quería era terminar muerta.

—Entonces no puedo quedarme aquí; mi vida como la conozco está prácticamente terminada.

—O tu vida está finalmente empezando —sugirió—. Podrías verlo de esa manera.

Quería tumbarme un poco más, pero ya estaba apoyada contra el cabezal. No había ningún lugar al que ir.

—Necesito una ducha —solté.

Su ceño se frunció.

—¿Necesitas una ducha?

—Sí. Necesito una ducha. Me ayuda a despejar la mente —continuó. Las palabras salían a raudales ante el subidón de ansiedad—. Y realmente necesito aclararme,

porque esto es mucho. Así que necesito una ducha. Mucho vapor. Me ayuda a pensar.

Por un momento pensé que me iba a decir que no, pero luego se echó hacia atrás y se levantó de la cama. Sintiendo frío de repente, lo vi alejarse de la cama, sin embargo, el espacio me ayudó a respirar de nuevo.

—Hay un *jacuzzi* dentro.

Dudé por un momento, y luego salí de debajo de las sábanas. Saltando de la cama, me dirigí directamente a la puerta del baño con la cabeza a punto de explotarme.

—Joe.

Apretando los puños, lo enfrenté.

—No me llames Joe, Sethie.

—¿Sethie? —Una risa brotó de él.

Crucé los brazos sobre mi pecho, ignorando el hecho de que realmente tenía una risa agradable aún sin ser humano. Bueno, si le creía, yo tampoco era completamente humana.

—¿Qué?

Su pecho desnudo se hinchó y me obligué a mirar su rostro.

—Yo... —Negó con la cabeza—. Nada. Te espero. No tardes una eternidad.

Me quedé mirándolo mientras se giraba hacia una bolsa que reposaba en una silla grande. Esperaba que tuviera una maldita camiseta ahí dentro. Dirigiéndome a un cuarto de baño más grande que mi dormitorio, cerré la puerta tras de mí y me derrumbé contra ella.

Cerrando los ojos, escuché el silencio absoluto de la habitación del hotel. Si se estaba moviendo por ahí, parecía un fantasma. Demasiada información dando vueltas en mi cabeza. Una parte de mí quería negarlo todo, pero él... tenía que estar diciéndome la verdad y eso causaba que pequeños dardos de pánico se dispararan a través de mí. Mi cuerpo temblaba. Semidioses. Dioses. Apollyon. Titanes. Incluso Pegaso. Todo era real, ¿y yo era uno de ellos? Y todo esto... parecía demasiado real para no serlo.

Abrí los ojos y me quedé observando la enorme bañera. En serio, esperaba que Seth encontrara una camisa.

Cuando oí correr el agua en el baño, solté el aire y me puse la camiseta. No había ventanas en el cuarto de baño para que realizara una huida a lo loco y, mientras estuviera utilizando aquel tiempo a solas para convencerse de que todo era real, significaba que todavía estaba allí y no gritando mientras daba vueltas por el campus.

Esta conversación había ido mejor que la última, lo que era positivo.

Suspirando, cerré la cremallera de la bolsa y me fui a la zona del mini bar. Abriendo la mini nevera, cogí una cerveza y me acerqué a la silla. Destapándola, ni siquiera me molesté en intentar convocar a Apolo. Sabía que no iba a aparecer.

Tomé un largo trago antes de dejarme caer en la silla acolchada donde había puesto mi trasero al traer a Josie al hotel. Me senté allí durante unas horas, observándola dormir, como una especie de acosador, antes de irme a la ducha para lavar el débil pero persistente aroma del inframundo. Tenía una razón más que válida para mantener un ojo en ella. Se había roto su linda y preciosa cabeza. Debía ser la sangre que corría por sus venas que, aun teniendo sus habilidades selladas, habían evitado que tuviera que hacer una visita a urgencias.

Acercándome la botella a los labios, me pregunté si había habido situaciones en el pasado en las que se hubiera alejado de accidentes graves o lesiones, prácticamente ilesa. ¿Había ignorado esos casos, atribuyéndolos a la suerte?

¿También sabía que dormía como un muerto?

Desde el momento en que la había colocado en esa cama y puesto las mantas sobre ella, no se había movido de donde la había puesto. Ni una sola vez. No se puso de lado. No rodó sobre su estómago. Ni siquiera se sacudió.

El constante goteo de agua paró. Por fin. Tenía que haber suficiente agua en esa bañera para que se ahogara.

Bajé la botella al brazo de la silla mientras volvía mi mirada entrecerrada hacia la puerta del baño. Ella no...

No la conocía de nada, así que no tenía idea de lo que era capaz. Le preocupaba estar enferma como su madre y tal vez lo estaba.

Maldita sea.

Levantándome de la silla, puse la botella en el soporte de madera y me dirigí a la puerta del baño. La inquietud se reunió en la boca de mi estómago. Me incline, giré la manilla y estuvo cerrada. No era un problema. La energía del elemento fuego se extendió por mi brazo y el calor se envolvió alrededor de mi palma, abrasándola y derritiendo la parte interior.

La cerradura desapareció.

Ja.

Mentalmente preparándome para cualquier cosa, abrí la puerta. Y para lo que vi

no estaba, para nada, preparado.

Josie estaba en la bañera, no ahogándose; eso era bueno. Lo malo es que estar en la bañera implicaba estar totalmente desnuda. Tal vez aquello no fuera tan malo. Vale. *Definitivamente* no era algo malo.

Se quedó inmóvil en la bañera de hidromasaje durante unos segundos —los segundo más largos de mi vida—, pero aun así no fue suficiente tiempo.

Estaba en una de las esquinas redondeadas de la bañera, con las rodillas sobresaliendo del agua. Llevaba el pelo recogido, pero zarcillos de color marrón claro y rubio serpenteaban alrededor de su cuello, pegándose a su húmeda piel. Mi mirada siguió las hebras más largas que viajaban más allá de la pendiente de sus hombros. Tan alto como soy, tuve una visión clara del interior de la bañera. En ese punto, hubiera apartado la vista. Tal vez me hubiera disculpado. Eso es lo que una persona decente habría hecho.

Pero yo no era una persona decente.

Así que miré hasta hartarme.

Tenía razón. Ocultaba algunos activos importantes bajo los jerséis holgados. Dioses, su mitad superior era perfecta. Eran más grandes que un puño, pero no demasiado grandes, con cremosas curvas y puntas de color rosado.

Dulce. Eso es lo que vino a mi mente. Todo lo que vi era *dulce*.

Entonces se movió.

Josie gritó mientras sus brazos se disparaban hacia su pecho, dispuesta a cubrirlo, salpicando por todos lados. Se acurrucó, presionando sus rodillas contra sus brazos, cubriendo toda esa gloriosa piel.

—¡Oh Dios mío! ¿Qué estás haciendo?

Buena pregunta. Por un momento había olvidado a qué había ido allí.

—Estaba asegurándome de que no te ahogarías. —Mi voz era más profunda, más áspera.

Sus grandes ojos se fijaron en mí.

—Bueno, es evidente que no me he ahogado.

No. No, no lo había hecho.

—¿Alguna vez has oído hablar de llamar a la puerta? —preguntó, su mirada estaba haciendo un análisis rápido de la habitación—. Además, he cerrado esa puerta.

—Llamar a la puerta es... engorroso. Y las cerraduras son molestas.

Sus cejas se elevaron rápidamente. Me fascinó la forma en que un rubor de color rosa atravesó sus mejillas y su garganta. Apostaba a que fluía sobre sus pechos también, pero por desgracia, los había cubierto.

Pasó un momento.

—Aún estás aquí —dijo.

—Lo estoy.

Su labio inferior se movió.

—No deberías estar. Es de mala educación.

—¿Lo es? —Me apoyé contra el marco de la puerta, encontrando una posición cómoda.

—¡Sí! Estoy en una bañera. ¡Y desnuda!

Mis labios se curvaron.

—Definitivamente, estás desnuda.

—¡Eso mismo! —gritó, y mi sonrisa se extendió—. ¿Qué? ¿Los roly-pollys no tienen modales básicos o cualquier espacio personal?

—Apollyon —corregí distraídamente—. Y como he dicho, no soy bueno con los espacios personales.

—Lo que tú digas. —Su voz sonó alta.

Una risita salió de mi garganta, sorprendiéndome. Necesitaba salir de allí antes... ¿Antes de qué? ¿Despojarme de mi ropa y unirme a ella? A ciertas partes de mí les gustaba mucho la idea, pero no sería inteligente.

Josie no era una chica con la que conectar durante unas horas y ya.

Obligándome a moverme, me di la vuelta, pero su voz me detuvo.

—¿Seth? —me llamó, y la miré por encima de mi hombro. Su lengua mojó su labio inferior y tragué un gemido. Por suerte no lo notó—. Tus ojos están... algo así como brillando.

—Lo hacen a veces.

Parecía querer hacer otra pregunta, pero recordó que estaba desnuda en una bañera. Necesitaba salir de la habitación. Agarrando el pomo de la puerta, ahora inútil, salí y cerré detrás de mí.

—Maldita sea —gemí.

Estaba tan duro como lo estaba la primera vez que vi pechos, y eso fue hace mucho tiempo, quizás incluso más que entonces.

¿Qué estaba haciendo?

Aliviarme yo mismo no iba a servir de nada. Me acerqué al sillón en el que había dejado la cerveza y la cogí. Tomando un trago largo, me pregunté cómo había acabado en aquel lugar, en aquel mismo momento, con una chica desnuda a pocos metros de mí sin estar metida con ella dentro de la bañera.

Se me había ido de las manos mi propia vida.

Riendo a carcajadas, caí de nuevo en la silla y puse mis pies sobre la cama mientras ubicaba la botella en mi regazo. Toda esta mierda era divertida. Desde el día en que nací no he tenido el control sobre mi propia vida. Me habían preparado para ser un Apollyon, lo que significaba entrenarme como cualquier otro Centinela.

La verdad era que si Apolo me liberaba mañana del trato que había hecho y me decía que tenía el control de mi vida, no sabría qué hacer con ella. Infiernos. Ya no sabía ni quién era.

El Elixir, una bebida especial que había sido utilizada para sedar mestizos destinados a la servidumbre, había desaparecido. Seguía habiendo reglas, pero no había estado cerca de los Covenants como para saber cómo habían cambiado las

cosas. Dudaba de que hubieran cambiado mucho en realidad. Supuse que lo sabría muy pronto.

Observé la puerta del baño, exhalando suavemente. Llevaba el tiempo suficiente en aquella bañera como para ser una pasa al salir. Qué lástima arrugar toda esa preciosa piel.

No podía dejar de pensar en esa preciosa piel.

Y había visto una cantidad indecente de ella.

¿Antes había pensado que era normal? ¿Simple y bonita? Estaba reevaluando esa observación cuando la puerta del baño finalmente se abrió y Josie apareció.

Oh, por el amor de los dioses que se esconden en el Olimpo, llevaba un bata. No uno de esos albornoces unisex que dan en los hoteles y que son tan feos. Este hotel no funcionaba así. Había encontrado una bata delgada, de seda, que estaba colgada tras la puerta del baño. Se ceñía a su cintura y caderas de una forma muy sugerente.

La bata era *beige* y estaba húmeda en zonas interesantes, como justo debajo de su ombligo, por encima de la cintura, y en el valle entre sus pechos. Ella desistió de secarse con la toalla. No es que me quejara. Mi mirada se dirigió a sus pechos. Sus pezones eran claramente visibles, presionándose contra la fina tela.

Dioses.

Abrí las piernas, esperando que no viera lo que pretendía esconder. Los pantalones de chándal no ayudaban a esconder una erección.

Se acercó y se sentó en el borde de la cama.

—No quería ponerme la otra ropa de nuevo —dijo, mirándome a través de sus espesas pestañas—. Eres... ahora eres tú el que está mirando.

Mis ojos permanecían pegados a ella.

—Lo estoy.

Su mirada se encontró con la mía por un momento y luego la alejó.

—Grosero —murmuró, mirándome de reojo.

Sonreí.

—Se supone que tu amiga traerá tu ropa. Probablemente le llevará algo de tiempo. Algunos mortales estaban demasiado cerca de tu dormitorio cuando ocurrió todo. Debe asegurarse de que cualquier persona que piense que podría haber escuchado o visto algo no lo repita... o lo recuerde.

Atrapando su labio inferior entre sus dientes, miró hacia otro lado.

—¿Cómo va a hacer eso?

Dejando caer mis pies al suelo, puse la botella vacía a un lado.

—Va a utilizar la compulsión para hacerles o bien olvidar lo que escucharon o vieron, o va a hacer que piensen que sucedió otra cosa.

Eso llamó su atención. Esos ojos azules profundos me miraron de nuevo. Frunció el ceño confundida, de una forma que la hacía parecer aún más mona. Retrocedí. ¿*Mona*?

—Así que, ¿la compulsión es una especie de control mental?

—Sí. —Aparté el pelo de mi rostro—. Los puros pueden hacerlo. Cualquiera de los dioses puede. Los mestizos no pueden. Son vulnerables a las compulsiones como lo sería un mortal.

Pareció considerar eso.

—¿Tú puedes hacerlo?

Asentí.

Sus dedos revoloteaban nerviosamente sobre la cinta que usaba de cinturón.

—¿Funciona la compulsión en mí?

—No debería. Eres una semidiosa. —Hice una pausa—. Pero tus poderes se han sellado, así que, ¿quién sabe? Puedo intentarlo. —La expresión de su rostro me dijo que era preferible que no lo hiciera, pero eso no me detuvo. Mi mirada se encontró con la suya y la sostuve—. Quítate la bata.

Sus labios se separaron, y luego su boca se abrió.

¿Qué demonios? La decepción me recorrió.

—Supongo que no funciona.

—Eres un perverso.

Me encogí de hombros.

—Me han dicho cosas peores.

—Estoy segura —murmuró enfadada.

—No tienes ni idea. —Me puse de pie, levantando los brazos por encima de mi cabeza y estirándome. Su siguiente pregunta me sorprendió.

—¿Dijiste que puedes utilizar los elementos? ¿Puedes... mostrarme uno?

Bajando mis brazos, la observé.

—¿Así que quieres una muestra?

Dudó y asintió.

Mi primera reacción fue decirle que no, porque ya había tenido suficiente de eso en mi vida, pero no lo hice. Levanté el brazo hacia ella, abrí mi mano con la palma hacia arriba. Mientras los puros, por lo general, solo destacaban en el uso de un elemento, normalmente la habilidad que se heredaba en sus familias, el convocar cualquiera de los elementos era una segunda naturaleza para mí. Supuse que para ella sería igual una vez recuperara sus habilidades.

Ni siquiera tuve que pensar en ello.

Gran calor se extendió por mi piel, succionando el aire a mi alrededor. Una chispa apareció sobre mi palma, seguida por el leve olor a ozono quemado. Un segundo después, apareció una pequeña bola de llamas teñidas de color ámbar.

—Santo guau. —Josie se apartó de la cama—. ¡Tu mano está, literalmente, en llamas!

Mis labios se retorcieron.

—No duele. —Moví mi mano, volteando la palma hacia abajo y luego hacia arriba—. Va a donde yo quiera que vaya.

—Guau... —repitió, rodeando la cama, cada vez más cerca de mí. Se detuvo

tímidamente a unos metros y el resplandor del fuego se reflejó en sus mejillas cubiertas de gotitas de agua—. Eso es... simplemente, guau.

Cerré los dedos, extinguiendo las llamas mientras me encontraba con su mirada asombrada.

—Seguramente serás capaz de hacerlo en su momento.

Negó mientras sus dedos volvían a jugar con el nudo de su bata.

—Ni siquiera puedo pensar en ello.

Los bordes de su bata estaban abriéndose bajo su garganta, burlándose de mí, mostrándome un poco de esa piel pálida.

—Lo harás. Tendrás que hacerlo.

Hubo una pausa.

—He estado pensando.

—¿Así que eso es lo que has estado haciendo en la bañera durante veinte horas?

—No he estado veinte horas. —Sus brazos bajaron a un costado y la tela se abrió más, revelando una suave curvatura. Empezaba a mejorar de nuevo—. Has dicho que tengo que ir a Dakota del Sur.

Levanté mis ojos y me encontré con los suyos.

—Sí.

—¿Y luego me dejarás allí?

No tenía respuesta para eso. Las órdenes de Apolo eran llevarla al Covenant. Eso era todo. Yo desde luego no iba a quedarme allí.

Sus ojos se cerraron y su pecho aumentó considerablemente, forzando la bata. Joder. De verdad. Aquella chica estaba fuera de los límites por muchas razones, especialmente teniendo en cuenta quién era su padre y, aunque me hubiera encantado molestarlo, no quería un rayo clavado en el culo. Sin embargo, mis dedos ardían en deseos de tocar la piel que se asomaba debajo de la bata y deslizar mis manos debajo del material.

—Mi vida aquí es importante. Todo por lo que he estado trabajando no significa nada ahora; mi educación, lo que quería hacer con mi vida.

Necesitaba dejar de mirarle el pecho.

—Eres una semidiosa. Es muy probable que ayudes a salvar el mundo y bla, bla. Eso es más importante que... ¿Qué estabas estudiando?

—Psicología —respondió. Se rio, el sonido suave y triste—. Sé que probablemente no es importante para ti, pero lo es para mí. Significa mucho para mí y ahora se ha ido y yo... —Dejó de hablar, su expresión asumió una cualidad distante.

No tenía opciones ahora. Tenía un destino que nunca había conocido, que probablemente no quería y podría terminar muerta. Comprendía cuánto apestaba. El corazón me latía cada vez más rápido.

—Lo siento.

Parpadeó sorprendida y luego se giró. Esa extensión de piel expuesta me estaba matando.

—Me he dado cuenta de algo.

En realidad no estaba escuchando. Avancé hacia ella antes de que pudiera decir otra palabra y cogí los bordes de su bata. La parte trasera de mis dedos rozó su piel, acelerándome. Se quedó sin aliento mientras su cuerpo se ponía rígido. Su cuello se estiró cuando sus ojos se abrieron, encontrándose con los míos. Había tanta profundidad en ellos, más de lo que había visto hasta ahora. Había tanta emoción. Confusión. Inquietud. Inocencia. Oh, pero había más. Existía el temor en sus profundidades, pero también lo hacía la curiosidad. Había una parte enorme de mí que quería deslizar la bata de sus hombros, para ver cómo respondía, qué tan profunda era su inocencia y si la curiosidad que estaba identificando en su mirada, por la forma en que sus labios se separaron, era más fuerte que el miedo.

Junté los bordes.

—Distracción —murmuré.

Exhaló suavemente mientras el rosa llenaba sus mejillas. Levantando las manos, agarró los bordes justo debajo de mis manos. Nuestras manos no se tocaron, pero mis nudillos apretados contra su piel, me ardían. Por un momento, ninguno de los dos se movió. Parecíamos estar atrapados en un instante de tiempo.

—Tus ojos tienen esa especie de brillo otra vez —susurró.

Tendían a hacer eso cuando sentía algo fuerte, y tenía muchos sentimientos en aquel momento, todos inapropiados. La solté y meforcé a alejarme de ella.

—¿De qué te has dado cuenta?

Pasaron unos minutos antes de que hablara y, cuando lo hizo, noté el cambio de su voz. El sonido era más ronco, más suave. Interesante.

—Ya no sé si mi madre está loca —dijo, y hablar de su madre efectivamente masacró mi erección—. Dijo que mi padre era un ángel que la visitó. No era un ángel. Era... Dios, no puedo creer que vaya a decir esto, porque suena muy loco, pero era Apolo.

—Sí, era él, introduciéndose en la cama de una jovencita —murmuré, observando el mini bar. Quería otra cerveza.

Josie se adelantó.

—Y dijo que todo lo que sucedió el año pasado con los desastres naturales, el mundo entero al borde de la guerra, era el mundo al borde de su fin. Estaba en lo cierto, ¿no?

Asentí.

—Algo así como los dioses jugando a los bolos con la Tierra.

—Hubo... hubo varias veces en las que pensé que estaba alucinando. Todo podría haber sido cierto y nosotros, mis abuelos y yo, le dimos medicamentos. Medicamentos anti-psicóticos. Y esos medicamentos, si no eres esquizofrénico, no puedes... no deberías estar tomándolos. Oh, Dios mío... —Se dejó caer en la cama, su expresión empezando a desmoronarse—. Al parecer le hemos hecho más daño que nada.

Mi instinto se retorció ante la impotencia, mientras la miraba fijamente. El brillo vítreo de sus ojos me dijo que estaba a un segundo de llorar y yo no era bueno con todo eso. Las emociones eran malas, pero di un paso hacia ella.

Su barbilla se levantó al coger aire, cuadrando los hombros. El brillo en sus ojos seguía allí, pero no cayó ni una lágrima. Me detuve a mitad de camino, preguntándome qué estaba haciendo.

Exhaló bruscamente.

—Quiero ir a casa. *Necesito* ir a casa. Ahora.

—¿Quieres ir a casa? —repitió Seth. Se me quedó mirando como si lo que acababa de decir fuera la locura más grande dicha esa noche. Y se habían dicho muchas.

Había utilizado cada instante en la bañera —esa *impresionante* bañera—, para mantener mi cabeza en orden y a duras penas lo había conseguido. Que hubiera entrado de aquella manera en el baño no había ayudado. Seguía sin poder creer que pensara que estaba ahogándome, así como tampoco podía creer que hubiera estado desnuda en la misma habitación que él. Seguía estando casi desnuda, pues aquella bata dejaba muy poco a la imaginación, pero no iba a pensar en ello. De todas formas, estaba segura de que había obtenido una buena perspectiva de mis pechos en el baño.

Por lo menos ahora estaba algo más apartado, mirándome como si estuviera loca. Aquello era mejor que tenerlo *justo* en frente con sus dedos cerrándose alrededor de los bordes de mi bata, sus nudillos contra mi piel y mirándome como si... mi respiración se detuvo cuando un aleteo extraño bailó en mi vientre. Me había estado mirando con ojos levemente iluminados; parecía *hambriento*.

No podía recordar ningún chico que me hubiera mirado de aquella manera, a no ser que fuera porque llevara una bandeja de alitas conmigo. Sin embargo, en aquel momento, con el dorso de sus manos abrasando mi piel, si hubiera juntado su boca con la mía, le habría dejado.

No estaba segura de lo que eso decía de mí.

Apartando esos pensamientos, me levanté, mientras estiraba mi cinturón, asegurándome de que todavía estaba apretado.

—Tengo que ir a casa a ver a mi madre. Necesito hablar con ella. —La culpa me atravesó, aunque sabía que era ridículo. ¿Quién hubiera pensado que algo de lo que había estado diciendo durante años era cierto?

Seth se cruzó de brazos mientras me miraba.

—¿Y no puedes solo, no sé, coger el teléfono y llamarla?

—Puedo, pero quiero verla. —Frustrada y sintiendo cerca de un millar de otras emociones, levanté las manos dispuesta a atarme el pelo, pero me detuve cuando la estúpida parte superior de la bata se abrió de nuevo. Agarrando los bordes, el aleteo en mi estómago volvió cuando me di cuenta de la forma en la que él pareció respirar profundamente. Necesitaba concentrarme y no en el aleteo—. No espero que lo entiendas o incluso que te importe, así que no voy a entrar en el millón de razones por las que tengo que darle a mi madre una enorme disculpa, probablemente con un jardín de flores, y que no es apropiado hacerlo a través de una llamada telefónica. Quiero estar con ella. Quiero abrazarla. ¿Vale? Así que tengo que verla. No llamarla.

Esas cejas elegantemente arqueadas subieron lentamente.

—¿Te das cuenta de que divagas mucho?

El calor se propagó por mis mejillas.

—No. Nunca me lo habían dicho.

—Me resulta difícil de creer —respondió secamente.

Mis ojos se estrecharon y, cuando sonrió, me debatí entre el deseo de golpearlo en la cara o... o sonreírle de vuelta. Esa era una respuesta exasperante.

—Se supone que me vas a llevar a Dakota del Sur. ¿Por qué no puedo hacer una parada en Missouri y ver a mi madre?

—No he dicho en ningún momento que no puedas.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

—Entonces voy a ver a mi madre antes de que me arrastres en medio de la nada.

Inclinó la cabeza hacia un lado y su cabello, ahora más seco y con unos rizos suaves, rozó su rostro.

—No creo que eso sea inteligente.

—No he pedido tu opinión.

Levantó una ceja.

Lo confronté, cogiendo aire mientras me aferraba a la bata.

—No puedes detenerme.

Me miró un momento y luego echó la cabeza hacia atrás, riendo profundamente. Un escalofrío se enroscó alrededor de mi columna vertebral. Qué risa tan agradable.

—¿No puedo detenerte? Tú no puedes detenerme, Joe.

—¡No me llames Joe!

Su barbilla bajó cuando la diversión curvó sus labios.

—Lo siento. *Joe-sie*.

—Oh, Dios mío, eres tan molesto —murmuré a medida que empezaba a pasear alrededor de la cama—. ¿Cuál es tu trabajo? Quiero decir, ¿por qué estás aquí conmigo? Eres mi niñera, ¿verdad?

Su mirada ámbar siguió mis movimientos con inquietante intensidad. ¿Siempre miraba a la gente como si pudiera ver sus pensamientos privados más íntimos?

—Prefiero el término «guardián» por encima del de «niñera». Se supone que debo mantenerte viva, no darte de comer, beber y entretenerte con los dibujos animados de Disney.

—Como sea. Eres un niño *sexy* medio ninja que tiene que *protegerme* —repuse, distraída por el destello repentino en su mirada atigrada. Cogiendo aire, levanté la barbilla—. Ya que mi... mi padre te ordenó que lo hicieras. Y es Apolo, así que supongo que es súper poderoso y no alguien al que desees molestar. Y también, por lo que puedo ver, ya que tenía a otra... persona cuidándome, no me quiere muerta, por lo que estaría bastante indignado contigo si termino dejando de respirar, ¿verdad?

Sus labios se apretaron mientras el resplandor se desvanecía en sus ojos.

—Algo así.

—Así que, para hacer tu trabajo más fácil, solo debes dejar que vaya a ver a mi

madre. Si no, vas a tener que pasarte la mitad del tiempo preocupándote por asesinas criaturas míticas disparándome, porque en el momento en el que pueda huir para hacerlo, lo haré. Te lo prometo, *Sethie*. Y entonces, estaré por ahí sin protección.

Su boca se abrió ligeramente cuando inclinó la cabeza hacia un lado y entonces me impactó. Rio de nuevo mientras abría sus brazos.

—Eso ha sido ingenioso.

Intenté ocultar mi sonrisa triunfante, pero fracasé.

—Ya me lo imaginaba.

—No es inteligente —añadió, encogiéndose de hombros—, pero, bueno, ¿qué es lo peor que podría pasar? Terminarías muerta y yo terminaría deseando estar muerto. O los Titanes o las sombras te siguen a casa y pones a toda tu familia en peligro. Es un riesgo, pero no es un problema.

Mi sonrisa se desvaneció de mi rostro. Vale, aquello no sonaba tan bien.

Caminando hacia el otro lado de la cama, cogió una almohada, la ahuecó y la dejó caer de nuevo contra la cabecera. Luego agarró la pesada manta y la sábana.

—¿Cuándo nos vamos? ¿Ahora? Si es así, necesito ropa. —Necesitaba ropa urgentemente—. Y probablemente mi bolso y mi móvil. Supongo que también necesito mi identificación, nunca se sabe cuándo...

—Tu amiga traerá esas cosas, probablemente en un par de horas. No solo está haciendo la limpieza, está por ahí explorando y asegurándose de que nada ni nadie se acerca a este hotel.

¿Tenía que usar aquella bata durante un par de horas más? Podría ponerme la ropa que llevaba antes, pero olía rara, a rancio y húmedo.

Seth me miró.

—Así que no vamos a ninguna parte hasta mañana.

—¿Mañana?

—Sí. —Se lanzó sobre la cama, haciendo que el colchón rebotara, pero lo hizo con un nivel de gracia que era algo sorprendente. Tendido de espaldas, cruzó los brazos detrás de la cabeza. Lindos bíceps; esa posición realmente los destacaba.

—¿Qué estás haciendo?

Movió sus caderas.

—¿A ti qué te parece? —Fuera lo que fuera, estaba genial en esa posición.

Esos labios formaron otra sonrisa y oré porque no pudiera leerme la mente. Debía preguntárselo más adelante.

—A diferencia de alguien, sin decir nombres. No he dormido una siesta de cuatro horas, así que voy a utilizar estas próximas dos horas para dormir. —Me miró fijamente—. Mi boca se abrió, pero la cerré. No podía quejarme de que quisiera dormir. Simplemente era grosero. ¿Pero qué diablos iba a hacer mientras él dormía? Aferrándome a la bata como si de eso dependiera mi vida, pasé mi peso de un pie otro mientras miraba alrededor de la espaciosa habitación de hotel.

—Josie.

Me volví hacia él, conteniendo el aliento. ¿Cómo es que alguien en el mundo podía lucir tan... tan bien simplemente acostado en la cama?

—¿Qué?

Tenía los ojos medio cerrados, atrayendo la atención sobre sus gruesas pestañas puntiagudas.

—Ven aquí.

Otro escalofrío se deslizó sobre mi piel.

—¿Estás intentando eso del control mental de nuevo? Porque no está funcionando.

Se rio entre dientes.

—No, no lo estoy haciendo. Simplemente ven aquí.

Mi corazón se disparó en mi pecho.

—No creo que sea una buena idea.

—¿En serio? —murmuró, sonriendo perezosamente—. ¿Por qué?

No tenía respuesta para eso, pues lo que estaba pensando era muy presuntuoso de mi parte. Cuando no respondí, rodó sobre su costado y extendió su brazo sobre el espacio vacío entre nosotros.

—Ven aquí —dijo de nuevo.

Atrincherándome, sacudí la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque me sentiré mejor.

—Esa, definitivamente, no es una razón suficiente.

Rio de nuevo.

—Eso no ha sido muy agradable por tu parte, Joe.

—No me gustas —susurré.

Su sonrisa se extendió hasta transformar su rostro; era aún más guapo así.

—Mira. No voy a molestarte ni nada parecido. —Movié sus dedos mientras yo lidiaba con una sensación muy extraña y realmente inquietante; la decepción. Claramente necesitaba terapia—. Necesito dormir un poco, para poder estar alerta después, pero es difícil hacerlo cuando parece que estás a punto de salir corriendo por esa puerta. Todo lo que quiero que hagas es que te sientes aquí. Puedes ver la televisión si quieres, puedo dormir con ella puesta, pero te necesito aquí, a mi lado.

Te necesito.

Mordisqueé mi labio inferior. Obviamente, no se refería a que me necesitara literalmente, pero aún así las mariposas en mi estómago revolotearon de nuevo. Mentalmente me abofeteé, tenía que controlar mejor mis hormonas. No conocía a este tío de nada. Ni siquiera me conocía a mí misma. Debía alejar de mi mente la palabra sexo o cualquier cosa que se le acercara.

La cama era enorme. Podría sentarme a un lado mientras él dormía en el otro y no nos rozaríamos. Su razonamiento parecía lógico, además no iba a ser estúpida y huir, siempre y cuando me tratara bien. Sabía que no sería capaz de defenderme. No tenía

ningún poder increíble como el de prenderle fuego a mi mano.

Le *necesitaba* y, Dios, esoapestaba.

Armándome de valor, puse una rodilla en la cama, mientras me agarraba los bordes de la bata, pero sin tocar su mano. Me tambaleé un momento antes de acomodarme.

Incluso antes de darme cuenta, Seth se había movido y estaba ahora sobre mí. Un segundo antes estaba acostado, todo perezoso y al siguiente estaba de espaldas sobre la cama, con los ojos abiertos por el susto y su pierna sobre la mía, atrapándome sobre el colchón.

Respirando de forma irregular, giré la cabeza hacia él. Me miraba con los ojos entreabiertos y una sonrisa llena de picardía. Levantó la mano, moviendo algo negro y delgado frente a mi cara. ¡El mando a distancia! ¿Cómo demonios lo había conseguido entre estar tumbado allí sin hacer nada y prácticamente derribarme?

¡El cabrón *era* un ninja!

—¿Quieres ver la tele? —preguntó.

Empecé a contar hasta diez. Llegué al tres.

—Eso ha sido completamente innecesario.

—No creo.

Mi indignación aumentó rápidamente.

—No voy a irme a ninguna parte.

—Sé que no lo harás. —Guiñó un ojo y luego colocó el mando algo más arriba de donde tenía mis manos, ahora apretadas tan fuerte que los nudillos estaban blancos, justo encima de mis pechos.

Lo miré boquiabierta.

—Arrogante y molesto hijo de...

—Siesta —interrumpió—. Mira la televisión. O no. Mírame o no, pero voy a echarme una siesta.

Tanta indignación se erigió dentro de mí que pensé que mi cabeza podría salir disparada de mis hombros. Intenté mover su pierna, pero el estúpido pesaba una tonelada.

—Muévete —le pedí con toda la dignidad que pude reunir—. Mueve tu pu...

—No puedo dormir la siesta cuando estás hablando. Y la necesito. Si no, voy a terminar saliéndome de la carretera de camino al aeropuerto.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Me olvidé de que su pierna estaba sobre la mía.

—¿Aeropuerto?

—Mmm hmm. —Tenía los ojos cerrados—. ¿De qué otra forma esperas que vayamos de aquí a Miseria?

—Missouri —corregí.

—No hay diferencia.

Le ignoré.

—Es un pueblo llamado Osborn. Bueno, es más como una villa, pero podemos conducir. Tengo coche.

Suspiró.

—Yo también.

—Bien. —Me apresuré a contestar, sabiendo que mi pobre coche necesita mucho trabajo antes de realizar ese recorrido de nuevo—. Solo son trece horas en coche desde aquí y...

—¿Trece horas en coche? ¿Estás drogada? —Abrió un ojo color ámbar—. No voy a conducir durante trece horas.

El pánico se acurrucó a mí alrededor.

—¡Entonces conduciré yo! Puedo conducir. Lo he hecho millones de veces.

—En serio —dijo suavemente—, solo son una o dos horas de vuelo. Iremos en avión.

—No. De ninguna manera. No voy a ir en avión. No voy a subirme a una lata que podría caerse del cielo en cualquier momento. Y una mierda. ¿Alguna vez has pensado en cómo llegan los aviones al cielo y cómo se mantienen allí? ¿No? Yo lo he hecho. Es mucha teoría que ni siquiera entiendo.

Ahora tenía los dos ojos bien abiertos.

—Tienes miedo a volar.

Consideré brevemente mentir, pero habría sido una estupidez.

—Sí, nunca me ha llamado la atención.

Seth me miró un instante y luego murmuró algo entre dientes en un idioma diferente.

—Vale. Conduciremos.

Suspiré, con los músculos más relajados, mientras dirigía mi mirada a su rostro.

—Gracias.

Al parecer era lo peor que podría haberle dicho. Su sonrisa burlona y el brillo juguetón de sus ojos había desaparecido. Su rostro permanecía imperturbable, sin emoción alguna en él.

—¿Qué...? ¿Qué he dicho? —pregunté.

Sus ojos se mantuvieron fijos en los míos durante un instante y luego se cerraron.

—Nada —murmuró.

No volvió a hablar después de eso. Yo tampoco lo hice. Permanecí callada y quieta mientras lo observaba hasta que supe que estaba dormido, porque su rostro se relajó y sus labios se abrieron. Y seguí observándolo. Durmiendo parecía... parecía *joven*. Vulnerable. Nada normal, ya que incluso en reposo, había una cualidad irreal en los ángulos y planos de su rostro, pero... no sabía por qué, parecía diferente. Seguía siendo increíblemente guapo, pero parecía más humano, un alivio, pues sabía que mi vida estaba en sus manos.

Milagrosamente, me quedé dormida durante lo que probablemente fue el epítome del comportamiento espeluznante, al observar a Seth mientras dormía. Si ser una acosadora fuera un deporte olímpico, observar a alguien mientras duerme era merecedor de una medalla de oro.

Me di cuenta de que me había quedado dormida cuando parpadeé —o eso creo—, y el suave resplandor de la mañana se filtraba por las cortinas entreabiertas.

Ey. ¿No estaban cerradas cuando me acosté? Mi almohada era realmente horrible. Tan dura como una bolsa de piedras, pero increíblemente suave. Además se movía rítmicamente, pero de forma extraña.

Las almohadas no se movían.

Mi pulso se aceleró cuando me di cuenta de lo que me rodeaba y sobre quién, y no qué, estaba acostada. Seth. En realidad no estaba sobre él. Estaba completamente enredada con él. Mi cabeza estaba sobre su pecho y mi brazo derecho se curvaba contra su delgado costado. La otra mano descansaba sobre el duro bloque de su vientre. Una de mis piernas estaba bajo la suya, la otra alrededor suyo, enredada de alguna forma con él. Mi muslo estaba muy cerca de una parte de él a la que no tenía que acercarse.

Oh, guau.

Una de sus manos estaba enredada en mi cabello; se habría soltado en algún momento, y las sábanas me cubrían. Así no era como me había quedado dormida. En algún momento, había levantado las mantas y me había tapado. Qué vergüenza. Era obvio que mientras dormía me había vuelto un parásito y me había lanzado sobre él.

Mierda.

Su pecho subía y bajaba bajo mi mejilla con movimientos profundos y constantes. Todavía dormía. Necesitaba desenredarme antes de que se despertara y descubriera que lo usaba como mi almohada de peluche personal.

Echaba de menos la almohada de peluche con la que había crecido. Tenía una mariquita que llevaba conmigo a todas partes, incluso al lago. La llevé conmigo en una ocasión, cuando Bob apareció, y la observó como si fuera una especie de criatura mística. Me preguntaba si mis abuelos todavía la tenían guardada... aunque bueno, ¿quién se preocupaba por una estúpida almohada de peluche? Me obligué a centrarme. ¿Cómo demonios iba a mover su mano? ¿O sacar mi pierna de debajo de la suya? O accidentalmente no darle un rodillazo en el...

Una garganta se aclaró suavemente.

Mi corazón dio un vuelco cuando al observar la habitación, vi a una chica alta de piel morena sentada en la silla frente al escritorio.

Oh, Dios mío.

Erin estaba allí, con los brazos cruzados sobre su pecho. Parecía normal, como la chica que conocí dos años atrás, cuando entré por primera vez en mi dormitorio, deseando haber llevado mi almohada de peluche conmigo. No había alas de cuero o globos oculares completamente blancos. Su piel era suave y perfecta, no gris carbón, y sus dedos no se curvaban en garras mortales. Parecía humana. Nuestros ojos se encontraron y mi estómago se retorció mientras la miraba. Todo lo que ella me había dicho era mentira.

—Bieeen. —Erin arrastró la palabra mientras cruzaba una pierna delgada sobre la otra—. Había oído hablar de su reputación, pero tengo que admitir que no pensaba que fuera *tan* bueno.

Por un momento, no entendí lo que estaba insinuando, entonces recordé dónde estaba y sobre quién me encontraba. Ah, genial.

—No es lo que parece. —Empecé a sentarme, pero la mano que estaba en mi cabello se deslizó por la curva de mi espalda en un lento movimiento; contuve la respiración mientras apretaba los puños.

—Por supuesto que es lo que parece —dijo la profunda voz.

Erin arqueó una ceja.

Mi cabeza se giró. Seth sonrió de forma perezosa, tumbado sobre la almohada.

—¡Estás despierto!

—Así es.

—Durante un rato, por cierto —añadió Erin, y me giré de nuevo hacia ella—. Debíamos si despertarte o no. Especialmente cuando hacías esos ruiditos.

—¿Ruiditos?

La mano de Seth se sentía pesada sobre mi estómago.

—Sí, eran algo así como pequeños gemidos.

El calor recorrió mis mejillas.

—N... no hago ruidos cuando duermo.

—Sí, lo haces. —Erin dio unos golpecitos con los dedos sobre el brazo de la silla—. Algo así como una cría de gatito.

Abrí la boca de par en par.

Ella se encogió de hombros.

—Es bonito.

Era *mortificante*.

Colocando la mano sobre el estómago de Seth, me levanté. Su estómago no cedió ni un centímetro. Era como empujar una pared. Juntando los bordes de la bata, me deslicé hasta el otro lado de la cama.

Seth se sentó, estirando los brazos por encima de su cabeza. Sus articulaciones crujieron mientras se movía. Cuando bajó los brazos, su mirada perezosa me recorrió, demorándose en mis manos, que ahora sujetaban la bata con fuerza, y entonces volvió a mirar a Erin. Luego dijo:

—Tengo hambre. —Me miró—. ¿Tienes hambre?

Siempre tenía hambre, así que asentí.

—Perfecto. —Sacó las piernas de la cama y se estiró de nuevo. Esta vez, cuando levantó los brazos, la camiseta se levantó. No es que no lo hubiera visto antes, pero la visión de sus duros abdominales todavía me dejaba noqueada.

Al parecer, también a Erin.

Pasó por delante de ella de camino al baño.

—Te preguntaría si tienes hambre —le dijo—, pero supongo que comiste suficientes bebés anoche.

Abrí los ojos espantada.

—¿Tú... comes bebés?

Puso los ojos en blanco.

—No, no lo hago. —Le lanzó una mirada de desaprobación cuando él rio entre dientes—. Estúpido.

Seth desapareció en el baño. No supe qué decirle a Erin y el silencio nos envolvió. Tras unos segundos, volvió a aparecer con la cara húmeda. Tras atarse el pelo en la nuca, se colocó un par de zapatillas de deporte que no había visto hasta ahora.

—Ahora vuelvo —dijo, mientras se dirigía a la puerta—. Con tocino. Panqueques. Huevos. Salchichas. Tal vez un poco de fruta —continuó, abriendo la puerta—. Y gofres. Oh. Tortillas también suenan bien. Con un montón de queso y pimientos... —La puerta se cerró detrás de él mientras me preguntaba cómo iba a conseguir todo eso.

El silencio nos envolvió.

Pasándome una mano por el pelo, miré a Erin. Ella observaba la puerta cerrada.

—He oído muchas cosas de él —dijo, en voz suave—. Rumores. Algunos probablemente sean ciertos. Algunos no. Asesinó a una de mis hermanas. —Se volvió hacia mí—. También es cierto que intentaba matarlo.

No estaba segura de si eso cambiaba nada.

Descruzando las piernas, las dejó caer y se inclinó hacia delante.

—Simplemente no es... él no es lo que pensaba.

—¿Qué quieres decir?

Erin se encogió de hombros.

—No importa. Te he traído toda la ropa que he podido y algunas de tus cosas.

Bajo la mesa había varias bolsas de deporte y mochilas que parecían a punto de reventar. Sentí la lengua pesada cuando hablé.

—Gracias.

Sus rasgos se endurecieron.

—Tenemos que hablar antes de que vuelva y me enfade. Sé que probablemente estás confundida.

—¿Confundida? —Mi risa fue tan seca como el polvo—. Hace veinticuatro horas pensaba que los dioses griegos no eran más que mitos, y ahora...

—Y ahora sabes que eres *uno* de los mitos —terminó—. Una semidiosa, una muy importante. Además del hecho de que no ha habido un semidiós desde, bueno, desde hace mucho tiempo, eres hija de Apolo. El jodido dios del sol es tu padre.

Mi padre. Todavía no podía asimilar aquello, pero sabía que no estaba cómoda con la forma en que sonaba.

—Por favor, deja de decir que es mi padre. Pudo haber donado algunos espermatozoides, pero eso es todo lo que hizo. No es mi padre. Mi abuelo es lo más cercano a un padre que tengo, porque me crio. Me quiere.

Inclinó la cabeza hacia un lado mientras sus cejas se juntaban.

—Apolo también te quiere. Sé que puede ser difícil de creer, pero así es. Se aseguró de que siempre estuvieras a salvo. Protegida.

El problema es que mientras crecía no lo necesitaba. O si lo necesité no me di cuenta. Lo que necesitaba era un padre. El abuelo era genial e hizo todo lo que pudo, pero no era lo mismo.

Aparté esos pensamientos.

—Te ha enviado para que cuides de mí.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Cuando asintió, un movimiento sinuoso revolvió mi estómago.

—Así es.

—Así que no eres realmente de Washington DC, ¿verdad? Y no hacías atletismo durante la secundaria. —Cuando negó con la cabeza, sentí un pinchazo en el pecho.

—Crecí en el Olimpo, pero he visitado DC muchas veces. Me gustan los museos —dijo tímidamente—. Sé que no es lo mismo.

¿Había colegios en el Olimpo?

—Tienes razón. Todo en ti, en *nosotras*, ha sido una mentira.

Se puso de pie, apartando un mechón de su melena rizada.

—No podía decirte la verdad. No me hubieras creído.

Tenía razón, pero no lo entendía.

—Sabes que no tuve amigos durante mi infancia, ¿no?

Mirando por la ventana, asintió.

—Lo sé.

—Los otros niños no eran amables conmigo, porque sus padres no eran buenos con mi familia —dije, tragando el nudo repentino en mi garganta—. Cuando llegué aquí, esperaba que fuera igual. No conocía nada mejor, pero te conocí y eras tan agradable y tan abierta, y... —Presionando mis labios, sacudí la cabeza—. *Tenías* que ser mi amiga.

Sus ojos se abrieron mientras su cabeza se giraba hacia mí.

—Tenía que estar cerca de ti, sí, pero eso no cambia que me gustes de verdad. —Dio un paso hacia mí—. No fingí eso.

Una parte de mí lo entendía, pero no podía dejar de preguntarme cómo hubiera sido nuestra relación si ella fuera... normal.

—Lo siento —dijo en voz baja, y mi mirada se desvió hacia ella. La sinceridad se reflejaba en su hermoso rostro y sus conmovedores ojos. Era difícil creer que se convirtiera en un murciélago gigante de piel gris y serpientes en la cabeza, cuando la veías así—. Te conozco, así que sé que esto te ha hecho daño. Y me gustaría haberme sentado a hablar contigo acerca de lo que soy y por qué estaba aquí, pero se nos ordenó mantener la verdad oculta. Y por tu bien, esperaba que nunca lo averiguaras. No. No lo mal entiendas —dijo cuando abrí la boca—. No porque quisiera seguir mintiéndote, pero si vivías el resto de tu vida sin saber nada de esto, significaba que estabas a salvo. Ninguno de nosotros sabía que pasaría algo así con los Titanes. Nos estábamos preparando para...

—¿Qué? —pregunté cuando no terminó.

Erin miró hacia la puerta cerrada.

—Nos estábamos preparando para luchar contra el dios Asesino. Te ha contado en lo que podría haberse convertido, ¿no?

Asentí.

—Algo me ha contado.

La tensión se deslizó en sus movimientos cuando cruzó los brazos sobre su pecho.

—Nos preparábamos para un tipo diferente de batalla. Ninguno previó que los Titanes o... —Su frente se arrugó mientras sus hombros se encorvaron—. Apolo confía en el Apollyon, en Seth. Te confió a él.

Se me puso el vello de punta. Aquello no sonaba bien.

—¿Debo preocuparme por algo más que los Titanes?

Se quedó quieta durante un momento y luego negó con la cabeza.

—Hay cosas sobre nosotros, sobre nuestro mundo, que no entiendes. De todos modos, te irás en un par de horas, ¿verdad? ¿A dónde vas? Yo no vendré. Me han dicho que regrese, ahora que Seth está aquí..., pero no quiero.

—¿Regresar? ¿Y la universidad? —pregunté estúpidamente.

Cogió una de mis bolsas y la puso a los pies de la cama.

—No necesito permanecer aquí más tiempo.

—¿Cómo vas a hacerlo para desaparecer sin más?

Otra bolsa se unió a la primera.

—Igual que tú. La gente pensará que te fuiste a casa; emergencia familiar. La gente deja la universidad en muchas ocasiones. —Se encogió de hombros como si no fuera algo importante—. Entonces, ¿a dónde vas?

—Vamos a ver a mi madre primero —contesté. Estaba distraída observando cómo colocaba mis bolsas y pensando en lo que me había dicho—. Luego iremos a algún lugar en Dakota del Sur.

—Ah, el Covenant. Es como Radford, pero más frío. Lleno de puros y mestizos y tal vez un dios o dos. —Abriendo una de las bolsas, cogió unas vaqueros y los arrojó sobre la cama. Rio; el sonido era suave y armónico—. Lo siento. Estoy intentando imaginarme a Seth en Osborn, Missouri. Creo que es genial que vayas a ver a tu

madre. Tal vez saber lo que ahora sabes te ayudará a entenderla mejor. Y también dejarás de preocuparte por si tú padeces alguna enfermedad. No la tendrás.

—Sí, supongo que borraré esa preocupación. —Cogí el sujetador y las bragas que me había lanzado—. ¿No vendrás con nosotros entonces?

Negó.

—Si lo hiciera, es muy probable que acabara mutilando a Seth y entonces no podría cuidar de ti. Tranquila, no es que no vayamos a vernos de nuevo. Lo harás. Pero necesito ayudar a localizar a los demás semidioses. También necesitan protección.

Me había olvidado de los otros. Poniéndome de pie, sosteniendo la ropa interior que me había dado, vi a Erin sacar un ligero suéter rosado y, una vez más, comprendí que, en algún momento, iba a ser necesario que luchara contra los Titanes y ayudara a sepultarlos en el Tártaro.

—Mierda —susurré.

Erin me miró.

—¿Qué?

—Ni siquiera puedo caminar sobria en línea recta, pero soy básicamente un arma, ¿no? También lo son los demás semidioses. Voy a tener que luchar contra un Titán.

Sus ojos se encontraron con los míos antes de alejarse.

—Estarás bien, Josie.

¿Lo estaría? Aquello era como decirle a alguien que estaba a punto de saltar a aguas infestadas de tiburones que estaría bien.

Rodeando la cama colocó los vaqueros y el suéter en mis brazos.

—Deberías ducharte y prepararte, antes de que Seth vuelva. A menos que quieras que te vea de nuevo con la bata que, por cierto, no hace nada para ocultar tus atributos.

Oh, Jesús.

Dejé que me empujara hacia el baño, pero me detuve justo en el interior y la miré. Nuestros ojos se encontraron y de alguna manera supe —simplemente supe—, que tras cerrar la puerta se iría y no estaba segura —sin importar lo que ella dijera—, de que la volviera a ver.

Nuestra amistad se había construido a base de mentiras. No podía ignorarlo, pero los dos últimos años... había estado allí para mí cuando era la estudiante de primer año asustada e ingenua, lejos de casa por primera vez. Estuvo allí la primera vez que bebí tequila, y sostuvo mi pelo mientras vomitaba, un rato después. Estuvo allí cuando fui a mi primera cita con el chico de mi clase de Sociales, y me rescató cuando empezó a hablar de invitarme a conocer a su madre a los cinco minutos de nuestra incómoda cena. También estuvo allí cuando mi madre tuvo una terrible recaída y se perdió durante días, terminando en Tennessee. Se había convertido en mi mejor amiga y eso no era algo que pudiera olvidar. No importaba cuán malo y doloroso fuera saber que la base de nuestra amistad había sido construida sobre un

montón de mentiras, eso no cambiaba todo lo que había hecho por mí.

No podía guardarle rencor.

Dejando caer mi ropa en el suelo, salté hacia adelante. Sus ojos se abrieron cuando mis brazos rodearon sus hombros. Le di un abrazo feroz y no dije nada. Ninguna de las dos lo hizo, solo me devolvió el abrazo. Nos quedamos allí durante unos minutos y cuando nos separamos, sus ojos profundos brillaban llenos de lágrimas.

—Será mejor que te prepares —dijo, con la voz entrecortada, pero sonriendo.

El nudo en mi garganta me dificultaba hablar, así que asentí mientras retrocedía. Necesité coger aire antes de hablar.

—Eres mi mejor amiga, no importa qué suceda.

Sus ojos se cerraron un momento mientras susurraba:

—Tú también, sin importar qué. —Entonces dio un paso atrás, sonriendo, mientras hacía el signo de la paz.

Por alguna razón, sabiendo lo que era, esa imagen me hizo sonreír. Pero no fue hasta ver la puerta del baño cerrada que realmente comprendí que se iba y yo... quería otro abrazo.

Abrí la puerta y dejé caer los hombros. Como había sospechado momentos antes, la habitación del hotel estaba vacía. Erin se había ido.

El momento se acercaba y teníamos algo más de trece horas de viaje en coche por delante, y allí estaba yo, de pie en la detrás del Porsche Cayenne plateado que había cogido *prestado*, mirándole el trasero a Josie.

En mi defensa, diría que soy un chico y que, pudiendo elegir entre observar un puñado de árboles y el trasero de una chica, me quedaba con lo segundo sin dudar. Además, era un buen trasero; rechoncho. No era difícil imaginarlo desnudo debajo de esos vaqueros tan apretados. El suéter color rosa que llevaba puesto dejaba parte de la piel de la espalda expuesta. Era una zona muy tentadora del cuerpo a la que nunca le había prestado atención.

Extendí la mano antes de que supiera lo que estaba haciendo. Mis dedos cerniéndose justo por encima del borde de su suéter, preparándose para tirar de él hacia abajo, cuando reaccioné y me eché atrás. Un hormigueo recorrió mis dedos, como si protestara por no tocarla.

¿Qué demonios...?

Buscando una distracción, examiné el aparcamiento del hotel de nuevo. No había sombras vengativas merodeando, desafortunadamente. Mi mirada se dirigió de nuevo a Josie y a su trasero mientras se movía.

Suspiré. Tal vez gruñí, pues no sabía si estaba enfadado o aliviado al ver que dejaba de moverse.

—¿Por qué no sigues y te subes? —sugerí.

Se quedó inmóvil.

—Solo otro segundo.

—¿Qué es lo que buscas? ¿Las respuestas de tu existencia?

—Ja. Ja —respondió, con voz ahogada—. Erin hizo las bolsas, así que no sé dónde están las cosas. ¡Ajá! —El triunfo resonó en su voz—. Lo he encontrado.

—¿Qué? ¿Ha guardado algunos corazones de vaca por accidente?

Josie saltó desde la parte trasera del Porsche, apretando algo delgado y negro entre sus manos. Dio un paso hacia mí y me golpeó el brazo con ello.

—¡Oye! —Di un paso atrás, doblando mi mano sobre mi brazo, ahora ardiendo. Me había pegado. Me había *pegado* con algo. Estaba aturdido—. ¿Qué demonios ha sido eso?

—¡Ella no come bebés o corazones de vaca!

—¿Cómo lo sabes? —la desafié, sabiendo que las furias no comían ni bebés ni corazones. Su suéter tenía el cuello en V. Por supuesto. Sus pechos casi desafiaban los bordes. Me aparté; aquello era ridículo—. ¿Has buscado en Google la dieta de una furia mientras pasabas el rato en el maletero del coche? ¿Era eso lo que has estado haciendo todo este tiempo?

—Erin es vegetariana, listillo. —Frunció sus labios y arrugó la nariz de esa forma tan mona. ¿*Mona*? Mierda—. Yo solo la he visto comer verduras y esa mierda. Y no estaba Googleando. Estaba buscando mi Nook, que ya he encontrado. Es un requisito indispensable para cualquier viaje por carretera.

—Nerd.

Su brazo voló de nuevo mientras se preparaba para golpearme de nuevo, esta vez en la cabeza. Le agarré el brazo antes de que lo hiciera.

—No vuelvas a golpearme con eso.

Sus profundos ojos azules brillaron.

—Lo haré de nuevo si quiero.

—Si me pegas con eso de nuevo, voy a ponerte contra el respaldo, justo en frente de todo el mundo y todos los dioses, y te daré en el trasero como tu madre debería haber hecho.

Abrió la boca, sorprendida.

—No te atreverías.

Sin siquiera usar mucha fuerza, la agarré, y antes de que pudiera apartarse, rodeé su cintura con el brazo, manteniéndola en su lugar. Mi cuerpo se calentó inmediatamente en todos los puntos en que nos tocábamos. Era un poco más baja que yo, pero estábamos bastante a la par en los lugares importantes. Tan enfocado estaba en toda su suavidad presionándose contra mí, que se me olvidó lo que estaba haciendo. ¿Algo sobre darle en el trasero?

Eso era sin duda un buen plan.

—*Claro* que me atrevería —le dije, bajando la voz un tono—. Es más, disfrutaría de ello.

Eché la cabeza hacia atrás, mientras nuestras miradas se encontraban.

—*No* creo que lo disfrutara.

Incliné la cabeza, quedándome a milímetros de besarla. La entrepierna se agito furiosa. El repentino calor lo estaba abarcando todo.

—Creo que el rubor que atraviesa tus mejillas me dice que lo disfrutarías tanto como yo. Incluso más.

Su suave exhalación me sacudió de nuevo y su aliento rozó mis labios.

—No estoy sonrojándome —dijo—. La brisa es fresca y tengo la piel sensible. Me sonrojo con mucha facilidad, lo cual es divertido teniendo en cuenta que tengo algo de sangre del dios del sol en mí. Una se imaginaría...

Puse la punta de mis dedos en su mejilla, deteniendo su charla. Entonces sus ojos se abrieron, el azul se volvió tan profundo que, si no iba con cuidado, podía caer en ellos y hacer algo realmente estúpido.

Y en aquel momento se me ocurrían muchas estupideces.

Arrastré mis dedos hacia su boca; un toque ligero como una pluma. Cuando llegué a sus labios entreabiertos, su suavidad disparó algo primitivo en mi interior. La sensación era cruda y, mientras juntaba sus labios, este juego se volvió en mi contra;

mis partes estaban a punto de reventar.

—Mentirosa —le dije.

Josie se echó hacia atrás, pero su pecho subía y bajaba rápidamente.

—No me gustas.

Me mordí el labio inferior, pero no conseguí evitar mi sonrisa.

—Tampoco tú me gustas.

Me lanzó una mirada asesina por encima del hombro mientras rodeaba el coche en dirección al asiento del pasajero.

Iba a ser un viaje muy muy largo.



Tras tres horas ya estaba siéndolo. Habíamos hecho el tonto por la mañana y era imposible que llegáramos antes del anochecer. Tendríamos que parar en algún lugar a lo largo de la Interestatal 64 para pasar la noche. Conducir a oscuras era una estupidez; era difícil combatir algo potencialmente peligroso en esas condiciones.

Josie había estado tranquila, pegada a su *e-reader* desde el momento en que me subí al coche y lo puse en marcha. Ya me iba bien, sin embargo sentía curiosidad por saber qué leía. Probablemente una novela romántica. O Harry Potter. Parecía el tipo de chica que entendería a los magos. Pero fue al salir de Virginia y entrar en Kentucky que el aparato se cerró y decidió mirar por la ventana.

Mis dedos daban golpecitos en el volante. Le habían caído encima un montón de cosas en muy poco tiempo, sin embargo se mantenía firme como una campeona, como...

Como Álex.

Mierda.

Si pudiera expulsar todos esos recuerdos, cada cosa horrible que había hecho, que le había hecho a Álex, podría ser objetivo. Sería capaz de ver que Josie tenía parte de la fuerza de Álex. No fuerza física, pero sí esa fortaleza que iba más allá de los músculos y la capacidad de pelear. Josie tenía lo más importante, fuerza mental. La chica tenía... carácter. La mayoría de los mortales, si descubrieran que no eran exactamente mortales, que los espíritus y varios Titanes iban tras ellos y que su padre era un dios legendario, habrían enloquecido.

Pero ella miraba por la ventana, con semblante reflexivo y algo distante. Tal vez debería haberle dicho algo, como señalar lo bien que lo estaba haciendo, decirle algo positivo para animarla, sin embargo las palabras salían, y cada vez que la miraba, su expresión seguía impasible.

A medida que los kilómetros subían al contador, mi mente recordaba el encontronazo fuera del coche, cómo había sentido su cuerpo apretado contra el mío. No podía negar que me sentía atraído físicamente hacia ella y, aunque era diferente al tipo de chica con la que normalmente iba, no me sorprendía el hecho de querer

meterme en sus pantalones.

No era algo en lo que *debía* actuar. Sin embargo, no actuar no me parecía atractivo. Solo habían pasado unos días desde que la había visto por primera vez y no muchas horas desde que estábamos juntos y ya estaba sintiendo que mi tenue control y la poca moderación que tenía, se estaba agotando. No era conocido por mi auto-control, especialmente cuando se trataba de algo que quería.

Y sí, la quería. La quería de una manera que era puramente física e inherente a quien era yo. Y era oficial. Apolo era el idiota más grande que conocía si ponía a *su hija* bajo mi tutela, sabiendo todo lo que sabía acerca de mí.

Me reí a carcajadas ante la idea.

—¿Qué? —preguntó Josie, mirándome.

Sonriendo, sacudí la cabeza.

—Nada.

Guardó silencio un momento y luego soltó:

—He perdonado a Erin.

La declaración me pilló por sorpresa y la observé de nuevo. Estaba mirándome, con las mejillas sonrojadas.

—Vale.

—¿Crees que eso me convierte en alguien demasiado indulgente?

Mientras adelantaba a una furgoneta que circulaba demasiado lento, sonreí.

—Probablemente no soy la mejor persona a la que preguntarle eso, Joe.

—¿Por qué, *Sethie*?

Mi sonrisa se convirtió en una mueca.

—Me aferro a los rencores. Me alimento y bebo de ellos, cultivándolos en una feliz piscina de amargura.

—Bueno, eso suena divertido y encantador. —Se removió en el asiento, estirando las piernas—. No entiendo de qué sirve ser rencoroso, porque esa feliz piscina de amargura se volverá contra ti y te corroerá.

Ya lo estaba haciendo.

—Es una mierda que me mintiera, pero sigue siendo mi amiga. Seguía estando allí para mí —dijo—, y eso es lo que importa. De todas formas, parece genial —continuó—, quiero decir, hay todo un mundo que desconocía coexistiendo con el mundo mortal y no lo sabía. Es como de película o de libro. Como Hogwarts cobrando vida.

Sí. Lo sabía. El mundo de los magos iba con ella.

—Has leído Harry Potter, ¿verdad?

Solté un bufido.

—No.

—¿Visto las películas?

—Nop.

—¿Has estado en el Mundo Mágico de Harry Potter?

Me reí.

—Eso también es un no.

—Yo tampoco he estado allí, pero aún así me gusta. —Se giró hacia mí tan rápido que tuve miedo de que se ahogara con el cinturón—. ¿Has estado viviendo en una cueva?

—He estado muy ocupado —contesté mientras miraba por el espejo retrovisor—. Ya sabes, luchando con autómatas y salvando al mundo.

—¿Qué es un autómata?

—Algo que no quieres ver —dije, y cuando resopló, suspiré—. Son una de las creaciones de Hefesto. Es algo así como el herrero por excelencia. Puede crear casi cualquier cosa. Las Autómatas son básicamente mitad robot, mitad toro y lanzan bolas de fuego.

Se giró hacia el parabrisas.

—Eso no parece divertido. ¿De todas formas, cómo consigues pronunciar su nombre? ¿Puedo llamarlo Hippo?

Me reí.

—Lo llamamos Hep. Lo odia, tanto como odiaba a Ares por acostarse con Afrodita mientras estaban casados. ¿Has oído hablar de la cadena irrompible y la red? Son reales. Lo utilizó para atraparlos.

—Oh. Yo... pensaba que Afrodita estaba con Adonis o algo así.

—Afrodita ha estado con casi todo el mundo. Incluso se acostó con un Centinela que conozco y él terminó con una cicatriz que le recordaba la política de «no tocar».

—Centinelas... los has mencionado antes. —Apartó su lector—. Dijiste que eran en su mayoría mestizos, ¿verdad?

—Sí. Ahora es más una mezcla entre puros y mestizos, pero antes sí.

—¿Y los Centinelas son como la versión divina del ejército?

—Algo así. Todos los mestizos siguen órdenes del Consejo, bueno, o solían hacerlo. Muchas normas fueron abolidas hace un año, pero entonces, a la edad de ocho años, los llevaban ante el Consejo (doce puros que supervisaban cada uno de los Covenant, que son escuelas cerca de las comunidades más grandes), y determinaban si eran entrenados para convertirse en Centinelas o si iban a la servidumbre. Obviamente a mí me llevaron a entrenarme. Nos daban una educación básica, pero nuestra educación en general se enfocaba en enseñarnos diferentes tipos de lucha y defensa, que van desde el combate mano a mano y el krav maga, a las artes marciales básicas, pistolas y dagas. Hay miles de Centinelas. Solían ser más... —*Antes de que ayudara matar todo un escuadrón.*

—¿Así que también eres un Centinela?

Siguió moviendo su lector.

—Sí. Y no. Primero y ante todo, soy el Apollyon, pero me formé como cualquier otro Centinela. Probablemente con mucha más fuerza, pero nunca llegué estar *con* ellos. Incluso cuando estaba en clases con los otros, siempre estaba algo apartado.

—¿Por qué? —preguntó.

Gran parte de mí no tenía ni idea de por qué le estaba contando tanto.

—Los mestizos y puros sabían lo que era. Sabían que era diferente, y que podía pegarles hasta derribarlos sin problema, eso no hacía que se sintieran muy cómodos a mi alrededor. A todo el mundo le gustaba mirarme fijamente cuando estaba a su alrededor, pero la gente no se acercaba demasiado. —A menos que los puros y mestizos fueran mujeres, la mayoría se mantenía alejado de mí. Todos, excepto los pocos conocidos que había hecho en el Covenant de Isla Deity, y no los había visto desde hacía más de un año.

El lector dejó de moverse.

—¿De verdad que no tuviste amigos durante tu infancia?

—No tenía a nadie —admití, sorprendiéndome a mí mismo.

—¿A nadie? —susurró.

La miré. Me observaba, no con curiosidad sino con una visible necesidad de entender por qué. Estaba escrito en su cara. Por eso seguí hablando, contándole cosas que solo otra persona conocía. Tal vez pensaba que, entre todos los que había conocido, aquella chica podía entenderme.

—Al segundo que abrí la boca y cogí aire por primera vez, mi madre, una pura (y usar el término «madre» es una maldita broma), me entregó a una cuidadora que era tan cálida y buena como Medusa. No me quería. Ya ves, las relaciones entre mestizos y puros estaban prohibidas. Sabíamos que era debido a la posibilidad de que un Apollyon naciera de ella, pero es también porque los mestizos siempre han sido despreciados, sin embargo... entre ella y mi padre no hubo una gran historia de amor. A ella le gustaba ayudar a los trabajadores, hasta que se quedó embarazada de uno de ellos y fue entonces cuando dejó de gustarle. Probablemente me habría ahogado en el mar Mediterráneo.

Se quedó sin aliento.

—No, no lo habría hecho.

—Los puros lo hacían, Josie, y ese hubiera sido mi destino si no hubiera sido por el dios que se acercó a ella antes de que naciera y le dijo lo que era.

—Dios, eso es terrible.

Mi mano se agarró al volante con más fuerza.

—Entonces me convertí en su as bajo la manga. Durante años, solo la vi cuando ella quería verme: dos veces a la semana para cenar y cada vez que quería llevarme a las fiestas importantes como su hijo *especial*, el Apollyon. Nadie me llamaba así entonces, pero todos sabían lo que era. El color de mis ojos me delataba. Era el equivalente a un bolso caro y de marca. Me miraban. Susurraban. Me tocaban. Acariciaban. Y luego me guardaba hasta que quisiera impresionar a otros amigos puros, que habían perdido el respeto por ella al quedarse embarazada de un mestizo, pero que querían conocerme. Sobra decir que llegué a odiar a los puros. —Cogí aire—. De todos modos, no se me permitió llamarla mamá, sino que debía hacerlo por su

nombre de pila; Calista. Mi queridísima madre se hubiera muerto si hubiera sabido la verdad; que yo no debería haber sido el Apollyon. Tal vez ella *lo sabía*. De todas formas, no tenía ningún amigo. Los únicos juguetes que tuve, fueron las cosas antiguas con las que ningún niño quería jugar. Al final, me fui del Covenant antes de tiempo. Me habían estado observando, sabían lo que era, y me llevaron lejos de las Islas Cícladas, me enviaron al Covenant en Inglaterra donde inicié mi educación. Finalmente terminé en el Covenant de Nashville.

Hice una pausa, atrapado en los recuerdos. Nunca había sido algo agradable que recorrer.

—No he vuelto a las islas desde ese día. Tenía dieciocho años cuando un Ministro del Covenant de Nashville me informó de que habían encontrado a mi madre muerta.

Eso fue horrible.

A pesar de no haber sido una madre para mí, era mi carne y mi sangre. Me importaba, incluso aunque yo no le importara a ella.

En el silencio que siguió a mis palabras, pude sentir a Josie mirándome, pero no pude devolverle la mirada porque sabía que en sus ojos encontraría compasión. Debería haber mantenido la boca cerrada.

—¿Así que... por eso tienes ese acento? —preguntó.

Me relajé, aliviando la tensión de mis hombros. Eso... eso había estado muy bien.

—Sí, es por eso.

Se removió en el asiento.

—¿Así que hay muchos Centinelas? ¿Es realmente peligroso ser uno de ellos?

—Sí, Josie, lo es. —Suspiré mientras el Porsche aumentaba su velocidad—. Hay daimons... Son puros y mestizos que se han convertido en adictos al éter que recorre nuestras venas. El éter es lo que alimenta nuestras habilidades, los dioses tienen mucho, seguidos de los semidioses y Apollyons, varias criaturas creadas por los dioses y deidades menores, luego los puros y finalmente los mestizos. Los puros que se vuelven adictos a eso, cambian su apariencia y su forma de actuar. Para los mortales, parecen normales, pero los mestizos tienen la extraña capacidad de verlos en su forma original. Los puros no. No estoy seguro de cómo los verás tú ahora que tienes las habilidades atadas.

—¿Cuál es su aspecto real?

—Cara pálida, sin ojos y una boca que haría a los tiburones sentir envidia.

—Ugh. —Se echó hacia atrás, visiblemente temblorosa—. Así que, déjame adivinar, ¿utilizan sus dientes para comer?

—Sí. No es la única forma de drenar el éter de alguien, pero a los daimons les gusta morder, pues disfrutan causando dolor. —Fruncí el ceño mientras miraba de reojo la luz del sol que empezaba a anaranjarse. Kentucky era un estado sumamente aburrido por el que conducir—. También van detrás de los mortales por el simple gusto de hacerlo. Probablemente, de ahí viene la leyenda de los vampiros. Sin embargo también hay puros a los que les entra el hambre de poder sin necesidad del

éter. La gente rompe las leyes en nuestra sociedad, al igual que lo hacen en el mundo de los mortales.

Jugueteó con el lector, dándole vueltas una y otra vez en sus manos.

—Lo siento, Seth.

Mi mirada se dirigió hacia ella.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo eso suena solitario y solo... que es una mierda, crecer de esa manera. Yo no tenía amigos, pero tuve infancia, ¿sabes? Llegué a ser una niña. —Su amplia mirada volvió a la carretera, lo que me recordó que estaba conduciendo—. Mi madre... me dijo cuando era pequeña que tenía que haber una razón por la que su vida terminó cuando la mía empezó.

Jesús.

—Pero aun así me amaba —agregó, en voz baja, y cuando la miré de nuevo, miraba al frente, con el lector apretado contra el pecho—. Sé que lo hacía. Eso no hacía las cosas... fáciles, pero puedo asegurarlo y tengo la impresión de que tú no puedes decir lo mismo de tu madre.

Un extraña congoja se apoderó de mi pecho, abriendo viejas heridas que había olvidado o bien me las había arreglado para ignorar durante todos estos años. Sí, mi infanciaapestaba, pero no merecía simpatía. No después de todo lo que había hecho.

Tras las palabras de Seth sobre su infancia o más bien la falta de ella, no volvimos a hablar. Lo había pasado mal con mi madre, pero había tenido a mis abuelos. Al parecer, él no había tenido a nadie. Gran parte de mí se sentía mal por él. Sabía lo que era *saber* que no eras querido; la picazón y el ardor que te recorría cada día sabiendo que solo fuiste un accidente que tus padres hubieran deseado evitar. Este tipo de cosas te comen por dentro, incluso a mí que sabía que mi madre me quería.

El cielo dejó atrás el atardecer para adentrarse en la noche. Apenas habíamos cruzado unas cuantas palabras cuando nos detuvimos para comer. La hamburguesa no me sentó especialmente bien y tuvo que pasar otra hora antes de que volviera a hablar.

Eran cerca de las nueve cuando su profunda voz, con un ligero acento, se escuchó de nuevo en el interior del coche.

—Creo que deberíamos parar durante la noche. Descansar un poco y volver a la carretera temprano para poder llegar a tu casa por la tarde.

Me senté más erguida tras escucharle.

—Creo que podemos seguir avanzando. Aún tengo la llave de casa. Podemos entrar. Además, tengo una habitación extra donde puedes dormir. Quiero decir, no estamos muy lejos de St. Louis, y son solo otras cuatro horas más o menos desde allí.

—He estado conduciendo durante nueve horas. Estoy cansado.

—Puedo conducir yo.

Resopló.

—Ni de coña.

Mis ojos se estrecharon.

—¿Por qué no? ¿Crees que no puedo conducir? Lo hago muy bien. Podría conducir en NASCAR si quisiera.

Sus labios se crisparon mientras negaba con la cabeza.

—No es eso. Estoy cansado. Necesito estar alerta y no lo estaré si dormito en el asiento del pasajero mientras juegas a NASCAR con el Porsche. —Me observó fijamente con los rasgos ensombrecidos—. ¿Te pone nerviosa pasar otra noche conmigo, Josie?

Guau. No solo había dado en el clavo sino que lo había clavado en la madera.

Su mirada volvió a la carretera mientras llevaba el Porsche hacia el carril derecho.

—Porque esta noche no va a ser la única noche. Estás atrapada conmigo, nena, al menos hasta que te lleve a Dakota del Sur.

Abrí la boca y la cerré de nuevo. La irritación erizó mi cuero cabelludo como si cien hormigas de fuego acabaran de bailar sobre él.

—No te gusto nada, eh.

Rio oscuramente.

—A mí tampoco me gustas.

Puso los ojos en blanco.

—Ya lo veo.

—¡Oh, es imposible que lo veas! —Cerré los puños sobre los muslos—. A menos que tengas visión gatuna o algo así.

—Veo mejor en la oscuridad de lo que un mortal puede —contestó. Cuando lo observé, vi que tenía esa sonrisa de sabelotodo—. Creo que este lugar es lo suficientemente bueno.

Cruzándome de brazos me eché hacia atrás, mientras él cogía la salida a nuestra derecha, y resistí la necesidad urgente de tener un berrinche que haría que un niño de dos años se sintiera orgulloso. Se paró en el primer alojamiento que encontró.

—Ni siquiera es un hotel —señalé, mientras entraba en el aparcamiento de grava—. Es un motel. Las puertas de las habitaciones están fuera. Es el tipo de puertas que los asesinos en serie abren mientras estás durmiendo.

—Nos servirá. —Estacionó el coche en dos plazas—. No es un área de mucho tráfico. Parece que solo hay otras dos personas aquí, y si un asesino en serie abre la puerta, será la última puerta que abrirá.

—Parece el Motel Bates —murmuré.

Seth rio.

Odiaba su risa. Vale, no la *odiaba*. Era un sonido profundo y agradable. Cuando conseguí desabrocharme el cinturón de seguridad él ya estaba fuera, golpeando mi ventana; una mirada de impaciencia ensombrecía sus rasgos. Puse los ojos en blanco y él abrió la puerta por mí.

—¿Necesitas ayuda? —ofreció—. Puedo levantarte, cargarte sobre el hombro y llevarte dentro. —Se inclinó, poniendo una mano en el asiento al lado de mi pierna. Una hebra de su pelo se soltó de su agarre, acercándose a sus labios—. Podríamos fingir que somos recién casados.

Lo miré boquiabierto.

—De ninguna manera.

—Tal vez tengan una *suite* luna de miel. Oh, eso parece un plan genial. —Se echó hacia atrás—. Espero que tengan una cama con forma de corazón.

Bajando de mi asiento, cerré la puerta *gentilmente* de un portazo y lo adelanté. ¿De verdad existían habitaciones con camas en forma de corazón? Eso sí que era llamativo.

Me alcanzó con apenas unas zancadas.

—No te apartes de mí, mantente cerca.

No le respondí. Se dirigió a la puerta de neón rosa que decía «abierto» y la abrió. Tenía un pequeño vestíbulo —sorprendentemente limpio y algo acogedor—, completamente decorado al estilo *country*. Muchas cestas y bayas rojas, vides verdes

y pequeños escalones de madera cubrían cada pulgada cuadrada. El olor a vainilla y otro tipo de fruta era agradable.

Seth se acercó al mostrador y golpeó la campanilla. Una puerta blanca se abrió y una señora mayor se apresuró hasta llegar a nosotros, dejando una revista sobre una silla. Al verlo, abrió la boca sorprendida. Seth estaba apoyado en el mostrador con una sonrisa que haría que aquella pobre abuela tuviera que abanicarse.

—Necesito una habitación para mi chica y para mí —dijo con esa voz suya.

Alejándome, puse los ojos en blanco y empecé a inspeccionar la cesta más cercana. En su interior había pequeños objetos de tocador. Era bonito. Recorrí la repisa, llegando a un grupo de cestitas que parecían vacías.

—Bueno, dulzura, tenemos bastantes habitaciones libres esta noche, así que eres afortunado —dijo la señora, y entonces Seth habló en voz muy baja.

Mis dedos se deslizaron sobre algo suave. Lo cogí y abrí la boca sorprendida.

Las cestas estaban llenas de condones.

Oh, Dios mío. ¿Qué tipo de motel tenía cestas llenas de condones en el vestíbulo, metidos en pequeñas cestas de mimbre? Me quedé mirando el envoltorio que marcaba «extra grande con rugosidades, para su placer». ¿Dónde estábamos y qué tipo de personas se alojaban allí?

—Josie.

Me giré hacia Seth. Su mirada se movió de mí a mi mano. Sus cejas se alzaron y su sonrisa se transformó en una sonrisa de infarto que llegó a sus ojos, iluminándolos y calentándolos. Seth sin sonreír era hermoso, ¿pero sonriendo? Era... guau. Robaba el aliento.

Y yo seguía con los condones en la mano.

Noté mi rostro encendiéndose por momentos.

—Son cortesía de la casa, cariño —dijo la señora detrás del mostrador—. Coge todos los que quieras. —Me guiñó un ojo—. Yo lo haría si fuera tú.

Oh, Dios mío.

Como si fuera una pequeña víbora, dejé caer el condón en la cesta, crucé los brazos y me rehusé a tocar nada más.

Seth se dio la vuelta hacia la señora y cogió la llave de la habitación. Extrañamente, no lo vi sacar una identificación o algo de dinero antes de acercarse a mí.

—¿Has cogido suficientes condones, cariño?

—Cállate —siseé, saliendo por la puerta que tan cortésmente abrió para mí—. ¿Le has pagado? —pregunté una vez fuera.

Rio.

—No. Eso es lo genial de las compulsiones. Consigues muchas cosas gratis. Como ese precioso Porsche.

Tropecé.

—Eso es tan... tan horrible.

—Solo estás celosa porque aún no puedes hacerlo.

Vale. Tal vez lo estaba un poco. Le seguí, pasando tras varias puertas, hasta la última justo antes de llegar al campo y a una arboleda. Seguro que había pedido esa habitación por alguna razón ninja o algo así. Cuando la puerta se abrió, el alivio me invadió; no era una *suite* luna de miel.

La decoración seguía siendo como en el vestíbulo, todo *country*. Cestas. Escalones de madera cubiertos con viñas y bayas. Un aroma a calabaza especiada nos recibió.

Había una sola cama.

Ni siquiera una grande.

O un sofá.

Me di la vuelta.

—Solo hay una cama.

—Sí —respondió, dirigiéndose hacia la puerta—. Solo había una anoche y sirvió. Bueno, me convertiste en almohada de cuerpo entero, pero funcionó.

Oh por Dios. Cerré los ojos y cogí aire antes de abrirlos de nuevo.

—Esto no es buena idea. Necesitamos dos camas.

—Estará bien. Quédate aquí. Voy a por nuestras bolsas.

Y entonces se fue. Pataleé una vez y luego dos, como una niña de cinco años, pero no me importaba lo estúpido que parecía. No podía dormir en la misma cama que él otra vez, pues al parecer me gustaba acurrucarme y no iba a pasar por aquello una segunda vez.

Mi mirada recorrió la acogedora habitación. Había una puerta estrecha que daba a un baño, por desgracia no se parecía en nada al de la habitación de hotel de Seth. Al lado de la cómoda había una pequeña ventana. Me acerqué a ella, apartando la cortina, y vi una pequeña terraza con paredes a los lados para preservar la intimidad.

Escuché que la puerta principal se abría y me giré. Seth entró, dejando caer su bolsa en el suelo y las tres que Erin me había traído sobre la cama. Esperé a que hiciera algún tipo de comentario sarcástico, pero no lo hizo. Todo lo que hizo fue abrir la suya y rebuscar, hasta sacar un pantalón de nylon. Luego desapareció en el baño.

Resistí la tentación de darme golpes contra la pared y pensé que encontrar algo para ponerme sería más productivo. Abrí la primera bolsa y encontré un montón de ropa. Luego miré la segunda; estaba llena de camisetas sin manga, ropa interior y sujetadores. La tercera estaba llena de más ropa y varios zapatos, pero nada con lo que pudiera dormir.

El corazón me dio un vuelco. Volví a la primera bolsa y rebusque mientras mi estómago empezaba a hundirse.

—Pareces a punto de entrar en pánico.

Salté ante el sonido de la voz de Seth. Estaba de pie detrás de mí. Ni siquiera había escuchado la puerta abrirse o a él salir del baño.

—Dios, ¿cómo puedes moverte tan silenciosamente?

Sus labios se inclinaron en una esquina mientras tiraba la ropa que se había quitado, al suelo.

—Es una habilidad adquirida.

Yo también la quería, pues parecía una mula de tres patas cada vez que me movía. Mi mirada se centró en él. Iba sin camiseta. De nuevo. El pantalón de chándal que llevaba parecía aguantarse sobre sus estrechas caderas por algún tipo de acto divino. No podía dejar de preguntarme si había nacido con genes impresionantes o si tenía que trabajar esos abdominales como hacía el resto del mundo.

—Me gusta tu pelo suelto —solté, y luego me golpeé mentalmente. ¿Me gusta tu pelo suelto? ¿Quién le decía aquello a un chico? Sin embargo era verdad. No muchos chicos podían soltarse el pelo y verse como él. Le gustaba ser rebelde.

Seth me miró con la cabeza inclinada. No dijo nada, pero claro, ¿qué podía decir tras esa frase? Sintíendome como una idiota, me di la vuelta hacia las bolsas. Busqué un pijama de forma desesperada.

—Voy a matar a Erin —dije.

Se acercó aún más, pasando el dedo por la correa de una de las bolsas.

—Puedo hacerlo, pero tengo que preguntarte por qué quieres matarla cuando has dicho que la habías perdonado.

Mi mirada siguió el movimiento de su mano.

—No ha metido pijamas en la bolsa.

—Puedes dormir desnuda —sugirió—. No me quejaré. Dormiré desnudo si eso te hace sentir mejor.

Dejando caer mis hombros, le miré con cara de pocos amigos.

—Gracias por ser tan servicial. Eres de gran ayuda.

Rio mientras se dirigía hacia su bolsa. Se agachó y sacó una camiseta.

—Puedes dormir con esto. —Me la lanzó y la atrapé antes de que me golpeara la cara—. O desnuda. La decisión es tuya.

Levantando la camiseta, tuve que admitir que era mejor que cualquiera de mis cosas. Murmuré un «gracias» mientras buscaba la pequeña bolsa de maquillaje en la que llevaba todos los productos esenciales. Me dirigí al baño, dispuesta a prepararme para ir a dormir. Me até el pelo en una cola de caballo, me lavé la cara y me lavé los dientes. No quería que mi mente pensara en nada más.

Cuando salí del baño, Seth había movido las bolsas al suelo y apartado las mantas. Dudé al pie de la cama, mordisqueando nerviosamente mi labio inferior.

Seth se enderezó. Al parecer había olvidado lo que estaba haciendo y solo me miraba fijamente. La camiseta era súper larga para mí, me llegaba a pocos centímetros de las rodillas. Era casi cómico, sin embargo sus ojos brillaban en un tono color rojizo. Era como si la camiseta fuera ceñida.

—Gracias por, um, la camiseta —dije nuevamente. Retorcí mis dedos, nerviosa, mientras echaba otro vistazo a la habitación, antes de volver a mirarle. Seguía

mirándome—. En mi casa podré coger algo para dormir y no tendrás que dejarme más ropa.

Tragó lentamente, pero no dijo nada, solo asintió. Dejó caer la almohada y empezó a girarse hacia la cama, pero se detuvo mirándome de nuevo con intensidad.

—No suelo ver mujeres con ropa a menudo.

Por alguna razón eso me hizo feliz, algo estúpido. No debía importarme si todo un harén llevaba su ropa.

—Bueno, no suelo, um, ponerme ropa masculina, así que...

Sus labios temblaron.

—Es bueno saberlo.

Arrastré mi peso de un pie al otro mientras una serie de escalofríos recorría mi piel.

Mantuvo sus ojos en mí.

—No lo había experimentado nunca.

—¿Experimentar qué?

Una extraña tensión se deslizó en su expresión, afilando sus rasgos.

—Por qué es tan excitante ver a una chica llevando tu ropa.

Abrí los ojos de par en par.

Bajó la barbilla y varios mechones rozaron su mandíbula.

—Es *realmente* excitante.

Calor se deslizó a través de mis venas en una carrera vertiginosa. Incapaz de sostener su mirada por más tiempo, aparté los ojos mientras cogía aire como si me faltara y me ahogara. Recordé el momento en el que había estado a pocos centímetros de mí, agarrado a mi bata, y volví a mirarle.

Sin previa advertencia estuvo justo en frente mío, tan cerca que sus pies descalzos rozaron los míos. Contuve el aliento mientras él colocaba la punta de sus dedos contra mi garganta, justo en el punto en que mi pulso latía apresurado. Fue un ligero toque, pero lo sentí en cada parte de mi cuerpo.

—¿Saberlo te hace sentir incómoda? —preguntó, en voz suave y baja.

Sí. No.

—No lo sé —admití.

Sus dedos se movieron hacia abajo por mi cuello. Mi corazón dio una patada contra mis costillas mientras dos de sus dedos se deslizaban bajo el cuello de la camiseta, siguiendo la línea de mi clavícula hasta la base de mi garganta. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, tampoco sabía si quería que se detuviera o siguiera. El sentido común me decía que lo primero era lo correcto.

Dio unos golpecitos con el dedo y luego su mano se movió hacia arriba curvándose alrededor de la base de mi cuello. Su pulgar estaba contra mi pulso, un pulso que se había vuelto loco mientras él inclinaba mi cabeza hacia atrás. Bajó la cabeza hasta que su boca estaba a pocos milímetros de la mía, tan cerca que pude saborear su aliento mentolado.

El tiempo pareció detenerse y luegoladeó la cabeza.

—Me incomodas. —Habló en un susurro y, mientras lo hacía, sus labios rozaron la esquina de los míos, mandando un rayo de sensaciones a través de mi cuerpo. Pánico. Confusión. Anhelos. Deseo. Se acercó más, sus piernas tocando las mías. Al hablar de nuevo, sus labios rozaron mi oído—. Y es básicamente porque estoy yendo contra mi propia naturaleza.

Me estremecí al sentir la combinación de nuestra cercanía, la sensación de su suave cabello en mi mejilla, y la forma en que sus pulgares presionaban mi cuello. Una pesadez casi dolorosa se adueñó de mi pecho y luego bajó, mucho más abajo. Me temblaron los dedos ante la loca idea de levantar las manos y colocarlas sobre su pecho.

—Cuando quiero algo, voy a por ello —continuó en el mismo tono de voz, bajo y seductor—. Ni siquiera me lo pienso dos veces, pero contigo... tengo que pensarlo bien. —Sus labios rozaron por sorpresa un punto sensible justo debajo de mi oído. Me estremecí mientras un pequeño y rasposo sonido se deslizaba fuera de mi garganta—. Y eso te hace probablemente muy, muy afortunada.

Seth se echó hacia atrás, mirándome por última vez antes de darse la vuelta y dejarme ahí de pie, completamente perdida y sin saber qué acababa de suceder, solo sabía que quería no ser tan afortunada.

Solté el aliento que había estado conteniendo sin darme cuenta. El corazón me latía de forma irregular y el nudo en mi garganta se intensificó. A pesar de haberse apartado de mí, seguí notando el nerviosismo presente segundos antes en la habitación. Nunca había tenido una... reacción tan visceral ante un chico, especialmente uno al que solo conocía desde hacía dos días.

Dos días y ya había dormido en la misma cama que él, cama que ahora volveríamos a compartir, cuando yo nunca había compartido la cama con ningún chico. Dos días desde que mi vida había comenzado a desmoronarse al encontrarme con él en las escaleras, y solo un día desde que había descubierto la verdad acerca del mundo y de mí misma, sin embargo parecía mucho más. Todas mis emociones se intensificaban por momentos. Había confiado en Seth y en lo que me había contado, tal vez por eso reaccionaba así ante él.

Pero nada de eso importaba. Una vez llegáramos a Dakota del Sur, parecía que iba a desaparecer y estaría rodeada de extraños. A pesar de que nos acabábamos de conocer, ya no consideraba a Seth un extraño. Me temblaban las rodillas.

Seth se sentó en la cama y levantó la mano, pasándosela por el pelo mientras me observaba.

—¿Te haría sentir más cómoda si paso la noche en uno de los sillones?

La sorpresa me invadió. Ni siquiera creí que fuera a ofrecer algo así, especialmente después de haber dormido juntos la noche anterior, pero el simple hecho de que lo ofreciera me ayudó a eliminar parte de mi rigidez.

—No —dije, obligando a mis pies a moverse hacia el otro lado de la cama—. No

será necesario. Tú eres mayorcito y yo también.

Arqueó una ceja, pero permaneció en silencio mientras me metía en la cama, empujando rápidamente mis piernas desnudas debajo del edredón. Mientras me ponía sobre mi espalda, él se levantó y se dirigió hacia el interruptor para apagar la luz. Cuando la habitación estuvo a oscuras empecé a pensar que tal vez no era tan mayorcita. Cuando la cama se hundió con el peso de Seth, aguanté la respiración. Y cuando el colchón se hundió nuevamente mientras él se acomodaba, enfrentándome, tuve un leve ataque cardíaco.

—¿Josie? —Su voz era suave en la oscuridad.

—¿Sí? —espeté.

Hubo un momento de silencio.

—Si quieres usarme como una gran almohada de nuevo, no me importa.

Abrí la boca, pero solo la risa salió de mí. Moderadamente avergonzada y en parte divertida, volví la cabeza hacia él. Mi ojos se habían adaptado a la oscuridad por lo que pude distinguir las líneas de su rostro.

—Gracias.

—Solo quería que lo supieras. En realidad me gustan los abrazos. Y me gusta lo que normalmente viene antes y después de acurrucarse —continuó. No pude evitar la sonrisa que apareció en mi rostro—. Me apuesto lo que quieras a que hay condones en esas cestas que hay sobre la cómoda.

—Oh, Dios mío —le dije y la risa se me escapó mientras miraba hacia otro lado, tapándome la cara con las manos—. ¿Qué tipo de motel tiene condones en las cestas del vestíbulo?

Seth rio mientras extendía su mano y destapaba mi rostro. No respondió, pero tampoco soltó mis manos. Simplemente envolvió mis dedos y los mantuvo allí. No sé por qué lo hizo o por qué no se movió, pero cuando el silencio se extendió y su respiración se hizo más profunda, sus dedos se quedaron entrelazados con los míos. El último pensamiento que recuerdo antes de dormirme fue que era imposible que me durmiera así.

Había utilizado a Seth como almohada. De nuevo.

Cuando me desperté, antes del amanecer, ya no estaba sobre mi espalda. No. En algún momento durante la noche, Seth se había movido y yo me había puesto *encima* de él. Nuestras piernas y brazos estaban enredados y mi cabeza estaba apoyada en el hueco de su cuello, un lugar sorprendentemente cómodo.

Cuando me desperté él ya estaba despierto, pues su mano, la que pertenecía al brazo sobre el que me encontraba, estaba sobre mi hombro, pero no estaba quieta. Sus dedos se movían trazando símbolos extraños que no se parecían en nada a círculos o cuadrados. No era capaz de reconocerlos. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba despierto haciendo eso o por qué no me había separado y se había levantado, hasta que me despertara.

Cuando reuní el coraje para levantarme, no dijo nada sarcástico o molesto. Simplemente me miró tranquilo y nos preparamos para salir.

Entré primero en la ducha. Sin querer perder tiempo secándome el pelo, me lo sequé con una toalla lo mejor que pude y me lo até en un moño flojo. Seth no dijo nada cuando desapareció en el cuarto de baño.

Me entretuve observando la habitación. La tranquilidad nos rodeaba. Mi mirada se posó en la puerta del baño cuando oí la ducha correr.

Él estaba totalmente desnudo.

Puse los ojos en blanco. Por supuesto que estaba desnudo y ahora... ahora me lo estaba imaginando desnudo y eso estaba bien. Me sentía atraída por él. Era obvio. Probablemente también era una estupidez, teniendo en cuenta que apenas lo conocía, planeaba dejarme, y muchas otras razones.

En el corto período de tiempo que había pasado con él, había visto muchas facetas suyas. Era como las Caras de Seth. Podía pasar de hosco y serio, a burlón y francamente molesto; de travieso y juguetón, a seductor y peligrosamente engañoso en cuestión de minutos. Nunca había conocido a nadie como él, y dudaba de que muchas personas, mortales o no tan mortales, pretendieran saber cómo funcionaba su cabeza.

Y no estaba preparada para una tarea como esa.

Tenía la cabeza llena de pensamientos e ideas, arremolinándose y mareándome. Cualquier calma y control que había tenido desde que mi vida había cambiado, empezaba a desaparecer. No es que no me hubiera dado cuenta de que estaba en problemas, simplemente no había permitido que me afectara.

Ahora me estaba afectando.

Empezó al darme cuenta de que me había perdido el examen de psicoanálisis, y el nudo en mi estómago aumentó cuando me di cuenta de que haber perdido mi examen

era el menor de mis problemas. No iba a volver a Radford. No habría más exámenes en mi futuro. No habría más clases o prácticas.

Porque era una criatura mítica.

Dejé caer mi cabeza entre las manos y me tragué las ganas de gritar al más puro estilo loca de manicomio. Mi ritmo cardíaco se aceleró, apretando más y más el nudo en mi estómago. Nervios. Intenté coger aire, pero se atascó.

Recordando la pequeña terraza que había visto la noche anterior, me dirigí hacia la puerta y salí, cerrándola detrás de mí. En la oscuridad previa al amanecer, una lámpara pegada a la pared proporcionaba un resplandor amarillento.

La fría madera enfrió mis pies descalzos mientras me acercaba al borde de la pequeña terraza y cogía aire como si fuera la primera vez en mucho tiempo.

Cruzando mis brazos sobre mi pecho, me quedé observando la hierba y los árboles a mi alrededor, centrándome en respirar y dejar que el aire fresco reorganizara mi cabeza.

Nunca había tenido un ataque de pánico, al menos no uno que no fuera totalmente comprensible, como cuando Erin había extendido las alas y mostrado sus afilados dientes. Aquello no contaba como un ataque de pánico, pues suponía que la mayoría de la gente se asustaría ante una situación como esa.

Sin embargo me había sentido a punto de caer en uno apenas unos minutos antes. ¿Un semidiós impotente que experimentaba ataques de ansiedad? Solté una risa seca. Tal vez Seth, Erin y todos estuvieran equivocados. Tal vez no era hija de Apolo. Eso sería más comprensible.

Ilusa.

Ilusa. Aunque se tratara de un gigantesco error, no sería capaz de olvidar todo esto y volver a mi anterior vida. Nunca. Nadie podría...

Una rama crujió en el silencio, tan fuerte como un trueno, haciéndome saltar. Otro chasquido llegó después, seguido rápidamente por otro. Contuve la respiración mientras los nervios aparecían de nuevo. El sol no había salido todavía y dudaba de que mucha gente saliera a pasear a aquellas horas. Era momento de que regresara dentro, pues aparte de monstruos como yo, no podía imaginarme quién estaría vagando por allí. Empecé a girar, pero no fui lo suficientemente rápida.

Alguien apareció frente a la terraza, una mujer, tal vez en sus treinta, de pelo y ojos oscuros. Tenía un rostro impresionante, pero incluso en el resplandor amarillento suave de la pequeña lámpara junto a la puerta, me di cuenta de que su ropa estaba sucia y rota, con una mancha oscura justo debajo del cuello y en las rodillas de sus pantalones vaqueros.

Aun sin querer hacerlo, le sonreí, mientras retrocedía hacia la puerta detrás de mí, porque así es como mis abuelos me habían criado. Siempre ser cortés y educada.

La mujer no me devolvió la sonrisa, pero se detuvo frente a mí, inclinando la barbilla mientras estiraba el cuello hacia un lado. Sus fosas nasales se expandieron. ¿Estaba... *olfateando* el aire? Uh...

Silencioso como una sombra, apareció un hombre detrás de ella. Probablemente unos pocos años mayor, pero con un rostro igual de precioso y la ropa andrajosa. La débil sonrisa que hubiera hecho sentirse orgullosa a mi abuela desapareció de mi cara cuando los ojos oscuros del hombre se centraron en mí. Sin duda era el momento de entrar. Mis dedos se cerraron alrededor de la manija de la puerta.

—Espera —dijo la mujer.

Algo en su voz exaltó mis nervios, poniéndome el vello de punta. No esperé. Empecé a girar la manija cuando la cubierta crujió bajo unos pasos que no eran míos.

No tuve ni un segundo.

Una mano se cerró sobre la mía, retirándola de la puerta, mientras otra me tapaba la boca, sofocando mi grito de dolor. Inmediatamente, un sabor metálico inundó mi boca. Mis labios ardieron cuando se vieron obligados cerrarse contra mis dientes, pero el olor de la sangre... no era mío.

Era del hombre que me sostenía.

Mis pies se levantaron del suelo cuando él se alejó de la puerta. Miedo real, más del que nunca había sentido, recorrió mi cuerpo. El instinto se activó y actué, arañando la mano que me tapaba la boca y moviendo mis piernas hacia atrás, clavando los talones en sus piernas.

—Agárrale las piernas —gruñó.

La mujer subió los dos escalones y extendió la mano, dispuesta a agarrarme el tobillo. Su agarre fue sorprendentemente fuerte, sin embargo seguí dando patadas hasta que alcancé su pecho con la pierna aún suelta.

Dejando caer mi tobillo, se tambaleó hacia atrás mientras *siseaba*. Había siseado como un gato enfadado. Sus labios se abrieron y aparecieron sus dientes. En aquel momento me inundó el terror. Aquello no era normal. Enterré mis dedos en la mano fría y húmeda del hombre, intentando alejarla de mi boca mientras se acercaba a la escalinata de la cubierta.

—Dioses —dijo el hombre y mi corazón cayó. *Dioses*. Oh mierda—. No es más que una estúpida mortal y ni siquiera puedes cogerle las piernas. No sirves para nada.

El horror me inundó intentando agarrarme a lo que fuera para detenerlo. Mis dedos se deslizaron sobre la baranda, clavándolos en el borde elevado. Con todas mis fuerzas, me aferré a ella, a medida que él bajaba por las escaleras. Los músculos de mis brazos se extendieron, gritando mientras tiraba más y más, con su brazo alrededor de mi cintura y la mano en mi boca. Creí que en cualquier momento me partiría el cuello.

—Él está adentro. —Oí que decía la mujer, su voz muy cerca de un gemido—. Puedo sentirlo. ¿Por qué estamos peleando con ella? Puedo sentirlo. Necesito...

—Porque —dijo él, tirando de nuevo— ella huele al Apollyon. La usaremos para atraerlo aquí. A menos que planees ir tras él, adelante, estás invitada a hacerlo.

El hombre tiró de mí, cortando lo que fuera que la mujer estaba diciendo. Perdiendo mi agarre, caí, sofocando un grito a medida que los escalones se

acercaban. El dolor explotó cuando mis rodillas golpearon el suelo y un lado de mi cabeza chocó con la esquina de un escalón. Un destello apareció en el fondo de mis ojos. Aturdida y sacudida hasta los huesos, no pude moverme cuando me dieron la vuelta rudamente sobre mi espalda tirando de mí el resto del camino. Antes de que mis pulmones volvieran a funcionar, me habían tumbado en la hierba sobre la espalda.

Un segundo después, estaba sobre mí y no pude hacer nada cuando me levantó la barbilla con la mano, empujando mi mejilla contra la hierba. Sus uñas rasgaron mi cuello y parte del jersey que llevaba puesto.

—Ella hará que salga —dijo él, bajando la cabeza. Sus labios fríos rozaron la misma área que Seth había rozado pocas horas antes. Las náuseas revolotearon en mi estómago mientras recorría la línea entre el cuello y el oído con la boca—. ¿No es así, querida?

Mi corazón dio un salto y me estremecí cuando noté cómo *algo* rasgaba mi garganta. Tenía que ser un cuchillo, porque no podría ser lo que pensaba que era; no podían ser sus *dientes*. Un dolor agudo me recorrió y grité, grité como no lo había hecho nunca.

Estaba ardiendo. Alguien había dejado caer un cerilla dentro de mí y mis venas estaban llenas de gasolina. Estaba ardiendo, tenía que estarlo. La mujer estaba diciendo algo, pero no entendía sus palabras. Sonaba como si fuera un idioma diferente.

La cosa se apartó de mí, deslizándose a un lado de mis piernas. Parpadeé para enfocar su cara. Sangre. Mi sangre manchaba sus labios. Entonces mi visión se volvió borrosa y...

—¿Qué... qué eres? —preguntó, con voz lenta.

Sus helados dedos envolvieron mi brazo y de nuevo esa sensación desgarradora, y dejé de gritar. Ya no era capaz de emitir ningún sonido.



Apenas un minuto después de salir de la ducha y secarme, los símbolos se movieron sobre mi piel. Exhalé cogiendo los calzoncillos y los pantalones vaqueros. La sensación que recorría mi espalda era una señal, al igual que la aparición de los símbolos en mi piel.

Poniéndome los calzoncillos y los vaqueros, abrí la puerta. La habitación estaba vacía y, cuando di un paso hacia adelante, sentí el perverso sexto sentido golpeándome. Los símbolos se movieron más rápido.

Había daimons cerca y Josie...

—Tienes que estar bromeando. —Di la vuelta, cogiendo una daga de titanio de la mesita de noche. El mango se calentó ante mi tacto.

Sus cosas aún estaban donde las había colocado, cerca de la puerta principal. La

cadena de bloqueo también estaba puesta. Mi mirada se volvió hacia la puerta trasera. En menos de un segundo, la abrí y salí a la noche. O más bien entré en una pesadilla.

Dos daimons tenían a Josie en el suelo. Una mujer en su muñeca y un hombre sobre ella, con la cara enterrada en su cuello. Ambos estaban marcándola, alimentándose de ella de una manera destinada a causar dolor. El hombre cubría su cuerpo por completo, todo lo que podía ver era una pierna quieta. Sin moverse. Nada.

Una ira desconocida detonó como una bomba nuclear, desatando un sabor metálico en la parte de atrás de mi boca. El mundo se tiñó de color ámbar mientras salía disparado hacia ellos. Aterrizando al lado de la mujer, la agarré del pelo y tiré su cabeza hacia atrás, viendo a través del *glamour* que los escondía en el mundo de los mortales.

Unos agujeros oscuros, donde deberían haber estado los ojos, se encontraron con los míos. Unas venas negras se retorcían como serpientes bajo la piel demasiado pálida. Su boca estaba abierta, revelando una hilera de dientes irregulares cubiertos de sangre; sangre de Josie.

Enterré la daga en ella, haciéndola gritar como lo hacían los daimons. Eran altamente alérgicos al titanio, tanto que solo un corte los mataba. Cuando saqué la daga, su rostro cayó y se desplomó en una lluvia de brillante polvo.

El daimon masculino se puso en pie y se tambaleó hacia atrás. Josie no se movió. Su cuello estaba cubierto de sangre y su suéter rasgado, revelando más de lo que ese hijo de puta nunca debería haber visto.

—Sabe como un dios. —Se tambaleó, tropezando con su inmóvil pierna. Sus labios se curvaron en una sangrienta sonrisa. El hijo de puta estaba drogado—. Felicidad...

—Estás jodidamente muerto —gruñí.

Bajó la barbilla y abrió la boca, dejando escapar un aullido espeluznante, cruce entre un gato montés siendo atropellado y un niño gritando. Luego el estúpido idiota fue contra mí. Todo acelerado por el éter escondido en la sangre de Josie, el daimon se movía como un tren de carga. Me agaché, apareciendo detrás de él. La necesidad de hacerle daño al bastardo, de hacerle pagar, invalidó los años de formación que imparten a los Centinelas sobre no jugar con su presa. El daimon se giró hacia mí. Iba a romperle su jodido cuello. Luego los brazos. Luego las piernas. Y luego iba a encontrar algo oxidado y sin brillo para cortarle las pelotas. Por último lo mataría, lentamente. Lo más dolorosamente posible.

Un suave gemido salió de detrás de mí, haciendo eco en mi cabeza una y mil veces, más fuerte que un arma de fuego o un trueno. Durante un segundo, un instante en el tiempo, me debatí entre la tentación de perderme a mí mismo en la venganza y la chica en el suelo, la chica que me necesitaba. Sin tiempo que perder, salí de la bruma de la violencia.

Me lancé hacia adelante, encontrándome a mitad de camino con el daimon. Cogiéndolo por el cuello con una mano, lo mantuve a raya mientras mis ojos se

encontraban con las desalmadas profundidades negras que tenía él.

—Eres muy afortunado.

Entonces metí la daga en su pecho y la saqué de golpe. Me di la vuelta antes de que el hijo de puta se convirtiera en polvo.

Cayendo al suelo junto a Josie, coloqué la daga cerca. Aparté el cabello de su mejilla. Su rostro estaba demasiado pálido. La piel por encima de su sien tenía moretones, que iban poniéndose rojos e hinchados.

—¿Qué está pasando aquí?

Miré por encima de mi hombro. Un hombre mayor en pantuflas y bata oscura se hallaba de pie a unos metros de distancia moviéndose sus ojos de mí a Josie y pensando... los dioses sabrían qué. No tenía tiempo para aquella mierda.

—Usted no vio o escuchó nada —dije entre dientes, lanzando una poderosa compulsión—. Solo ha sido un sueño. Vaya dentro y vuélvase a dormir.

El hombre no se inmutó. Se congeló durante un segundo, luego se dio la vuelta y caminó por la hierba de vuelta.

Con el corazón desbocado, volví mi atención a ella. Apartando con cuidado más mechones de pelo, pude ver su cuello. La marca no era profunda y la sangre ya había dejado de gotear. Revisé su muñeca. Estaba igual.

—Joder —gruñí, moviéndome para poder deslizar un brazo por debajo de ella. La levanté en una posición sentada. Su cabeza cayó hacia atrás y rápidamente la sostuve, acunándola contra mi pecho—. Jodido hijo de puta.

No hizo ningún sonido. No se movió.

—Vamos. Abre los ojos, Josie. Vamos, nena, abre los ojos. —Puse un brazo bajo sus rodillas y la levanté mientras me ponía de pie, cogiendo la daga. Mi corazón seguía latiendo desbocado. Una sensación extraña me recorría las entrañas y me dolía la mandíbula de lo duro que estaba rechinando los dientes. La llevé dentro. ¿En qué estaba pensando al salir a la calle así? Si estuviera despierta, la hubiera sacudido hasta meterle algo de sentido común.

Pero aquello no sería justo.

Josie había sido lanzada a este mundo y todavía tenía muchos rasgos mortales en ella. Probablemente ni siquiera había pensado que salir no fuera seguro.

Cerré la puerta de una patada cuando finalmente se movió, gimiendo suavemente. Me detuve.

—¿Josie?

Sus facciones se tensaron, haciendo que sus pestañas revolotearan. Un alivio desgarrador corrió a través de mí mientras abría los ojos lentamente. Su mirada estaba desenfocada, pero tenía los ojos abiertos.

—¿Estás conmigo? —pregunté.

Sus labios se abrieron y entonces vi el furioso corte rojo en ellos. La ira sustituyó ese alivio, desgarrándome, mientras ella respiraba de forma entrecortada.

—Creo que... creo que me han mordido —dijo con voz ronca.

—Sí, definitivamente te han mordido —le dije.

Sus ojos se cerraron, permaneciendo de esa manera el tiempo suficiente para que sintiera un golpe de pánico de nuevo, pero luego se abrieron de nuevo.

—Ellos... eran daimons, ¿no?

Asintiendo, me dirigí al cuarto de baño.

—¿Crees que puedes sentarse?

Se aclaró la garganta, haciendo una mueca.

—Sí. Sí que puedo. —Sus palabras fueron suaves.

—Bien. —Con cuidado, la senté en el inodoro. Luego puse la daga en el borde de la bañera. Sus ojos se cerraron de nuevo y eso me preocupó. El jersey estaba rasgado, resbalándose de su hombro y revelando una tira de color lavanda y delicado encaje que cubría un pecho. Mi mirada se desvió hacia la marca de mordedura mientras inhalaba profundamente. Había algo en el aire, algo más que un aroma metálico, algo potente y seductor. ¿Éter? Mierda. Estaba perdiendo el norte. No podía oler el éter como lo hacían los daimons. Podía sentirlo. Tal vez era eso lo que estaba sucediendo. Debía ser cauteloso, pues el anhelo se apoderó de mí, haciéndome la boca agua.

Moviéndome rápidamente, le quité el jersey.

—¿Cómo te sientes?

Sus pestañas se levantaron.

—Como si alguien... me hubiera mordido.

—Las marcas no son profundas —le dije, poniéndome de pie—, pero necesitas agua o líquido. Quédate quieta. —No estaba seguro de si el líquido la ayudaría, pero me dirigí a la habitación, cogiendo aire profundamente mientras abría la pequeña nevera debajo de la televisión. Había una botella de Gatorade. La cogí y volví al baño, colocando la botella sobre el lavabo.

De rodillas, la cogí por el brazo. Se estremeció, retrocediendo, y sentí que algo ácido me quemaba el pecho, reemplazando el vacío.

—Hey —murmuré, agachando la cabeza para que me viera—. Estás bien. Estás a salvo, Josie. Estás bien.

Sosteniendo mi mirada, exhaló suavemente.

—Bien...

Levanté suavemente la manga de su jersey.

—Supongo que con tus poderes fuera de combate, sigues siendo susceptible a su *glamour*, la antigua magia que los disfrazaba. —Me estiré, cogiendo una toalla y la puse debajo del grifo—. O tal vez eres más como los puros. Ellos tampoco pueden ver a través del *glamour*.

No dijo nada mientras le entregaba la botella.

—Bébetelo. Debería ayudarte.

Josie cogió la botella. Dirigí mi atención a sus dedos; tenía las uñas sucias y rotas.

—Estaré bien —dijo, tomando un trago mientras la miraba desde donde estaba agachado. La mano que sostenía la botella le temblaba, pero no la dejó caer. Se la

llevó de nuevo a los labios—. Sabes, yo... nunca he estado gravemente enferma o herida, incluso cuando debería haberlo estado. —Su mirada se deslizó por la habitación mientras yo limpiaba la sangre de su brazo—. Una vez... cuando era más pequeña, me subí hasta la cima de un árbol.

Mientras la limpiaba, una imagen de una joven Josie apareció en mi cabeza. Probablemente toda piernas y brazos con su pelo multicolor.

—Me caí y recuerdo haber sentido... mucho dolor —continuó mientras yo arrojaba la toalla y buscaba una nueva—. Pensé que me había roto la pierna. Estaba segura de que me había roto la pierna, pero... cuando mis abuelos me llevaron al hospital, solo tenía moretones. Los médicos dijeron que había tenido suerte.

No fue suerte. Era lo que ella era. Humedeciendo otra toalla, me puse de pie, encontrando sus ojos. Abrí la boca dispuesto a decir algo, pero no tenía palabras.

—He sangrado sobre ti —susurró.

Bajé la mirada. Tenía razón. Rayas de color carmesí recorrían mi pecho desnudo. Un peso de plomo se instaló en mis entrañas.

—Está bien.

Cerró los ojos. Unas sombras oscuras habían aparecido bajo ellos. El ataque le estaba pasando factura. Me incliné, bajando la voz, para que solo ella pudiera oírme, y la pregunta salió áspera, tensa.

—¿Estás herida en algún otro lugar... que no puedo ver?

Sus pestañas parpadearon levantándose. La confusión se deslizó por su expresión y luego pasó a la comprensión. Los músculos de mi espalda y cuello se tensaron. Todo lo que les importaba a los daimons era el éter —era conseguir su próxima dosis —, y podían ser algo torpes en esa búsqueda incesante. Por otro lado, los mestizos que habían sido convertidos en daimons eran mucho más peligrosos, sin embargo todos podían ser crueles y enfermos.

—No —dijo en voz baja.

Otra dosis de alivio me golpeó, y asentí. Cuidadosamente aparté la toalla. El peso de plomo que se había instalado en mis entrañas se expandió, sintiendo como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho.

Josie había sido marcada, marcada en el mismo lugar que ella, que Álex. La coincidencia era más que desconcertante. Aquello me jodió. No importa quién o qué fueras, una marca de daimon dejaba cicatrices. Al igual que ella... al igual que Álex había llevado las cicatrices marcando todo su cuerpo.

Me temblaron las manos. La crudeza fluyó a través de mí. No me gustaba lo que estaba sintiendo, así que me aferré a la ira hirviendo dentro de mí como un horno encendido.

—¿Eres demasiado estúpida para vivir? —Respiró fuertemente y me sentí como un jodido idiota por decirlo, pero necesitaba hacerlo—. ¿En qué estabas pensando? ¿Saliendo mientras yo estaba en la ducha? ¿Tengo que encadenarte a la silla de ahora en adelante? —Tiré la toalla ensangrentada a la bañera. Observando las palmas de sus

manos de forma superficial, abrí el armario debajo del fregadero y encontré un botiquín de primeros auxilios. Era poco probable que se muriera de algún tipo de infección, pero con mi suerte, no estaba dispuesto a correr el riesgo. Tiré de un paquete de toallitas desinfectantes.

—Tienes razón —dijo, sorprendiéndome. Incluso dejé lo que estaba haciendo. Echó un vistazo a la puerta antes de que su cansada mirada magullada se desviara de nuevo a mí y, si pensaba que me había dado un puñetazo en el pecho antes, me había equivocado. Ahora lo estaba sintiendo de nuevo—. No estaba pensando. No podía quedarme en la habitación. Estaba demasiado tranquilo. Salí... sin pensarlo bien. Fue un movimiento del tipo «demasiado estúpida para vivir».

Eso me conmocionó. Arrodillándome delante de Josie, la miré.

—Esto puede picar un poco.

Asintió.

Presioné el algodón con alcohol contra su palma. Se sacudió, pero no hizo ni un sonido. Suavemente limpié las raspadas. Cuando terminé, me levanté, para que estuviéramos a la misma altura.

—No debí haber dicho lo de antes —mi voz era ronca, extraña a mis propios oídos—. Sigues actuando como si nada hubiera cambiado. Eso es normal. Es que... es una lección que necesitabas aprender. —Enderezándome, ignoré la mirada curiosa que me lanzó—. Te conseguiré otro jersey.

Me detuvo agarrándome del brazo. La miré de nuevo.

—Gracias —dijo, soltándome—. Yo... necesito unos minutos. Quiero limpiarme.

Dudé un momento. Algo misterioso y extraño se abrió en mí, la necesidad de consolarla. Obviamente lo que había experimentado tenía que haber sido traumático de cojones. Antes de que supiera lo que estaba haciendo, di un paso hacia ella. Un impulso por acercarla y decirle que todo iba a estar bien me embargó. Menuda mierda. No todo iba a ir bien. No para mí. Ni para ella. Ella no era más que una herramienta, el último recurso contra los Titanes, al igual que *ella*... al igual que Álex había sido su último recurso contra Ares.

Y mira lo que había conseguido Álex. Mira a lo que eso me había llevado.

Me detuve antes de alcanzarla. No debía ir por aquel camino con ella. Tan pronto como viera a su madre, iba a llevar su precioso culo a Dakota del Sur y se habría acabado. Dándome la vuelta, salí y fui a por su bolsa, cogiendo el primer jersey que vi.

—Sal cuando estés lista —le dije con voz ronca.

Entonces cerré la puerta tras de mí. Apoyándome en ella, maldije mientras cerraba los ojos. Si no hubiera percibido a los daimons y salido, hubieran seguido marcándola. Hubieran seguido hasta que ya no hubiera éter, al igual que los Titanes harían si la atrapaban.

—Mierda.

Abriendo los ojos, observé la habitación mientras el agua del baño empezaba a

correr. ¿Qué diablos estaban haciendo los daimons por aquí? Estábamos cerca de St. Louis y había una comunidad de puros cerca, pero aun así. Era extraño que estuvieran aquí. No me habrían percibido hasta estar muy cerca del motel. ¿Coincidencia? No lo creía.

Teníamos que coger la carretera ya.

Estirándome, me detuve en seco. Había estado a punto de deslizar mi mano sobre mi pecho. Las manchas rojas habían comenzado a secarse. Era su sangre. La agitación en mis entrañas volvió, girando y girando, mientras me alejaba de la puerta, deteniéndome frente a un polvoriento espejo sobre un aparador.

Seguía allí de pie cuando Josie salió, vestida con un suéter nuevo y el pelo suelto alrededor de su cara. Ninguno de los dos habló durante un largo rato.

—Quédate aquí —le dije—. Necesito... necesito limpiarme.

Su mirada se paseó por la habitación, sin posarse en mí, mientras se sentaba en el borde de la cama con la barbilla agachada.

—Me quedaré aquí.

Me quedé en la puerta del cuarto de baño durante un instante, con ganas de decirle... decirle que me hubiera gustado que nunca hubiera experimentado lo que era ser marcado y no tener que vivir con las cicatrices, pero esas palabras no se formaron.

Además, no tendrían sentido, pues estaba seguro de que aquella no sería la última vez que experimentaría algo que hubiera deseado que no experimentara. Aquello era solo el principio.

Seguíamos en silencio cuando entramos en el Porsche. Nos quedaban cuatro horas de coche aún y no había nada que decir. Había metido la pata y podría haber muerto. Pude haber hecho que Seth también se hiciera daño. A medida que nos alejábamos del estacionamiento, me alegré de perder de vista el motel. Deseé poder borrar todo aquello de mi cabeza.

Rápidamente desconecté; además de exhausta, seguía sintiendo los restos del miedo que me había dejado en estado de *shock*. Estaba *decepcionada*. Completamente decepcionada conmigo misma. Seth me había advertido de que este mundo era peligroso. Le había creído, pero no había actuado con determinación. Mi mente seguía atrapada en un mundo donde cosas como daimons, dioses y Titanes no existían. Atrapada en un mundo en el que podía salir fuera y no preocuparme por ser comida como un Pastelillo de Strudel. Era demasiado estúpida para vivir.

Y esa era una lección que debía aprender.

Al ver mi cuello y muñeca, no supe qué pensar. La piel era fea y rosa, formando perfectas marcas de mordeduras en forma de media luna. Las zonas seguían estando sensibles y un dolor sordo ocupaba mi cabeza y las rodillas. Sin embargo, no fue el dolor o el sabor amargo del terror lo que me atormentaba en aquel momento, sino el hecho de que no había sido capaz de hacer nada para defenderme.

Nada.

En apenas unos segundos estuvieron sobre mí y no fui capaz de luchar. Dudaba de que me convirtiera en una ninja cuando mis habilidades se desataran. También sabía que los Titanes tenían que ser mucho más poderosos que las sombras y los daimons.

Estaba muerta.

El agotamiento me atrapó, quedándome dormida... y soñé.

Un toque cálido y suave se deslizó sobre mi mejilla, metiendo un mechón de pelo detrás de mi oreja, cuidando de no tocar la piel sensible de mi cuello. Estaba soñando. Tenía que estarlo, porque aquella cuidadosa caricia no tenía sentido en la vida real. Mi cuerpo buscó inconscientemente el roce. Me incliné hacia ella cuando me pareció oír mi nombre. El toque pasó a mi labio inferior, deteniéndose debajo de la zona herida de mi labio. Aquello me gustaba mucho. La calidez se deslizó por mi cuerpo sumergiéndome en una agradable bruma. Era un sueño dulce. Podría quedarme allí para siempre.

De nuevo, escuché la voz, esta vez más fuerte, y entonces lo oí:

—Joe. Despierta.

La neblina desapareció mientras forzaba a mis párpados a despegarse y abrirse. Cuando lo hicieron, unos ojos color miel se encontraron con los míos. Oh mierda, no estaba soñando.

Su mano todavía estaba alrededor de mi barbilla con su pulgar descansando justo debajo de mi labio inferior. Mi respiración se detuvo. Me quedé observándolo mientras la sorpresa me embargaba.

—¿Estás despierta? —preguntó, trazando mi labio inferior con su pulgar, creando un gran revuelo de mariposas hiperactivas en la boca de mi estómago—. Puedo conducir un rato más si quieres seguir con la siesta.

—¿Eh?

Una pequeña sonrisa apareció y las mariposas decidieron invadir mi pecho como un ejército frenético.

—Hemos llegado a tu casa, pero seguías durmiendo, así que he dado una vuelta por el pueblo —dijo, y mis ojos se abrieron. ¿Estábamos en Osborn? ¿Había dormido todo el camino?—. Estamos a poco más de una milla. Supuse que querías algo de tiempo para concentrarte.

Eso era muy considerado por su parte, algo sorprendente, e incluso un poco dulce. Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—No, tranquilo, estoy despierta.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. —Tragué saliva—. ¿Parece... que haya tenido un mano a mano con un tiburón? No quiero que mi madre o mis abuelos se preocupen.

Me miró.

—No. Déjate el pelo suelto, cubre la herida. El jersey se encarga del resto. Tu labio... no es para tanto. —Su mirada cayó sobre mi boca y, madre mía, esas mariposas se convirtieron en pterodáctilos. Era una tontería. Todo aquello lo era. Pero podía recordar fácilmente la forma en que me había mirado cuando salí del baño, vestida con su camiseta; las cosas que había dicho, cómo me había quedado dormida con él sosteniéndome la mano... todas eso justo antes de casi ser asesinada.

—Estás haciendo ruidos de nuevo —dijo—. Pequeñas murmuraciones.

Oh, mi Dios, ¿en serio?

—Lo hago, pero no como tú.

Eso ni siquiera sonaba creíble para mí, y sonrió.

—Tú —dijo, tocando la punta de mi nariz—, eres una terrible mentirosa.

Parpadeé.

Se echó hacia atrás. Puso el coche en marcha y salimos del aparcamiento. Me quedé mirándolo un momento, dándome cuenta de que su pelo volvía a estar suelto, con suaves mechones rozando sus hombros, suavizando las líneas de su rostro.

Dios, realmente era digno de mirar, pero tenía que centrarme en lo que era importante. Estaba a pocos minutos de ver a mi madre; de verla *de verdad*, después de saberlo todo, y necesitaba concentrarme.

Un nudo de nervios se formó en mi vientre mientras avanzamos por el familiar camino. La luz del sol se filtraba a través de las pesadas ramas, proyectando sombras sobre el capó del Porsche y el parabrisas. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué *podía* decirle?

—¿Nerviosa? —preguntó Seth.

Le eché un vistazo.

—¿Cómo lo sabes?

—Estás rebotando en el asiento como si hubiera un resorte bajo tu trasero.

Oh. Genial. Hice un esfuerzo por permanecer sentada.

—No sé qué decirle. Ni siquiera sé si lo entenderá.

Sus largos dedos se cerraron alrededor del volante mientras entrecerraba los ojos. Pasaron unos minutos.

—¿Es necesario que le digas algo?

En un primer momento sus palabras no tuvieron sentido, y luego comprendí lo que estaba diciendo. Mientras el coche reducía la velocidad, miré por la ventana y supe que no tenía que entrar en detalles con ella. Podría decirle que *lo sabía*, o tan solo abrazarla y hacerle saber de esa manera que la entendía.

—Eres una chica inteligente —dijo, girando por el estrecho camino que conducía a la casa. Creo que dejé de respirar, agarrada al cinturón de seguridad—. Lo afrontarás y avanzarás.

Mi corazón latía como un tambor de acero cuando la casa quedó a la vista. Tenía dos pisos y más de cien años; tuvo que haber sido una belleza en sus días de gloria. No es que estuviera en ruinas ni nada de eso, pero la pintura blanca empezaba a desconcharse y el techo necesitaba cambiarse, especialmente en el porche. Sin embargo, para mí era mi hogar, hermoso y envejecido.

¿Envejecer? Se me ocurrió una pregunta mientras la grava crujía bajo los neumáticos del Porsche. ¿Se detendría el envejecimiento una vez mis poderes súper especiales se desataran? Miré a Seth.

—¿Los semidioses envejecen?

Sus cejas se unieron cuando se detuvo cerca de la vieja camioneta Ford de mi abuelo.

—Guau. Casual. Pero no, no lo hacen. Con el pasar del tiempo encuentran dificultades que les cambian y entonces entran en un estado absoluto de semidiós. Es entonces cuando dejan de envejecer.

Guau. Me dejé caer en el asiento, mirando el columpio del porche que probablemente no podría aguantar mi peso. Me gustaría dejar de envejecer. Santo cielo. Podría estar atrapada entre los veinte y veintiún años para siempre. Para *siempre*.

—¿Tú envejeces?

Hubo una pausa.

—Sí, envejezco, pero no creo que eso vaya a ser un problema.

Lo miré bruscamente. No me gustaba cómo había sonado aquello.

—¿Por qué?

Seth apagó el motor. Tenía la mandíbula tensa mientras tiraba de la cinta de cuero que llevaba en la muñeca y se ataba el pelo.

—Eso no es algo de lo que tengas que preocuparte ahora, Joe. Deberías entrar. Odio decir esto, pero no tenemos mucho tiempo. Tenemos que volver a la carretera, pues realmente estamos tentando a la suerte al parar aquí. Necesito llevarte a Dakota del Sur.

—¿Así puedes dejarme e irte? —La pregunta salió antes de que pudiera detenerme, y me miró bruscamente. Cogí aire, considerando el por qué le había preguntado aquello—. Y deja de llamarme Joe. —Me desabroché el cinturón de seguridad. Él tenía razón, pero necesitaba algo más de tiempo—. ¿Cuándo es tu cumpleaños? Tienes veintiún años, ¿cierto?

Me miró. Su boca se curvó en las esquinas, como si no supiera si debía sonreír o fruncirme el ceño.

—Mi cumpleaños es el dos de mayo. Haré veintidós.

—Mi cumpleaños es el trece de octubre. A veces cae en viernes trece, y eso es un poco escalofriante, ¿cierto? Como si fuera un gato negro o una escalera viviente bajo la que nadie quiere pasar.

Suspiró mientras negaba con la cabeza.

—¿Quieres que me quede aquí y te espere?

Supuse que no podía posponerlo más. Alcanzando la puerta, empecé a decirle que sí, pero eso no fue lo que salió de mi estúpida boca.

—No. Quiero decir, ¿puedes entrar? Mis abuelos pueden pensar que eres mi novio o algo así, pero te presentaré como mi amigo y ya. Creo que eran *hippies* en sus días.

Sus labios se curvaron de nuevo.

—¿Por qué no tu novio?

Me quedé observándolo.

—Porque no eres mi novio.

Eso parecía obvio.

—¿Soy tu amigo?

Sonaba realmente curioso y eso lo hizo más socialmente torpe que yo; aquello me gustó.

—Sí, eres mi amigo —decidí, y alzó una perfecta ceja dorada—. No sé por qué. Eres malhumorado, pero puedes ser divertido cuando quieres. Con la mente un poco sucia, sin embargo. A veces, eres incluso agradable, y sé que solo nos conocemos desde hace un par de días, y creo que... Creo que te conozco casi tan bien como conozco a Erin. Así que, sí, somos amigos.

Seth me miró durante un instante, y luego rio con ganas.

—Fuera del coche, Joe.

Me bajé del coche.

—Gracias, *Sethie*.

Me lanzó una mirada llena de diversión mientras rodeaba la parte frontal del Porsche. Mirando la puerta principal, mi corazón se aceleró y cogí aire.

—¿Estás seguro de que estoy bien?

—Sí —dijo.

Entonces corrí escaleras arriba, ignorando los dolores y molestias del duro aterrizaje de antes, mientras las tablas de madera crujían bajo mis pies. Al abrir la puerta de tela metálica, no me sorprendió encontrar la puerta interior desbloqueada. El único delito que se cometía por estos lares era el robo de vacas. Al entrar en el estrecho vestíbulo, grité.

—¿Mamá? ¿Abue?

Seth se coló detrás de mí, silencioso como un maldito ninja, cerrando la puerta detrás de él sin hacer ni un maldito ruido.

Anduve por el pasillo mientras mi abuela salía de la cocina. Lo que había ocurrido aquella mañana con los daimons dejó de existir en el momento en que la vi. Abue no era tan vieja, solo estaba cerca de los sesenta, más rellenita que estrecha, con sus ojos marrones siempre brillantes y llenos de vida.

—Cariño, ¿qué estás haciendo aquí? —Secándose las manos en la parte delantera de sus pantalones, avanzó y me abrazó antes de que pudiera contestar. Sus abrazos eran siempre feroces y blandos. Me dolió un poco, pero no importaba. Los había echado de menos. Se echó hacia atrás, con una amplia sonrisa—. ¡Esto sí que es una sorpresa! —Estirando el cuello, gritó—: ¡Jimmy! ¡Josie está aquí!

Hice una mueca, casi me había dejado sorda.

Abue dio un paso atrás, sosteniendo mis manos mientras miraba por encima de mi hombro. Sus ojos se abrieron.

—Cariño, ¿quién es él?

Sintiendo cómo me ardía el rostro, me giré hacia Seth.

—Este es, um, este es Seth... —Y me di cuenta de que no tenía ni idea de cuál era su apellido—. Un amigo.

—¿Un amigo? —Abue me echó una mirada que decía claramente que estaba haciendo algo mal, y quise tirarme debajo de la pequeña mesa de la entrada. Le guiñó un ojo a Seth y quise morirme—. Bueno, entrad. Los dos. Os traeré un poco de té dulce. Está fresco, al igual que tú, cariño. Jimmy está en la cocina, comiendo pastel, a pesar de que el médico le ha dicho que debería empezar a comer más verduras y menos dulces y carne debido a su diabetes, pero ya sabes cómo es. Juro que se ha comido la mitad de la tarta de manzana desde que la saqué del horno anoche, así que si queréis un trozo, os sugiero que encontréis una escopeta y le amenacéis. Ah, y si queréis, el café sigue caliente.

Fruncí los labios cuando mi abuela se giró y desapareció por la puerta. Seth se detuvo a mi lado, golpeando mi hombro con el suyo. Al agacharse y susurrarme al oído, sonreía.

—Me arriesgaré con una suposición y diré que te pareces a tu abuela.

—Ya no somos amigos —me quejé.

Rio mientras yo cruzaba el gran comedor. Un jarrón de tulipanes, el favorito de

mi madre, yacía en medio de la mesa de roble. Seth se quedó ligeramente detrás de mí cuando nos dirigimos a la cocina, y como la abuela había dicho, mi abuelo estaba en la mesa, con un trozo de pastel del tamaño de mi cabeza en frente suyo y un periódico en la otra mano. Tenía la cabeza repleta de pelo, además de unos genes estupendos, pues no había ni siquiera una raya de color gris entre sus mechones marrones. O eso o se teñía el pelo con tinte para hombres.

Mirando por encima de sus gafas de montura oscura, bajó el periódico cuando sus ojos color avellana pasaron de mí a Seth.

—¿Quién es este?

—Seth. Sin apellido al parecer, porque no me lo han dicho —respondió Abue, sosteniendo dos tazas y dejándolas junto a dos vasos—. Es un *amigo*.

Abrí la boca, pero mi abuelo abrió la suya primero.

—¿Te gusta el pastel, muchacho?

Oh, Dios, ¿realmente acababa de llamar a Seth «muchacho» y le había preguntado si le gustaba el pastel? Esta conversación no iba según lo planeado.

Escuché una risa ahogada detrás de mí.

—Me encanta el pastel, señor.

Sus ojos se estrecharon sobre nosotros mientras se sentaba, cruzando los brazos sobre su camisa de franela, la que había tenido desde que yo era una niña.

—Bien. No confío en nadie a quien no le guste el pastel.

Antes de que aquella conversación pudiera continuar, salté.

—No puedo quedarme mucho, pero necesito ver a mamá. ¿Está en su habitación?

Abue terminó de poner la décima cucharada de azúcar en la taza de mi abuelo, lo que me hizo fruncir el ceño, teniendo en cuenta que aquello no le ayudaría con su diabetes, y puso la taza en frente de él.

—Hilary no está aquí, cariño.

—¿No está aquí? —Aquello era raro. Mamá no dejaba la casa sin uno de mis abuelos—. ¿Dónde está?

Ella sonrió mientras se giraba hacia la nevera, abriendo la puerta y sacando una gigante jarra de té.

—Está con un amigo.

Los nervios volvieron a mí, multiplicándose por momentos. Negué con la cabeza. Mamá no tenía amigos.

—¿Qué amigo?

—Uno realmente agradable. Están en unas mini-vacaciones. —Eché un vistazo a mi abuelo mientras servía el té—. O algo así.

Seth se acercó. Estaba repentinamente tenso. Cogí aire, pero se quedó atascado.

—Bueno. Estáis de broma, ¿no? ¿Está arriba?

—Se ha ido —respondió mi abuelo, recogiendo el periódico—. ¿Cuándo dijo que estaría de vuelta? ¿Ella y ese joven agradable al que también le gusta el pastel? —Frunció el ceño—. No puedo... recordar...

Abue se encogió de hombros mientras se sentaba en la mesa, poniendo los vasos abajo.

—No es asunto nuestro. Ahora, ¿quieres beberte el té o no?

Me quedé mirándolos, estupefacta. Era imposible que mis abuelos dejaran a mi madre irse con alguien —especialmente un «él»—, y creer que no era asunto suyo. Los observé durante un momento. Mi abuelo comía su pastel. Mi abuela seguía ordenando los vasos. Algo iba mal, muy mal. Dando un paso atrás, me encontré con Seth.

—Josie —dijo en voz baja.

Girando, salí de la cocina y corrí de vuelta a la sala principal. Me dirigí a la izquierda, dando dos pasos a la vez.

—¿Mamá? —llamé, recorriendo el pasillo que olía vagamente a naftalina, manzana y canela. Pasé volando frente a las fotos enmarcadas, más allá de mi antiguo dormitorio y el de mis abuelos, hasta llegar a la última habitación al final del pasillo.

La puerta estaba abierta.

Entré, respirando profundamente y observando el dormitorio. La cama estaba vacía y hecha. No había frascos de pastillas sobre la mesita de noche. Las pantuflas de mamá no estaban en el suelo junto a la cama.

Con las manos temblando, fui a la cómoda y abrí un cajón. Vacío. Abrí el siguiente y el otro. Todos estaban vacíos. Girándome, observé todo.

Mamá no estaba allí.

Algo no iba bien. No iba nada bien.

Me dirigí hacia la mesita de noche y abrí el pequeño cajón. Estaba atascado, pero se abrió. Su libro favorito —una novela romántica histórica de Joanna Lindsey que había leído una y otra vez, hasta que las páginas se deshacían—, seguía allí, escondido junto a un paquete de pañuelos. Las pastillas que tomaba le hacían llorar.

Dando un paso atrás, trastabillé. Observé el pequeño libro de bolsillo en el cajón. ¿Qué estaba pasando?

—¿Josie?

Me volví al oír el sonido de la voz de Seth. Parado en el umbral.

—¿Dónde está? —Cuando no respondió de inmediato, el pánico se llevó lo poco que me quedaba de cordura—. ¿Dónde está, Seth?

—No lo sé, pero...

Me aleje de él, acercándome al armario, y abrí las puertas. Mamá no tenía mucha ropa, sobre todo cosas cómodas como pantalones de tela y pantalones vaqueros desgastados, pero tenía algunos vestidos.

No estaban.

Seth dijo mi nombre otra vez, y esta vez estaba más cerca que antes.

—Tiene que estar en alguna parte. Tal vez está en el lago. —Eso no explicaba que faltara la ropa o las pastillas—. A veces va allí. Y el tiempo no es malo hoy.

Negó.

—No creo que esté allí.

—No. —Lo esquivé cuando se acercó, apresurándome hacia la puerta, pero me detuvo, pasando un brazo alrededor de mi cintura, hasta tenerme contra su pecho.

—Detente un segundo, Josie. Ella no está en ning...

Una explosión de fuerza que ni siquiera sabía que tenía en mí me permitió deshacerme de los brazos de Seth. Gritó mi nombre, pero salí hacia el pasillo, fuera de control, con el miedo por lo que pudiera haberle ocurrido a mi madre apoderándose de mí, hundiéndome sus afiladas garras.



—Mierda.

Aquello era cincuenta veces peor. Todo iba definitivamente mal, y no era solo por la conversación sobre el pastel.

Corrí detrás de Josie. Maldita sea, aquella chica era rápida cuando quería serlo, y fuerte, también, anormalmente fuerte cuando se liberó de mi agarre, especialmente teniendo en cuenta lo ocurrido aquella mañana. Ya estaba abajo, saliendo por la puerta principal. Maldiciendo en voz baja, salté y aterricé en el pasillo.

—Cristo santísimo. —El abuelo de Josie se apoyó en la pared junto a la puerta, con la mano contra su pecho.

Maldición.

—Olvide que vio eso. —Me dirigí a la puerta aún abierta, girándome un segundo, lanzando otra compulsión—. Y... no sé... coma un poco más de pastel.

Y salí, cruzando el porche de un salto. Pisando la grava con fuerza, vi su figura cerca de los árboles. Fui tras ella, persiguiéndola a través de los altos robles, y entonces desapareció detrás de una curva. Aumentando la velocidad, atravesé los árboles y me detuve de golpe.

Josie estaba a unos metros de mí, de pie, cerca de una pila de madera a la deriva, observando las tranquilas aguas de un enorme lago. Aparté un mechón de pelo que se había soltado del agarre y observé su espalda; estaba tensa.

Dioses, lo último que necesitaba era que se escapara así. Maldita sea, sus emociones eran pesadas, tangibles en la fría brisa que nos rodeaba, prácticamente una tercera entidad entre nosotros.

—Se ha ido —dijo, dándose la vuelta. Sus ojos azules brillaban cuando me miró con expresión suplicante. Sentí un tirón en el pecho, un sentimiento de inquietud, pues no podía hacer nada ante aquella súplica. Cerrando sus ojos, los abrió de nuevo y pasó frente a mí, dirigiéndose hacia los árboles. Me giré, aliviado al ver que se detenía de nuevo—. Algo no va bien. Mis abuelos nunca aprobarían que se fuera y muchos menos que se fuera con un extraño.

Dando un paso adelante, me detuve cuando una mirada que decía que estaba lista para echarse a correr de nuevo brilló en su cara.

—Creo que tus abuelos están bajo una compulsión.

—¿Una compulsión? —susurró, y una repentina ráfaga de viento arreció sus palabras—. ¿Alguien como tú ha estado aquí, se ha llevado a mi madre y se ha metido en la cabeza de mis abuelos?

Me di cuenta de que aquello nos llevaría problemas, pero no había razón para mentir.

—Podría ser un puro, o un dios o...

—¿O qué? —Dio un paso atrás, con las manos apretándose en puños—. ¿O qué? —gritó.

Podría haber sido un Titán. Sin embargo, llevarse a su madre y poner a sus abuelos bajo una compulsión no tenía sentido. Si sabían dónde vivía Josie, sabían cosas de su madre; dudaba de que alguien hubiera sobrevivido. Pero claro, el único Titán al que había conocido era Perses, y era lo suficientemente fastidioso para demostrarme que los Titanes eran capaces de cualquier cosa.

—Dios. Esto no está bien. Mi madre no ha hecho nada malo.

—Lo sé —le dije lo más cuidadosamente posible—. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —Rio mientras levantaba las manos, pasándolas por su pelo—. ¿Cómo demonios lo vas a entender, Seth? ¿Alguna vez has visto todo tu mundo patas arriba? ¿Te han dicho cosas que nunca creíste que fueran ciertas? ¿Tu madre podría haber sido secuestrada por una criatura mítica?

—No. —Y entonces me sorprendí a mí mismo—. Pero conozco a alguien que sí. *Conocía* a alguien que vio su mundo ponerse patas arriba, que perdió a su madre y a muchas otras personas. —No podía creer que estuviera hablando de ella, de Álex, pero seguí adelante—. Por lo que he visto esto antes. Sé que es duro, pero tenemos que seguir juntos. Tus abuelos están bien, por lo que me lleva a creer que quien se ha llevado a tu madre no quiere molestarlos o hacerles daño. Esa es una buena señal.

Su garganta se movió mientras tragaba saliva. Parte del pánico desapareció de su expresión, pero seguí con los músculos tensos, y supe que saldría corriendo de nuevo. No podía culparla. La chica había pasado por muchas cosas y probablemente necesitaba espacio y tiempo, seguramente podrían consolarla, pero no podía perseguirla a todas partes, y no se me daba nada bien consolar a la gente.

Además, se nos acababa el tiempo.

Josie dejó escapar un sonido que me rasgó tan intensamente como unas garras furiosas, y giró su cintura, a punto de emprender el vuelo. Di un paso hacia adelante, listo para agarrarla en caso de que lo necesitara, pero antes de que pudiera correr, el suelo bajo mis pies empezó a temblar. Antes de que pudiera coger aire, un terrible sonido estalló.

Entonces fui consciente del escalofrío que recorrió mi espalda cuando los símbolos de mi piel empezaron a moverse, arremolinándose como advertencia de que algo sucedía. Aquello era mala señal, muy mala.

Los árboles temblaron y se sacudieron a nuestro alrededor mientras una ola de aves levantaba el vuelo repentinamente, entre gritos frenéticos, tapando el sol en su escapada.

Seth apareció a mi lado.

—Maldita sea, esto... sí que no es bueno.

La tierra tembló ante el sonido de cascos. Tropecé, aferrándome a un tronco, cuando varios ciervos aparecieron entre los árboles. No uno. Ni siquiera pocos. Eran cientos de ellos. Corrían sobre la hierba del prado con las colas encrespadas por el miedo.

Entre los ciervos había criaturas más pequeñas; conejos, ardillas, zorrillos. Aturdida, vi cómo todo un elenco de criaturas al más puro estilo Disney rodeaban el lago hasta desaparecer de mi vista.

Seth se giró hacia mí, con las cejas levantadas, y tragué con fuerza intentando eliminar el nudo de miedo que se había instalado en mi garganta.

—Esto no es normal —dije—. Para nada.

—¿Qué? ¿No has visto un éxodo masivo de animales cada fin de semana?

Antes de que pudiera responder a su sarcástico comentario, un estruendo volvió a sonar, haciéndome saltar. Un rugido escalofriante, más fuerte que un trueno, sonó y un escalofrío me recorrió. Parecían las trompetas del Apocalipsis.

O Godzilla.

Y el sonido venía de donde todos los animales habían escapado, de casa de mis abuelos. Mi estómago cayó a mis pies.

—Mis abuelos...

Me alejé del árbol en el instante en que Seth agarró mi mano. No intentó detenerme. Corrimos juntos hacia el ruido. Las ramas de los árboles se enganchaban a mi ropa y arañaban mi piel. Seth, sin embargo, evitaba toda raíz y roca expuesta. Dejamos los árboles atrás, dirigiéndonos a casa de mis abuelos. El Porsche seguía junto al Ford, y todo parecía normal, excepto por los arbustos, ahora pisoteados, que mi abuelo había plantado alrededor de la entrada hacía unos años. Me dirigí a la casa y el porche apareció; la puerta principal estaba abierta y la puerta mosquitera colgando de sus bisagras.

Oh, no, *no*.

El agarre de Seth aumentó, hasta detenerme.

—Algo no va bien.

El miedo me recorrió.

—Tengo que asegurarme de que mis abuelos están bien. Déjame ir.

Con su mano libre, sacó una de esas dagas de aspecto malvado que tenía metida

Dios sabe dónde.

—Tú *no* vas a entrar en esa casa.

Me giré hacia él, pero la mirada en sus ojos me dejó muerta. Negué.

—No. No...

Seth me arrastró hacia él y se giró, cayendo de rodillas, cuando otro fuerte crujido reverberó y el parabrisas del Ford explotó en una lluvia de cristales.

—Dioses —gruñó, empujándome contra el suelo y la espalda apoyada en el Porsche—. Quédate agachada.

Se levantó y corrió, rodeando el coche cuando otro disparo sonó, golpeando el capó del coche. Me puse de rodillas.

Mi abuelo estaba en la puerta, con una escopeta de dos cañones en las manos. La levantó, apuntando directamente hacia Seth. Me puse de pie.

—¡Abuelo! ¡No!

No me escuchó. Bajó los escalones del porche y disparó otra ronda. Grité cuando Seth se lanzó a la derecha con varios perdigones zumbando junto a él.

Seth se movió tan rápido como me imaginaba lo haría una pantera en la selva, y subió los escalones. Agarró el cañón de la pistola, apartándola de las manos de mi abuelo y la arrojó al suelo delante del Porsche. El sol se reflejó en la daga cuando Seth la levantó en alto.

—¡No! —grité, saliendo de entre los dos vehículos—. ¡Seth! ¡No!

Seth vaciló una fracción de segundo mientras miraba en mi dirección. Mi abuelo se hizo a un lado, levantando la pierna y le dio una patada en el estómago, lanzándolo hacia atrás. Con un gruñido, Seth se estrelló contra la barandilla de madera de las escaleras.

—¿Qué...? —Corrí hasta detenerme en la parte inferior de la escalera, mirando a mi abuelo. *Eso no me lo vi venir.*

Mi abuelo se enfrentó a mí.

—¡Josie, vuelve allí! —gritó Seth.

Vi los ojos de mi abuelo... o la falta de ellos. Eran negros como la boca de un lobo. Sin pupilas. Solo puro negro. Di un paso atrás. Cogí aire, y el olor de la suciedad y la decadencia me rodearon.

Sonrió.

—Hemos estado buscándote, hija de Apolo.

Oh, mierda.

—Ese no es tu abuelo. —Seth estaba delante de mí, empujándome hacia atrás—. Ya no.

No era capaz de procesar aquello. Capté lo que estaba diciendo, había visto lo que quería decir con mis propios ojos, pero no quería entenderlo. *No podía.*

Mi abuelo seguía acercándose, y Seth se tensó frente a mí.

—No mires, Josie —dijo Seth, suavemente—. No mires.

No podía respirar, tampoco apartar la mirada. Tenía razón, Seth había estado en lo

cierto. Intentó decirme que sería demasiado peligroso volver a casa, pero no lo había escuchado.

Había llevado... a aquellas cosas directamente hacia mi familia.

—Es demasiado tarde. —Mi abuelo rio, y no se pareció en nada a una risa real. Era fría como la muerte, húmeda como túneles subterráneos—. Él está aquí.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

Seth dio un paso hacia mi abuelo, y supe lo que iba a suceder. Un grito se apretó en mi garganta, pero antes de que pudiera salir, mi abuelo echó la cabeza hacia atrás, y un humo negro salió de su boca, espeso y turbio como el aceite sucio. Ni siquiera vi a dónde se había ido.

Mi abuelo se arrugó, plegándose sobre sí mismo como si no hubiera huesos o músculos en su cuerpo. Intenté rodear a Seth, pero me sostuvo por la cintura con un brazo, levantándose del suelo. A través de una neblina de lágrimas, me quedé mirando el cuerpo sin vida. Yacía en un montón desordenado de piel y ropa. Sentí que se me partía el corazón.

—¿Papi? —susurré, intentando alcanzarlo.

—No está ahí —me dijo Seth al oído—. Se ha ido, Josie, y tenemos que irnos. Tenemos que salir de aquí antes...

Una espesa nube de polvo nos envolvió cuando el techo de la casa se vino abajo por el centro. Las ventanas explotaron, una tras otra. Los cristales volaron como misiles diminutos, dirigiéndose directamente a nosotros. Dejé de respirar cuando Seth giró, para usar su propio cuerpo como un escudo, pero los fragmentos de vidrio se detuvieron. Simplemente se congelaron en el aire y se quedaron allí. La luz se reflejaba en las astillas, convirtiéndolas en diamantes. Y luego cayeron al suelo.

La casa se estremeció y el porche tembló, cuando algo —o alguien—, salió cruzando el marco de la puerta retorcida. Los tablones de madera crujieron bajo las botas. Unas piernas del tamaño de troncos de árboles estaban encerradas en unos pantalones de cuero, y un amplio torso cubierto con una camisa blanca medio abotonada le siguió.

Era un hombre. Un hombre macizo de casi dos metros de altura por lo menos. Era enorme, de una forma extraordinaria. La cabeza completamente afeitada, de ojos exóticamente rasgados en las esquinas, boca y pómulos anchos, su tono de piel era una mezcla extraña de etnias. No era blanco o negro o hispano; parecía ser varios tonos diferentes a la vez. El hombre era guapo hasta que vi sus ojos. Eran negros como la brea, sin alma.

Sí, no necesitaba haber dado clases de mitología para saberlo; *era un dios. Por favor, sé uno amistoso. Por favor, sé uno amistoso.*

Seth continuó desplazándose hacia atrás, su cuerpo completamente en tensión.

—Hyperion.

Definitivamente no era un amigo.

Hyperion se detuvo en el escalón más alto inclinando la cabeza hacia un lado.

—Hazte a un lado, Apollyon —dijo, su voz haciendo eco *a través* de mí—. O voy a quemar todo lo que aprecias.

—Eso suena divertido —dijo Seth, bloqueándome—. Pero creo que pasaré.

El Titán llegó al porche en apenas un segundo y al segundo siguiente estaba justo frente a nosotros. Seth maldijo mientras giraba, pero incluso él —tan rápido como era—, no fue lo suficiente rápido.

Lo agarró por los hombros y lo arrojó a un lado como si pesara menos que una bolsa de patatas fritas, una bolsa a medio comer. Con un creciente horror recorriéndome, lo vi volar hasta la pared exterior de la casa, rompiéndola. Cayó al suelo, inmóvil.

Hyperion ladeó la cabeza.

—Eres más bien... aburrida para ser una semidiosa, pero el olor de tu padre está sobre ti.

El instinto me puso en marcha. Me di la vuelta dirigiéndome hacia los vehículos. ¿A dónde iba? No podía dejar a Seth. Podría volver, ¿y luego qué? ¿Gritar pidiendo ayuda? No importaba. Al llegar al lado de los coches, Hyperion estaba delante de mí. Gritando, patiné sobre la grava y empecé a dar marcha atrás.

Un lado de sus labios se curvó.

—No corras. Es grosero.

Dándome la vuelta, corrí, escapando de entre los vehículos, pero fue más rápido y apareció *frente* a mí. Chillando, no pude frenar a tiempo y reboté sobre su pecho sólido como una roca. Caí hacia atrás, cayendo sobre mi culo.

Me miró con una maldita sonrisa en su rostro.

—También es inútil correr, pequeña. Soy un Titán.

Gateé de vuelta a través de la grava con el corazón acelerado, mientras él me adelantaba como si nada. Su brazo se extendió, cogiéndome por el pelo. Un dolor estalló en mi cuero cabelludo cuando me levantó. Agarré su gruesa muñeca y clavé mis uñas en ella.

Ni siquiera parpadeó mientras bajaba la cabeza.

—¿Sabes cuánto tiempo he esperado esto? —preguntó, y unos puntitos plateados brillaron en sus ojos negros—. He estado atrapado durante miles de años con nada más que la sed de venganza para mantenerme cuerdo. —Hizo un gesto con el brazo y el dolor recorrió mi espalda—. Bueno, lo de la cordura es discutible. —Una cálida mano rodeó mi cuello, dejándome sin respiración—. Ni siquiera sabes por qué, ¿verdad?

Abrí la boca, pero no tenía aire. Ni palabras. Le golpeé la mano, intentando alejar sus dedos de mi tráquea. Estirada sobre las puntas de los dedos de mis pies, iba más allá del pánico, estaba aterrorizada. Al igual que con los daimons, no había nada que pudiera hacer para luchar contra él, no había forma de defenderme.

—Oh. ¿No puedes respirar? Lo siento. —El agarre de Hyperion se aflojó lo suficiente para permitirme respirar entrecortadamente, pero cerró los dedos, clavando

sus uñas en mi piel como si de garras se trataran. Acercó la cabeza y, cuando habló, sentí su aliento en mi mejilla—. ¿Crees que quiero matarte? —Rio y los coches temblaron a nuestro alrededor—. No. No quiero algo rápido para ti. Oh, no, voy a alargar esto durante años. Pronto me llamas Maestro, y solo cuando tu padre esté arruinado y el Olimpo sea nuestro, te lanzaré al abismo. Pero hasta entonces, vas a ser mi barrita energética personal. Parece que alguien ya te ha marcado.

Le di una patada, pero mi pie rebotó en sus piernas, sin efecto.

—Luchas como una chica —dijo, riendo con frialdad—. Tan débil. Tan indefensa. No hay diversión en esto. —Soltó mi pelo y puso su mano sobre mi pecho—. Como puedo ver, ya sabes que hay una forma dolorosa de alimentarse de éter. La otra es menos dolorosa. *Menos...* —Subrayó—. Vas a gritar —dijo—. Y vas a atraer a tu padre.

Me balanceé alejándome de él cuando el miedo me apretó el pecho. Y entonces me estrelló contra el costado de la camioneta con la fuerza suficiente para hacer crujir todos mis huesos. A continuación volvió a poner su mano sobre mi pecho y, por un segundo, pensé que iba a manosearme, pero empecé a notar un calor extremo, chamuscando el frente de mi jersey.

Algo dentro de mí se despertó como un gigante dormido, desenrollándose en la boca de mi estómago. Un calor intenso se arremolinó como un mini tornado, girando donde estaba su palma. Estaba ocurriéndome algo —drenándome—, y *dolía*, como cuando el daimon me había mordido, pero más intenso. Grité.

—Oye, Hyperion.

El Titan aflojó, levantando la cabeza. La sensación de tirón desapareció. Cogí aire entrecortadamente. Una humedad sofocante recorría mi garganta; me había arañado.

—Sí, tú. Idiota. —Allí estaba Seth, con una mano alrededor del mango de la daga. Un hilo de sangre corría por la comisura de sus labios—. ¿Así que tú eres Hyperion? Decepcionante. Esperaba a alguien más grande.

—¿En serio? —preguntó, liberándome—. Tienes deseos de morir. Será un placer ayudarte.

Caí hacia adelante, golpeando el suelo con las rodillas. Retrocedí rápidamente, con las manos presionando mi pecho. La quemadura se convirtió en un dolor pulsante en el momento en que levanté la cabeza.

Seth e Hyperion peleaban.

Era un locura de combate y parecía a muerte. Lanzaban puñetazos a diestro y siniestro. Potentes y brutales patadas encontraban respuesta. Seth estaba luchando con ganas, pero el Titán estaba prácticamente intacto. Poniéndome de pie, me tambaleé entre los vehículos, buscando la escopeta. No estaba segura de si sería de ayuda, pero era mejor que nada.

Seth rodó, dando una patada a su pierna, pero Hyperion se echó hacia atrás, evitándola y, cuando se dio vuelta, se escabulló, atrapándome por la espalda y lanzándome hacia delante. Al golpear contra el suelo, sentí un zumbido en los oídos.

Durante un instante no pude moverme. Estaba congelada. Mis palmas empujaron contra el suelo, con la espalda adolorida por el golpe y todo mi cuerpo ardiendo. Les oía gruñir; podía oír el sonido de golpes. El cielo se iluminó de color ámbar brillante.

Hyperion rio.

Íbamos a morir. El pánico se hizo más intenso. Levanté la barbilla, vi la escopeta, y vi el cuerpo de mi abuelo. Las lágrimas nublaron mi visión. No quería morir. No así. Y no quería que Seth muriera.

Llamando a cada pizca de fuerza que me quedaba, me di la vuelta y agarré la escopeta. Con las manos temblando, me deslicé sobre mi espalda, rodé y apunté el arma hacia el Titán. Tenía a Seth cogido por la garganta. Solté una maldición y apreté el gatillo. El contragolpe me envió hacia atrás, pero vi los perdigones golpear a Hyperion en la espalda. Dejó caer a Seth y se tambaleó hacia un lado. El humo flotaba alrededor del agujero de un tamaño más que decente en su espalda. Dándose la vuelta, sonrió, escupiendo una bocanada de sangre que estaba coagulada nada más tocar la tierra.

Santa mierda.

—Eso no ha sido muy amable de tu parte. —Dio un paso hacia mí y sonrió de verdad. ¡Le acababa de disparar en la espalda y solo se había reído!

Mis dedos temblaban mientras intentaba disparar de nuevo, pero en ese mismo momento, Seth se dirigió hacia él, girando con gracia letal.

Un silbido agudo pasó zumbando por encima de mí. Hyperion se tambaleó hacia atrás y cayó sobre una rodilla. No había apretado el gatillo. Seth no le había asestado ningún golpe.

Una flecha sobresalía del hombro del Titán; una flecha de madera que se incendió y luego desapareció hecha cenizas. Otra se estrelló contra su pecho.

Una mano se cerró alrededor de mi hombro, haciéndome gritar. Giré, lista para descargar el arma, pero me encontré cara a cara con lo que solo puede ser descrito como una hermosa mujer etérea.

Parecía un elfo.

Un elfo tipo *El Señor de los Anillos*.

Orejas y mentón puntiagudo. Altos pómulos. Pelo largo y castaño. Y su piel tenía un brillo tenue, un resplandor. Llevaba un ceñido moño verde bosque, y sus ojos eran totalmente blancos. Inhalé bruscamente y todo lo que pude oler era rica tierra y sol.

—Tu padre nos envía —dijo, su voz tan ligera como las lluvias de primavera, mientras apoyaba una ballesta sobre su hombro.

¿Nos?

Entonces los vi, docenas de ellos saliendo de los bosques. Todas las mujeres eran justo como la que se arrodillaba a mi lado. También había hombres. Llevaban una especie de pantalones de membranas naturales. Su piel brillaba a la luz del sol. Todos llevaban arcos.

Me ayudó a ponerme de pie.

—Tienes que irte. El veneno solo durara unos minutos.

El aire se atascó en mis pulmones; miré a Hyperion. Estaba congelado de rodillas, mirando al frente.

—¿Veneno?

—Sangre de Pegaso —respondió, sonriendo ligeramente—. Congela a cualquier persona o cosa por un período limitado de tiempo.

Seth apareció a mi lado, mirando fijamente a la mujer con una mezcla de asombro y temor.

—Eres una ninfa, pero... —Se calló mientras miraba al hombre que se había situado detrás de Hyperion, apuntando una flecha a la parte posterior de su cabeza.

—Todos somos ninfas —respondió ella—. Contrariamente a las historias que cuentan, hay hombres y mujeres. Ahora debéis marcharos. Su cuerpo se adaptará rápidamente.

—Gracias. Y diviértete. —Seth envainó su daga y empezó a tirar de mí hacia el Porsche.

Clavé los talones.

—Espera. Mi abuela...

—Se ha ido. —La ninfa estaba a mi altura, mirándome a los ojos. Seth se tensó a mi lado cuando la simpatía cruzó su rostro—. Se ha ido. No hay nada vivo en esa casa.

Sus palabras retumbaron en mí, resquebrajándome. Sentía la herida en el corazón tan real que me rompió por dentro. Mis abuelos me habían criado. Me habían querido, yo les había querido con todo lo que tenía, y ahora ya no estaban. Solo unos minutos antes estaban allí y ahora ya no estaban, ¿y para qué? No podía decir nada, no podía procesarlo, pues Seth tiraba suavemente de mí, dirigiéndome al lado del pasajero del coche, lejos de las ninfas. Tenía los ojos secos, pero apenas podía ver nada. Estaba tranquila, pero sentía la furia ardiendo en mi interior.

Cuando abrió la puerta, un hombre ninfa apareció. De cerca, me di cuenta aturdida, era tan sobrenaturalmente hermoso como la mujer.

—Tu madre está a salvo —dijo—. Tu padre se aseguró de ello.

Me quedé mirando a la élfica criatura, incapaz de hablar. Seth me subió y me senté en el asiento delantero, mirando al frente, pero sin ver nada; sin oír una sola palabra de lo que Seth me dijo cuando se puso al volante y movió el Porsche.

No me di cuenta de que aún sujetaba la escopeta hasta que entramos en la carretera estatal.

Dioses, no podría habernos ido peor.

Maldito Hyperion. Apolo tenía razón. El Titán había ido directamente a por Josie y había intentado marcarla... tal vez lo había hecho. Había puesto sus manos sobre ella, en posición de alimentación. Sabía que se hacía de aquella manera.

Mi mano apretó el volante y una llamarada de dolor atrapó mis nudillos doloridos. El cabrón tenía la cabeza dura. No solo me dolían los nudillos, pero no estaba preocupado por la paliza que acababa de recibir ni por el hecho de que el Titán fuera el único que *pudo* patearme el culo en mucho tiempo.

Por enésima vez desde que entramos en el coche, miré a Josie. Estaba inmóvil, con los ojos puestos en la carretera. En algún momento, había soltado la escopeta, que ahora yacía sobre sus rodillas. Las únicas palabras que habían salido de su boca desde que salimos de su casa fue la respuesta a mi pregunta de si estaba bien. Menuda estupidez de pregunta. Su labio sangraba de nuevo. La sangre de la parte delantera de su garganta se había secado, pero el moretón alrededor de su cuello era dolorosamente visible, formando una huella de mano. Era un puñetazo en el estómago saber que Hyperion podría haberla ahorcado hasta morir o roto su cuello, mientras yo estaba allí.

Mierda.

Cuando Apolo me habló de los Titanes, había pensado que él quería que fuera a por ellos. En aquel momento no me habría importado luchar contra de ellos. Demonios, incluso una pequeña parte de mí tenía ganas de hacerlo hasta morir, pero ahora era diferente. Si caía en una lucha contra Hyperion, también lo haría Josie.

No debería preocuparme aquello. No podía. Preocuparme por algo o alguien era inútil en aquel momento de mi vida.

Tenía que llevarla a Dakota del Sur y allí estaría a salvo. O algo así. Y yo estaría... necesitaba escapar, pero en aquel momento debía concentrarme en ella.

—Creo que podemos parar un momento —dije, rompiendo el silencio, mientras la miraba de nuevo. Habíamos conducido unas cinco horas, y aún nos quedaban unas cuatro más—. El tiempo suficiente para echarte un vistazo y...

—Estoy bien. —Me interrumpió, sin dejar de mirar hacia adelante—. No quiero parar. Solo quiero llegar a donde sea que vayamos.

Una brizna de malestar se asentó en mis entrañas.

—Josie, te han marcada esta mañana, dos veces para ser exactos, y te has enfrentado a un Titán. Te sangraba la garganta y yo... —Quería asegurarme de que estaba bien y no solo en el sentido físico. Lo que había visto que hacían con su familia, por encima de todo, era demasiado. Demasiado para que cualquiera pudiera soportarlo.

—Estoy... estoy bien. Como te he dicho, no... no quiero parar. Quiero seguir. Quiero continuar e irme lo más lejos de allí que sea posible.

El músculo de mi mandíbula se tensó en respuesta a sus palabras. Aw, maldita sea, aquello... aquello no era bueno.

—Josie, yo... siento lo de tus abuelos. No se lo desearía a nadie.

—Tenías razón. Dijiste que era peligroso, pero no te hice caso. No debería haber vuelto a casa. —Respiró tan fuerte que me asusté—. Es culpa mía.

—Esto *no* es culpa tuya. Tú no le has hecho nada a tus abuelos, Josie. Ha sido Hyperion. No pongas esa clase de mierda sobre ti misma.

No respondió y cuando la miré, me di cuenta de que esas palabras no habían cambiado ni una maldita cosa. Mi mirada se centró en la carretera. El tráfico aumentaba mientras más nos acercábamos a Sioux Falls. Ahí habría un montón de hoteles, pero también habría una importante comunidad de puros cerca, lo que significaba que habría más daimons.

Tras unos minutos, volvió a hablar.

—El chico... el ninfo, dijo que mi madre estaba a salvo. Que Apolo se la llevó. ¿Él haría algo así?

Si era así, no lo había mencionado, pero por otro lado, Apolo raramente contaba lo que estaba haciendo. Decidí ser optimista en este aspecto.

—Probablemente sabía que Hyperion sabría en algún momento dónde estaba tu familia y que podría utilizar a tu madre para atraerte.

—Entonces, ¿está a salvo?

No dije nada, porque esperaba que lo estuviera.

Josie cogió aire entrecortadamente.

—No pude luchar contra él. No pude hacer nada para detenerlo o para ayudarte.

No esperaba que hablara de eso en aquel momento, pero al menos estaba hablando. Cambiando de carril, adelanté a un sedán que iba muy lento.

—No estás capacitada, Josie. No estás...

—¿Puedes entrenarme? —dijo, y finalmente pude sentir su mirada sobre mí. Estaba seguro de que vio mi boca abierta de par en par—. ¿Puedes entrenarme para luchar como tú?

No tenía ni idea de cómo responderle. Lentamente, sacudiéndome, aparté los recuerdos de mí entrenando a otra persona —otra chica—. Por otro lado, entrenar a Álex había sido completamente diferente. Álex ya sabía cómo luchar y yo no había sido el único que trabajaba con ella.

—Soy el mejor luchador que respira y ni siquiera estoy intentando ser arrogante al respecto. Pero apenas aguanté nada contra Hyperion. Además, entrenarte no va a cambiar lo que pasó con tus abuelos.

—Ya lo sé, pero al menos me gustaría ser capaz de hacer algo más que estar allí y gritar. O ver cómo le pegan una paliza a otra persona. O lo que es peor, ¡verlos morir!
—Sus labios temblaban cuando la miré—. Si viene tras de mí otra vez, no voy a ser

capaz de defenderme.

—Estarás a salvo en el Covenant —le dije, y el ácido se revolvió en mi estómago, porque no estaba seguro de cuán segura estaría. No pasaría mucho antes de que Hyperion supiera dónde estaba escondida y no tenía ni idea de cómo planeaban mantener al Titán fuera. Probablemente habría salas hechizos protectores, pero ninguna sala era infalible cien por cien.

—No puedo quedarme allí para siempre —respondió, levantando una mano hacia su cuello. Pasó sus dedos por el lugar en el que el daimon le había mordido, pero se detuvo. Hubo una pausa tensa—. ¿Lo harías? ¿Entrenarme?

Los músculos de mis hombros se tensaron. ¿Entrenar a Josie, como había entrenado a Álex? Casi me reí ante la estúpida ironía de todo aquello, pero nada de aquello era gracioso.

—Josie, no estoy... no estoy seguro de lo que haré después de llevarte al Covenant. Tu padre podría tener otros planes para mí y...

Y no podía quedarme allí.

—Está bien. Te irás —dijo en voz baja y miró hacia otro lado, dirigiendo su mirada sombría hacia la ventana del pasajero—. ¿Crees que alguien allí me entrenaría?

Era posible. En el Covenant entrenaban a los Centinelas, habría muchos. Lo único que necesitaba era que el Decano del Covenant aceptara, y asumía que todavía sería Marcus Andros, el ex Decano del Covenant de Carolina del Norte y tío de Álex. Lo haría, especialmente una vez que se enterara de lo que ella era y *quién* era para él. Alguien la ayudaría.

Pero no podía ser yo.

No iba a ir por ese camino de nuevo.



El crepúsculo se había convertido en una estrellada noche despejada. Me había olvidado de lo oscura que se ponía allí la noche, cuando no había nada entre nosotros y el cielo. La Universidad se encontraba en Black Hills, no cerca del Monte Rushmore, pero sí que estaba protegido por las colinas del norte. La gente tenía que saber qué buscar para encontrar el camino de entrada. Ocho kilómetros de baches después, llegamos a las paredes exteriores de la Universidad, ahora ya restauradas completamente. La última vez que había estado aquí, había coches en llamas a ambos lados de la carretera y gran parte de la pared exterior había sido derribada. Ahora todas las paredes eran brillantes y nuevas, como si nada malo se hubiera cruzado por su camino.

Mis manos se apretaron sobre el volante.

Josie se quedó mirando las paredes de seis metros que rodeaban los acres y acres de tierra, y luego su mirada se posó en las puertas revestidas de titanio, hablando por

primera vez en horas.

—Mierda.

Miraba a los Centinelas. Algo difícil de no hacer cuando tenían armas semiautomáticas apuntando a nuestro coche. Vestidos de negro, no eran más que sombras mientras se desplazaban hacia adelante.

Josie se movió.

—¿Seth...?

—Está bien. —Bajé la ventanilla—. Solo son muy cautelosos. —Descansé un brazo en la ventana abierta, esperando que ninguno de los Centinelas que se acercaba fuera alguno de los que había intentado matar. Eso sería incómodo.

Un Centinela hombre se inclinó, su mirada sagaz se deslizó sobre mí y luego miró a Josie. Su mandíbula se apretó mientras bajaba su arma.

—¿Cuál es tu propósito, Apollyon?

Arqueé una ceja.

—Nada que te incumba. —El Centinela ladeó la cabeza y le obsequié con mi mejor sonrisa, una de esas que molestaba a todos los que estaba en un radio de quince kilómetros—. Necesito ver al Decano.

Los labios del Centinela se curvaron en una sonrisa.

—Llevas a una mortal contigo.

—Y eso tampoco es de tu incumbencia. —Sostuve su mirada, aunque oí a Josie inhalar bruscamente. Como si le fuera a decir a un Centinela al azar quién era ella. Yo más que nadie sabía que nunca era una buena idea confiar en cualquiera—. Necesito ver al Decano. Ahora. Y si tengo que repetirlo, será mejor que no solo tengas una gran puntería, sino que puedas apretar el gatillo rápido.

—Oh cielos —murmuró Josie.

Sosteniendo mi mirada un instante más que puso a prueba mi paciencia, el Centinela finalmente se enderezó. Apretando el walkie con la mano libre, habló rápidamente.

Josie seguía mirando a los Centinelas frente a nosotros.

—¿Crees que podrías haber sido... um, más amable con ese tipo?

Reí.

—No.

Lentamente, dirigió la cabeza hacia mí y levantó las cejas.

—Podrían dispararnos. *Parece* que quieren hacerlo.

Una sonrisa apareció en mis labios.

—No nos van a disparar.

No parecía convencida, pero el Centinela levantó el brazo, haciendo señas a los que estaban en la puerta. Un segundo después, la pesada cosa se abrió.

—¿Ves? No nos van a disparar.

—Es bueno saberlo —murmuró, con los ojos muy abiertos, mientras pasábamos al lado de un montón de Centinelas de aspecto mezquino.

Al cruzar, apartó la escopeta de su regazo para inclinarse hacia adelante, colocando sus manos en el salpicadero.

—¿Qué... qué le ha pasado a esos árboles?

Los árboles que rodeaban las paredes internas del Covenant habían recibido un gran golpe. Cientos de ellos aún seguían volcados. Las raíces expuestas eran del color de la ceniza.

—Ares —dije—. Cuando todo empezó a decaer, fue a por el Covenant. No pudo entrar, al menos al principio. Pero lo consiguió. —Una risa seca retumbó en mi pecho a medida que nos acercábamos—. Había estado a nuestro alrededor desde el principio, pretendiendo ser un instructor en el Covenant de Isla Deity. Así es cómo se metió.

—¿Qué pasó?

Una gran parte de mí se alegró de que ahora estuviera hablando, pero no estaba particularmente encantado de a dónde se dirigía esta conversación.

—Entró, mató a un montón de gente e hirió a unos cuantos más.

Apretó los labios cuando nos guiaron hacia una amplia zona de aparcamiento que estaba a poca distancia de la segunda puerta. Aparqué al lado de una docena de Hummers propiedad del Covenant y, tras apagar el motor, me giré hacia ella.

—Iremos andando desde aquí —dije y vi cómo tragaba con fuerza—. Lo que vas a ver, probablemente será un poco abrumador, pero estás a salvo. No dejaré que nadie te haga daño.

—Pero te irás —respondió de inmediato y, solo entonces, me di cuenta de lo que había dicho. Mi pecho se ahuecó cuando ella miró hacia otro lado y cerró los ojos un momento, luego asintió secamente—. Bueno. Vamos allá.

Me quedé sentado allí mientras ella abría la puerta y salía, haciendo una mueca cuando puso sus pies en el suelo. *No voy a dejar que nadie te haga daño*. ¿Qué tipo de declaración estúpida era esa? Mi trabajo era traerla allí de una pieza y lo había hecho. Más o menos. Definitivamente no era sin rasguños. Mi trabajo de mantenerla a salvo había terminado.

Casi terminado.

Salí del Porsche y cerré la puerta, dirigiéndome a la parte posterior para descargar nuestras cosas. Ella me estaba esperando en el lado del pasajero, con la cabeza agachada y los brazos cruzados sobre el pecho. Observé los Centinelas que estaban apoyados en el muro de forma *casual*. Había cerca de una docena. No les hice caso, solo dejé mi bolsa en el suelo. Utilizando las yemas de mis dedos, levanté su barbilla. Unos ojos azules llenos de cansancio se encontraron con los míos. Dioses, el agotamiento estaba grabado en sus rasgos. No tenía ni idea de cómo seguía de pie, pues su cansancio iba más allá de lo físico.

Quise cogerla entre mis brazos. Consolarla. Sostenerla fuertemente y prestarle toda la fuerza que pudiera. Pero aquel no era yo. ¿O lo era? Hubo un momento en el que tuve el lujo de consolar a alguien, ayudándola a pasar por el crudo dolor de

perder a alguien que amaba, pero parecía haber pasado una eternidad y yo era una persona diferente entonces.

No sabía quién era en aquel momento.

Sintiendo la incomodidad y sabiendo que varios ojos estaban puestos sobre nosotros, dejé caer mi mano.

—¿Estás bien, Josie? ¿Estás lista para esto?

Asintió otra vez, y tras unos segundos, habló:

—Puedo llevar alguna de las bolsas.

—Yo lo haré. —Recogiendo mi bolsa, me dirigí hacia la puerta abierta—. Quédate cerca de mí.

Josie asintió mientras cruzábamos la pasarela de mármol cerca de la pared. En la penumbra, me pregunté si podría ver los grabados en las piedras, los símbolos y dibujos de los antiguos dioses.

Al pasar bajo el arco, bajo el escrutinio de los Centinelas que parecían estar apareciendo más rápido de lo que éramos capaces de andar, oí su exhalación entrecortada.

—Santo buen Señor —susurró mientras observaba alrededor, viendo el Covenant por primera vez.

Tenía que ser algo increíble para alguien que lo viera por primera vez.

El campus era una monstruosidad extensa de todo lo griego, difundido entre dos picos de montañas. Desde el mármol, los pasillos de piedra arenisca y bancos, hasta las elegantes estatuas, cinceladas a mano, y las columnas de los edificios..., era como si la antigua Grecia estuviera por todo el valle.

Los patios llenos de cada flor conocida por el mundo de los mortales nos rodeaban, flores que no deberían crecer en Dakota del Sur, pero sí dentro de las paredes del Covenant debido a alguna loca razón, desprendiendo un aroma suave que se aferraba a mi piel.

Tenía la boca abierta cuando giramos hacia el patio, dejando los muros atrás. Observaba las estatuas.

—Solía haber doce —dije, mirando las estatuas de mármol de los olímpicos principales—. Parece ser que han derribado la estatua de Ares. No puedo culparles por ello.

Eran grandes —más de tres metros— y, probablemente, cada una pesaba una tonelada. Flanqueaban el camino de entrada. Y luego estaban las musas de piedra, custodiando la entrada de cada edificio académico que pasábamos. Los dormitorios se levantaban al fondo, como rascacielos. Detrás de ellos estaban las zonas de entrenamiento y las zonas comunitarias, llenas de todo tipo de comodidades que uno pudiera imaginar.

—¿Cómo demonios la gente no sabe que esto está aquí? —preguntó, mirando a todas partes a la vez.

—Los aviones no vuelan sobre la zona. Nunca lo han hecho. Y los que lo han

visto creen que es alguna Universidad privada de ricos con criterios muy exclusivos de admisión. —Cambie la bolsa de hombro—. Los mortales ven lo que quieren ver. Nunca lo que realmente es.

Me miró bruscamente, pero no dijo nada.

En la pared circular que había enfrente, se habían tallado, en piedra arenisca, bustos de los dos, incluyendo a Ares. Cuando miré a Josie, se había quedado sin habla; la sorpresa de una persona a la que habían transportado, inesperadamente, a Grecia. Una pequeña sonrisa tiró de mis labios. El edificio en el que el Consejo se reunía parecía un anfiteatro griego.

Mientras subíamos las amplias escaleras del edificio principal, miró a su alrededor, observando a los Centinelas que ya no nos seguían tan disimuladamente. Una arruga apareció cuando me miró.

—Dijiste que era algo así como una universidad, ¿no? ¿Dónde están todos los estudiantes?

—Buena pregunta. Seguramente los han mandado al dormitorio nada más vernos llegar.

Se tambaleó.

—¿Por qué?

—Han pasado por mucho, Josie. No confían en nadie.

Pensó en ello mientras pasábamos la estatua de Themis. Antes de que llegáramos a las puertas dobles de titanio, las abrieron para nosotros, iluminando la galería, y Josie se detuvo en seco, jadeando.

Por instinto, me la acerqué, pegándome a su cadera, pues no podía ponerla detrás de mí cuando teníamos un montón de Centinelas de mierda respirándonos en la nuca y una tonelada más frente a nosotros, formando una línea que impedía nuestra entrada.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó cuando la energía me recorrió, lista para ser liberada si daban un paso en falso hacia nosotros.

—¿Estáis todos aquí para darnos la bienvenida? —Arrastré las palabras lentamente—. Me siento honrado.

Ninguno de los Centinelas respondió. No. Eran demasiado rectos para esa mierda y mientras mi mirada se dirigía a ellos, noté que todos eran mestizos y ninguno de ellos parecía que estuviera a punto de extender la alfombra roja.

Josie se estremeció.

Aquello me molestó.

Cualquiera podría mirarla y saber que estaba a un pelo de caerse de bruces. Aquella mierda era innecesaria.

Sin embargo, el muro de Centinelas se abrió cuando un Puro pasó junto a ellos. Era el tipo al que estaba buscando. Las apariencias podían ser engañosas cuando se trataba de aquel puro. Él era Rambo con pantalones de color caqui planchados; podría patear culos como el mejor de los Centinelas. Llevaba el pelo echado atrás y, aunque

había más líneas alrededor de sus asombrosos ojos verdes y de su boca de lo que recordaba, parecía tan fresco y tranquilo como entonces.

La única vez que había visto a Marcus Andros perder la cordura fue cuando Apolo le dijo que su sobrina había... que había sufrido una muerte mortal.

Yo había estado allí. El caos reinó. El Covenant de las Catskills estaba ardiendo hasta los pilares y, en el resplandor del fuego, Marcus me había dado una buena tunda.

Había sido la última vez que lo había visto.

Detrás de él, vi una cara conocida. Un Centinela se separaba del resto, su espeso cabello castaño se alejaba de una cara que solo su madre podría amar, con una cicatriz que se extendía de un ojo a la comisura de sus labios.

Solos Manolis.

No me sorprendía verlo allí. Por lo que sabía, el Consejo principal había sido trasladado al Covenant de Dakota del sur pues las Catskills necesitaba una reforma. No era un mal tipo, realmente era de fiar, pero era parte de un grupo con el que no quería tener nada que ver, un grupo que sabía que estaba aquí. Su padre también era un Puro, uno muy respetado que había cabildeado a favor de los mestizos durante años. Solos había cogido un asiento en el Consejo, era el primer mestizo que lo hacía, sentado en el lugar de *San Aiden St. Delphi*, quien había abandonado su prestigioso puesto.

La fría mirada de Marcus pasó de mí a Josie, se quedó allí un momento y luego volvió a mí.

—Seth, esto es... inesperado.

—Lo sé —contesté, encontrando su mirada—. Tenemos que hablar.

El Decano del Covenant me observó un momento y luego miró a Josie. Pasaron varios minutos antes de que respondiera.

—Sí. Tenemos que hablar.

Con los ojos abiertos y sin pestañear, observé al elegante hombre casi igual de alto que Seth, dándose la vuelta sobre unos mocasines relucientes.

—Seguidme —ordenó.

Y no nos esperó. Asintiendo hacia el hombre con la cicatriz en la cara, siguió caminando, afortunadamente sin pasar por una gran escalera de caracol que sabía que nunca sería capaz de subir, ya que en aquel momento quería ponerme en posición fetal y no moverme durante un mes.

Cada músculo de mi cuerpo dolía y quemaba, temblando mientras caminaba junto a Seth. Afortunadamente, las personas de negro con una expresión no muy feliz mantuvieron su distancia mientras nos seguían a través de un vestíbulo absolutamente impresionante.

Me concentré en los diseños complejos grabados en cada centímetro del edificio, en vez de dejar que mi mente volara de vuelta a Missouri. Si lo hacía, *estaría* en esa posición fetal y no saldría de ella. Parte de mi corazón se había roto en Osborn, y junté cada resto de fuerza que tenía dentro de mí para mantenerlo entero. Me concentré en los dibujos de hombres altos y mujeres usando togas; en la hermosa escritura que tenía que ser un idioma antiguo, y en las brillantes estatuas blancas.

No había visto algo como aquello en toda mi vida, ni siquiera en los museos.

El hombre cruzó otra sala abovedada, hacia un estrecho pasillo, y luego entró en una sala común muy iluminada con un largo sofá y varios sillones. El hombre con la cicatriz nos siguió, cerrando la puerta detrás nuestro antes de inclinarse hacia la pared que parecía de arenisca.

Seth dejó caer nuestras bolsas a un lado de la puerta, y yo me detuve. Muerta de cansancio, me mecí un poco mientras el extraño se movió hacia el centro de la habitación, cruzando los brazos sobre su pecho mientras nos miraba.

Seth tomó mi mano y me guio hasta el sofá, sin quitar sus ojos del hombre. La sorpresa se dibujó en el rostro del hombre mayor cuando su mirada cayó en nuestras manos unidas.

—Siéntate —dijo Seth con voz suave.

No iba a discutirlo. En el momento en que mi trasero tocó los cojines gordos, lo agradecí. Seth no se sentó. Se quedó de pie a mi lado, con los brazos cruzados. Por un momento, los tres se dedicaron a algún tipo de pelea extraña de miradas, y no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que había una historia entre ellos y no de las buenas, pero estaba demasiado cansada, demasiado agotada, y solo... demasiado aturdida para que me importara.

Entonces el hombre mayor me observó, y sé que se quedó mirando mi garganta. El cuello del jersey se había ensanchado durante mi pelea con Hyperion, revelando la

marca. Mi aspecto debía de ser desastroso, pero no me preocupaba. Él suavizó su dura expresión con una ligera curva de sus labios.

—No nos han presentado. —Su voz era profunda, culta—. Soy Marcus Andros, el Decano de este Covenant, ¿y tú eres...?

Resistí la tentación de mirar a Seth, porque no podía confiar en él en este momento. Había dejado claro que se iría tan pronto llegáramos aquí, y ahí estábamos.

Juntando las manos para evitar que me temblaran, las puse entre mis rodillas.

—Me llamo Josie Bethel, y soy... —Fruncí el ceño—. No estoy muy segura de lo que soy.

Sus cejas se elevaron mientras miraba a Seth. El hombre de la cicatriz rio suavemente y dijo:

—Cariño, no creo que ninguno de nosotros sepa muy bien lo que somos, pero esa es probablemente la presentación más extraña que he escuchado en mucho tiempo.

Seth se puso rígido.

—Creo que dijo que su nombre era «Josie» y no «cariño», la última vez que lo comprobé, Solos.

El hombre de la cicatriz, que supuse era Solos, volvió a reír, pero era Marcus el que estaba atónito mientras miraba a Seth, que parecía como si estuviera a punto de lanzar a alguien a través de una pared.

Me moví e hice una mueca cuando un dardo de dolor se disparó por mi pierna. Mi paciencia —*para todo*— empezó a flaquear.

—Me ha traído aquí porque se lo han ordenado. Es su trabajo.

La cabeza de Seth se giró hacia mí y sus cejas doradas se frunció mientras sus ojos se estrechaban. ¿Qué había dicho para ganarme esa mirada? Solo la verdad, así que... Doblé la rodilla, ignorando el dolor sordo que se disparó por mi pierna.

—¿Puedo preguntar por qué? —Marcus se sentó en una silla de piel frente a nosotros—. Asumo que tú sabes lo que somos, basándonos en tu condición. —Hubo una pausa—. Sin ofender, Josie, pero no puedo entender por qué te traería aquí.

—Porque no es una mortal —respondió Seth, y la habitación se quedó tan callada que se hubiera podido escuchar a un grillo cantar.

Marcus parpadeó mientras sacudía la cabeza.

—Seth, no es una de nosotros.

—No dije que lo fuera, pero gracias por aclarar lo obvio —contestó, y unas líneas blancas se formaron alrededor de la boca de Marcus—. No es una de nosotros. Es completamente diferente.

Solos arqueó una ceja.

—¿Nos vas dar los detalles o vas a prolongar esto el mayor tiempo posible?

Por un segundo, pensé que Seth iba a lanzarle algo a la cabeza, tal vez una de esas cuchillas puntiagudas, pero se sentó a mi lado, tan cerca que su pierna se juntaba con la mía.

—¿Estáis al tanto de lo sucedido con los Titanes?

Frente a nosotros, Marcus se enderezó.

—Por supuesto. Y hemos tomado las medidas necesarias para asegurarnos de que nuestros estudiantes y los que están aquí están a salvo, y no solo de ellos.

Seth sonrió.

—Mensaje recibido —contestó, y no tenía ni idea de lo que aquello significaba—. Así que estáis a salvo de los Titanes.

Asintió.

—Lo estamos, ¿pero qué tiene que ver esto con ella?

Me pregunté cómo podrían protegerme de algo tan poderoso y espeluznante como Hyperion. Probablemente involucraba la sangre de una docena de vírgenes o algo igualmente arcaico y escalofriante.

Seth se inclinó hacia delante, encontrándose con los ojos verdes más brillantes que había visto nunca, y luego soltó la bomba.

—Josie es hija de Apolo. Es una semidiosa.

Marcus y Solos dirigieron su mirada hacia mí. Los ojos de ambos hombres abiertos como platos. Se me quedaron mirando como si de repente me hubiera transformado en un dragón de tres cabezas.

—No —dijo Marcus—. No hay semidioses en la Tierra, y de cualquier forma, la habríamos sentido si fuera uno.

¿Qué clase de...?

—Sus poderes están atados, Marcus. Esa es la razón por la que no la sientes. Y no es la única —explicó Seth mientras agarraba mi rodilla, inmovilizándola.

—Lo siento —mascullé, mirando su mano. Mientras Seth empezaba a hablar, explicando lo que yo era a nuestra embelesada audiencia, cuántos de nosotros había, y todas esas cosas, mantuvo su mano en mi rodilla. Observé sus largos y elegantes dedos. Elegantes, pero letales.

El peso de su mano me hizo sentir rara. No me gustaba al mismo tiempo que reconocía que había algo reconfortante en la presión, casi de pertenencia.

—Dioses —murmuró Marcus, atrayendo mi atención hacia él. Seguía observándome—. Una semidiosa, una semidiosa de nacimiento. No pensé que viviera para verlo.

Me retorcí incómoda y Seth quitó su mano.

—Apolo me dijo que la trajera aquí. Debe estar a salvo, Marcus, hasta que el resto de los semidioses puedan ser localizados.

El aire se me atragantó. ¿Por qué me importaba si era tan solo un trabajo para Seth? Él no era Erin, pero por alguna razón, saber que también había recibido la orden de ser parte de mi vida, por breve que hubiera sido el tiempo, picaba como si hubiera entrado en un nido de avispas.

—Sí. —Parpadeó el hombre, mirando hacia otro lado un momento, antes de que su mirada volviera a mí—. Ella es muy importante.

Esto se estaba poniendo muy incómodo, pero al menos no me estaba echando.

Necesitaba usar eso a mi favor.

—Quiero que me entrenen —declaré; y sí, todos me miraron de nuevo, incluido Seth—. Como los... los Centinelas. ¿Podéis hacerlo mientras estoy aquí?

Marcus se rascó la ceja.

—¿Entrenada? —Miró a Seth y luego sacudió su cabeza—. Josie, nuestros Centinelas son entrenados desde...

—Desde los ocho años. Lo sé, pero me han pateado el trasero dos veces; cuando huíamos de los daimons, y luego Hyperion. No pude hacer nada mientras esas... esas cosas me mordían como si fuera una hamburguesa de queso. Luego Hyperion me derribó como si fuera una muñeca de trapo. Y usó esas cosas... esas sombras para matar a mis... —Mi voz se quebró, y tragué con fuerza—. Para matar a mis abuelos, y no pude hacer nada. Estoy completamente indefensa si él entra aquí.

—Josie... —empezó Seth.

—Planeas marcharte, pero eso no quiere decir que no haya nadie aquí que pueda ayudarme. —Giré mi mirada hacia el Decano—. Por favor. ¿Qué daño puede hacer? Si no, simplemente estaré de brazos cruzados, ¿no? No puedo hacerlo. No puedo simplemente estar así. Tengo que hacer algo. *Por favor*. —Y después puse las cartas que tenía sobre la mesa. Era algo desagradable por mi parte, pero no tenía opción—. Si no podéis hacerlo, entonces no puedo quedarme aquí.

Seth movió bruscamente su cabeza hacia mí, sus ojos estrechándose como rendijas ámbar.

—Te vas a quedar aquí.

—Nadie puede vigilarme las veinticuatro horas al día. Soy inteligente. Encontraré una salida. —Le miré—. Si nadie puede hacerlo, me voy. ¿Una putada siendo tan *importante*, no?

Su boca se abrió mientras me miraba.

—No he cruzado varios estados para que estés segura aquí, solo para que hicieras algo tan increíblemente estúpido como amenazar con irte. ¿Tienes deseos de morir?

—¿Y tú? —le respondí.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Esa respuesta ni siquiera tiene sentido.

—Lo que tú digas —espeté, cruzando los brazos—. Ni siquiera me caes bien y no he pedido tu opinión.

—Te la daré, te guste o no, Joe. —Sus ojos destellaron en un color leonado brillante—. No vas a arriesgar tu vida, porque no te vas a ir.

—¿Acaso te importa? —grité, levantando las manos—. ¿En serio? Cállate, *Sethie*. Seth se echó hacia atrás mientras la línea de su mandíbula se endurecía.

—Pones a prueba mi paciencia.

—Niños —murmuró Marcus con voz cansada.

¿Ponía a prueba *su* paciencia?

—¡Quiero golpearlo con un chaco! Pero no puedo, ¡porque no sé usar chacos!

Sus labios se crisparon. Si se reía, iba a hacerle daño con las manos o lo que encontrara.

—Los Centinelas no usan chacos, Josie.

—Yo los he usado —comentó Solos.

Seth le lanzó una mirada.

—¿En serio? No me estás ayudando.

El Centinela se encogió de hombros, pero se estaba riendo, ni siquiera intentaba ocultarlo.

—¿Puedes ayudarme? —le pregunté al hombre, no quería exigir.

Seth se giró hacia mí.

—Él *no* te entrenará.

—¡Deja de meterte donde no te llaman! —grité.

Solos hizo un áspero y grave sonido.

—Dioses...

Una extraña expresión cruzó el hermoso rostro de Marcus.

—Vosotros dos me recordáis a... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza, y Seth maldijo entre dientes—. Bueno, no importa. —Poniéndose de pie, me miró—. Hablaremos sobre esto mañana, Josie. En este momento, parece que necesitas descansar un poco.

Me puse de pie mordiéndome el labio, mientras mis músculos protestaban por el movimiento.

—Hablemos sobre el entrenamiento ahora.

—Por el amor de los dioses —murmuró Seth, poniéndose de pie—. No tienes ni idea de cuán difícil es, Josie. Ni siquiera creo que puedas hacerlo.

Algo horrible se retorció dentro de mi pecho.

—De nuevo, no he pedido tu opinión.

Rodando los ojos, sacudió la cabeza.

—Nos estamos repitiendo.

—No me digas. —Entonces me sonrojé mientras miraba a Marcus.

Me miró y sentí mi determinación resquebrajarse un poco. No era una persona valiente. Más bien iba con la corriente, por lo que me costó mucho estar de pie bajo su aguda mirada esmeralda. Luego sonrió, y no fue una sonrisa feliz; no llegó a sus ojos.

—Me recuerdas a mi sobrina —dijo, y un estallido de tensión explotó en Seth—. Espero que os conozcáis algún día. Creo que le gustarías.

—Um, vale. —Y entonces, cualquier atisbo de energía que me quedase, se fue. Estaba muy cansada, absolutamente agotada.

—Encontraremos a alguien que te entrene —continuó Marcus, y casi corrió hacia él y lo abrazó, pero no parecía ser fan de los abrazos, más bien de los que se incomodaban, así que me contuve.

—Gracias —dije, sintiendo algo de alivio—. De verdad, gracias.

Asintió mientras miraba a Seth.

—Hablaemos mañana. Con eso dicho... —Su mirada se desplazó de Seth hacia mí y me miró con una mezcla de asombro y algo de desconfianza—. Bienvenida al Covenant.



La ira recorría todo mi cuerpo y no estaba muy seguro de si iba dirigida a la ahora callada Josie, a Solos, que nos estaba guiando a los dormitorios, o a mí mismo.

Irritado en tantos niveles diferentes, ignoré cada intento de Solos por mantener una conversación y finalmente se rindió. Ignoré las miradas descaradamente curiosas de los estudiantes cuando entramos en el vestíbulo de la primera residencia.

Puros y mestizos, *juntos* en los sillones, bajo la gran pantalla de TV que colgaba del techo. Josie debía de estar distraída, porque no les estaba prestando atención a los pocos Centinelas apoyados en el vestíbulo. La mantendría cerca de mí tanto si le gustaba como si no. Los estudiantes nos observaban abiertamente.

Sabían lo que yo era, pero no tenían ni idea de lo que era Josie. Josie iba a ser un misterio para ellos. Serían entrometidos y ella no necesitaba aquello en ese momento.

Solos nos llevó por uno de los amplios pasillos en la planta baja, pasando por varias puertas cerradas.

—Estas son las *suites* que usamos para nuestros invitados. —Se detuvo al final del pasillo—. Estas dos habitaciones, una frente a la otra, están vacías. Elige una. —Sonrió hacia Josie y mi mano se tensó alrededor de la correa de la bolsa que llevaba. Cuando me miró, el cabrón rio entre dientes—. Puedes elegir la que quieras durante el tiempo que quieras.

No dije nada.

Rio de nuevo mientras se volvía hacia Josie.

—Vendré a buscarte mañana por la mañana tarde, así te daré el tiempo suficiente para descansar, luego te llevaré a ver a Marcus.

Ella asintió.

—Vale.

—Si necesitas algo, díselo a cualquiera de las personas que visten de negro y ellos me encontrarán, ¿de acuerdo? Como ya has escuchado, mi nombre es Solos.

Cuando asintió de nuevo, estaba a punto de darle con la bolsa en la cabeza. Ella se giró hacia la puerta de su derecha y Solos le entregó las llaves. Murmurado un gracias, abrió la puerta y desapareció dentro. La atrapé antes de que se cerrara de golpe, dejándola medio abierta.

Miré a solos.

—Ella no necesitará nada.

Solos arqueó una ceja.

—¿Por qué estás aquí? Parecía que te marchabas. —Antes de que pudiera

responder, él palmeó mi hombro—. Seth, es demasiado joven para mí. Tranquilízate.

¿Qué demonios? No tuve oportunidad de responder, pues continuó:

—Pero tío, si lo que has dicho de ella es cierto, y es la hija de Apolo, eres el hombre con más cojones que he conocido. Diviértete con eso.

Y entonces se giró y desapareció por el pasillo. Me quedé de pie ahí, queriendo fingir que no sabía de qué estaba hablando. Dioses, no había meado alrededor de Josie marcando mi territorio, pero no podría haber sido más obvio.

Así que, ¿qué demonios estaba haciendo?

Entré en la habitación y dejé la puerta cerrada tras de mí. La habitación era más grande y bonita que la que tenía en Virginia. Los nuestros no escatimaban en gastos cuando se trataba de muebles y vivienda. Una pequeña sala de estar, con un sofá de dos plazas, una mesa de café y una barra de cocina conducían a una habitación lo suficientemente grande como para que cupiera una cama de tamaño completo y una cómoda. Incluso tenía baño y un vestidor.

Dejé caer las bolsas en la sala de estar y me detuve justo fuera del dormitorio. Ella estaba de pie frente a la cama bien hecha, observando un cuadro en la pared. En otro momento me habría reído al verlo.

Era de su padre.

Apolo.

Y era una representación de él en su verdadera forma, llevando pantalones blancos y la cabeza con un pelo rubio casi blanco. En una mano llevaba un arpa de oro. Era imposible no ver algunas de las semejanzas ahora que estaba ahí de pie a su lado.

No tenía ni idea de lo que pasaba por su cabeza en aquel momento.

Sus ojos encontraron los míos durante un segundo y luego se giró. Su cuello estaba expuesto de nuevo.

Ese jodido daimon la había marcado, dejando una herida en forma de media luna que con el tiempo se desvanecería, dejando una cicatriz de un tono más pálido que su tono de piel normal. Había sido marcada en el mismo lugar que Álex, Alexandria Andros, la sobrina de Marcus. La otra Apollyon, la que se supone que *debía* existir. La chica a la que había ayudado a entrenar cuando descubrí lo que era. La chica por la que había dado el resto de mi vida, para que pudiera pasar la suya con el hombre al que amaba.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me había permitido pensar en ella. No era porque me hubiera roto el corazón o hubiera elegido a otro. Me preocupaba por ella, más de lo que me había preocupado por nadie. No. No ser capaz de pensar en ella no tenía nada que ver con la corta relación que tuvimos.

Tenía que ver con lo mucho que la había engañado.

No tenía ni idea de por qué estaba pensando en aquello o permitiéndome hacerlo. Tal vez servía como recordatorio para que me largara de allí, porque cuando miraba a Josie, no podía evitar pensar que la historia se estaba repitiendo.

Allí estaba aquella chica que tenía un destino trazado que nunca había escogido; y sabía que cuando se trataba de dioses, podría luchar contra ese destino tanto como quisiera, pero no cambiaría absolutamente nada. Su vida estaba en piloto automático. Y conmigo de por medio, ese piloto automático estaba destinado a estrellarse y arder. No me necesitaba en su vida, y si supiera todo sobre mí, ni siquiera me querría allí.

Tenía que irme. En aquel mismo momento. Volver a la carretera antes de que Apolo apareciera y terminara atrapado allí. Sin embargo había más. Tenía que salir antes de que llegara el momento en el que *no quisiera* irme.

Debería haberme girado y salido por esa puta puerta; diciéndole adiós. Deseándole buena suerte. La iba a necesitar, y algo más.

Dándome la vuelta, mi mano se cerró alrededor del marco de la puerta. Mi corazón latía con fuerza mientras cerraba los ojos y la cerraba de golpe. Un momento después me giré y crucé los pocos metros que nos separaban. Sin decir una palabra, cogí su mano y la llevé al baño.

Necesitaba limpiarse y yo no iba a marcharme.

Sentí el corazón acelerarse mientras Seth me llevaba al baño. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero su mano me hacía sentir calidez y extrañeza de nuevo. Me sentó en el inodoro cerrado, y sentí que ya habíamos estado allí.

Ah, claro, había sucedido ya.

—¿Qué... qué estás haciendo? —pregunté.

De rodillas, observó nuestras manos unidas con el ceño fruncido y, aunque quince minutos antes estuviéramos discutiendo y amenazándolo con pegarle una patada, aguantaba mi mano como si fuera la cosa más frágil en el mundo.

—¿Cuál es la verdadera razón por la que deseas aprender a pelear, Josie?

La pregunta me cogió por sorpresa y levanté la vista; me estaba mirando directamente a los ojos, como si pudiera ver dentro de mí. Había un montón de razones por las que quería entrenarme. Había resultado inútil durante los ataques anteriores. Era algo en qué concentrarse cuando todo lo bueno me había sido arrebatado o destruido justo enfrente de mí.

Cogí aire y le di la razón principal, la que era capaz de decir en voz alta.

—No quiero tener miedo, y tengo miedo de morir. Si puedo luchar, dejaré de tenerlo.

Sus ojos ámbar brillaron intensamente durante un instante y luego dejó caer mi mano sobre mi rodilla. Alejándose, se levantó de forma grácil.

—Seguirás teniendo miedo, Josie.

Bueno, aquello no era muy útil.

—Pensé que te ibas.

Buscó algo por encima de mi cabeza, cogiendo una toalla de mano.

—Pareces ansiosa por deshacerte de mí.

Cerrando la boca, no dije nada, pues estaba bastante lejos de la verdad. No quería que se fuera, pero no podía detenerlo.

Negué.

—No tienes que hacer esto... —dije, señalando el cuarto de baño—. Estoy bien. Puedo limpiarme sola.

—¿Llevas algo debajo del jersey? —preguntó, ignorándome.

—Um... —Tragué saliva—. Sí, una camiseta sin mangas. ¿Por qué?

Se movió, abriendo el grifo.

—Quítatelo.

—¿Qué? —Mi tono de voz fue un grado más alto.

Con la toalla húmeda en la mano, se arrodilló frente a mí de nuevo.

—Quiero mirarte el cuello de nuevo, estaba sangrando hace un rato. No me has dejado mirarlo de camino aquí, así que voy a hacerlo ahora —dijo. Abrí la boca para

decirle «no», pero volvió a hablar—: Por favor.

No sé por qué aquella palabra tenía tanto poder sobre mí, pero así era; además, no estaba desnuda bajo el jersey. Cogiendo el dobladillo, tiré del jersey sacándomelo por la cabeza; los movimientos dolieron como el demonio. Lo dejé caer al suelo. La mirada de Seth bajó hacia el cuello. Sus labios se abrieron en una exhalación áspera. Crucé las manos mientras él deslizaba un dedo bajo el tirante de mi camiseta. Al notar el roce di un salto. La caricia recorrió mi cuerpo de forma bastante vergonzosa.

Se detuvo, su mirada buscando la mía.

—¿Te he hecho daño?

Sentí arder mis mejillas. Había algo mal en mí. Lo último que necesitaba en aquel momento era excitarme.

—No —susurré.

Sostuvo mi mirada un momento más, y luego colocó suavemente la toalla contra mi cuello, donde las uñas de Hyperion habían cortado mi piel. No me dolió, pero tuve que mantenerme quieta.

—Mi apellido es Diodoros.

Parpadeé.

—¿Dio... qué?

Una risa suave salió de él mientras tiraba la toalla sucia y mojada a la bañera y cogía una nueva.

—Diodoros.

No tenía ni idea de cómo empezar a delectarlo, pero no conocía a mucha gente en este mundo que supiera aquello de él. Por como lo estaba diciendo, parecía que compartía algo personal y me había elegido a mí para ello. No sabía por qué, pero apreciaba el hecho y no quería que se fuera.

—¿Sabes lo que significa en griego? «Regalo de Zeus» —continuó, deslizando la toalla por mi piel, limpiando la sangre seca y la suciedad—. Es el colmo de la ironía.

Contuve el aliento cuando el paño bajó a la parte baja de mi hombro, rozando el inicio de mi pecho y, gracias a Dios, llevaba un sujetador bajo la camiseta, pues pude sentir cómo se endurecían mis pezones y hubiera sido embarazos. Era culpa del trauma.

Menuda excusa.

—¿Por qué? —pregunté finalmente.

—Porque soy más como un grano en el culo para Zeus, que un regalo. —Suspiró, balanceándose sobre sus talones mientras levantaba la mirada—. Los cortes no son profundos y no te ha hecho daño como los daimons, pero he visto lo que hacía. Iba a por tu éter también. ¿Has sentido algo?

—Me dolió. —Recordé cómo me había sentido en aquel momento—. Como si estuviera sacando algo de dentro de mí, tan horrible como cuando los daimons me atraparon.

No dijo nada mientras movía la toalla a lo largo de mi cara, limpiando la suciedad

acumulada. Después arrojó la toalla al suelo y me cogió la mano de nuevo. Me acercó a él y, cuando tropecé, puso la otra mano en mi cadera. Nos miramos durante un segundo. Estábamos de pie, cara a cara, en el baño, con apenas espacio entre nosotros. Su barbilla se inclinó hacia abajo y la mía se estiró. Era como si estuviéramos a punto de ponernos a bailar, lo cual era absurdo. No sé por qué hice lo que hice a continuación, pero sentí que era algo lógico y natural; además estaba tan cansada, tan gastada emocionalmente, que realmente no lo pensé, simplemente lo hice.

Cerrando los ojos, me incliné y apoyé la mejilla contra su pecho, justo encima de su corazón. Seth se puso rígido como si se hubiera convertido en una de esas estatuas de mármol que había visto al llegar. Su pecho se elevó bruscamente, y contuve la respiración, esperando a que me apartara.

Pero no lo hizo.

La mano de Seth se apartó de mi cadera hasta situarse en el centro de mi espalda. Soltándome la mano también y sin apretar me rodeó con su brazo. Contuve la respiración mientras ponía mis manos en su cintura. Un momento después, apoyó la barbilla sobre mi cabeza y sentí mi pecho encogerse.

Sus brazos mantuvieron su agarre un instante y después se aclaró la garganta.

—Una de las primeras cosas que te enseñan cuando empiezas la formación es no dejar que tu oponente consiga agarrarte, si lo hace, estás acabado.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

—Los daimons me agarraron. Hyperion... bueno, no llegó a eso, simplemente me levantó con una mano.

—Ya está. —Su mano se deslizó hacia arriba, enredándose en mi pelo mientras sus dedos se cerraban alrededor de mi nuca—. Te entrenaré.

Pensé que no le había oído bien. Retrocedí, pero se aferró a mí.

—¿Qué?

—No sé si tu padre aparecerá y me enviará a otra parte —continuó, como si yo no hubiera hablado—. Si lo hace, no podré negarme.

Mi mente corría a toda prisa.

—¿Por qué?

—No importa. Estas son mis reglas si quieres que te entrene. Tienes que estar de acuerdo y escucharme, no lloriquear cuando sea duro, porque lo será, Josie. ¿Crees que te duele todo el cuerpo? No has visto nada aún. Te va a doler y mucho. Vas a querer parar, pero no vas a ser capaz de hacerlo. —Tiró mi cabeza hacia atrás, y nuestros ojos se encontraron—. Voy a ser tu dueño en todo este proceso.

¿Mi dueño? Um, bueno, aquello no sonaba muy bien. Me estremecí de nuevo.

Continuó.

—Pero, lo más importante, tienes que confiar en mí. ¿Podrás hacerlo?

—Sí —le dije inmediatamente—. Estoy de acuerdo en todo.

Me atrapó en su mirada ámbar durante unos segundos más y luego dio un paso

atrás, deslizando sus manos en un movimiento lento que consiguió que sintiera escalofríos de nuevo.

—Empezaremos mañana, entonces.

—Mañana —susurré, asintiendo con la cabeza—. ¿Te quedarás?

—Me quedaré.

No tenía ni idea de qué le había hecho cambiar de opinión, pero no pregunté, pues quería que me entrenara. A pesar de ser un enigma que no creía que pudiera descifrar, *confiaba* en él.

Seth empezó a girarse, pero extendí la mano, agarrando su brazo. Su piel era cálida y firme. Su mirada se desvió hacia donde lo estaba cogiendo.

—¿Te quedas conmigo? —pregunté.

Una ceja se levantó mientras levantaba la vista hasta encontrarse con la mía.

—¿Quieres usar mi cuerpo como almohada de nuevo?

Adivinó lo que quería sin que tuviera que decirlo. Asentí. Era una almohada impresionante, pero no quería estar sola en aquel momento. No quería que se fuera. Quería que se quedara allí.

Una media sonrisa apareció en el rostro de Seth.

—Vamos. Estoy cansado. Mañana será un día largo.

Seth salió del baño y vacilé un instante, intentando asimilar el torbellino de emociones que se arremolinaban en mi interior. Quería llorar, pero no me lo permití. Cuando lo tuve todo bajo control, abrí los ojos y me observé en el espejo ovalado, apelando a la vanidad.

Con la piel pálida y manchas oscuras bajo mis ojos, parecía demacrada. Observé mi pelo lleno de enredos y las marcas del cuello. La mordedura en forma de medialuna estaba roja. Sentí que me hundía mientras la adrenalina iba desapareciendo de mi organismo.

Mirando al espejo, vi... me vi *a mí*. Además de parecer que un camión acababa de atropellarme y estar atrapada en un túnel de viento, no parecía yo. Como le había dicho a Marcus, no estaba muy segura de lo que era y eso se notaba en mis ojos.

Serás quien quieras ser, cariño.

Mi garganta se cerró. Era algo que mi abuela me había dicho cuando llevé las solicitudes de universidades a casa. En aquel entonces, todo giró alrededor de una elección; qué carrera estudiar, no era como ahora, que debía elegir entre el destino o la suerte.

Pensar en mi abuela dolió. No podía hacerle frente todavía, estaba demasiado fresco y era algo que el entrenamiento no podría arreglar; no podría volver atrás y cambiarlo... No estaba lista para enfrentarlo.

Me quedé mirando mi reflejo un segundo más, y luego me aparté, guardando mis pensamientos bajo llave.

Seth estaba de pie donde había estado minutos antes. Su mirada se centró en mí.

—¿Estás bien?

Cogiendo aire, asentí.

—Sí.

Inclinó la cabeza hacia un lado, una pequeña sonrisa adornó sus labios. Parecía triste.

—Sigues siendo una terrible mentirosa.

Lo era.



Seth se marchó a su habitación para darse una ducha y yo aproveché para hacer lo mismo mientras no estaba. Dejando la puerta abierta, me metí en la cama, sorprendentemente cómoda, me puse de lado y apagué la luz. Si no, tendría que ver la pintura del que parecía era Apolo y me habría vuelto más loca aún.

Estaba oscuro cuando escuché la puerta abrirse y, como una idiota, contuve la respiración mientras Seth entraba en la habitación. Se dirigió hacia el otro lado de la cama, pero se detuvo. Dándose la vuelta, se acercó a la pintura de Apolo y, murmurando algo en voz baja, le dio la vuelta y lo puso cara a la pared.

—Lo siento —dijo, cuando se dio vuelta hacia la cama—. No quiero dormir con esos ojos extraños fijos en mí.

Me reí. Fue una risa suave y extraña. Después de eso, nadie habló. Seth se metió en la cama, poniéndose detrás de mí, y sentí su aliento cálido en la nuca. No creí que pudiera dormirme con nuestros cuerpos rozándose, pero lo hice.

Cuando me desperté, estaba tendida sobre Seth. Era ridículo. De verdad. La cabeza sobre su pecho, mi brazo sobre su abdomen y mi pierna metida entre las suyas, presionando sobre una parte muy interesante de él. Era como si intentara fusionarme o algo así, pero él también tenía un brazo alrededor mío, con la mano apoyada en mi cadera, *bajo las sábanas*, y la otra alrededor de mi antebrazo.

No me atrevía a moverme, pues seguía dormido. Su pecho subía y bajaba rítmicamente, y el corazón latía bajo mi mejilla. Había algo surrealista en la forma en la que yacía entre sus brazos. Siempre había creído que era algo que las personas hacían cuando tenían una relación, sin embargo, a mí me ayudaba a sentirme bien, a sentirme cálida. También me hacía sentir un montón de cosas más, como su pecho duro bajo mi mejilla. Y esos abdominales duros bajo mi brazo. No podía evitarlo. Cada parte de mí era hiper consciente de cómo mi cuerpo estaba pegado al suyo. Mientras estaba allí, tumbada, no pensaba en todas las cosas oscuras y terribles que rodeaban mi conciencia, listas para saltar y asediarme.

La mano en mi cintura se flexionó y abrí los ojos. ¿Estaba despierto? La respuesta llegó cuando su mano se deslizó lentamente hacia mi cadera con los dedos extendidos. Un hormigueo se apoderó de mi cuerpo, centrándose entre mis muslos. Apreté los ojos, pero no sirvió para detener las sensaciones que estaban embargándome en zonas concretas. Debería moverme y apartarme de encima suyo

antes de... bueno, antes de que mis hormonas empezaran a salir de mi cuerpo y bailaran encima nuestro. Me moví, enderezando mi pierna y la mano en mi cadera se apretó, al igual que la de mi brazo.

—*Josie* —dijo Seth, su voz ronca por el sueño y algo más, algo más crudo y áspero.

No entendí qué sucedía, pero *lo* noté contra el lateral de mi pierna, la que estaba entre las suyas. Dios santo, lo estaba sintiendo. Abrí los ojos de golpe y empecé a moverme, pero la mano en mi cadera me detuvo. No solo me detuvo, sino que me apretó contra su cadera y el contacto envió una sacudida a través de mí. Me retorció, lo que hizo que el sentimiento fuera más fuerte. No. No era solo un *sentimiento*. Sabía lo que era. Excitación. Deseo. Lujuria. Lo que fuera. Me había sentido así antes, muchas veces. Mi cuerpo reaccionó. Cogiendo aire, moví las caderas hacia delante y fui recompensada, o tal vez castigada, por la rudeza de sensaciones que se iniciaban en mi entrepierna y que recorrían mi cuerpo.

—Si sigues moviéndote, esto se va a poner muy incómodo —dijo con una áspera, ronca y temblorosa voz.

Mi boca se secó al sentirlo agrandándose contra mi muslo. El calor recorrió mis mejillas, en parte debido a la vergüenza, pero también debido al fuego lento que se había instaurado en mis venas. Me sorprendió la intensidad de lo que estaba sintiendo. Me habían gustado varios chicos, incluso los había deseado, pero nunca con *tanta* fuerza.

—O tal vez no tan incómodo —dijo arrastrando las palabras mientras movía la mano sobre mi cadera, deslizándola hasta mi cintura, creando pequeñas espirales de placer en la boca de mi estómago. Detuvo su mano, como si me estuviera poniendo a prueba, su pulgar apenas rozando el borde de mi pecho—. Tal vez se convierta en algo totalmente diferente.

No sabía qué decir, ni tampoco tuve la oportunidad de intentarlo. Un jadeo sobresaltado separó mis labios mientras Seth rodaba. En apenas un segundo estaba sobre mi espalda y Seth estaba sobre mí, con sus brazos a cada lado de mi cabeza.

El aire se quedó atrapado en mi garganta. Llevaba el pelo suelto, arremolinándose alrededor de sus mejillas.

—¿Qué estamos haciendo, *Josie*?

Con el corazón desbocado, obligué a mi respiración a reducir la velocidad.

—No lo sé.

—¿En serio? Yo creo que sí.

Una sensación nerviosa me recorrió, mezclándose con el ardor en mis venas. La punta de mi lengua salió, mojando mis labios, y sus ojos se cerraron, mientras un gran estremecimiento pareció recorrerlo. Cuando sus pestañas se levantaron, su mirada era tan ardiente como el sol del verano.

—No deberíamos hacer esto. —Mientras decía esas palabras, su parte inferior se unió a la mía—. No deberíamos estar haciendo nada de esto.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó ante el peso y la sensación de tenerlo sobre mí. Mis manos se posaron en sus hombros mientras su frente caía sobre la mía. El aire que nos rodeaba se espesó mientras mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho. Recordé lo que había dicho en el hotel de St. Louis, que debería sentirme afortunada de que no estuviera cediendo a sus deseos, pero no me sentía afortunada entonces ni tampoco ahora.

Usé toda la valentía que fui capaz de reunir.

—¿Por qué no?

—Hay varias razones —dijo, moviendo su cuerpo. De repente la parte más dura de él estaba presionando la parte más suave de mí.

No estaba preparada para aquello ni para la reacción de mi cuerpo. Estaba húmeda. Me *dolía*. La camiseta larga —su camiseta— que llevaba puesta, mi ropa interior y la fina tela de su pantalón de dormir eran una barrera frágil entre nosotros, pero, al mismo tiempo, era demasiado. Mis dedos rozaron el material de su camiseta mientras agarraba sus anchos hombros.

—Tu padre me cortaría los huevos si me meto entre esas bonitas piernas. —Su voz era profunda y áspera mientras hablaba, su aliento caliente contra mis labios entreabiertos—. Pero ¿sabes qué? Perderlos valdría la pena.

—No puedo creer que estemos hablando de tus huevos.

—Parece relevante, ¿no te parece?

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Sí... creo que un poco.

—Mmm... —Al inclinarse sobre mí, su pelo rozó mis mejillas—. Dioses, no puedo ni siquiera creer que vaya a decir esto, pero has pasado por mucho. Tratar con eso puede hacerte querer cosas que realmente no quieres. —La sorpresa se dibujó en su cara mientras levantaba la cabeza, como si en realidad se hubiera sorprendido a sí mismo.

Por alguna estúpida razón, eso hizo que mi pecho se ablandara, pues estaba *pensando* en mí. Aquello debía significar algo, ¿no?

—Eres un... eres un buen chico, Seth, cuando quieres serlo.

Me miró un momento y luego se echó a reír.

—Pero sé lo que quiero y lo que no quiero —continué, sintiendo el ardor recorrer mi cuerpo.

Una corriente nos envolvió antes de que hablara.

—¿Lo sabes?

Lo sabía. Para bien o para mal, realmente lo sabía, y no me importaba la fuerza impulsora detrás de aquello. No quería investigar demasiado ni presionar. No pude encontrar las palabras, pues mi valentía había desaparecido cuando mi inexperiencia tomó el centro del escenario. Había besado a varios chicos antes, pero nunca me había acostado con un chico increíblemente guapo que era un completo misterio para mí, y me sentí torpe, ingenua incluso, sin embargo quería que me besara. Lo

necesitaba.

Puse mi pierna sobre la suya y el movimiento lo acercó más, el contacto se hizo más profundo y una explosión de sensaciones me recorrió. Un gemido sensual surgió de las profundidades de Seth, aumentando el calor entre nosotros. Aquello era una locura, pero iba a suceder. Lo vi por cómo sus ojos dorados brillaban llenos de necesidad.

—Te vas a arrepentir de esto —dijo Seth, y antes de que pudiera procesar lo que significaban esas palabras, bajó la cabeza. Esos labios bien formados rozaron los míos; tan ligeros como una pluma. Una vez y luego dos veces. Mi agarre se apretó. Su cabeza inclinada, y...

Un *golpe* en la puerta resonó por todo el dormitorio, sacándonos del aturdimiento embriagador. Me eché hacia atrás, presionando mi cabeza contra la almohada mientras Seth se levantaba y maldecía, mirando la puerta con enfado.

Llamaron de nuevo, más fuerte y de forma insistente esta vez, como si varios policías estuvieran a punto de tirar la puerta. Me aclaré la garganta.

—¿Tal vez sea Marcus? Dijo que teníamos que hablar hoy.

—Es temprano. —Seth se alejó de mí. Sentía calor y frío mientras se levantaba de la cama y me miraba. El fuego seguía ardiendo en su mirada, pero su mandíbula estaba tensa. Luego miró mi pecho. Un músculo se apretó a lo largo de su mandíbula—. Quédate aquí.

Presionando mis labios, me senté y bajé mi camiseta. Rodeó la cama, en dirección a la pequeña sala de estar, y yo me deslicé hacia delante, preguntándome si me daría tiempo a esconderme. No. Oí la puerta abriéndose.

Y entonces oí a Seth decir:

—Mierda.

Con los labios fruncidos, me dirigí hacia allí, pero una voz desconocida me congeló.

—Así que es verdad —dijo un hombre—. Todo el mundo hablaba de que «el Apollyon estaba allí»; están muy emocionados. No creía que Seth, el impresionante Apollyon, se atreviera a honrarnos nuevamente.

—Es cierto. —Otra voz masculina desconocida habló. Abriendo los ojos empecé a tirar de la manta para cubrirme—. Todo el mundo habla de ello. Teníamos que venir y verlo con nuestros ojos.

—Sí, estoy aquí. Me habéis visto —respondió Seth—. Ahora os podéis marchar...

—Pero la cosa es que —el segundo hombre habló de nuevo—, Solos nos dijo que estabas en la habitación al otro lado del pasillo. Hemos tocado, pero no has contestado. Así que Luke ha cogido la llave.

—¿Has cogido la llave? —preguntó Seth—. Bien, ¿puedes devolvérmela? —Hubo una pausa—. Gracias.

—*De todos modos* —dijo el chico que no era Luke—, hemos llamado a esta

puerta y has contestado.

—Gracias por darme la descripción detallada de lo que acaba de suceder —respondió Seth secamente.

—También hemos escuchado que no estás solo —intervino el chico llamado Luke—. Todos los fisgones están hablando, Seth, diciendo que has traído a una *mortal*.

—Así que, aquí estamos —agregó el otro chico—. Queremos verlo.

¿Qué...?

Salté como una ninja de la cama dispuesta a meterme en el baño, pero oí un suspiro muy fuerte y muy exasperado de Seth justo antes de decir:

—Da igual. Esto iba a pasar tarde o temprano, así que pasad.

¿Pasad?

Casi se me salieron los ojos de las órbitas, pero no pude hacer nada, simplemente me senté de nuevo. Un segundo después, dos hombres muy altos y muy guapos estaban en el dormitorio.

Se quedaron mirándome.

Yo los miré a ellos.

Uno de ellos tenía el pelo color bronce ingeniosamente desordenado. Iba vestido con una camiseta negra de manga larga y vaqueros azul oscuro. Brazos enormes y, obviamente, un estómago más que musculado, parecía conocer mil maneras de matar a alguien.

El otro era más delgado, con la cabeza llena de rizos rubios y los ojos grises más sorprendentes que había visto nunca. Vestía un pantalón de pijama a cuadros y un jersey con cuello en V de un azul precioso. Sonreía, pero su sonrisa se ensanchó.

—Hola.

Miré a Seth que parecía querer darse golpes contra la pared.

—Hola.

El rubio seguía sonriendo, mientras su amigo seguía observándome.

Seth suspiró de nuevo.

—El que está sonriendo como un loco es Deacon, y el otro es Luke.

—Somos *amigos* de su... de Seth —dijo Deacon, y Seth hizo como si ellos no fueran sus amigos.

—Ella es Josie —continuó Seth—. Por favor, no seáis raritos y la asustéis.

—¿Raritos? —Deacon puso los ojos en blanco—. Ja. Lo que tú digas, amigo. Todo lo que necesitas saber acerca de mí es que soy como un delfín en un mar de peces que no son tan inteligentes —anunció, abriendo los brazos con un ademán.

Luke se volvió hacia él lentamente mientras sus cejas se elevaban.

—¿Qué?

Él se encogió de hombros.

—Simplemente he dicho que tengo mucho en común con los delfines. Son inteligentes. Yo soy inteligente.

Seth se pasó la mano por la cara.

Hubo un momento de silencio y, a continuación, Luke suspiró y sacudió la cabeza, crispando los labios.

—Agradece que piense que estás muy bueno.

Por increíble que pareciera, la sonrisa de Deacon se amplió aún más cuando se giró para mirarme.

—Estamos juntos.

—Oh —dije, mirándolos—. Hacéis una gran pareja.

—Lo sabemos —respondió.

Luke se cruzó de brazos. Un momento después dijo:

—Tienes un pelo increíble.

—Um... —Levanté una mano, alisándolo. Aquello era raro—. Gracias.

La sonrisa de Deacon disminuyó un poco cuando me miró. Entonces fue como si varias piezas de ajedrez se hubieran movido sobre un tablero. Dio un paso hacia la cama, lo miré y Seth se acercó más. Luke se interpuso entre Seth y Deacon, que parecía ajeno a todos ellos. Entonces, los ojos de Deacon se estrecharon mientras me miraba.

—Tus ojos son *realmente* familiares.

La tensión en Seth disminuyó cuando se sentó en el borde de la cama. Una leve sonrisa tiró de sus labios mientras miraba a los dos chicos.

—Oh, una vez lo entendáis esto será genial. —Se echó hacia atrás, con los codos presionando contra mis piernas, y empezó a reír—. No puedo esperar a verlo.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando, y Luke parecía igual de confundido, pero Deacon... sus labios se movían, pero las palabras no salían. Luego retrocedió, enderezándose como si alguien hubiera dejado caer una barra de acero por su columna vertebral.

—Mierda —dijo, pálido.

Seth echó la cabeza hacia atrás, riendo profundamente, tan fuerte que quise pegarle un rodillazo.

—¿Qué? —exigió Luke.

Deacon negó lentamente.

—No es posible.

—Oh, sí. Lo es —respondió Seth.

—¿Qué? —repetí.

Luke desplegó sus brazos, lanzándole una mirada peligrosa a Deacon.

—Sí. ¿Quieres decirnos qué está pasando aquí?

—Sus ojos... conozco esos ojos. Sí, *realmente* conozco esos ojos. —Deacon pasó una mano por sus rizos salvajes—. Son los mismos de...

—Apolo —completo Seth—. Cuando el hijo de puta realmente tiene ojos.

Las cejas de Luke se alzaron.

—Espera. No estarás diciendo... —Rio, pero sonaba forzado—. Ella no puede ser...

Al darme cuenta de que Seth confiaba en aquellos dos, me decidí a ir al grano.

—Apolo supuestamente es mi... es como mi padre o algo así. Mis poderes de semidiosa... o como sea, están atados, por lo que todo el mundo piensa que soy... mortal. Y Seth... va a entrenarme. —Todo aquello era increíblemente absurdo.

—Sí —coincidió Seth—. A todo lo que ella ha dicho.

—Mierda. —La sangre encendió las mejillas de Deacon.

Seth rio de nuevo. Seguía sin entender qué era tan gracioso.

—No hace falta decir que Josie es muy importante y no todo el mundo en este campus tiene que saber quién o qué es. Así que, mantened las bocas cerradas.

—Lógico —murmuró Luke, y luego se puso de rodillas, moviendo la cabeza—. ¿Una maldita semidiosa? Guauu. Eso es... bueno, eso ha sido inesperado, Seth. Realmente me has sorprendido.

Seth gruñó.

Deacon era una estatua.

—Santas. Jodidas. Bolas.

Le miré, empezando a preocuparme.

—Espera —dijo Luke, frunciendo el ceño—. Si ella es la hija de Apolo, no significaría eso que de alguna extraña manera está relacionada con...

—Creo que Deacon va a desmayarse —lo cortó Seth suavemente mientras me preguntaba con quién más podría estar relacionada. No estaba segura de si quería saberlo.

Luke miró a Deacon y puso los ojos en blanco.

—Tranquilo, tío, no es como si te hubieras acostado con *ella*.

—Espera. ¿Qué? —dije, distraída.

Deacon asintió.

—Sí, tienes razón.

Una risa salió de Seth y echó la cabeza hacia atrás, mirándome.

—Cuando dije que tu padre estaba por aquí, no exageraba.

Miré a Seth un momento, luego miré a Deacon y sumé dos más dos. Guau.

—¿Mi *padre* se ha acostado contigo?

Deacon se estremeció mientras se encogía de hombros.

—Yo no lo diría así. No tenía ni idea de quién era. Los dos estábamos libres y pasó, lo siguiente que supe es que me había engañado y era Apolo. Estas cosas pasan.

—Me lo puedo imaginar —murmuré.

Seth resopló.

—No tienes ni idea.

—¿Qué edad tiene Apolo? —pregunté.

Luke rio mientras se levantaba.

—Depende de cómo quieras verlo. Incluso en su verdadera forma —dijo, encogiéndose de hombros—, parece que tenga unos treinta y además, está bueno. Aunque imagino que ese dato es bastante asqueroso para ti.

—Por supuesto que está bueno —dijo Deacon—. No me habría acostado con él si no fuera así. —Se giró hacia Seth y respiró hondo—. Me alegro de que estés aquí, no pude darte las gracias en su momento.

Y así, la diversión desapareció y Seth se puso tenso.

—No es necesario, tío.

—No, lo es. Es muy necesario. Sé lo que hiciste por mi hermano. Sé lo que *significa* para ti —siguió Deacon, y me sentí más confusa que antes—. Así que, gracias.

Seth no dijo nada, simplemente fijó su vista en la pared y el silencio envolvió la habitación. La tensión era palpable y, aunque la curiosidad me comía por los pies, no me gustó el ambiente que se respiraba. Me gustaba más cuando se reía.

—Así que... —dije, tomando la palabra—. ¿Mi padre puede cambiar de forma?

—Oh, sí. Puede hacer casi cualquier cosa —dijo Luke, y las comisuras de sus labios se levantaron. Lo sonreí agradecida—. También tiene el horrible hábito de aparecer cuando menos te lo esperas.

—Totalmente de acuerdo —dijo Seth.

Deacon se dejó caer en el otro extremo de la cama, inclinando la cabeza hacia un lado mientras me sonreía.

—Dejando a un lado que me acosté con tu padre, no puedo creer que esté sentado en una cama con un Apollyon y una semidiosa.

—Es como el inicio de una broma de mal gusto —dijo Luke. Sonrió mientras se acercaba, rozando mi pierna, ahora cubierta por la manta—. Mi vida acaba de ponerse mucho más interesante.

Me sentí algo culpable por haber dejado a Josie sola con Luke y Deacon. Uno por sí solo era difícil de tratar, pero los dos juntos eran sin duda algo abrumador.

Sonreí, imaginándome a Josie en aquel momento. Esos ojos —ojos que antes no había pensado que fueran hermosos, pero que ahora me parecía que eran los más hermosos que hubiera visto nunca—, estarían abiertos de par en par, y su preciosa boca abierta ante la sorpresa.

Sin embargo, confiaba en ellos, en los cuatro de hecho; Solos, Marcus, y ellos dos. Además, antes de escaparme —tenía que hablar a solas con Marcus—, había apartado a Luke y le había recordado dos cosas: que Josie *era* importante y debía permanecer a salvo, y que mantuviera la boca cerrada sobre mí. No le había hecho mucha gracia, pero tampoco quería cabrearme.

Lo que Luke y Deacon sabían, Josie no necesitaba saberlo. O tal vez sí, pero yo no quería que lo supiera. Daba igual. Lo que había estado a punto de suceder no podía traer más que complicaciones. Si hubiera sido cualquier otra chica, no me lo habría pensado dos veces. Hubiera entrado y salido de ella, disfrutándolo al máximo, y luego habría olvidado que ocurrió. Sin embargo mis neuronas fallaban cuando se trataba de ella. Lo extraño era que, sabiendo que llevaba un «No Tocar» estampado por todas las partes de su suave y curvilíneo cuerpo, no cambiaba el hecho de que quería tocarla, besarla, follármela y gozar de su cuerpo lentamente.

Genial. La erección que había disminuido cuando Deacon y Luke aparecieron, había vuelto hasta el punto de hacerme pensar o caminar —infiernos, hasta respirar—, con dificultad.

Ni siquiera sabía qué era lo que me llamaba la atención de ella. No era una belleza clásica, y los dioses sabían que eso era lo que más me motivaba. No era fuerte, y eso era algo que admiraba en una chica. Sin embargo su belleza me embriagaba y estaba seguro de que débil no era.

En pocos días no solo se había metido bajo mi piel, sino que se había adentrado, montando un campamento que no parecía que fuera a dejar por un tiempo. No recordaba un momento en el que me hubiera sentido así.

Quitándome la ropa, abrí la ducha, dejando que el vapor empañara el cristal del baño, y puse mi trasero bajo el chorro de agua, dejando de pensar en lo que era o no correcto. Deslicé mi mano por mis abdominales, agarrando la base de mi pesada erección. Una imagen de Josie se formó en mis pensamientos; de ella debajo de mí, mirándome con los ojos pesados y sus sonrosados labios entreabiertos. Un gemido brotó de mí. Un par de movimientos después, estaba como un chico de quince años masturbándose por primera vez. Un hormigueo corrió hasta la punta de mi polla y el orgasmo se apoderó de mí, más fuerte y más feroz que cualquier otro que hubiera

tenido estando con una chica, y había sido *mi* mano la que me había hecho terminar.

Demonios, no solo era mi mano. Pensar en Josie lo provocó. Dioses, necesitaba centrarme y alejar las manos de mi polla. Con eso en mente, utilicé la ducha para lo que estaba destinada a ser utilizada, me sequé con la toalla, me até el pelo y, una vez vestido, me dirigí a la puerta.

Ya en el pasillo, al otro lado de la habitación de Josie, me detuve y consideré comprobar que todo fuera bien, pero asumí que probablemente iba a terminar poniéndome duro otra vez, y lo último que quería hacer era hablar con Marcus con una erección.

Lo cual me llevaba a la siguiente pregunta: ¿Cómo diablos se suponía que iba a entrenarla cuando yo era una erección andante? Y ese pensamiento condujo inmediatamente a: ¿cómo demonios lo logró Aiden cuando entrenaba a Álex?

Me reí secamente mientras recorría el pasillo vacío.

Aiden no lo había logrado. Él era un puro y Álex era una Apollyon, pero en última instancia una mestiza, por lo que una relación entre los dos nunca debería haber ocurrido y sin embargo ocurrió. Cuando ayudé a entrenar a Álex, fui capaz de separar lo que quería de lo que debíamos hacer, pero no creía que aquella vez funcionara igual.

¿Por qué diablos estaba pensando en esos dos? Tenían su «felices para siempre» bien merecido, pero joder. Probablemente con el loco, pero más agradable, hermano menor de Aiden, que en aquel momento estaba coqueteando con Josie.

Salí afuera, donde me recibió el viento frío de marzo, e ignoré a los embobados estudiantes que nunca habían tenido el placer de ver al Apollyon y que verme les había cambiado la rutina del lunes. Acababa de pasar cerca de las instalaciones de entrenamiento en dirección a la biblioteca de mármol con columnas, cuando caí en la cuenta de algo que me impactó como si se tratara de un camión de cemento.

Santa Mierda, me estaba convirtiendo en Aiden St. Delphi.

Siendo santo y estúpido, comportándome porque era lo *correcto* y *decente* y, en su lugar, masturbándome en la ducha como un perdedor. Dioses, estaba empezando a *importarme*. Si me descuidaba pronto nos estaríamos dando la manita.

Oh, mierda, ya nos habíamos dado la mano.

Aquel era el motivo por el que no quería quedarme, pero era demasiado tarde para eso; no iba a marcharme.

Un escalofrío recorrió mi pecho, excavando en lo más profundo. Tenía aquella sensación de nuevo, la de un botón de reinicio, con la historia destinada a repetirse. Una vez que el temor se apoderó de mí ya no pude sacarlo.

Era como estar cara a cara con un oráculo que se comunicaba con los dioses, y estaba a punto de soltar un montón de mierda sobre ti.

Avancé un poco más y, cuando entré en el edificio principal, mantuve la puerta abierta para que la Centinela que me había estado siguiendo desde que había dejado la residencia, entrara.

—Intenta ser un poco más discreta la próxima vez —sugerí, girándome justo cuando la Centinela se sonrojó.

—Sin ánimo de ofender —dijo el hombre, dando un paso dentro—. Órdenes son órdenes.

Dejando atrás la elaborada estatua de tres dioses unidos por la cadera o algo igual de jodido, adelanté al hombre.

—Está esperándote en su oficina —gritó la mujer.

Por supuesto que lo estaba. Al abrir las puertas, me dirigí a la escalera y subí unos mil peldaños. Uno pensaría que, en algún momento, alguien invertiría en un ascensor, pero no era así en los Covenants.

La oficina del Decano estaba al final de un ancho pasillo, pasando un montón de despachos sin sentido. La última vez que había estado allí... no fue nada bueno. Recuerdos oscuros y amargos obstruyeron mis pensamientos mientras avanzaba; no importaba lo mucho que quisiera eliminarlas, las imágenes aparecieron.

Imágenes de todos nosotros en la oficina del Decano, de Apolo apareciendo y sacando a los dioses Fobos y Deimos del cuerpo de Álex y de ella perdiendo la cordura después, pues todas las sensaciones la embargaron de golpe. Pensaba que estaba embarazada y Aiden también. Sin embargo, durante todo el tiempo, habían sido los bastardos hijos de Ares que habían invadido su cuerpo, agrandando sus miedos y sus dudas.

Se me revolvió el estómago. Ignoré a los estoicos guardias que estaban fuera de la oficina y entré.

Marcus estaba detrás del escritorio, levantó una ceja cuando entré. Se echó hacia atrás en su silla, cogiendo aire. La habitación estaba diferente. Había una especie de terrario detrás de él, ocupando toda la pared. Al volver a mirarlo, me di cuenta de que había una enorme serpiente amarilla y blanca en su interior.

No me imaginaba a Marcus como un tipo al que le gustaran las serpientes.

Estaba ya cerca de las sillas que rodeaban el escritorio cuando me di cuenta de que no estábamos solos. Me di la vuelta y mis ojos observaron al silencioso y viejo hombre apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre su traje negro.

Abrí los ojos al reconocerle.

Oh, que me pincharan con un tenedor oxidado. ¿De verdad?

El viejo Centinela arrugó la cara en un intento de sonrisa que no llegó a sus ojos color *whisky*. Dudaba de que se alegrara de verme, ya que era el padre de Álex.

Tenía la sensación de que iba a llevarme un buen golpe de nuevo.

—Alexander ha estado supervisando a los Centinelas que están aquí —explicó Marcus, y el hombre no dijo nada, pues no podía, ya que le habían cortado la lengua años atrás—. Toma asiento. ¿Supongo que hay algo que quieres hablar conmigo sobre Josie sin que ella esté presente?

No quería darle la espalda al padre de Álex, pero no tenía otra opción, así que me di la vuelta, pero no me senté.

—Voy a entrenarla tanto tiempo como me sea posible.

No parecía particularmente sorprendido por la noticia.

—¿Qué quieres decir con «tanto tiempo como te sea posible»?

Sentí un hormigueo en la nuca; Alexander me estaba perforando con la mirada.

—Sabes que hice un trato con Apolo. Si me llama para que me vaya a Suiza, tendré que irme. No sé lo que tiene planeado para mí. Tiene gente por ahí buscando a los demás semidioses, así que puede que me mande con ellos. Hasta entonces, trabajaré con Josie.

—Entonces debes conseguir que Luke te ayude en caso de que seas... reasignado. Te sugeriría usar a Solos, pero sus responsabilidades en el Consejo ocupan gran parte de su tiempo. —Marcus cerró una carpeta sobre su escritorio, y luego cruzó las manos sobre la misma—. Supongo que, cuando encuentren más semidioses, los traerán aquí, ¿no?

Me encogí de hombros.

—No me dijo nada, pero ya sabes cómo es Apolo. No le he visto desde que encontré a Josie.

Negó.

—La hija de Apolo... increíble, pero esto podría convertirse en un problema.

Me tensé de golpe.

—Ella es muy importante, Marcus. Y sí, va a ser un problema, pero, ¿qué sucederá cuando los Titanes estén con las pilas completamente cargadas y decidan desatar el caos sobre el mundo? Sabes que van a ir a por lo puros y los mestizos primero, y luego los mortales.

Sus ojos brillaron con fuego esmeralda.

—Sé que ella es importante, Seth, y también soy muy consciente de la amenaza. No es que esta sea la primera vez que he estado en la primera línea de un desastre de este tamaño, pero no puedo permitir que lo que sucedió en el Covenant de Deity pase aquí.

Un músculo palpitó en mi sien.

—Lo recuerdas, ¿verdad? —Se inclinó hacia adelante, y se encontró con mi mirada—. Después del truco que hiciste con el Consejo, ¿recuerdas lo que pasó?

¿Truco? Por órdenes de Lucian, hice... hice cosas imperdonables.

—Personalmente, no etiquetaría eso como un *truco*.

Su barbilla bajó mientras sus manos se cerraban en puños.

—No pude hacer nada cuando Poseidón destruyó el Covenant. ¿Sabes cuántas personas murieron ese día? Trescientas cinco, Seth. No quiero que eso suceda de nuevo.

Enterarme de esa cifra fue como tragar una bala de plomo. Sentí la piel en carne viva.

—No estoy pensando en lanzar un *truco* así de nuevo.

Se apartó del escritorio y se levantó. Por el rabillo del ojo vi a Alexander

inclinarse hacia adelante.

—Espero que no, pero soy responsable de estos estudiantes y de aquellos que han buscado refugio aquí.

—Lo entiendo, sin embargo suena como un montón de mierda para mí.

Levantó una ceja.

—¿Lo es?

—Sí, lo es. —Los símbolos serpentearon sobre mi piel. Él no podía verlos, pero sabía que estaba notando el torrente de energía que me rodeaba—. Porque parece que estás dispuesto a enviar a Josie fuera.

—No he dicho eso, Seth. Lo que estoy diciendo es que, si su presencia aquí, o la presencia de alguien aquí, amenaza la seguridad del Covenant, tendré que tomar medidas para rectificarlo —dijo—. Con suerte, eso no va a significar expulsarla a ella o a cualquier otra persona.

Aquello no cambiaba nada. Mientras miraba a Marcus tuve que admirar que no estuviera acojonado y protegiera lo que era suyo, sin embargo, yo haría lo mismo.

Marcus suspiró mientras miraba hacia donde Alexander estaba de pie.

—Voy a decir algo que sé que no vas a querer escuchar.

—Genial —murmuré.

Ignoró el comentario mientras juntaba sus manos sobre el escritorio.

—Muchas cosas han cambiado. Algunas son las mismas. No has estado por aquí para verlo, sin embargo sé que has cambiado, y esa es la única razón por la que estás de pie en esta oficina.

Una parte de mí quería preguntarle cómo creía que podía detenerme, pero debió leerme la mente y prosiguió.

—Si pensara que ibas a jodernos de nuevo, hubiera salido por la puerta principal y te hubiera puesto una bala entre los ojos. Sé que no te habría matado, pero habría tenido el tiempo suficiente para desmembrar tu cuerpo y descubrir cómo montar de nuevo a un Apollyon.

Mis labios se inclinaron hacia arriba, sonriendo.

—Vaya, tienes una imaginación increíble.

Sonrió.

—Como te he dicho, aunque sigas teniendo esa actitud y puedas matarme en apenas un segundo, se que has... has cambiado.

Sostuve su mirada y luego la alejé, apretando mi mandíbula.

—¿Esta conversación lleva a alguna parte?

—En realidad no. Me gusta oírme hablar. —Marcus se sentó, pasando una rodilla sobre la otra mientras me miraba—. Como mencionamos ayer, hay barreras contra los Titanes, pero estoy seguro de que te das cuenta de que no van a durar para siempre.

Volviendo a un terreno más cómodo, cambié mi peso de pierna.

—También están las sombras. Una se apoderó del abuelo de Josie. —Hice una pausa—. Lo vio morir.

Sus labios se apretaron.

—Eso es realmente lamentable. ¿Cómo lo está llevando?

—No lo hace. —Y esa era la verdad.

Inclinó la cabeza.

—¿Está con Deacon y Luke?

—¿Cómo lo has sabido?

Una verdadera sonrisa se formó en sus labios.

—Pensé que no les llevaría mucho tiempo encontrarte, y con ello, a ella. Deacon será de ayuda, considerando que perdió a sus padres. —Una mirada reflexiva invadió sus facciones—. Si hubieras llegado unos meses antes, podría haber hablado con Álex. De entre todos, ella sería la que mejor la entendiera.

Inhalando fuerte, tomó todo mi autocontrol no mirar a su padre. Álex lo entendería. Después de todo, había visto a su madre convertirse en un daimon para, posteriormente, poner fin a su vida.

Tiempos felices.

—¿Te preocupas por ella? —preguntó Marcus bruscamente.

Parpadeé.

—Josie —aclaró, como si fuera necesario—. Solos dijo que no has dormido en tu habitación. —Levantó la mano—. Sí, Solos os estaba vigilando y no, no me importan los detalles.

—Entonces no sé qué tipo de respuesta estás buscando —contesté.

Marcus me estudió un momento, y luego oí la puerta abrirse. Me giré a tiempo para ver a Alexander saliendo de la habitación. Muy pocas personas podían ser más silenciosas que yo. Al parecer, él era uno de ellos. Cuando me di la vuelta hacia Marcus, miraba la puerta cerrada.

—No confía en ti.

—No lo espero de él.

La mirada de Marcus volvió a la mía.

—Un día de estos lo hará.

Sonreí, pero fue forzado y débil.

—¿Por qué debería hacerlo? Era su hija...

—También es mi sobrina, no «era», Seth, y tú pagaste un precio muy alto para que esto sea así.

Algo me golpeó el pecho; algo frío y hueco, un recordatorio muy real.

—No. No lo he hecho.

La cabeza me daba vueltas por la sobrecarga sensorial.

Desde el momento en que Deacon y Luke entraron en la habitación, no habían dejado de hablar. Bueno, sí que lo había hecho —Deacon—, el tiempo suficiente para ducharse y cambiarse, pero siguió cuando volvió. Llevaba unos vaqueros y un jersey, en lugar de los pantalones de pijama, y su pelo era un adorablemente húmedo y rizado desastre.

Eran dos genios persuadiendo a cualquiera para sacarle información. Podrían haber sido espías de una sociedad secreta griega o algo así, y yo estaría contándoles detalles de mi vida en Missouri y en la universidad. Erin había sido agradable, pero estos chicos eran otra cosa. La único que no consiguieron sacarme fue información sobre mi madre o mis abuelos. No estaba... no podía hablar de ellos en aquel momento.

No sé si a Seth le gustaría que saliera de la habitación, pero a los chicos no parecía importarles. Me llevaron bajo el sol de la mañana, el cual parecía más duro y fuerte en Dakota del Sur, hasta un edificio cuadrado donde estaban las salas comunes y una cafetería más bonita que la de Radford. También tenía encimeras de granito en las barras y las personas que te servían la comida eran extraordinariamente hermosas; además, el lugar olía a melocotones y a una agradable comida grasienta.

Mientras seguía hablando sobre algo, Deacon me llenó el plato de beicon, y Luke dejó caer una botella de zumo de naranja en mi otra mano antes de acompañarme a la mesa vacía pero impecablemente limpia.

Tenía los ojos abiertos como platos y apenas escuchaba lo que me decían. No podía dejar de mirar a la gente de las otras mesas.

Y ellos nos miraban a nosotros.

No por la misma razón por la que yo lo hacía; los miraba porque todos eran increíblemente guapos y perfectos. Todo el mundo parecía haber bajado de una pantalla de cine o de una pasarela. Casi todo el mundo tenía los ojos de sorprendentes colores brillantes; azul cielo, verde esmeralda, marrón claro e incluso púrpura.

¿Quién diablos tenía los ojos color amatista?

Algunos estudiantes —supuse que eran estudiantes—, no nos prestaban atención. Estaban apiñados en pequeños grupos con los libros de texto extendidos sobre la mesa. Era tan dolorosamente familiar que formó un nudo en mi garganta, sin embargo, otros nos miraban y no todo eran miradas agradables.

Una rubia con profundos ojos verde bosque nos observó con los labios fruncidos. A su lado, un hombre alto y delgado con el pelo rojizo y los ojos azul celeste nos observaba. Tal vez estaba paranoica.

Me di la vuelta y miré en otra dirección. Una morena con una nariz perfecta

frunció los labios hacia arriba.

Bueno. No tan paranoica.

Me di la vuelta y me encontré con la mirada gris de Deacon.

—¿Soy yo o...?

—¿Está todo el mundo mirando hacia aquí? Sip. —Se inclinó hacia delante, cogiendo otra tira de beicon crujiente—. Algunos de ellos te miran porque piensan que eres mortal y no entienden por qué estás aquí.

Sentado a su lado, Luke asintió.

—No nos juntamos con mortales. Tener que ocultar lo que somos hace difícil cualquier tipo de relación con ellos, así que ver a un mortal aquí es como detectar una quimera o un unicornio.

Arqueé una ceja.

—Además... bueno, soy un puro —explicó Deacon mientras comía.

—Y yo soy un mestizo —explicó Luke—. No les importa una mierda el hecho de que ambos seamos chicos y estemos juntos, ¿pero un mestizo y un puro? ¡Oh! —Abrió los ojos dramáticamente tocándose su pecho—. Qué horror.

—Seth dijo algo sobre que había cambiado. —Dejé el beicon en el plato; el hambre desaparece cuando tienes a tantas personas observándote fijamente mientras comes. Todo el mundo conocía los problemas de mi familia durante la secundaria; La única diferencia es que allí todos eran más guapos que entonces—. ¿Algo sobre una orden de razas?

—Sí, toda ley que diga que no podemos estar juntos ha sido abolida, pero no se pueden borrar miles de años de idioteces en unos meses. —Luke se encogió de hombros, pero su mandíbula estaba tensa—. Algunos puros piensan que estamos por debajo de ellos y nos han mirado por encima del hombro desde el nacimiento del hombre. Llevará tiempo que todo esto cambie.

—Eso es terrible —susurré, jugueteando con mi botella.

—Durante este último año, por fin, he tenido control sobre mi vida por primera vez —dijo, frunciendo el ceño. Deacon puso su mano sobre la de Luke y sonreí encantada—. Desde siempre me han dicho que iba a ser un Centinela. Entrené desde los ocho años para serlo, porque no tenía otra opción.

—Y ahora la tienes. —La curiosidad pudo más que yo—. Así que, ¿qué haces ahora?

Miró a Deacon y sonrió cuando sus miradas se encontraron. Pasaron los segundos y fue como si se olvidaran de que estaba allí.

—Todavía entreno. Es estúpido no hacerlo, ya que están pasando un montón de cosas, pero...

—Pero ya no es un Centinela en activo. —Deacon se echó hacia atrás, doblando sus largos brazos sobre su suéter azul—. Está estudiando.

La sonrisa de Luke se extendió.

—Muchos mestizos lo hacen. Algunos han decidido seguir el camino en el que

estaban, pero es bueno... es bueno tener opciones.

Ni siquiera podía imaginarme una vida sin esas opciones. Por otra parte, parecía que Luke y yo habíamos invertido los papeles. Al enterarme de lo que estaba pasando, desaparecieron las opciones, y ese pensamiento se metió en mi ya frágil comprensión de todo.

—Entonces, ¿qué estás estudiando?

—Horticultura —respondió.

Mis cejas se alzaron. No me esperaba eso.

Luke se echó a reír.

—Parecía diferente e interesante, así que, ¿por qué no? Él está estudiando, o pretendiendo estudiar, historia antigua.

Deacon resopló.

—¿Qué hay de ti?

Ese nudo creció.

—Psicología, pero supongo... que ya no importa.

—¿Por qué no? —Deacon frunció el ceño, algo que al parecer era poco común en su hermoso rostro.

Levanté las manos.

—Bueno, con todo lo que está sucediendo... no creo que me dejen inscribirme en la universidad. Estoy aquí para... básicamente ocultarme. No para continuar mi educación.

Luke me estudió un momento.

—Estoy seguro de que, si quieres, Marcus te dejaría.

Tal vez lo haría, ¿pero cuál era el punto? Si sobrevivía, ¿podría volver a mi antigua vida y ser psicóloga? ¿Podría volver y ser cualquier cosa, sabiendo lo que realmente existe ahí afuera? Demonios, todo aquello dependía de si sobrevivía.

—De todos modos —dijo Deacon mientras cogía una tira de beicon de mi plato—. Tú y Seth... ¿ya os habéis acostado?

Casi me ahogo con el zumo de naranja.

—¿Qué?

—¿Que si os habéis acostado? Ya sabes, desnudarte y tener sexo salvaje —aclaró Deacon como si no supiera lo que era—. Tiene que ser sexo salvaje, porque no puedo imaginarme a Seth haciendo algo gentil y suave, como cogerse de las manos, mirarse a los ojos y ese tipo de cosas que los demás hacemos.

Oh. Por. Dios.

Luke puso los ojos en blanco.

Sentí mi cara arder mientras los dos chicos esperaban una respuesta, pero estaba imaginándome la situación.

—Nosotros no hemos... no nos hemos acostado.

Sus bocas se abrieron de par en par y eso me hizo sentir incómoda. Para ocultar mi vergüenza, me metí un trozo de beicon en la boca y gemí.

¡Mierda! Creía que iba a tener un orgasmo culinario. Era el mejor tocino que había probado nunca; salado y un poco dulce, como si hubiese sido bañado en jarabe de arce. ¿Había estado a punto de perdmelo por no probarlo?

—Espera un segundo —dijo Luke, inclinándose hacia adelante. Por encima del hombro, pude ver a tres estudiantes que pasaban a nuestro lado murmurando. A ninguno de los chicos parecía importarle—. Durmió contigo anoche, ¿no?

Asentí.

—¿Y no ha habido sexo?

Sacudiendo la cabeza, mordí otro trozo de beicon. Dios, aquello era lo mejor.

Deacon me miró como si fuera una criatura mítica. Espera... lo era.

—¿No habéis mantenido ningún tipo de relación sexual?

Otro trozo de beicon se abrió paso hacia mi boca mientras negaba con la cabeza.

—Mierda. —Luke se echó hacia atrás en su asiento—. Creo que eso es más impactante que tu... bueno, lo que eres.

Lamentablemente, no quedaba más beicon en el plato.

—¿Por qué es tan impactante?

Deacon arqueó una ceja.

—Seth es un poco... *mujeriego*. Quiero decir, es de la clase de hombres al estilo gigoló. —Rio entre dientes—. Y sé lo que se necesita para ser un gigoló.

—Es cierto —bromeó Luke—. Deacon era así en cuestión de sexo. Bueno, no desde que estoy yo. Somos monógamos, ¿pero antes...? —Sacudió la cabeza.

Um.

—La primera vez que apareció en el Covenant de Isla Deity, que es de donde venimos, pasó por la mitad de los dormitorios en un tiempo récord —continuó Deacon.

Lentamente, dejé el zumo sobre la mesa, mientras el estómago me caía a los pies. Aquella era una sensación incómoda, pues estaba lleno de beicon. ¿Había pasado por la mitad de las habitaciones?

—Y entonces, en las Catskill, se acostó con esa chica. —Luke miró a su novio—. ¿Cómo se llamaba?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Álex siempre la llamaba Tetas, pero creo que era algo así como Thea o Tori. Algo con una T. Siempre estaba de por miedo; no la echo de menos, la verdad.

Echándome hacia atrás, me obligué a respirar pausadamente.

—No hemos tenido relaciones sexuales. Quiero decir, nos acabamos de conocer.

Luke arrugó la nariz.

—Eso no importa cuando se trata de Seth.

—Guau —murmuró Deacon.

Me mordí el labio mientras intentaba calmar el horrible retortijón de mi estómago. No debería importarme que se hubiera acostado con toda una universidad llena de chicas antes de conocernos; era una tontería hacerlo. No debería importarme,

pues no estábamos juntos.

Aumentó el retortijón.

Pero había algo entre nosotros, ¿verdad? Aquella mañana... había visto mis sentimientos reflejándose en su mirada, ¿no era así? Me había mirado como si... como si hubiera querido algo más que besarme.

Sin embargo, solo porque quisiera meterse en mis pantalones no significaba que hubiera algo entre nosotros. Sin embargo, iba a quedarse. Había accedido a entrenarme y no tenía por qué hacerlo. Aquello tenía que significar algo.

—Sabes, creo que esto es bueno —anunció Deacon, obligándome a mirarle—. El hecho de que no se haya acostado contigo tiene que significar que le gustas.

Y así como así, porque yo era estúpida, el retortijón se convirtió en un globo lleno de esperanza que casi me levanta de la silla. Aquello era una mala señal.

—Creo que sería bueno para él, ya sabes, estar con alguien, porque...

—¿Por qué no te hacemos un *tour*? —cortó Luke, y Deacon lo miró con dureza—. Deberías ver este lugar.

Y en apenas unos segundos nos levantamos y salimos de la cafetería, con un chico a cada lado y la charla sobre Seth acostándose conmigo o con cualquier otra persona desapareció.

El lugar... era algo totalmente ajeno a mí. Los edificios académicos eran enormes y ridículamente limpios. Los patios estaban fuera de este mundo, llenos de todo, desde diversas rosas de jardín a flores tropicales que olían a dulce. Estatuas de los dioses griegos en mármol y arenisca estaban por todas partes, un recordatorio constante de que aquel lugar, sin importar lo bonito y espectacular que fuera, no era del todo normal.

Mientras cruzábamos la pasarela con los extraños símbolos, empecé a sentirme nerviosa. Les pregunté qué eran.

—Esos son símbolos que forman frases —dijo Deacon—, básicamente explican cómo mantener fuera las cosas que no queremos aquí. Como los Titanes. No siempre funciona. Los daimons podrían entrar si pasaran a los guardias, pero eso es lo que son. Seth los tiene por toda su piel.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? Yo no he visto ningún símbolo. Y la verdad, le gusta mucho ir sin camiseta. ¿Los lleva en el trasero o algo así?

Luke se echó a reír.

—Eso sería interesante, pero los símbolos en su piel solo pueden ser vistos por los dioses u otro Apollyon. Tal vez incluso tú puedas verlos cuando te vuelvas especial.

¿Especial? Interesante, pensé, mientras dirigía la mirada hacia el gran edificio en frente de nosotros; otro que parecía sacado directamente de la antigua Grecia. Se me puso la piel de gallina debajo del jersey.

—Y esta es la biblioteca —anunció Luke, señalando el edificio—. Nosotros

nunca entramos.

Crucé mis brazos para protegerme del frío, mientras le miraba.

—¿No?

Negó.

—Las bibliotecas siempre enrarecen a los mestizos.

Le eché un vistazo a Deacon. Encogiéndose de hombros, dijo:

—No tengo ni idea. Les pasa a muchos mestizos. Es extraño. Pueden sentir a los daimons cuando nosotros no podemos. Tal vez tienen la sensación de que hay algo debajo de la biblioteca.

Otro escalofrío se enroscó alrededor de mi estómago, una agobiante sensación extraña.

—¿Debajo?

—Sí. Siempre hay catacumbas debajo de las bibliotecas —explicó Luke—. No tengo ni idea de qué hay en ellas. Ni tampoco ganas de averiguarlo. Vamos, no hay más que ver.

Entonces Deacon se agachó y cogió mi mano, haciendo que me tropezara. Cuando le miré inquisitivamente, simplemente me guiñó un ojo y siguió caminando, balanceando los brazos entre nosotros como si fuéramos niños pequeños; no pude evitar sonreír.

No podía dejar de mirar por encima de mi hombro mientras dejábamos atrás la biblioteca, con ganas de ir. Sí, aquello era raro, pero estaba viviendo la experiencia más rara de mi vida.



Y así como llegó la hora de comer, también pasó lo mismo con la cena, que compartí con los chicos; supuse que habían decidido no ir a clase ese día. Pasaron todo el día escoltándome y dándome tanta comida que estaba segura de que tendría que volver rodando a mi habitación.

Aunque pensaba que empezaríamos el entrenamiento y la cruda pérdida de mi familia permanecía en mis pensamientos, me gustó salir con ellos. Eran divertidos y animados, simplemente geniales. Incluso Luke, que parecía no tener demasiado interés en mí por la mañana, pasó la mitad del día cogido a Deacon y la otra mitad a mí.

El sol empezaba a ocultarse cuando volvíamos a la residencia de estudiantes. Mientras entrábamos en el vestíbulo, vimos a Seth. Era como si mis ojos tuvieran un imán que evitaba a todos excepto a él.

Llevaba un uniforme negro como el de Luke y vaqueros desteñidos. Estaba de pie entre dos sofás de color rojo brillante, brazos musculosos cruzados sobre el pecho y el pelo recogido.

Mi estómago dio una voltereta nada más verlo y luego cayó cuando me di cuenta

de que en los asientos había varias mujeres, todas ellas increíblemente guapas y estupendas.

Seth se dio la vuelta, su mirada ámbar fijándose sobre nosotros. Le dijo algo a una morena, que miró por encima del hombro y luego se echó a reír. No fue una risita. Tenía ganas de apuñalar a alguien.

Se acercó a nosotros.

—¿Tienes un momento?

—He tenido varios momentos durante *todo el día*.

Seth arqueó una ceja.

Deacon rio por lo bajo.

Había dicho eso en voz alta.

Me sonrojé, aparté la mirada y la dirigí a la nuca de la morena. Genial.

Nos apartamos hacia un rincón. No levanté la vista, sintiéndome como una idiota. Noté un leve toque en el brazo y miré a Seth.

—Siento lo de hoy —dijo, dejando caer su mano—. Me han mandado varias tareas.

Palabras como «bien» y «bueno» estaban en la punta de mi lengua, pero no salieron. ¿Acaso estaba bien? ¿Estaba simplemente bien ser una perra?

Me miró un instante y luego se dirigió a Luke.

—Tenía la esperanza de que pudieras ayudarnos con el entrenamiento, si tienes tiempo.

La sorpresa llenó su expresión, pero rápidamente la enmascaró.

—Claro. Puedo hacerlo por la tarde. Voy a clases por la mañana.

—¿Clases? ¿Qué demonios estás estudiando? —preguntó Seth.

Deacon sonrió.

—Horticultura.

Seth frunció el ceño, abrió la boca y luego la cerró.

—No importa. —Mirándome de nuevo, sentí que mi respiración se detenía—. Voy a conseguirte algo de ropa para entrenar, ¿vale?

Asentí.

Y eso fue todo. Seth salió por la puerta y, antes de que me diera cuenta, estaba sola en mi habitación por primera vez desde... santo Dios, desde que comenzó todo aquello. ¿Qué día era? Me senté en la cama, pasándome las manos por la cara. ¿Lunes? ¿Martes? Había pasado menos de una semana desde que había conocido a Seth.

Menos de una semana.

Parecían *meses*.

Guau. Bajé las manos y las miré. Todo mi mundo había cambiado en menos de una semana.

Eso trastocó mi cabeza haciendo que me costara respirar de manera uniforme. Mis dedos se volvieron borrosos. Echándome hacia atrás, me estiré y cogí el mando

de la tele de la mesita de noche. Girándome hacia el televisor, puse el primer canal que salió, pues realmente no estaba viendo nada.



Una hora después llamaron a la puerta. Mi corazón empezó a latir apresurado. Me levanté de la cama y corrí hacia la puerta, abriéndola.

Era Luke. Sonrió.

—Te he comprado algo de ropa para el entrenamiento. Seth me lo pidió y adivinó tu talla.

Intentando no mostrar mi decepción, cogí la ropa y vi que eran de mi tamaño. Um. Bueno. No sé si debería estar agradecida o algo perturbada por el hecho de que Seth supiera las tallas de ropa de las mujeres.

Y que *supiera* mi talla.

Bueno, no servía de nada volverme loca con eso.

—Gracias —dije, mirándole. Entonces observé la puerta de la habitación que pertenecía al hombre que me había comprado la ropa.

—Tengo que irme.

Mantuve la sonrisa estúpida en mi rostro.

—Vale. Buenas Noches.

Luke hizo amago de irse, pero se giró de nuevo hacia mí.

—¿Estás bien?

Supuse que la sonrisa no era muy creíble, así que la quité.

—Sí. Solo estoy cansada. —Dio un paso hacia mí—. Oh, y gracias por lo de hoy. Ha sido agradable. Me he divertido mucho.

—No hay de qué. —Inclinó la cabeza hacia un lado mientras se rascaba descuidadamente la mandíbula—. ¿Estás segura de que estarás bien? Si quieres, puedo quedarme...

—Estoy bien, de verdad. Gracias de todos modos. —Con la ropa entre las manos, asentí para darle más credibilidad—. Te veré mañana supongo.

—Sí. Por la tarde. —Se detuvo de nuevo—. Que pases buena noche.

Tras cerrar la puerta, esparcí la ropa sobre la cama. Unos pantalones negros que me recordaban a los pantalones de yoga. Camisetas grises de manga larga y corta. Suspirando, eché un vistazo a mis bolsas y luego al armario vacío.

La siguiente hora fue la más productiva del día. Colgué la ropa, colocándola en su sitio pues suponía que iba a estar allí... un tiempo. Luego me metí en la cama, llevando la camiseta que Seth me había dejado. Necesitaba encontrar ropa para dormir además de una lavadora y una secadora.

Desperdiicé otra hora mirando la pantalla del televisor. Se hicieron las diez. No había señales de Seth. Inquieta hasta no poder soportarlo más, salté de la cama y fui a la puerta, abriéndola. Salí al pasillo y pisé la alfombra que separaba nuestras

habitaciones. Me quedé observando la puerta de la suya.

¿Qué estaba haciendo?

Seth no iba a venir. Había dormido sola siempre. No lo necesitaba a él o ni a nadie.

Dudé, pero me di la vuelta, cerrando discretamente la puerta. Descansé la vista, inclinándome hasta tocar la puerta con la frente. El nudo de antes había vuelto, asentándose en mi garganta. Sentí los brazos y las piernas cansados, a pesar de no haber hecho nada en todo el día, más que caminar y comer. Le echaba de menos...

Corté aquel pensamiento mientras me alejaba de la puerta. Aparté la colcha y me metía en la cama, tirando de las mantas hasta rozar mi barbilla y, mientras estaba allí tumbada, la imagen de mis abuelos se formó en mis pensamientos; sentados en la mesa de la cocina, té dulce en mi mano y pastel en un plato. Un dolor agudo me azotó y apreté los ojos con fuerza, obligando a los pensamientos a alejarse, centrándome únicamente en coger aire de forma pausada hasta que los párpados me pesaron y me dormí.

Seth no apareció.

Seth se presentó a la mañana siguiente, unos quince minutos después de que arrastrara mi trasero fuera de la cama. Le abrí la puerta, aún medio dormida, pero lo suficientemente consciente para notar que los pantalones de nylon oscuros combinados con una camiseta negra le quedaban de lujo. Dios, siempre tenía un aspecto jodidamente perfecto.

Me entregó un café que cogí sin pensármelo dos veces.

—Ponte en marcha, Joe. Vamos a entrenar.

Frunciendo el ceño, tomé un sorbo de café.

—No me llames Joe.

—Pero quiero hacerlo. —Poniendo sus manos sobre mis hombros, me dio la vuelta, dirigiéndome hacia el dormitorio—. Por cierto, sigues estando genial con mi camiseta.

Con el corazón saltando en el pecho, miré por encima del hombro. Quería preguntarle por qué no vino la noche anterior, pero la pregunta parecía errónea y necesitada. Parecería alguien muy necesitado. Mantuve la boca cerrada mientras me bebía el café.

Arqueó una ceja.

—Como siempre.

—No me gustas —murmuré.

Una rápida sonrisa apareció y desapareció.

—Sí que te gusto.

—Realmente no me gustas. —Me di la vuelta, utilizando el borde de la taza de plástico para ocultar mi sonrisa.

Seth estaba sentado sobre la cama, con la barbilla sobre la mano y el codo apoyado en la rodilla cuando volví del baño. Su mirada fue desde las puntas de mis zapatillas de deporte, a través de los pantalones negros y camiseta gris, hasta llegar a la cola de caballo.

—El uniforme de entrenamiento también te sienta bien —murmuró.

Una ráfaga agradable me invadió, pero quise ignorarlo, pues no debería sentirme halagada tan fácilmente.

—La marca ya está empezando a desvanecerse —comentó, y tenía razón. Era de un rosa pálido cuando la observé en el espejo—. ¿Cómo está tu cabeza?

—Está bien. —El moretón tampoco era para tanto.

Se puso de pie con elegancia y facilidad.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí, estoy segura. —Asentí, por si acaso no lo entendía con palabras—. Yo... necesito hacerlo.

Sosteniendo mi mirada un momento, algo parecido al dolor se extendió por su rostro, pero desapareció al instante mientras extendía un brazo hacia la puerta.

—Entonces vamos a por ello.

Lo seguí por el pasillo, pero se detuvo y dijo:

—Espera un segundo. —Y luego desapareció en su habitación. Bostezando, esperé los pocos segundos que tardó en volver a salir, llevando una sudadera con cremallera y capucha y una bufanda gris.

—¿Para mí? —pregunté.

—Sí. —Ni siquiera me miró, simplemente me los pasó—. Los recogí ayer y me olvidé de dártelos. Por la mañana y al atardecer aún hace frío. Será así hasta mediados de mayo o así.

—Gracias. —Me puse la sudadera.

Sus labios se curvaron hacia un lado cuando se puso delante de mí y extendió la mano, cogiendo ambos lados de la sudadera. Juntó la cremallera y la arrastró hacia arriba. Me quedé allí, aguantando la bufanda como una idiota mientras llevaba a cabo la tarea.

Me guiñó un ojo y se giró.

—Tiempo de entrenar, Josie. —Dios, de verdad que no me gustaba nada.

Poniéndome la bufanda corrí tras él. No hablamos mientras caminábamos en dirección a algún lado. Me acurruqué bajo la sudadera. El viento azotaba con fuerza, soltando varios mechones finos de la coleta que revoloteaban sobre mi cara.

Los chicos no me habían llevado a las instalaciones de entrenamiento que estaban situadas justo detrás de la biblioteca, por lo que estaba ansiosa por ver cómo eran por dentro. Al pasar por la biblioteca, se me puso la piel de gallina de nuevo y no pude luchar contra el deseo de observarla de nuevo hasta perderla de vista. Algo se agitó dentro de mí y pensé que tal vez era una señal de que necesitaba leer muchos libros para llenar todo el tiempo libre que tenía ahora. O tal vez tenía algo que ver con el hecho de que hubiera pasado muchos fines de semana en la pequeña biblioteca detrás de mi casa.

—Vas a tropezar y a romperte el cuello antes de empezar —comentó Seth.

Me obligué a mirarle.

—Lo que tú digas. No soy tan torpe.

Sus hombros se sacudieron con una silenciosa risa y le miré enfurruñada.

—Pronto seré capaz de patear tu trasero —le advertí.

La risa fue alta y clara.

—Sí. Sigue soñando mejillas dulces.

—¿Mejillas dulces? —Le alcancé—. Es el peor apodo de la historia.

—Entonces Joe.

—¿Qué tal simplemente «Josie»?

Me lanzó una mirada pícaro mientras recorríamos un pasillo que conducía a las puertas dobles del enorme y cuadrado edificio.

—Eso es aburrido.

—Entonces te llamaré «Sethie».

Abriendo la puerta, inclinó la barbilla pensativo.

—Me gusta.

Puse los ojos en blanco.

—Entonces ya no es divertido.

Rio entre dientes.

—Lo sé.

El pasillo era amplio y se extendía a lo largo del edificio, terminando en una explosión de luz solar que entraba por los grandes ventanales. A cada lado de la sala había puertas cada dos metros más o menos. No había ventanas en ninguna de ellas.

—Es temprano. La mayoría de las clases de entrenamiento empiezan por la tarde, ya que los estudiantes dan las clases académicas por la mañana —explicó, caminando hacia la cuarta puerta a la izquierda—. Esta habitación será la nuestra. Acostúmbrate a ella, porque vas a pasar aquí mucho tiempo.

Eso no sonaba nada bien, pero cuando abrió la puerta, pude ver por primera vez el interior de una sala de entrenamiento del Covenant.

Con los ojos muy abiertos, di un paso hacia delante mientras Seth cerraba la puerta. Los azulejos cubrían el suelo de la entrada. Gruesas colchonetas azules cubrían más de la mitad de la habitación. Tres maniquíes que parecían de carne y hueso estaban a nuestra derecha y, cuando me acerqué a uno de ellos, toqué uno de los cortes profundos que recorrían su torso. Había marcas de cortes en todas partes: cuello, brazos, hombros, piernas.

—Los Centinelas los utilizan para realizar prácticas de tiro. —La voz de Seth sonó tan cerca que casi salté del susto—. Entrenan principalmente para luchar con daimons. Siempre y cuando tengas una hoja de titanio, si le das en cualquier parte de su cuerpo, funciona.

—Apuñalando gente —murmuré, sacudiendo la cabeza. La sola idea de clavar un objeto puntiagudo y afilado en alguien no era algo que fuera capaz de comprender.

Un segundo antes miraba el muñeco y al siguiente estaba mirando a Seth.

Me rodeó rápidamente.

—Los daimons no son personas, Josie. Esa es tu primera lección. No hay nada humano en ellos. Se alimentan de éter y son criaturas crueles y peligrosas. —Sus ojos brillaron de un ardiente ámbar mientras me miraba—. Tienes que entenderlo.

—He elegido mal las palabras —dije.

Un músculo se flexionó en su mandíbula.

—¿Lo entiendes, Josie?

Mi corazón dio un vuelco.

—Lo entiendo.

No esperé a que respondiera. Dándome la vuelta, me dirigí hacia las colchonetas mientras desenrollaba mi bufanda. Cuando vi la pared de enfrente, casi tropecé con

mis propios pies.

Toda la pared estaba cubierta de cosas que servían para apuñalar.

Cuchillos. Dagas. Espadas.

Virtuosas espadas de Dios, como espadas samurái y algo como lo que el Rey Arturo podría haber sacado de una roca.

Había visto a Seth con dagas y entendía perfectamente que fuera lo que se había utilizado para marcar aquellos maniqués, pero verlas todas allá arriba era como si la realidad me hubiera dado una patada en el rostro.

—No solo voy a aprender a defenderme —dije, observando todos los objetos afilados—. Estoy aprendiendo a *matar* cosas.

Hubo un momento de silencio y luego habló:

—Sí. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Cogí aire, pero se quedó atrapado en mi garganta. Aquella era mi vida. Aquella era mi realidad y sentí que el suelo temblaba bajo mis pies mientras miraba la daga plateada en el centro, la que tenía la cuchilla bastante larga y un grueso mango en forma de cruz. ¿Podría matar a alguien?

La respuesta debilitó mis rodillas.

Ya había intentado matar a alguien... o algo. Hyperion. Cuando apreté el gatillo y le disparé en la espalda, no había sido una caricia amorosa. Dios, ¿qué pensarían mis abuelos de aquello? Eran el tipo de persona de vive y deja vivir. Y estaban muertos.

Un agudo dolor se deslizó a través de mi pecho.

—Sí, estoy segura.

Pasó un momento y luego sentí su mano en mi hombro, alejándome de la pared de la muerte.

—La buena noticia es que no estás ni cerca de tocar una sola cosa de esa pared.

Le lancé una mirada.

—¿Qué? —Su tono era ligero—. Terminarás cortándote cinco dedos y un pie si empiezas el entrenamiento con alguna de esas armas.

—Tu fe en mí es asombrosa. —Me quité la sudadera, dejándola caer en una esquina de la colchoneta junto a la bufanda.

Sonrió mientras se quedaba de pie en medio de una de las colchonetas azules.

—Lo primero que tienes que aprender, antes de que podamos pasar a algo más, es cómo caer correctamente cuando te derriban.

—¿Hay una forma correcta de caer?

Sus doradas cejas se levantaron mientras sus labios se retorcían, sonrientes.

—Sí, hay una forma correcta. Y eso te permite absorber el golpe con un impacto mínimo, además de volver a ponerte de pie al instante. Y eso es lo más importante, Josie. Si tu enemigo te derriba y consigue atraparte ahí abajo, se acabó.

—Vale. —Extendí mi mano, apretándome la cola de caballo—. ¿Así que eso es lo que voy a aprender?

—Por ahí vas a empezar, después, terminaremos el entrenamiento corriendo.

Mis labios se curvaron. ¿Corriendo? Ugh.

—Es necesario desarrollar tu resistencia. Esa es la forma más fácil de hacerlo. — Seth estiró los brazos por encima de su cabeza. Hizo un sonido más bien gutural y esta crujió—. Para caer de forma correcta, empujas tus caderas y mantienes tu barbilla abajo. Esto hará que recibas el golpe en la parte superior de la espalda.

Repasé las instrucciones en mi cabeza. Empujar caderas. Bajar la barbilla.

—Lo tengo.

Una mirada dubitativa apareció en su rostro.

—Vale.

Moviendo los brazos, empecé a decirle que estaba lista, pero lo siguiente que supe fue que me estrellaba contra la colchoneta. El dolor explotó a lo largo de la espalda hasta llegar a la cabeza, dejándome sin aire en los pulmones. Las luces del techo se convirtieron en un centenar de estrellas deslumbrantes antes de ver cómo mi visión se oscurecía.

Wow.



Mierda.

Supe que la había jodido en el momento exacto en el que Josie se quedó sin aire. Como solía hacer con otros Centinelas y mestizos, no me había controlado. A pesar de ser una semidiosa y de que su cuerpo debía ser más resistente que el de un mortal, sus poderes estaban atados y obviamente nunca había tenido una pelea ni nada similar, por lo que tirarla al suelo como si fuera cualquier otra persona con la que estuviera entrenando, había sido un error de cálculo por mi parte.

Mierda, la había jodido.

La inquietud se apoderó de mis entrañas mientras me arrodillaba a su lado. Una oleada de bochorno me embargó. Sus gruesas pestañas rozaban sus pómulos. Acariciándole la mejilla, intenté que me mirara.

—¿Josie?

Mi corazón dio un salto mortal cuando vi que aquellas pestañas aleteaban hasta abrirse. Unos ojos azul claro se encontraron con los míos.

—Wow.

Una risa entrecortada se me escapó mientras levantaba su mano y la frotaba entre mis palmas.

—Mierda, Josie, lo siento. Debería haber ido más suave. ¿Estás bien?

Se humedeció los labios, enviando una sacudida directa a mi polla, convirtiéndome oficialmente en un idiota.

—¿Dónde estuviste anoche?

Casi me caigo de culo al escuchar la pregunta. De todo lo que esperaba que dijera, no contaba con aquello. Dejé caer su mano mientras me balanceaba sobre los talones.

—Se me pasó el día.

Mentira de las gordas. El día no pasó sin más. Después de encontrarme con Marcus, seguí a Josie y a los chicos como si fuera un maldito acosador. Finalmente, cuando me dirigía al dormitorio me encontré con Thea, toda una torpeza por mi parte. No debería haberme sorprendido de encontrarla allí. Como el Covenant de las Catskills seguí fuera de servicio, era normal que hubiera venido a Dakota. Si Josie y los chicos no hubieran aparecido, no sé cómo lo habría hecho para poder escaparme, hubiera sido capaz de morderme un brazo.

Pensé en Josie todo el día y necesitaba espacio para hacerlo.

Bueno, necesitaba espacio, porque lo que casi había pasado entre nosotros aquella mañana... lo merecía. Era así de sencillo. El cariño no entraba en mis planes. Por lo que me pasé la mayor parte de la noche sin poder dormir, en el maldito cementerio, sentado en el banco, mirando las estatuas —ahora reparadas— que destruí la última vez que estuve allí, con ganas de olvidar de alguna forma, los dos últimos años de mi vida.

Josie me miró y luego tragó.

—Ah. Vale —dijo con voz ronca e intenté obviarlo.

Empezó a sentarse y pasé un brazo alrededor de sus hombros, ayudándola.

—Soy... soy un asco.

Imágenes de lo más inapropiadas aparecieron en mi mente como si fuera una película porno. Genial. La ayudé a ponerse de pie.

—No eres un asco, Josie. Ha sido culpa mía. Debería haberme contenido y...

—¿Hyperion se contendrá la próxima vez que me encuentre? —Dio un paso atrás, y dejé caer mi brazo—. No. ¿Lo hará un daimon, si me atrapa? Supongo que eso es un no, también. Así que vamos allá de nuevo.

Metiendo un mechón de pelo detrás de mi oreja, estaba a punto de dirigirme hacia la puerta. No quería seguir con todo eso. Con Álex, ni siquiera me había planteado la posibilidad de hacerle daño accidentalmente, pero era una preocupación real con Josie, y apestaba. Se me revolvió el estómago mientras me obligaba a ponerme de pie.

Sin embargo había más.

Observé la pared en la que se exhibían todas las armas. No me importaba lo que dijera, no aceptaba que tuviera que matar para sobrevivir. Todo aquel entrenamiento era inútil si no podía aceptarlo. No serviría de nada... una moral tan mortal como la suya, una a la que yo nunca había tenido ningún problema para apartarla. Durante un instante, pensé en todas las personas que había cazado durante el último año. Si Josie no podía matar para protegerse a sí misma, ¿qué pensaría si supiera a cuántos había matado yo?

—Cuando caigas, cruza los brazos sobre tu pecho. —Apartando esos pensamientos de mi cabeza, agarré sus brazos y los crucé sobre su pecho. Luego la agarré por las caderas y la oí inhalando suavemente. Ignorar eso era imposible—.

Inclina las caderas así y dirige tu barbilla hacia abajo. ¿Vale?

—Vale —dijo, su voz más ronca que antes.

Mi mandíbula estaba haciendo horas extras.

—Repítelo un par de veces para que te vea.

Josie hizo lo que le pedí. Bajo mis manos, sus caderas se inclinaron hacia adelante mientras bajaba la barbilla, cruzando los brazos sobre el pecho. Cada vez que sus músculos se tensaban, necesitaba todo mi autocontrol para no agarrarla más fuerte y acercarla de nuevo a mí.

Sus caderas se movieron otra vez y casi gemí.

Necesitaba centrarme. Reorientándome, le pedí que siguiera haciendo los movimientos hasta que fueran naturales, pero mis manos siguieron donde estaban cuando di un paso atrás, como si tuvieran mente propia.

Se dio la vuelta, enfrentándome. Su labio inferior estaba atrapado entre sus dientes.

—¿Lista?

Asintió.

Maldiciendo aquello y una docena de cosas más, me giré hacia fuera, cogiéndola por el hombro. Cayó, golpeándose contra la colchoneta, pero no de forma correcta.

—Maldita sea —gimió, dejando caer sus brazos mientras miraba el techo—. Eso... eso duele.

Dirigiéndome hacia ella, le tendí la mano y odié lo siguiente que dije:

—Levántate. Vamos de nuevo.

Josie gimió mientras cogía mi mano. La levanté.

Nos enfrentamos y la derribé de nuevo.

No aterrizó correctamente. Aquel iba a ser un día muy largo.

El día se convirtió en una especie de pesadilla cuando Luke llegó después de comer y siguió derribándola. La frustración era como un sarpullido en cada centímetro de mi piel, agravado por el hecho de que Luke también la tocaba, intentando ayudarla a conseguir el movimiento de cadera adecuado.

Quería romperle las manos y separárselas de las muñecas, lo cual era estúpido, considerando todo lo sucedido.

Y luego estaba el grupo que se había formado en la puerta. Mestizos. Puros. Y Deacon apareció, sentándose en el borde de la colchoneta con los brazos apoyados en las rodillas, como si solo le faltara un cubo de palomitas para disfrutar al máximo. Sin embargo, los que se agolpaban en la puerta sentían curiosidad de por qué un mestizo y un Apollyon perdían tiempo entrenando a lo que parecía ser una mortal. Thea estaba entre ellos, con su típica camiseta escotada y ajustada alrededor de esos pechos que desafiaban la gravedad.

Josie también se había dado cuenta.

Cada vez que se levantaba de la colchoneta, miraba al grupo concentrado en la puerta, y sus ojos siempre se desviaban hacia Thea. Era difícil no hacerlo, ya que la chica prácticamente estaba follándome con los ojos.

Iba a tener que hacer algo al respecto.

—Ya casi lo tienes —dijo Luke, de pie delante de Josie—. Casi lo consigues la última vez. Vamos a hacerlo de nuevo y nos ponemos a correr.

Josie cruzó su mirada con la mía.

—Correr es una mierda.

—Correré contigo —le dije.

Luke palmeó su hombro.

—Yo también.

—Sí. ¿Podemos cogernos de las manos mientras corremos? —preguntó sarcásticamente.

Solté un bufido.

—Lo pensaré.

—Creo que es una gran idea —intervino Deacon—. Incluso yo correré si vamos a ir cogidos de las manos.

Luke le lanzó una mirada amenazante antes de apartarse de Josie. Me puse unos pasos detrás de ella, preparándome mentalmente para ver a Josie girar y caer de nuevo.

Sacudió los hombros.

—Lista.

El mestizo se dirigió hacia ella, golpeándola en los hombros, y lo paró como una

campeona. Sus caderas estaban en la posición correcta, pero su cuello y hombros no, y supe, cuando cayó al suelo, que iba a dolerle y mucho.

No me paré a pensar.

Saltando hacia adelante, la cogí por la cintura antes de que se estrellara contra la implacable colchoneta por enésima vez ese día.

Un leve gruñido salió de ella y sus ojos se ampliaron.

—Seth —jadeó, agarrándose de mis brazos mientras la enderezaba.

Mi mirada se encontró con la mirada interrogante de Luke y rápidamente la desvié.

—No iba a aterrizar bien. No tiene sentido dejar que se rompa la espalda.

—Buen punto. —Luke cruzó los brazos mientras una ceja subía—. Supongo que damos la sesión por terminada y nos vamos a correr.

—Me parece bien.

Una media sonrisa apareció en su rostro.

—Creo que deberías soltarla primero.

Frunciendo el ceño, bajé la vista. Josie estaba mirándome con las mejillas sonrojadas. Tenía los brazos alrededor suyo como si fuera un cojín al que me aferrara. La solté tan rápido que tropezó y tuve que agarrarla de nuevo. Esta vez sin rodearla.

Deacon rio entre dientes.

Le miré con cara de «cuidado que puedo patearte el culo hasta que duela», pero solo sonrió. Estaba perdiendo mi toque.

Nos encaminamos hacia la puerta dispuestos a ponernos a correr. El grupo se dispersó como cucarachas espantadas. Todos excepto unos pocos, siendo una de ellos Thea.

Se acercó a nosotros pasando entre Luke y yo, haciéndome trastabillar. Un cuerpo —Josie—, rebotó contra mi espalda y escuché una maldición ahogada.

Suspiré.

Thea era guapa. No podía negarlo. Impresionante rostro y un cuerpo que podría adornar una edición de traje de baño de *Sports Illustrated*. Además, era una chica agradable. Le gustaba divertirse, sobre el tipo de diversión que me gustaba, pero su perfecto rostro y cuerpo no me provocaban nada ahora.

Sonrió, mostrando sus dientes perfectos y ultra blancos.

—Hey.

Josie tropezó conmigo mientras me adelantaba, mirando a Thea. Luché contra el impulso de sonreír o reír francamente.

—Hola, Thea.

Cogiendo el final de su trenza entre sus largos dedos, inclinó sus caderas hacia un lado.

—Me preguntaba si haces algo esta noche.

Si por hacer algo se refería a estar sentado fuera como un idiota, entonces sí.

—Sí, estoy un poco ocupado esta noche.

Puso mala cara, pero la luz en sus ojos verdes no se atenuó.

—Tal vez en otra ocasión.

Forcé una sonrisa, pero no respondí, solo la rodeé. Josie estaba mirando el suelo. Me dirigí hacia ella, sin saber muy bien qué hacer, pero me detuve antes de parecer un completo idiota.

Deacon arqueó una ceja, murmuró algo sobre buscar comida y se alejó.

Correr no fue tan malo como el entrenamiento, sin embargo, una vez habíamos dado la vuelta a todo el campus —unos cuatro kilómetros—, estaba seguro de que Josie iba a desmayarse y morir allí mismo, por lo que dejé que se marchara con Luke. El sándwich de ensalada de pollo que se había comido para almorzar debía de haberse agotado ya.

Me dirigí al edificio médico, cogí lo que necesitaba, y volví justo cuando el cielo empezaba a oscurecerse. Había dado apenas dos pasos cuando noté que me miraban con inusual intensidad.

Dándome la vuelta, mis ojos buscaron entre las sombras. Inmediatamente encontré la fuente.

Alexander estaba a varios metros atrás, mirándome. Nada en su expresión era amable. Mis dedos se cerraron alrededor del frasco que había recogido en el edificio médico. Esperé que se acercara para hacer lo que fuera que quisiera hacer.

Un minuto después, Alexander giró sobre sus talones y desapareció entre las sombras. Me quedé allí, sintiéndome extrañamente hueco. No era que quisiera enfrentarme a aquel hombre, sino que de una extraña y retorcida manera, quería que hiciera lo que necesitara hacer. ¿Golpearme? ¿Darme una paliza? No iba a detenerle.

El frasco parecía pesado en mi mano. Lo levanté, pensando en su propósito. Ahí de pie, todo deprimido, no iba a conseguir nada.

De nuevo en mi habitación, me di una ducha rápida, me puse lo que encontré más a mano y cogí el frasco. Apenas había pasado una media hora. Crucé el pasillo y me paré frente a la puerta de la otra habitación.

Di varios golpes con los nudillos y esperé.

Pasaron unos minutos antes de que la puerta se abriera y allí estaba ella, recién duchada. Cabello húmedo pegado a sus mejillas y hombros. Seguía siendo un desastre a la hora de secarse y yo no iba a quejarme, porque la camiseta que llevaba se pegaba a su cuerpo en los mejores lugares; como a través de su vientre y entre la curva de sus pechos. Y qué maravilla de pechos.

En serio.

Sentí que se me hacía la boca agua cuando sus pezones se endurecieron contra la fina y húmeda tela. Apostaba lo que fuera a que eran perfectos, rosados y pequeños. Sentí los pantalones un par de tallas más pequeños. Genial.

—Hey —dijo, y cuando dirigí mi mirada hacia su rostro, sus mejillas estaban sonrosadas.

—¿Puedo entrar?

Su delicado ceño se frunció.

—Sí, no... no tienes que preguntar. —Dio un paso atrás, mordiéndose el labio. Sonreí con fuerza.

—¿Cómo te sientes? ¿Cómo está tu espalda?

Hizo una mueca mientras entraba en el dormitorio. La cama. La misma cama en la que había estado debajo de mí. Perfecto. Se sentó en el borde.

—Definitivamente estoy dolorida.

—Te he traído algo que probablemente te ayude. —Tener una razón para estar aquí no implicaba mirarle las tetas—. Te ayudará con la hinchazón y el dolor. Hace que los moretones se desvanezcan rápidamente. Lo usan los mestizos cuando están entrenando, a pesar de que tenemos una tolerancia al dolor superior a la normal... — Y ahora estaba divagando.

—Oh, eso sería genial. —Miró el frasco—. ¿Qué hay dentro?

Moviéndome para sentarme a su lado, abrí la tapa. El aroma a mentol era fuerte.

—Es una mezcla de extractos de plantas, árnica y menta, en su mayoría. Te ayudará. Y es probable que necesites ponértelo por las noches hasta que tu piel y cuerpo se endurezcan.

Sus ojos encontraron los míos.

—¿Sabías que esto pasaría?

Asentí.

—Gracias —murmuró.

En aquel momento, tenía que entregarle el frasco y salir de allí. Encontraría la forma de ponerse el ungüento en la espalda, aunque fuera difícil. Era inteligente, ya averiguaría cómo.

—¿Has comido algo? —pregunté, en lugar de dejarla.

—Sí, Luke me llevó a la cafetería. Comí, como poco, un kilo de patatas fritas. —Sonrió y luego dirigió su mirada hacia la televisión que estaba en silencio—. Todo el mundo se queda mirándome. Es incómodo. —Encogiéndose de hombros, se estremeció—. ¿Has comido?

No. ¿Estás ofreciéndote? Dioses, mi mente estaba en el territorio triple-X.

—Estoy bien. —Aquel hubiera sido el momento perfecto para irme, pero me giré hacia ella—. ¿Quieres que te ponga el ungüento?

¿Qué demonios estaba haciendo? Una parte de mí oró para que dijera que no.

Mordiéndose el labio inferior, algo que me calentó aún más, movió sus pestañas y sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Puedes?

El aire se filtró lentamente en mis pulmones. Aquello era una mala idea. En realidad, era una gran idea. Impresionante. La mejor que había tenido en mucho tiempo.

Joder.

—Acuéstate sobre tu estómago. —Mi voz sonó áspera, y si Josie se dio cuenta,

no tenía ni idea de qué estaría pensando. Sin embargo, se levantó e hizo lo que le había dicho. Se puso sobre su vientre, cruzando los brazos debajo de su mejilla.

Tenía los ojos cerrados y el labio seguía atrapado entre sus dientes. No tenía ni idea de por qué lo encontraba tan *sexy*. Levantándome, me dirigí hacia un lado de la cama y puse el frasco en la mesita de noche.

Maldiciendo a todo dios que conocía, aparté cuidadosamente los mechones de su pesado y húmedo pelo, dejándolos caer sobre el hombro. Entonces, antes de ir al grano, me giré y me aseguré de que la maldita pintura de Apolo seguía donde la había dejado, cara a la pared.

Deslicé mis dedos bajo el dobladillo de su camiseta, arrastrándola sobre su espalda. Se levantó un poco, y la camiseta se arrugó bajo sus pechos. Por detrás descubrí sus hombros.

—Dioses —gruñí, mirando su espalda.

—¿Es tan horrible?

Negué mientras miraba las marcas ya rojas y moradas a lo largo de la parte superior de sus hombros. Un *collage* gigante de contusiones de golpear la colchoneta una y otra vez; era normal cuando uno entrenaba. Más aún cuando un Centinela luchaba. Pero ver las manchas sobre su piel me dejó KO. Aquello no me gustó.

—¿Seth?

Mi mirada se desvió a su rostro. Tenía los ojos abiertos y expectantes. Exhalé suavemente cuando cogí el frasco.

—No te has quejado.

Una sonrisa torcida apareció en su rostro mientras acomodaba la mejilla de nuevo sobre su brazo.

—Creo que sí lo he hecho.

No, no como la mayoría de la gente mortal lo hubiera hecho. Cogí parte del ungüento, y luego me senté a su lado, empezando por su hombro derecho.

Cuando mis dedos la tocaron, saltó y dejó escapar una risita ronca.

—Lo siento. Está frío.

No sentía nada de frío mientras frotaba el ungüento sobre el moretón que se extendía a lo largo de sus hombros. No debería ser así, pero el simple hecho de tocarla me ponía en marcha. La sensación iba más allá, era algo más profundo, como un suave zumbido en mi pecho. No quería prestarle mucha atención.

Cogí más ungüento y lo puse sobre su piel. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, ambas manos estaban sobre su espalda, e incluso con el mentol frío, su piel fue calentándose bajo mis dedos mientras masajeara los músculos ahora tensos.

Pasaron unos diez minutos antes de que alguno hablara.

—Por cierto, tu pelo mola —dijo, suspirando como un gatito que dormitaba bajo el sol caliente—. Incluso húmedo. Tienes un pelo impresionante. Estoy celosa.

Mis labios formaron una sonrisa mientras masajeara su espalda donde no había

ningún moretón.

—Gracias, Joe.

—De nada, Sethie. —Hubo una pausa—. Realmente he sido horrible durante el entrenamiento.

—Ha sido el primer día. Conseguirás hacerlo.

—¿De verdad lo crees? ¿O simplemente intentas hacerme sentir mejor?

—Tal vez un poco de ambos.

Se echó a reír, y pude *sentirlo* bajo mis dedos.

—Parece que funciona, ¿eh? —dije en voz baja.

—Sí —susurró.

Me gustó la suave sonrisa en su rostro, una sonrisa de satisfacción. El tipo de sonrisa que imaginaba adornaría sus labios después de tener un orgasmo. Ese rubor estaría allí, igual que en aquel momento, pero más profundo, más intenso.

Cogí más ungüento y trasladé mis manos a la parte baja de su espalda, siguiendo la ligera curva cargada de *sexappeal*. Tenía contusiones leves en aquella zona, nada importante, sin embargo eso no me detuvo. Estaba en piloto automático y me imploraba poco que hubiera sobrepasado el tiempo necesario para aquella tarea. Rocé su cintura y oí cómo cogía aire. El sonido rebotó en mí como un *boomerang*. Estaba tan duro, que dolía. Aquello era una puñetera tortura sin sentido, pero de nuevo, no fui capaz de detenerme.

Froté el ungüento por sus costados, hasta llegar donde estaba su camiseta arrugada; mi mirada se desvió hacia su perfil. Tenía los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos. Su pecho se movía arriba y a bajo de forma vacilante. Arrastré mis manos hacia abajo rozando sus costados mientras mantenía mi mirada pegada a lo que podía ver de su rostro. El rosa *estaba* profundizándose, propagándose por toda su cara. Dirigí mis dedos hacia la parte baja de su espalda; ya no quedaba nada de ungüento en mis dedos, el aroma a mentol se había desvanecido. Moví los pulgares a lo largo de su piel, sumergiéndolos bajo el dobladillo de sus pantalones.

Movió sus caderas y sus ojos se abrieron de par en par cuando mis pulgares se movieron en cortos y suaves círculos. Luego se movió de nuevo, juntando las piernas, como si estuviera buscando inconscientemente algo, algo que yo podía darle; algo que quería darle.

Me estremecí mientras cerraba los ojos. La sensación de su piel bajo mis manos, su cuerpo tan cerca del mío, saber que si fuera más lejos, no me detendría, casi me hizo explotar. Dolía de una forma absurda y palpitaba deseando salir de su prisión. Sí, quería despojarla de su ropa, abrir esos muslos y entrar desde atrás, perdiéndome en ella y olvidando todo lo demás, pero quería más. Quería estar tan cerca de ella que no hubiera un milímetro entre nuestras pieles y quería quedarme. Las noches que había dormido junto a ella, eran las noches que mejor había dormido en toda mi vida.

No me lo merecía.

Tan seguro como el infierno de que no me merecía algo tan fresco y jodidamente

puro como Josie, porque eso es lo que era. Alguien totalmente intocable.

Necesité cualquier atisbo de control que encontré para apartar mis manos de su cuerpo. Ella se quedó quieta, con la respiración entrecortada. Puse una mano a cada lado de su cabeza y bajé hasta su oído.

—¿Quieres saber algo? —pregunté, mis labios tan cerca de su mejilla que casi podía saborear su piel—. Fuera un desastre o no hoy, nada en el cielo es más brillante que tú.

Y entonces me aparté de la cama y me fui mientras ella gritaba mi nombre como si fuera una campana de una iglesia llamando al pecador para que recibiera su salvación.

Sin darme cuenta, los días se convirtieron en semanas más rápido de lo que pude imaginar, apartándome de todo lo que era conocido y convirtiendo mi vida en algo extraño. Las horas del día las pasaba conociendo todas las partes de mi cuerpo capaces de doler, lugares en los que nunca antes había pensado.

Tenía calambres permanentes en las piernas de las tandas de correr al atardecer. No importaba si era dentro o al aire libre. Me dolían los muslos por los desniveles del terreno cuando corríamos afuera y también cuando corríamos dentro y Seth subía la intensidad de la cinta de correr hasta niveles absurdos. Me dolía el culo de tanto correr y caer. Ni siquiera quería pensar en mi espalda, porque la sola palabra ya dolía.

Una semana después de haber empezado a entrenar, conseguí caer correctamente. Una sola vez en un día, y no fue hasta dos días después que fui capaz de aterrizar de forma correcta todas las veces. Sin embargo, aquello era un triunfo menor, a pesar de que Luke y Seth insistieron en que era algo importante. Una vez supe caer sin romperme la crisma o quedarme sin aire, tuve que aprender a levantarme.

Y debía ser rápida.

Como una ninja.

Seth y Luke me enseñaron que no había que rodar o levantarse dándole la espalda al atacante —lo cual era una gran putada—, sino que esperaban que me levantara simplemente adelantando las piernas y levantándome sin más.

¿Qué?

Así que en aquella nueva fase del entrenamiento tenía los músculos del estómago como si le hubieran dado golpes de kárate a mis abdominales inexistentes durante horas y la espalda doliendo aún más por ser capaz de levantarme y volver a caer de nuevo más rápido que antes. Me llevó otra semana más aprender que tenía que apoyarme en los hombros para coger la suficiente fuerza que me permitiera levantarme sin dar la espalda.

Luego pasé otros dos días haciendo aquello varias veces hasta que los chicos creyeron que era el momento de pasar a las técnicas defensivas, resultado: unas preciosas marcas rojas, azules y moradas a lo largo de mis brazos.

Después de las sesiones de entrenamiento, por norma general, cenaba en la cafetería con Deacon y Luke, y ahí vi más cosas extrañas de aquel mundo. Llegué a ver a varios puros utilizando los elementos para hacer las cosas, como mover los platos o sillas sin tocarlos, o haciendo llover sobre las inocentes cabezas de otros estudiantes.

Aparte de Deacon y Luke, nadie me gustaba, a pesar de venir a verme entrenar. La chica llamada Thea, con aquellas enormes tetas, estaba allí cada dos días molestando visualmente a Seth. No quise pensar en lo que aquello significaba.

Seth no había pasado una noche completa conmigo desde nuestra primera noche en el Covenant. Y aunque sabía que no debería estar afectada por su ausencia y comprendía que no había razón para seguir compartiendo cama, lo echaba de menos, especialmente después de marcharse a su habitación cada noche.

Otro tortuoso ritual empezó después de la primera noche de entrenamiento, cuando Seth me había dado aquel frustrante masaje en la espalda. Todas las noches desde entonces, salvo algunos días, después de cenar y tras darme una ducha, Seth se presentaba con el frasco que parecía no tener fondo.

Hablábamos un rato, a veces de nada importante, como qué personaje pensábamos que sería el último hombre de pie en *The Walking Dead* o quién era el mejor hermano Winchester. Otras veces, las conversaciones eran más profundas. Hablaba un poco más sobre su madre, lo hermosa que era, y lo que había sentido al ser enviado a un colegio tan lejos. Yo le conté cómo era pasar mis veranos en el lago y cuán solitaria me sentía durante el año escolar. Entonces me acostaba sobre el vientre, con la camiseta arremangada hasta el pecho y Seth aplicaba la pomada. Cuando el ungüento desaparecía de las yemas de sus dedos, ligeramente rugosos, no se detenía. No de inmediato.

Sus dedos y manos habían trazado cada inclinación y curva de mi espalda y costados. Estaba íntimamente familiarizado con cada pequeña cresta en mi espina dorsal y la línea de mis hombros. Su toque... no sé si era por lo *que* él era o por *quién* era, pero era como un relámpago que atontaba mis sentidos. Desde el momento en que me tocaba, mi cuerpo se calentaba y mis venas hervían. Mi respiración se hacía más profunda a cada minuto que pasaba y un tipo diferente de dolor invadía mi cuerpo.

Era totalmente consciente de cómo respondía mi cuerpo; cómo mis caderas se contraían y cómo apretaba las piernas para intentar rebajar la tensión que crecía entre ellas. Él debía de saber lo que estaba haciendo y en qué estado me dejaba.

Y luego se iba cada noche y no tenía ni idea de a dónde iba. ¿De vuelta a su habitación? ¿A algún lugar del campus? Porque sabía que había fiestas. Oí a Deacon hablar de ellas. No podía imaginarme que se quedara solo todas las noches, sobre todo porque sabía que le afectaba tanto como a mí masajearme todas las noches. Cuando se levantaba podía comprobar cuán afectado estaba. Me deseaba, pero no hacía nada, y no podía evitar preguntarme si aquello significaba que estaba descargando su deseo en otra parte.

A veces me apartaba el pelo de la cara antes de marcharse. Otras simplemente me rozaba las caderas antes de levantarse. La noche anterior me había besado en la mejilla, pero aun así se había ido.

—Parece que vayas a dormirte en cualquier momento —comentó Deacon, llamando mi atención, sentado frente a mí. Nos habíamos detenido para el almuerzo, y Seth se había marchado a donde fuera que iba durante ese rato. Yo me comí un bocadillo con los chicos—. ¿Quieres que te consiga una almohada?

Sonreí con el cansancio reflejado en mi cara. No estaba durmiendo bien, en parte por estar pensando en las cosas que no debía pensar; en mis abuelos. En mi madre desaparecida. En cómo echaba de menos a Erin. Y en lo mucho que me exprimía el entrenamiento.

Y el hecho de que Seth tuviera mi cuerpo retorciéndose hasta el punto de creer que me rompería si seguía así.

—Estoy bien. —Cogí una enorme rebanada de tomate de mi sándwich.

Luke se terminó su gigantesca botella de agua y dijo:

—¿Cómo ha ido esta mañana?

—Seguimos trabajando en el bloqueo defensivo de puñetazos y patadas. —Me senté de nuevo, suspirando—. Todavía apesto.

Frunció el ceño.

—Josie, no apestas. Lo estás haciendo muy bien, y no creo que entiendas cuánto tiempo hemos estado entrenando nosotros. Hacemos que parezca fácil, solo porque hemos estado haciendo esto desde que teníamos ocho años, pero sabemos que no lo es. Sabemos...

Alguien gritó detrás de nosotros y Luke se retorció en su asiento. Vi los ojos de Deacon ensancharse. Me di la vuelta poco a poco.

Un hombre alto, de pelo negro y la piel olivácea se enfrentaba a otro, no tan alto, pero sí mucho más fuerte.

—¿Qué me has dicho? —exigió el del pelo negro y brillantes ojos verdes.

El chico más pequeño ladeó la cabeza.

—He dicho «vete a la mierda». Y lo diré una vez más, alto y claro. Vete a la mierda, jodido *Hematoi*. Crees que eres mejor que yo, pero no lo eres, así que *vete a la mierda*.

—¿*Hematoi*? —Busqué en mi memoria esa palabra, sin encontrar nada.

—Significa pura sangre —respondió Deacon en voz baja—. Esto no es bueno.

Luke se apartó de la mesa.

—Nop.

Un grupo empezaba a formarse alrededor de los dos chicos, y los Centinelas al otro extremo de la cafetería se dirigieron hacia ellos.

—Y yo te lo diré de nuevo. Los de tu clase no pertenecéis a este sitio. Así que, ahí va esto.

El chico más pequeño se elevó como si una bola de demolición invisible hubiera golpeado su estómago. Fue lanzado hacia atrás varios metros, mientras varios chicos se precipitaban a su alrededor. El puro debía de haber utilizado el elemento aire. El chico más pequeño recobró el equilibrio con facilidad y se echó hacia delante, dispuesto a golpear.

—Mierda —murmuró Luke, poniéndose de pie.

—Detente —ordenó el tipo de pelo negro, con una voz que reverberó a través de la cafetería y el chico más pequeño se detuvo, con el brazo congelado en el aire. Una

mueca se formó en los labios del puro—. Ve a la parte superior del edificio más alto que puedas encontrar y luego salta por la ventana.

Levanté las cejas, pues aquello era lo más frívolo que había visto y esperaba algo mejor de un descendiente de una criatura mitológica, pero entonces el chico más pequeño se giró y empezó a andar en dirección a las puertas. La inquietud me envolvió mientras vi cómo cruzaba la cafetería.

—Oh dioses —dijo Deacon, poniéndose de pie mientras levantaba la voz—. ¡Que alguien lo detenga! ¡Ha sido una compulsión!

Mi estómago cayó. Los chicos me habían llenado con un montón de cosas durante el último par de semanas y recordaba claramente que, incluso antes de que se aboliera la Orden de Raza, utilizar compulsiones en mestizos estaba prohibido. Lo había encontrado irónico ya que podían usarlo en mortales, siempre y cuando nadie se pusiera en peligro, pero sabía que lo que el tipo de cabello negro acababa de hacer era uno de los principales «No-No», una enorme violación.

Luke corrió, logrando llegar hasta el chico más pequeño, y le agarró por los hombros, pero el chico seguía intentando soltarse.

—¿Qué demonios? —gritó una chica. Salió de la nada, todo masa muscular y piel oscura maravillosamente suave. Empujó a los otros y agarró al puro por la garganta como si fuera una profesional—. Si intentas algo así conmigo, te voy a romper el cuello. Deshaz la compulsión, idiota.

—Que te jodan —gruñó el puro.

El caos estalló. Platos se estrellaron contra el suelo. Se volcaron botellas de agua y refrescos. Las mesas volaron mientras repartían puñetazos y varios cuerpos eran lanzados contra el suelo. Las puertas dobles de la sala estallaron mientras varios Centinelas entraban en la cafetería, peleando cuerpo a cuerpo, intentando apartar al grupo.

En la puerta, Luke luchaba con el mestizo que estaba bajo la compulsión, y Deacon estaba con él. Tenía los brazos alrededor del mestizo, intentando retenerlo.

Y luego todo se volvió horrible.

Un destello de color rojo brillante apareció en la sala y alguien gritó. El olor a ozono quemado y... y piel carbonizada llenó rápidamente la habitación. Me puse de pie, con la boca abierta cuando una bola en llamas con forma humana salió corriendo entre dos mesas volcadas, girando y girando. Varios gritos salían de ella.

Dios mío.

Las garras del horror se apoderaron de mí y una parte de mi cerebro no era capaz de procesar lo que estaba viendo; siendo testigo de una persona siendo quemada viva. Avancé hacia adelante, sin saber cómo ayudar, pero alguien —una chica— corrió hacia aquella persona con un vaso de agua en la mano. Lo lanzó por los aires mientras levantaba la otra mano y la corriente de agua se expandió rápidamente extendiéndose como una red.

Una mano se posó en mi hombro, girándome. Me tensé, dispuesta a ser toda ninja

y patear el culo de alguien. No reconocí al chico, pero era alto y tenía unos impresionantes ojos como el resto de los puros.

Su mano se cerró sobre mi hombro con fuerza.

—Una maldita mortal. Tú no perteneces aquí, no más que esos mestizos.

Antes de que pudiera decir una palabra, su agarre disminuyó y luego me empujó hacia atrás con la fuerza suficiente como para golpear una silla y volcarla. No me detuve a pensar. Un mes atrás lo hubiera hecho, pero no en aquel momento.

Me giré y cogí el pesado plato de cerámica que había sobre la mesa. El Covenant no usaba plástico o papel, una gran suerte para mí. Lancé ese plato directo a la cabeza del chico. El impacto sacudió mi brazo, y el chico cayó como un saco de manzanas.

—No deberías haber hecho eso.

La fría voz envió un escalofrío por mi espalda, y antes de que pudiera darme la vuelta o coger cualquier otra cosa que pudiera usar como arma, una mano se cerró alrededor de mi cola de caballo y tiró de mí hasta hacerme gritar.

—Y tú realmente no deberías haber hecho eso, idiota.

La mano desapareció y me giré ante el sonido de la voz de Seth. Mis ojos se encontraron con su estrecha mirada. Sus labios estaban apretados. Estaba furioso. Entonces me cogió la mano.

—Vamos.

El que me había atacado estaba tirado en el suelo y no parecía que fuera a levantarse durante un tiempo.

—Pero...

—Este no es nuestro problema, Josie. Y empeorará antes de detenerse. Voy a sacarte de aquí antes de que alguien ponga a arder ese precioso culo.

Escaneé la cafetería, centrándome en Luke y Deacon que seguían luchando con el mestizo, y quise pararme, pues no me parecía bien dejarlos allí, pero Seth no estaba por la labor.

Maldiciendo, se giró hacia mí y se agachó. Me puso sobre su hombro en un nanosegundo y siguió andando, esquivando fácilmente las sillas voladoras y cuerpos rodando por el suelo.

Cuando llegamos al pasillo no me bajó. Cuando intenté moverme, recibí un cachete en el culo y grité.

—¡Oye! ¡Seth! ¡Bájame! —Cuando no respondió y siguió caminando, golpeé con mis puños su espalda.

—Ya basta, Joe.

—Seth...

—No confío en ti si te bajo. Probablemente correrás hacia allí de nuevo y lograrás convertirte en un malvavisco tostado. —Abrió de una patada la puerta, e hice una mueca mientras la lluvia fría me mojaba la espalda—. Lo que está sucediendo allí no va a calmarse hasta dentro de un rato.

Mis dedos se clavaron en su térmica mientras la lluvia corría por mi espalda y por

mi cuello, haciéndome jadear.

—Oh, Dios mío, no me gustas nada.

Sentí cómo se agitaba. Se estaba riendo. Apretó su agarre.

—Agárrate.

Grité, mientras salía corriendo a través de la pasarela con la gracia y la velocidad de una maldita gacela, sin embargo, cuando entramos en el edificio de estudiantes, estábamos empapados y no me bajó hasta que estuvimos en su habitación.

Nada más dejarme sobre mi pies, me aparté el pelo de la cara y me dirigí hacia él, golpeándole el brazo.

—¡Eso no era necesario!

Arqueó las cejas.

—Aparentemente lo era.

Frunciendo el ceño, di marcha atrás antes de pegarle de nuevo. Cogí aire mientras me apartaba la ropa mojada de la piel.

—¿Sucede a menudo?

—No tengo ni idea, pero no me sorprendería. Algunos puros son unos malditos bastardos.

Exhalé ásperamente.

—El puro utilizó una compulsión en un mestizo. Le dijo que fuera a saltar por una ventana.

—Eso es una mierda. —Seth empezó a girarse—. Quédate aquí hasta que Luke o yo te digamos que es seguro salir.

No sé qué pasó. Tal vez fuera la adrenalina desvaneciéndose después de lo sucedido. Tal vez fuera lo duro que era el entrenamiento. O tal vez la frustración que se agolpaba dentro de mí. Tal vez era todo.

Fuera lo que fuera, perdí los estribos.

—¿Vas a marcharte de nuevo? Qué típico.

Se giró hacia mí con las cejas levantadas.

—¿Qué?

—¡Tú! Vas a marcharte de nuevo. Porque eso es todo lo que haces. Y yo tengo que sentarme aquí, de brazos cruzados, hasta que alguien me diga que puedo salir de nuevo. Eso es una mierda.

Sus cejas bajaron de golpe.

—Es por tu seguridad.

—¡Es una mierda! —repetí—. ¡Podríamos estar entrenando ahora mismo! Y sin embargo tengo que estar aquí sentada y sin hacer *nada*.

Seth dio un paso hacia adelante.

—Has estado entrenando sin parar, Josie. Un día o dos no va a cambiar nada.

Mis manos se cerraron en puños.

—No lo entiendes —dije, dirigiéndome al dormitorio—. Como sea. Vete y haz lo que sea que hagas en tu tiempo libre.

—¿Qué demonios te pasa, Josie? ¿Cuál es tu problema?

¿Cuál era mi problema? Me quité las zapatillas de golpe y, sentándome, agarré los calcetines que estaban empapados.

Seth estaba en la puerta.

—Josie.

Agarrando la coleta, me solté el pelo y la lancé al suelo. Cuando lo miré, no pude aguantar más.

Me puse de pie con los puños apretados.

—¡No lo entiendes, Seth! ¡No quiero estar en mi habitación, sola, porque no quiero sentarme aquí y pensar en cuán jodido es todo esto!

Se enderezó.

—Lo sé...

—¡No, no lo sabes! —grité—. Acabo de ver a alguien arder en llamas, y tú estás actuando como si en realidad no fuera algo importante. Al parecer, las personas simplemente se queman vivas todo el tiempo. ¡Y he visto a alguien a quien le han dicho que saltara por una ventana y realmente lo iba a hacer! Eso es de locos. ¡Es una locura!

—Josie —dijo en voz baja, con cuidado.

—Y me llevó casi tres semanas aprender a caer bien y levantarme correctamente. ¡Tres semanas! Osos hibernando aprenden más rápido que yo.

Sus labios temblaron y su voz bajó.

—Josie.

—¡No te atrevas a reírte, idiota!

—*Josie* —dijo arrastrando las palabras, abriendo y cerrando sus ojos ámbar.

—¡Y no puedo pensar en mis abuelos sin que me duela, o en mi madre sin preguntarme si aún está viva! —Cerrando los ojos con fuerza, suspiré temblorosa. Las lágrimas quemaban en mis ojos mientras me dejaba caer en el borde de la cama. Excepto, por supuesto, que medí mal y terminé aterrizando sobre mi trasero a los pies de la cama. Ni siquiera noté el dolor. Doblé las rodillas y escondí la cara entre mis brazos.

—Oye. —Su voz sonaba más cerca, y sentí su mano envolviendo mi rodilla.

Intenté coger aire, pero se atascó.

—Están muertos, Seth. —Mi voz se quebró; era la primera vez que lo decía en voz alta desde que había sucedido—. Están muertos, ¿y a santo de qué? Eran buenas personas, personas estupendas. No se merecían lo que les pasó.

Su mano se movió hasta mis brazos. Apartó uno y yo bajé el otro mientras su intensa mirada se encontraba con la mía, ahora llorosa.

—Tienes razón. No se merecían eso, Josie. Pero no puedes guardarte todo eso para ti. Ningún entrenamiento, ni nada parecido, te ayudará si te cierras. No es saludable.

—No me digas —repliqué, tirando de mi brazo. Me limpié los ojos con el dorso

de las manos. Las lágrimas seguían formándose. El nudo en mi garganta estaba haciéndose más y más grande. Podía sentir cómo empezaba a desmoronarme y obligué a mis pensamientos sobre mi madre y mis abuelos a volver a su cajón, centrándome en otra cosa. Lo solté sin pensar—. Y luego estás tú...

—¿Yo?

Lo miré.

—Vienes aquí cada noche y me tocas y... me haces sentir estas cosas...

Seth se echó hacia atrás, poniendo distancia entre nosotros.

—Josie...

Sentí mis mejillas arder, pero seguí. Era avergonzarme a mí misma o llorar delante de él. Iba a ir con la primera.

—Me tocas, y luego me dejas, y quiero que te quedes. Quiero que sigas tocándome, pero entonces... te vas.

Giró la cabeza mientras su pecho subía y bajaba a toda velocidad.

—No quieres eso. Confía en mí, no...

—¡No me digas lo que quiero! —Me puse de rodillas, empujándolo.

Al no estar preparado para lo que acababa de hacer, cayó sobre su trasero. Sus ojos se abrieron sorprendidos, como si no pudiera creer que acabara de hacer aquello.

Y sí, estaba mal.

Pero no me importaba.

—No me digas lo que quiero. No vives en mi cabeza o en mi cuerpo. No te atrevas a hablar por mí.

Su mandíbula se apretó mientras me miraba con los ojos entrecerrados.

—Hablo por ti, porque sé que es lo mejor.

—Oh, eso es patético, *Sethie*. ¡Patético y estúpido! ¡Y puedes cogerlo y metértelo por el culo! ¡Sé lo que quiero! —Demasiado atrapada en la ira, la frustración, el dolor y tantas otras cosas, no pude detenerme—. Quiero que me beses. Quiero que...

Un segundo después le tenía frente a mí, con las manos sobre mis hombros, haciéndome jadear.

—No juegues con esto, Josie. De verdad. No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo.

Tal vez no tuviera ni idea. Probablemente porque no tenía experiencia, pero lo que hacía todas las noches al venir aquí y luego irse estaba mal. Me encontré con su mirada.

—Entonces no vengas aquí, me toques y luego te vayas a hacer Dios sabe qué mientras estoy aquí preguntándome qué demonios está pasando.

Un músculo palpitó a lo largo de su mandíbula, y luego dejó caer las manos.

—Bien. Si eso es lo que quieres.

Mi boca se abrió, porque eso era exactamente lo que no quería, y me dolía que lo dijera. Aquellas palabras *quemaron* mi garganta y pecho. Saber que él sería feliz con aquello me estaba *doliendo* más de lo que había creído.

—Muérete.

Su cabeza se inclinó hacia un lado mientras me miraba, sus ojos brillando de un color ámbar rojizo.

—Maldita sea, Josie.

Lo miré.

Me miró.

—Mierda.

Un momento después, las grandes manos de Seth estuvieron sobre mis mejillas y su boca sobre la mía.

No tenía ningún autocontrol.

Besar a Josie era lo último que debería estar haciendo, pero estaba tan cansado de luchar contra lo que *ella* quería, de luchar contra lo que ella quería. ¿Habíamos estado dirigiéndonos a aquello? ¿Estaba engañándome a mí mismo cada noche viniendo aquí, tocándola, y luego dejándola, pensando que no estaba construyendo algo entre nosotros?

Sí, era un tonto.

Pero mi boca estaba sobre la de ella, y la acción parecía haberla cogido por sorpresa; su cuerpo estaba rígido, pero yo insistí. A medida que mis labios se movieron sobre los suyos, algo se despertó, algo salvaje y eléctrico, y necesitaba más que eso... un gesto inocente. Tenía que ir más allá. Necesitaba saborearla.

Inclinando la cabeza, cogí su labio inferior entre mis dientes, mordiéndolo suavemente. Sus manos aterrizaron sobre mi pecho y sus dedos se agarraron a la camiseta que llevaba puesta.

Pasé mi lengua por su labio inferior, antes de adentrarme en su boca; un jadeo escapó de su boca. En el fondo de mi cabeza, pude sentir que no tenía experiencia, que debía contenerme, pero cuando sus labios se abrieron, profundicé de lleno, acariciando con mi lengua la de ella, saboreándola por primera vez. Y menuda mierda, el sabor fue directo a mis terminaciones nerviosas. Dejé caer mi mano por su espalda, apartando la delgada barrera húmeda que era su camiseta. Contuvo el aliento. La quería para mí. La agarré, profundizando el beso, hasta que uno de sus brazos se acercó, curvándose alrededor de mi cuello. Segundo a segundo, su cuerpo se relajaba contra el mío, y un sonido profundo y posesivo se levantó dentro de mí.

Aquello era una puta locura.

Pero no podía parar.

Saborear su boca, sentir sus labios contra los míos... lo había querido con tanta fuerza. La *quería* a ella. Tiré de su cuerpo acercándolo al mío, deslizando sus rodillas sobre la alfombra, encajando sus caderas donde yo quería que estuvieran. El sonido entrecortado que hizo en mi boca fue directo a mi polla y ella lo notó. No lo escondía, quería que lo sintiera.

Me agarró del pelo, tirando de mi cuello, y mordisqueé sus labios antes de levantar la cabeza y mirarla fijamente. Esas pestañas sedosas se abrieron. Nuestras miradas se encontraron. Tenía los ojos de un azul profundo; del color del cielo antes de anochecer.

Algo se movió dentro de mí. Me pasé la lengua por el labio inferior, saboreándola.

—Seth —susurró.

Podía oír su respiración entrecortada en el silencio reinante. Sabiendo que no me merecía aquello, dejé caer las manos junto a mis muslos, intentando conseguir un poco de autocontrol, pero era como aferrarse a las gotas de la lluvia. Nuestras miradas se encontraron de nuevo y el hambre y la necesidad en esos brillantes ojos azules me deshicieron, rompiendo mi resistencia como un elástico demasiado estirado.

Adelantándome, cogí su cara entre mis manos llevando aquel beso a un nivel diferente; nada de esa mierda de ser suave y persuasivo. Estaba lista. Con un gemido entrecortado, su boca se abrió bajo la mía. Aquel beso fue más profundo, más duro y con más fuerza. Giré a Josie y la seguí, sin que mi boca dejara la suya. El repentino cambio de posición fue pura bendición. Nuestros cuerpos estaban al ras, pecho contra pecho y cadera con cadera. Y ella debajo de mí.

Aguantando mi peso en el brazo colocado sobre la alfombra, cogí su barbilla y la incliné hacia atrás, profundizando el beso, queriendo de alguna forma reclamar su alma. Lo curioso era que, era mi alma la que estaba siendo reclamada, mi aliento estaba siendo robado y mi corazón latía absurdamente rápido en mi pecho.

Josie me devolvía el beso sin ni siquiera vacilar, como si no supiera qué hacer, pero no importaba porque estaba haciéndolo todo bien. Aquello me hizo querer abandonar cualquier pretensión de ser dócil. Podría tomarla en aquel momento, perderme en la maravilla que era Josie. Estaba duro como una roca, listo, pero iba más allá de una necesidad física.

Quería lo que nunca había tenido. Compañerismo real. Lealtad. Amistad. Ella. Yo. Sin terceros. Solo nosotros. Un futuro. Un *mañana*. Salvación. Y eso hizo que mi pecho se comprimiera de una forma jodidamente cruel, pues ni siquiera sabía qué hacer con todo *aquello*.

Pero sí que sabía qué hacer con todo lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Le abrí las piernas, colocándome entre ellas, y un gemido áspero retumbó desde mi pecho mientras ella pasaba la punta de su lengua sobre la mía. Joder, tan dulce. Soltó un suave y embriagador gemido en mi boca que me recorrió entero, y todo lo que pude saborear fue a ella, consumiéndome.

Deslicé mi mano por encima de su delicada garganta, deteniéndome un momento para sentir su pulso acelerado bajo mi pulgar, y seguí bajando, apenas rozando la suave curva de su pecho, y sin embargo su espalda se arqueó mientras se quedaba sin aliento.

Dioses, iba a matarme.

Presioné mis caderas contra las de ella, dejándole saber lo mucho que quería aquello, que no había absolutamente ninguna duda al respecto, y la agarré con una mano temblorosa, meciendo las caderas de nuevo, mientras un escalofrío recorría mi espalda. Luego ella se meció igual. Un baile perfecto en el que estaba tan atrapado que ni siquiera sentí la presencia hasta que oí la voz.

—Cuando te pedí que cuidaras de mi hija, no tenía *esto* en mente.

Oh, mierda.

Me quedé inmóvil mientras todos los vellos de mi cuerpo se ponían de punta. Debajo de mí, Josie se puso rígida. Nada mata una erección más rápido que Apolo apareciendo mientras me estaba restregando contra su *hija*.

Dioses, su sincronización era siempre épica.

Levantándome, abrí los ojos y observé los ojos asustados y muy abiertos de Josie. Sabía que estaba muerto, más muerto que muerto y sin huevos, pero en aquel momento, aquello iba de ella viendo a su padre por primera vez.

Aquello... aquello iba a ser un desastre.

Apolo suspiró ruidosamente.

—Cuando quieras, Seth.

La confusión empezó a llenar su expresión y traté de sonreír mientras le acariciaba la mejilla con la punta de mis dedos.

—Todo irá bien —le susurré.

Sus ojos se quedaron enganchados a los míos mientras salía de encima suyo, posicionándome frente a ella, dándole tiempo para recomponerse. Cuando vi a Apolo de pie en la puerta, lo único que podía pensar era «¿qué demonios?».

Apolo no tenía su aspecto original, no parecía él. Tenía el pelo castaño oscuro, cortado al ras, sus rasgos ligeramente diferentes y los ojos iguales a los de Josie. Era Leon, el mismo que estaba en la isla Deity, pretendiendo ser nada más que un Centinela.

—¿A qué viene esto? —le pregunté, poniéndome de pie.

Me miraba como si quisiera castrarme al estilo de la vieja escuela, pero su mirada se movió más allá de mí mientras Josie se sentaba. Poniendo una mano en el borde de la cama, se puso de pie, con el rostro pálido y los ojos increíblemente abiertos mientras lo miraba fijamente.

Apolo, disfrazado de Leon, le sonrió.

—Hola, Josie.

Ella dio un paso vacilante hacia adelante, rozando su hombro con el mío.

—¿Bob?

—Josie.

—¿Bob? —repitió Seth.

El hombre al que estaba mirando, el hombre al que Seth había llamado Apolo, mi padre, me era familiar. Lo conocía. Lo había conocido desde que era una niña.

—Espera un minuto —dijo Seth, dando un paso adelante—. ¿Te haces llamar Bob ahora? ¿En serio?

Miró a Seth.

—¿Por qué sigues aquí?

Seth se cruzó de brazos.

—No voy a irme a ninguna parte. —Haciendo una pausa, me miró—. A menos que quieras que me vaya.

—No. —Me arrastré hacia él mientras observaba al hombre alto—. Quiero que te quedes.

—Genial —murmuró el hombre al que conocía como Bob.

Sacudí la cabeza lentamente, intentando poner mis neuronas en marcha. El agradable mareo de los besos de Seth y el peso de su cuerpo sobre el mío, apretando en los mejores lugares, se había desvanecido rápidamente, sin embargo aún sentía que estaba en un sueño.

—Tú... solías visitarme cuando era pequeña —le dije, y parecía una locura—. En el lago. Me traías dulces y muñecas.

—Eso suena de lo más espeluznante —murmuró Seth en voz baja.

Lo ignoré.

—No lo entiendo. —Tal vez lo hacía y simplemente no quería comprenderlo—. Eres mi...

—Yo soy tu padre. —Miró a Seth y sonrió—. Es la segunda vez que cito a *Star Wars*. ¿Llevas la cuenta?

Seth puso los ojos en blanco.

—¿Qué demonios...? —susurré.

El aire brillaba alrededor del hombre que conocía como Bob y entonces él... él ya no fue Bob. En su lugar había un hombre con quien compartía algunos rasgos, pero era más alto y más fuerte, con la cabeza llena de rizos rubios y unos ojos que seguían haciendo juego con los míos.

—Mierda. —Con el corazón desbocado, me tambaleé hacia atrás y luego miré la pintura que estaba cara a la pared—. Santa mierda.

Seth extendió la mano, pero negué.

—Estoy bien. Simplemente nunca he visto a alguien hacer un Photoshop en directo sobre sí mismo.

El hombre —que *obviamente* era Apolo— sonrió de nuevo, e hizo que mi estómago se tambaleara.

—Se suponía que nunca iba a conocerte. No a menos que te necesitáramos. Ese fue el trato que hicimos cuando creamos a los doce semidioses —explicó—. Pero... eras mi hija. *Quería* conocerte.

No tenía ni idea de qué decir, así que solo le miré mientras mi corazón se aceleraba.

—No tuvimos la oportunidad de pasar mucho tiempo juntos, y entiendo que te sientes como si te hubiera abandonado, pero siempre he mantenido un ojo en ti, de una forma u otra.

Seguía sin tener ni idea de qué decir.

Apolo inclinó su barbilla y un largo y torpe silencio nos envolvió, antes de volver a hablar.

—Siento lo de tus abuelos. Están en paz ahora, en el paraíso. Espero que sea un consuelo para ti.

El aire se quedó atrapado en mi garganta cuando di un paso a un lado y me senté en el borde de la cama para no caerme. ¿Era un consuelo para mí? Sí. No.

—¿Mi madre?

—Está segura. No puedo decirte dónde está, pero permanecerá a salvo hasta que la amenaza haya terminado —respondió mientras observaba mi rostro—. Estoy orgulloso de ti.

Mi boca se abrió, pero las palabras no se formaron. Sentí el nudo en la garganta crecer de nuevo, dejándome sin respiración.

—Has demostrado una fortaleza notable y te has mantenido entera en una situación increíble —continuó, y sentí que ponían mi corazón en una batidora para zumos—. En lugar de no hacer nada, has optado por entrenar para defenderte. Estoy orgulloso. —Hubo un momento de silencio mientras él miraba a Seth—. Sin embargo, tu gusto en hombres me preocupa.

—Creo que mi gusto en *hombres* es bastante bueno, gracias —le espeté de vuelta antes de que pudiera detenerme.

La cabeza de Seth se volvió hacia mí, como si estuviera sorprendido de que lo defendiera; menudo idiota, teniendo en cuenta que acababa de tener mi boca sobre la suya.

La sonrisa de Apolo reapareció y se extendió, suavizando la fría belleza misteriosa de su rostro.

—Bueno, entonces... —Su mirada se dirigió a Seth—. Supongo que ella ya ha decidido.

Por una vez, Seth no dijo nada y, cuando lo miré, seguía mirándome, con los ojos dorados muy abiertos y su rostro pálido y ensombrecido.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Estar en tu presencia... Bueno, me agota, pero yo... —Sus cejas se arrugaron y cambiando el peso de un pie a otro—. Pero he sentido el dolor hace un rato. Tenía que verte.

Ahí. Esa batidora estaba haciendo horas extras en mi pecho.

—No sé qué decir.

—No es necesario que digas nada.

—No... Lo es. Esto... esto es mucho. Todo esto es mucho. Ni siquiera pareces lo suficientemente mayor como para ser mi padre. —Me reí, y parecía una loca cuando lo hice—. Y te conocía. Eras mi amigo, mi único amigo, y tú... acabas de entrar mientras me estaba besando con un chico, así que siento como que acabamos de cubrir los años de la adolescencia que nunca tuve contigo.

Seth se atragantó con lo que sonaba como una risa.

—Permíteme decirlo, eso no ha sido una experiencia agradable —comentó Apolo secamente.

—Pero estás aquí y has... has estado aquí de una forma u otra —le dije, pasando una mano temblorosa por mi pelo—. Y eso tiene que significar algo —susurré, con la voz ronca.

Su sonrisa se desvaneció un poco.

—Pero en este momento, sé que no es suficiente.

Cerré los ojos y, un momento después, sentí un calor recorrer mi mejilla. Mis ojos se abrieron, y él, un dios, *el dios sol*, estaba de rodillas delante de mí. Una oleada de energía me recorrió sorprendiéndome.

—Debes seguir siendo valiente, *to paidímou, i zoíímou*. Debes continuar siendo fuerte. Nada a lo que te enfrentarás será fácil, pero siempre estaré velando por ti. — Bajó la mano mientras se levantaba, dirigiéndose a Seth—. Y tú... eres muy afortunado.

Y entonces se fue.

Un segundo antes estaba allí y al siguiente se había ido.

—Bueno, eso no ha sido tan torpe... o tan violento como pensé que sería —dijo Seth, obviamente acostumbrado a que Apolo entrara y saliera como si nada.

—¿Qué... qué ha dicho? —Mi mirada se desplazó desde el punto donde Apolo había estado a donde estaba Seth—. ¿En el otro idioma? ¿Lo sabes?

Asintió mientras su rostro se suavizaba.

—Dijo «mi hija, mi vida».

Mi corazón se apretó.

—Nunca pensé que fuera así.

—¿El qué?

Seth se rascó el cuello y luego dejó caer la mano.

—Nunca pensé que Apolo se preocupara por alguien más que por sí mismo. No como creo... como sé que se preocupa por ti. Tiene compasión. Solo que nunca lo había visto así antes.

No sabía lo que aquello significaba, pero el tenue agarre que contenía mis emociones se hizo trizas. Me rompí completamente. Mi rostro se arrugó mientras un sollozo salía de mí, sacudiendo todo mi cuerpo. Me di varios golpes, en la cara pero no detuvieron los sollozos. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas mientras sentía una sacudida en el pecho.

La cama se hundió, y fuertes y cálidos brazos rodearon mi cintura. Saber que Seth había estado allí, que no me había dejado, hizo que todo fuera mucho más difícil de recomponer.

Seth suspiró mientras me colocaba sobre su regazo, pasando un brazo a mi alrededor. Colocó una mano detrás de mi cabeza y me acercó a él. Al no tener experiencia con las lágrimas, me acurruqué lo más cerca que pude, abrazándolo.

Y él se abrazó a mí.

Abriendo los ojos, me quedé inmóvil, mirando el resplandor azulado intermitente de la televisión. El volumen estaba en poco más que susurros. Debía de haberme quedado dormido.

Eres muy afortunado.

Hundí mi barbilla, desplazando mi mirada hacia la forma inmóvil de Josie. Emocionalmente agotada, se había quedado dormida en mis brazos. Ni siquiera se había despertado cuando nos había reposicionado contra la cabecera de la cama. Se quedó en mis brazos, acurrucada, con las caderas entre las mías y su cabeza sobre mi pecho.

Metí un mechón de pelo detrás de su oreja. Se movió, pero lo que murmuró fue completamente ininteligible. El brazo que había puesto sobre su cintura estaba apretado por voluntad propia.

¿Alguna vez había sostenido a una chica así? Tal vez una o dos veces a Álex, pero con ella nunca había sido un caso en el que realmente ella quisiera estar ahí conmigo. Más bien un caso de *necesidad*, y eso era muy diferente. Honestamente, Álex y yo... nos habíamos necesitado el uno al otro.

Nunca nos habíamos *querido*. No de la forma en que ella había querido a Aiden St. Delphi y no de la manera en que yo quería... me desconecté de mí mismo, a pesar de que no tenía sentido hacerlo. Sin embargo, a veces lo hacía, como si no me permitiera a mí mismo terminar un pensamiento. Una estupidez.

Josie se movió de nuevo, cerrando su pequeña mano en un puño sobre mi pecho. Me pregunté lo que estaba soñando y esperé que fuera algo pacífico, mientras miraba las leves contusiones en el interior de sus antebrazos. Con el tiempo su piel se endurecería gracias al entrenamiento, ¿pero ella lo haría? Hasta ahora todo lo que había aceptado se lo habían lanzado frente a ella, pero sabía que todavía dudaba cuando se trataba de matar algo. Esa última pizca de moralidad sería casi imposible de dejarla marchar.

No había muchas cosas en este mundo que me asustaran, pero saber que había una probabilidad muy alta de que no fuera capaz de matar... Me aterrorizaba.

Cerré los ojos, cogiendo aire. Si ella supiera todo sobre mí, todo lo que había hecho, no estaría así entre mis brazos. No querría estar ni cerca, mucho menos besarme. Así que sí, era afortunado en aquellos momentos.

Necesitaba salir de ahí antes de... ¿antes de qué? Antes de que aquello fuera más lejos. Antes de que consiguiera adentrarse tan profundo dentro de mí que no fuera capaz de sacarla. Y antes de que descubriera lo que realmente era.

—¿Seth?

Mis párpados se levantaron ante el sonido de su voz adormilada. Su cabeza estaba

inclinada hacia atrás, mirándome.

—Hola.

Parpadeó lentamente.

—Me he quedado dormida sobre ti.

—Está bien —le dije—. No me importa.

Una suave sonrisa curvó sus labios, y mi estómago cayó un poco. Una sonrisa... Nunca había sabido que una sonrisa pudiera tener ese tipo de efecto. Podía sentirla como una patada en el pecho.

—Gracias por... bueno, por dejarme llorar sobre ti. —Una mancha rosa se extendió por sus mejillas. Fascinante—. Y por estar conmigo.

—No hay de qué. —Intenté moverme discretamente. Ahora que estaba despierto y moviéndome, también lo estaba mi polla—. ¿Resistirás?

Acomodó su mejilla contra mi pecho de nuevo, aparentemente no iba a ir a ningún lado, y eso... me parecía bien.

—Creo que estoy mejor —dijo en voz baja mientras movía sus caderas, haciendo que mi mano contra su estómago se flexionara—. Necesitaba desahogarme, supongo. Estaba aguantando. Pero yo... no sé qué pensar de Apolo. Simplemente no puedo pensar que él sea... sea mi padre.

—¿Quién querría pensar que Apolo es su padre?

Río, y sentí mis labios responder con una sonrisa.

—Sí, buen punto.

—Con todo lo que estás asimilando, creo que puedes dejar eso en un segundo plano por ahora. Simplemente no te sorprendas si aparece de nuevo.

—Espero que no cuando estemos besándonos —murmuró irónicamente.

Me eché a reír, porque eso hacíamos, pero el humor se desvaneció rápido en esa helada mañana.

—Probablemente debería irme a mi habitación.

Josie se levantó de mi pecho tan rápido que pensé que tenía muelles bajo el trasero. Plantando sus manos sobre mis muslos, se dio la vuelta para enfrentarme.

—¿Vas a irte ahora?

Abrí la boca.

—Piensa antes de contestar esa pregunta, Sethie.

Atrapado entre el deseo de reír, besarla y salir de ahí, la miré durante lo que pareció un minuto.

—Josie, yo... —arrastré la voz mientras veía que sus ojos se estrechaban—. No estoy intentando ser un cretino...

—¿En serio? Antes me has besado. Y cuando digo besado lo digo *a fondo*, y ahora intentas echarme atrás. Eso te convierte en un cretino.

—Maldita sea, eres luchadora cuando quieres serlo —murmuré, condescendentemente entusiasmado ante su demostrativa actitud. Pero cuando sus labios se estrecharon, pensé que iba a pegarme.

—En ocasiones no me gustas —dijo.

—La cosa es, Josie, que si *realmente* me conocieras, no te gustaría. —Alzando mi pierna derecha, me moví, abriendo algo de espacio entre nosotros—. Ni siquiera estarías en la misma habitación que yo.

Josie se sentó sobre sus pantorrillas y deseé que volviera a desatar su ira.

—¿Por qué? —dijo en voz baja, sorprendiéndome—. Realmente me gustaría saberlo, porque creo que te conozco. Te conozco mejor de lo que conozco a nadie más. Así que dime por qué.

Pasándome los dedos por el pelo resistí la tentación de tirar de él.

—Vamos, Seth. Me has visto en mi peor momento y no he salido corriendo. ¿Crees que lo haría?

Levanté la mirada, encontrando la suya, ahora impasible.

—¿Sabes lo que he estado haciendo durante el último año? ¿Antes de que me enviaran a buscarte? Estaba cazando a quienes estaban del lado de Ares. Y por cazarlos, no quiero decir reuniéndolos para un almuerzo con pastelillos, Josie.

—Suponía que no ibas a almorzar con ellos —dijo, dejándose caer sobre su trasero. Sus ojos nunca dejaron los míos.

—¿Lo supones? —Me levanté, apoyando cada una de mis manos a ambos lados de sus piernas para estar frente a frente—. Aquellos a los que cazaba estaban vivos, eran personas. Algunos eran puros. Otros mestizos. Y algunos incluso mortales.

Seguía mirándome. Quería que mirara hacia otro lado, que me diera la espalda y demostrara lo que yo pensaba.

—Ninguno de ellos fue juzgado ante un tribunal. Fueron considerados culpables antes de que pusiera mis ojos en ellos. Mis órdenes eran matarlos. Y lo hice.

Su pecho se levantó bruscamente, pero aun así, no miró hacia otro lado.

—No puedo ni empezar a contar el número de vidas que he terminado con estas manos. *Estas* manos, Josie. —Levantándolas, las curvé sobre sus rodillas—. Las que quieren tocarte.

Sus labios se separaron.

—Era tu trabajo, Seth, era...

—Era lo que yo era. Un verdugo —la interrumpí, en voz baja—. Maté personas. A veces no lo hacía rápido. ¿Sabes en lo que eso me convierte?

No respondió.

Se lo facilité.

—Un monstruo. Eso me convierte en un monstruo.

—No. —Sus manos aterrizaron sobre las mías y cuando empecé a apartarlas, las cogió—. No eres un monstruo, Seth. Hiciste lo que tenías que hacer. Lo que te ordenaron hacer.

—Josie...

—Hay personas, mortales, que asesinan a otras personas todos los días, porque se lo ordenan. ¿Eso convierte a los militares en monstruos? ¿Qué hay de la policía? —

Sus delgados dedos sostuvieron los míos—. ¿Habrías hecho esas cosas si no te lo hubieran ordenado?

Por supuesto que no lo habría hecho. Había aprendido la lección antes de recibir esas órdenes, ¿pero eso cambiaba el último año de mi vida? No. Y no cambiaba todo lo que había hecho hasta entonces.

—¿Lo harías, Seth? ¿Lo habrías hecho si no te lo hubieran ordenado?

Cerré los ojos y mi respuesta fue apenas un susurro.

—No.

Apretó mis manos.

—Es terrible. No voy a mentir y decir que no es gran cosa, pero te *conozco*. Hiciste lo que tenías que hacer, no porque quisieras. Hay una diferencia grande. — Hizo una pausa mientras sus manos se deslizaban hasta mis muñecas—. Atropellé una ardilla una vez.

Parpadeando abrí los ojos, retrocediendo tanto como me permitió.

—¿Qué?

—Atropellé una ardilla la segunda vez que conduje un coche —repitió—. También atropellé a un ciervo. Y cuando tenía diecisiete años, atropellé a un gato. Antes de irme a la universidad, atropellé a un perro dando marcha atrás.

—Dioses —murmuré.

Asintió.

—Su nombre era Buddy y era un golden retriever. El más amigable de todos los perros.

Oh dioses.

—Y el dueño de cinco años de edad lo vio. Buddy sobrevivió, pero soy un poco como una asesina de masas cuando se trata de animales y estoy detrás del volante.

Mis labios temblaron. No era divertido. Debía obligarme a decirlo sin reír.

—Cariño, no es lo mismo.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero aun así no me alegro de eso, pero me hizo sentir como una asesina en serie de animales. Como si de alguna forma ese fuera mi destino. Asesinar a todos los peludos amigos de cuatro patas.

La miré fijamente. No importaba qué, ella era tan... tan mortal.

Josie se mordió el labio inferior mientras deslizaba sus manos hasta mis codos, sus pulgares presionándose en el interior.

—Tengo profundos y oscuros secretos.

—¿En serio? —Mi voz era baja y áspera. La opresión en mi pecho fue disminuyendo—. ¿Le cortaste la cabeza a tus Barbies o algo así?

Rio suavemente.

—No, pero les corté el pelo e intenté teñirlo con subrayadores.

—Por supuesto —murmuré.

Levantando sus rodillas frente de mí, se agarró más fuerte a mis codos, y fui absolutamente incapaz de moverme. Estando indefenso a manos de una chica que

pensaba que tenía secretos más oscuros que yo.

—Cuando era más joven, deseé, en más de una ocasión, tener una madre diferente. Eso es bastante malo.

Me incliné hacia ella. Nuestros rostros separados por escasos centímetros.

—Creo que la mayoría de las personas simpatizarían con eso.

—Puede ser. Solo estoy diciendo que nadie es perfecto, especialmente yo.

Josie era lo más cercano a la perfección que había conocido y ella no tenía ni idea. Darme cuenta de aquello sacudió mi pecho. ¿Cuándo había sucedido? ¿Cuándo había pasado de ser un espectáculo de un solo hombre, siempre solo, sin nada significativo a mi alrededor, a tener *aquello* frente a mí, sobre mí? Cerré los ojos mientras cogía aire. Ni siquiera sabía por qué le había contado lo que había hecho. Aunque claro, tampoco sabía por qué le había contado todo lo que le había contado antes.

—No me siento así.

—¿Qué?

Cuando abrí los ojos, me miraba con esos grandes ojos azules expectantes.

—Cuando estoy contigo, no me siento como un monstruo. Lo olvido. —Y esa era la maldita verdad, una verdad aterradora—. Me olvido de todas las cosas que he hecho que me hacen no merecer esto.

Josie no respondió, y durante un buen rato tampoco se movió. Poco después sentí sus suaves labios rozando mi frente. El suave y casto toque me impactó, echándome hacia atrás, mirándola fijamente. Mi corazón latía acelerado.

Su sonrisa era vacilante, pero su agarre era fuerte.

—Te quedarás conmigo —dijo, ruborizándose mientras inclinaba su barbilla—. Está decidido, te guste o no.

Luego se estiró, obligándome a apoyarme contra la cabecera de la cama. Con movimientos torpes y tímidos, propios de ella, me rodeó los hombros. Me puse rígido mientras se deslizaba hacia abajo, poniéndose cómoda sobre mi regazo. Una vez situada, cogió mis brazos y los puso alrededor de su cintura.

Todo lo que pude hacer fue mirarla fijamente, mientras los segundos se convertían en minutos y, cuando mis músculos empezaron a relajarse, me quedé ahí con ella.

—¡Corres como una chica!

Fruncí el ceño mientras miraba la espalda de Seth y resoplé.

—Soy una chica.

—Eso no significa que debas correr como una —gritó, dirigiéndose hacia el camino principal que separaba los edificios del Covenant.

La expresión en mi rostro no duró mucho, pues sentí que iba a desmayarme. Luke se había propuesto una carrera al atardecer. No es que le culpara. Una corriente helada había bajado la temperatura hasta sentir que el aire se congelaba en mis pulmones y no notar mi rostro.

Odiaba correr.

Sin embargo, no odiaba la vista que tenía frente a mí.

Largos y gruesos músculos flexionados bajo su traje térmico gris oscuro. Mi mirada se dirigió a su trasero y casi tropiezo. En serio, podría mirar aquel cuerpo todo el día. Era una obra de arte.

Pero mi atracción hacia Seth iba más allá de lo físico. Seguía siendo ese rompecabezas que apenas había empezado a montar. Como si tuviera todas las piezas externas con los bordes lisos, pero el interior estuviera sin montar. Esos momentos en los que era indudablemente amable, o cuando era paciente durante el entrenamiento o cuando veía las bromas que le salían de forma natural, eran los que me decían que tenía corazón... todo aquello me atraía hacia él.

Quería estar dentro de su cabeza. Quizás era algo que no podía evitar habiendo estudiado psicología. Quizás solo era con Seth. No lo sabía.

Habían pasado dos días desde que había visto a Apolo y había sufrido un pequeño colapso mental; dos días desde que nos habíamos besado. No había habido más, pero Seth no se había marchado las dos últimas noches. Se había quedado y suponía que aquello era un progreso, un *frustrante* progreso.

Habíamos avanzado esa noche. Lo sabía, pero también sabía que había muchísimo más de lo que me había contado. Y no podía evitar pensar en lo que Erin me había dicho y en cómo se comportaban Deacon y Luke a su alrededor.

Había más.

El extraño —pero cada vez más familiar— sentimiento que me recorría al pasar por al lado de la biblioteca, reapareció. Sin ningún motivo, disminuí el paso y finalmente me detuve en medio del camino, sin pensar en el horrible viento que azotaba las estatuas y los árboles de olivo.

Mi mirada se dirigió a la larga y amplia escalinata que llevaba hasta las pesadas puertas.

—Oye. —Seth se acercó, bloqueando el viento con su cuerpo—. ¿Estás bien?

Asentí.

—Sí, es... —Sacudí mi cabeza, y le sonreí—. No importa.

Los rayos del sol acariciaron sus pómulos mientras fruncía el ceño.

—¿Qué?

Mirando de nuevo hacia la biblioteca, me encogí de hombros.

—Es solo que... cada vez que veo la biblioteca, no sé, quiero entrar.

—Eso es extraño.

Reí mientras juntaba las manos ahora congeladas.

—Lo sé.

—¿No la viste con los chicos? —Seth cogió mis manos, capturándolas entre las suyas—. Tus dedos parecen cubitos de hielo.

Mi mirada pasó de la biblioteca hacia él. Finos mechones de pelo le rozaban las mejillas sonrosadas por el frío, mientras frotaba mis manos entre las suyas. Era una acción tan íntima que no quise responder enseguida.

—No —dije tranquilamente—, ninguno se siente atraído por ella.

—Yo tampoco. —Se acercó más, concentrado en mis manos.

—¿Por qué no me sorprende?

Me miró a través de sus largas y abundantes pestañas.

—Debería informarte de que soy prácticamente un genio.

Resoplé.

—Pagarás por eso —advirtió suavemente. Mis dedos volvían a estar calientes—. Entonces, ¿quieres verla?

—¿Qué? ¿La biblioteca? ¿No deberíamos correr unos cuatro kilómetros más o algo así?

Seth rio.

—Joe, no puedes correr cuatro kilómetros más.

Tirando de mis manos para liberarlas, lo golpeé en el hombro.

—Tú solo espera a que sea una semidiosa. Entonces correré cientos de kilómetros a tu alrededor. Y no me llames Joe.

Sonrió mientras me alcanzaba, agarrando unos cuantos mechones de pelo mojados por el frío para ponerlos detrás de mi oreja. Su toque se demoró.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Sus pestañas se movieron hacia abajo, protegiendo esos ojos únicos.

—No lo sé. Mirándote.

Me reí a pesar de sentir mis mejillas sonrojadas.

—Vale.

Su sonrisa creció, y mi estómago voló. Llegué a pensar por un momento que me iba a besar, pero su mirada se movió a algo detrás de mí. Mientras su sonrisa se borraba, me giré.

Tres estudiantes estaban de pie cerca de una estatua de una mujer con túnica que asumí era una diosa. Nos miraban abiertamente, no de mala manera, pero

definitivamente de una forma rara. Eso pasaba a menudo, especialmente cuando estaba con Seth. Donde quiera que fuéramos, las personas se lo quedaban mirando. Justo como lo hacían cuando su madre lo lucía.

La rabia me embargó.

—Vamos dentro. Ahora.

Pestañeó y centró su mirada en mí. Forcé una sonrisa.

—¿Una carrera hasta las puertas?

Arqueó una de sus cejas burlonamente.

—Te caerás en los escalones y te romperás una pierna.

—Idiota. —Lo golpeé en el pecho, pero no se movió—. Te comerás tus palabras luego.

Giré para poder tener un buen inicio, pero cuando alcancé la mitad de los escalones, ya estaba de pie junto a las largas columnas de mármol. Pasé por su lado.

La risa profunda de Seth flotó como música a nuestro alrededor. Pasó por un lado abriendo la puerta. Al ver la biblioteca por primera vez casi me caigo de culo.

—Buenos *dioses* —susurré, porque sinceramente «dioses» era la única palabra que encajaba con lo que estaba viendo.

Estatuas gigantes de deidades estaban posicionadas por todo la planta principal, entre profundos pasillos llenos de estanterías, aguantando la segunda planta con sus manos de mármol. La biblioteca era profunda e interminable y olía como si hubiera naftalina detrás de cada libro.

Pero la rara, casi nerviosa energía en la boca de mi estómago aumentó. Me toqué la zona sintiendo náuseas. Confundida, me alejé de Seth y caminé entre las oscuras mesas de madera. No había nadie sentado en aquellas sillas pesadas. Estaba tan tranquilo como había imaginado que estaría una tumba.

Me encaminé hacia el primer pasillo, recorriendo con mis dedos los lomos de los libros. Las estanterías tenían por lo menos cinco metros de altura, y me pregunté si alguien allí podía volar, porque no veía una escalera. Pero claro, muchos de los puros podían convocar el elemento aire. Igual que Seth.

Yo también sería capaz de hacerlo, cuando mis poderes estuvieran desatados.

Raro.

—¿Cubre tus expectativas? —murmuró Seth mientras tocaba la parte baja de mi espalda.

Temblé y sacudí la cabeza.

—Es realmente asombrosa.

—Sí, lo es.

Algo en su voz hizo que lo mirara y, cuando lo hice, me quedé atrapada. Estaba mirándome de una forma... bueno, de una forma muy desconocida para mí. Esa energía nerviosa desapareció y otro temblor cruzó mi columna.

Su mirada se alejó de la mía, hacia mi boca, y mis músculos se tensaron mientras separaba los labios. Inmediatamente, olvidé el propósito de entrar en la biblioteca. Un

zumbido placentero invadió mis venas mientras me balanceaba hacia él, sintiéndome acalorada y mareada, como si hubiera estado bajo el sol del verano durante todo el día.

La barbilla de Seth bajó mientras levantaba sus manos hasta mis caderas. Apenas me tocó allí, pero sus dedos quemaron a través de la fina tela de mis pantalones. Empecé a pensar en la punta de sus dedos estando en otros lugares y me hizo marearme aún más. Inhalé profundamente y sentí su esencia; una mezcla de aire libre y algo cítrico.

Llevó sus manos hasta mi cintura, y luego levantó una hasta mi rostro. Lentamente, trazó la curva de mi pómulo. Mi pulso vibraba mientras su intensa mirada seguía sus dedos. Los arrastró por mi rostro y luego sobre mis labios entreabiertos.

—Seth.

Se echó hacia atrás, dejando caer su mano mientras se giraba ante el sonido de la voz. Cerré los ojos con fuerza mientras me agarraba al borde de una estantería. Cuando los volví a abrir vi a Marcus, el Decano de la universidad. No estaba solo. El hombre de la cicatriz estaba con él —Solos— y también otro hombre mayor, vestido todo de negro, a quien había visto varias veces alrededor del campus.

—¿Qué sucede? —preguntó Seth, desplazando sus piernas para que su postura fuera más seria, un movimiento que ahora reconocía como una postura de pelea.

Un malestar creció en la boca de mi estómago.

Marcus me saludó, y luego sus brillantes ojos se centraron en Seth.

—Tenemos que hablar.

La parte «en privado» no se dijo, pero lo entendí a la primera. Seth me miró y se encogió de hombros.

—Ahora vuelvo —dijo.

—No iré a ningún lado. —Después del terrorífico caos de la cafetería, no estaba dispuesta a deambular por el campus yo sola. De hecho ni siquiera había comido ahí desde entonces. Los chicos me traían algo de comer al centro de entrenamiento o a mi habitación.

Seth se unió al grupo de hombres de aspecto severo, e inmediatamente empezaron a hablar, en voz tan baja que era difícil escuchar, pero no evitó que lo intentara. Aprendí rápidamente que era pésima leyendo labios. Parecía que estuvieran diciendo «Tomates» o «Te amo» y dudé de que eso fuera lo que estaban diciendo.

Suspiré mientras me apoyaba en la estantería, agradecida de que nada cayera sobre mi cabeza. Eso hubiera sido vergonzoso. Ya podía verlo, cientos de libros cayendo sobre mí.

Una repentina corriente fría entró por el pasillo, revolviéndome el pelo. Frunciendo el ceño, me giré.

Había una mujer a varios metros detrás de mí. Debía de ser como un fantasma, porque no la había escuchado acercarse.

Era increíblemente alta, tan alta como Seth, y muy esbelta. Elegante; sus manos de dedos largos estaban dobladas frente de ella. Su cabello rubio estaba recogido en una masa de rizos atados intrincadamente en la parte superior de la cabeza. La mayoría de sus rasgos se escondían detrás de unas enormes gafas de sol a lo estrella de cine, pero por lo que pude ver, sus pómulos eran puntiagudos, labios grandes y rosados.

—Hola, Josephine —dijo en un acento extranjero. Las esquinas de su boca se alzaron en una fina, casi tímida, sonrisa.

Otro escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Cómo... cómo sabes mi nombre?

Se acercó y, a pesar de llevar zapatos de tacón de aguja, no se escuchó sonido alguno. Desprendía un fuerte olor a colonia y a flores de naranja.

—He estado esperándote.

Vale. Aquello no era raro ni nada. Parte de mí quería dar un paso atrás, pero me mantuve en mi lugar.

—¿Quién eres?

Inclinó la cabeza a un lado.

—Soy la bibliotecaria.

Um. Sí. ¿Desde cuándo las bibliotecarias llevaban gafas de sol? Miré por encima del hombro. Seth seguía con el Decano y, mientras Solos hablaba, Seth se giró. Nuestras miradas se encontraron y, cogiendo aire, me giré de nuevo en dirección a la bibliotecaria.

No había nadie.

—¿Que dem...? —Recorrí el pasillo hasta llegar al final y miré a ambos lados. Nada, ni siquiera el olor había permanecido.

—¿Josie?

Girándome hacia Seth, me encontré con él a mitad del pasillo.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó.

—Yo... no lo sé. —Parecía tonto mencionar a la mujer—. ¿Todo bien?

Sus ojos buscaron los míos.

—Hablemos de camino a los dormitorios, ¿te parece?

Aquello no sonaba bien, pero asentí. Una vez fuera, se pasó una mano por la frente.

—Marcus limitó las idas y venidas de los estudiantes cuando se enteró de que los Titanes habían escapado del Tártaro. Sin embargo, grupos de Centinelas entran y salen por esa puerta todo el tiempo. Algunos cazan. Otros patrullan. No hay forma de mantener esas puertas completamente cerradas durante un período de tiempo largo.

Me crucé de brazos, intentando mantener a raya el frío que me recorría debido al aire y a lo que significaban sus palabras.

—Todos los Centinelas se revisan cada hora. Nadie juega con eso. —Su voz bajó mientras ponía una mano sobre mi hombro. Alrededor nuestro había un grupo de

estudiantes que nos observaban. Esperó hasta haberlos dejado atrás—. Un grupo de exploración bastante grande ha desaparecido.

Oh no.

—No es tan raro —continuó, su voz entrecortada—. No significa que tenga algo que ver con Hyperion o los Titanes. Pueden haberse metido en problemas con los daimons, o vete a saber qué. Podría ser algo completamente diferente.

—Viene un «pero», ¿verdad?

Una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Debemos asegurarnos de que no hay conexión alguna con los Titanes.

Un frío sentimiento de miedo me desgarró por dentro.

—Vas a salir a buscarlos, ¿verdad?

Seth asintió.

—Soy el Apollyon. Esta es la clase de cosas que hago.

Pero también era solo... solo un hombre. Sí, era alguna clase de súper héroe o algo así, pero era más que eso y no me gustaba, pues sentía que era la única que lo veía como algo más que una simple arma de matar.

El silencio nos acompañó hasta los dormitorios; abrió la puerta de mi habitación. No entró, tampoco esperaba que lo hiciera. Nuestras miradas se encontraron, fijas durante un rato.

Los músculos de mi cuello se tensaron.

—¿Tendrás cuidado?

El fantasma de una sonrisa apareció.

—Siempre lo tengo. —Puso un dedo en mi barbilla y sentí que mi corazón se aceleraba—. Te veré luego. ¿Vale?

Nada de aquello me parecía bien, pero me obligué a retroceder y entrar en la habitación. Cuando la puerta se cerró, exhalé fuertemente. ¿Qué pasaba si *era* Hyperion? Si había entrado en la universidad no iba a ser nada bueno. No solo para mí, sino para todos.

Necesitaba hacer algo para pasar el tiempo. Me di una ducha. Me puse unos pantalones y un jersey ancho. Estaba a punto de salir a enfrentarme a los salvajes vientos del Covenant en contra de las órdenes que me habían dado, cuando Deacon apareció, trayendo unas hamburguesas de queso.

—¿Dónde está Luke? —le pregunté, cogiendo los refrescos que llevaba en las manos y poniéndolos en la pequeña mesa de café.

—En este momento está con algunos Centinelas.

Mis cejas se alzaron.

—Pensaba que ya no iba a serlo más.

—No lo es. —Deacon se dejó caer en el asiento—. Pero es bueno y ellos... le necesitan.

Me senté a su lado mucho más despacio que él.

—¿Sabes lo del grupo desaparecido?

Asintió mientras apretaba con su mano la hamburguesa, aplastándola.

—Sí.

Apenas tenía apetito. Mordisqueé la hamburguesa mientras pensaba en lo que podía estar pasando fuera.

—Estará bien —dijo Deacon, y cuando levanté la vista, me asombré al ver que ya se había terminado su hamburguesa. Mierda. Sus ojos grises se posaron sobre los míos—. Igual que Luke. Es algo en lo que tienes que creer. Si no, te volverás loca. — Su mirada viajó de mí hacia el marco de fotos que había sobre la mesita de café.

Erin lo había cogido, pero no lo había sacado ni puesto en un lugar donde pudiera verlo hasta ayer en la tarde, después de que los chicos se fueran y antes de que Seth llegara.

—¿Es tu familia? —preguntó Deacon, cogiéndolo—. Bueno, ¿sin papá, no?

—Sí —suspiré, viéndolo levantar el marco. Apreté la mandíbula, preguntándome si estaba lista para sacar esa foto cuando lo hice—. Esos son mis... um, mis abuelos y mi madre. La hicimos hace unos dos años.

Estudió la foto un momento y luego la volvió a dejar en la mesa con cuidado.

—Lo siento. Luke me lo dijo. Supongo que Seth se lo dijo a él. —Me observó—. Con el tiempo se vuelve más llevadero. Sé que suena tonto, pues no lo creía así cuando mis padres murieron. Sí que es cierto que yo tenía a mi hermano, a pesar de estar hecho una mierda durante un tiempo, sé que termina siendo más llevadero.

—¿Cómo... cómo murieron tus padres?

—Un ataque de daimons. Solo Aiden y yo sobrevivimos —dijo, suspirando—. Los Centinelas nos salvaron. Por eso mi hermano se convirtió en Centinela. Antes era raro que un puro hiciera esa elección.

—Lo siento por tus padres. —Cuando sonrió un poco, la curiosidad se apoderó de mí—. ¿Dónde está tu hermano ahora?

Inclinó la cabeza.

—Esa es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

Deacon rio suavemente.

—Pero no es solo la historia de mi hermano.

No lo entendía.

—Vale —dijo, apoyando las manos sobre los muslos—. Luke va a matarme, pero da igual. Es hora de ponerse serios.

Mis cejas se levantaron.

—Um. Vale. Supongo.

—Te gusta Seth. Ni siquiera intentes fingir que no. He visto cómo le miras.

Sentí mis mejillas arder. Oh Dios.

—Y he visto la forma en la que él te mira.

Oh, doble Dios.

Deacon se inclinó, chocando sus hombros con los míos.

—Lo he visto antes, ya sabes, con lo de «quiero a alguien que no debería o no puedo tener». Pero tú lo miras como si lo quisieras. Él te mira como si no pudiera o no debiera. Todo es muy irónico. Es como ver la historia repetirse de nuevo.

Lo miré, incapaz de detenerme.

—Puede tenerme si quiere. —Me sentí como una tonta cuando su sonrisa aumentó—. Quiero decir, sé que cree que no me merece.

Sus cejas se alzaron.

—¿Te ha contado eso?

—Me contó lo que ha estado haciendo durante el último año. —Cuando la expresión de Deacon decayó, suspiré—. ¿Hay más, cierto?

—Um, sí. —Se me quedó mirando lo que pareció una eternidad y después se apoyó en el brazo del sofá—. Seth va a matarme, pero hay mucho que no sabes y que creo que deberías saber.

Un repentino escalofrío recorrió mi columna.

Pasándose los dedos por el pelo, suspiró.

—Solo te lo digo porque creo que te ayudará a entender de dónde proviene Seth, pero tienes que prepararte para escuchar esto, Josie. El Seth que conoces ahora no es el mismo Seth que nosotros conocimos entonces.

Mi estómago cayó.

—Estoy lista para escucharlo.

Deacon frunció los labios.

—Te voy a contar una historia, ahora es prácticamente una leyenda entre nosotros. Es la historia de Seth y Álex.

Sentí mi pecho convulsionarse.

—Álex... es una chica, ¿verdad?

Asintió.

—Álex es la abreviación de Alexandria. Fue llamada así por su padre. Es uno de los Centinela que están aquí. No habla. Asusta mucho porque es rudo, como su hija, pero de todas formas, ella también era un Apollyon. Una chica increíble. Fuimos buenos amigos. Pero voy a dejar eso para luego.

—Vale —susurré. Nunca pensé que el pasado de Seth involucrara a otra chica.

—Álex está enamorada de mi hermano. Él está enamorado de ella. Tienen una de esas historias de amor épicas. Un «por siempre tú» y todo ese tipo de mierda. Ellos no deberían haber estado juntos, porque él es un puro y ella una mestiza, pero hicieron que funcionara.

Eso me hizo sentir mejor. Un poco.

—Pero Álex nunca estuvo destinada a estar con mi hermano. Ella era un Apollyon, nacida en la misma generación que Seth. *Estaban* destinados a estar juntos. Los habían creado para ser la mitad del otro.

Abrí la boca, pero nada salió. Vale. Aquello no me hacía sentir mejor.

—Se conocieron cuando Seth llegó a isla Deity para proteger a Lucian, el padrastro de Álex, también Consejero y un gran imbécil. Seth no sabía que Álex existía y ella no sabía nada de él. Verás, la primera vez que se conocieron, Álex tenía diecisiete años y al Apollyon no le aparecen los poderes hasta que tienen dieciocho. Seth ya era el Apollyon y hasta donde sabíamos era el único, pero no fue así. Álex jura que Seth no lo sabía, que estaba tan sorprendido como ella. No congeniaron al principio. —Hizo una pausa—. Bueno, la mayoría de las personas no congenian con Seth.

Recordé cómo fue la primera vez que vi a Seth. Lo entendía.

—Puede ser un idiota. Lo ames o lo odies, da igual, pero casi *todos* le temen —explicó—. De todas formas, resultó que Lucian siempre había sabido que Álex era el Apollyon. Ese bastardo trabajaba con Ares. Hizo todo lo posible para mantener a Álex y Seth juntos, pues cuando hay dos Apollyon, algo increíble puede pasar. Uno de ellos puede aprovecharse del otro y convertirse en el dios Asesino. Y si controlas a un dios Asesino, lo controlas todo, pues un dios Asesino puede, obviamente, matar dioses.

Todo aquello era fascinante, pero la burbuja de miedo empezó a formarse en mi estómago. Acerqué las rodillas al pecho, envolviéndolas con los brazos.

—¿Cuándo dices «juntos», te refieres a *juntos* juntos?

Hubo una pausa y luego asintió.

—Álex siempre quiso a mi hermano, pero como dije, no fue fácil para ellos entonces. Aiden la alejó para mantenerla a salvo, y Seth y Álex, al ser Apollyons, estaban conectados de una manera que es difícil de explicar. Sabían cuándo el otro estaba en peligro. Podían sentir cosas del otro. Sé que ellos... ellos, uh, tontearon, pero Josie, lo que sentían por el otro... no era algo profundo y duradero. Sí, se preocupaban por el otro. Quizás incluso se querían de alguna manera, pero no de una forma que deba preocuparte, ¿vale? Lo que pasó entre ellos siempre fue cosa del destino. Nada más.

Aquello... aquello era difícil de aceptar. Que otra chica estuviera *conectada* a Seth, que pudiera sentirlo.

—Se suponía que Seth no debía ser el Apollyon —continuó—. A lo largo de la historia Apolo es el que crea al Apollyon, pero Seth nació unos años antes que Álex. Los dioses sabían que uno de ellos lo había hecho y temían que alguien esperara crear el dios Asesino. Fue uno de ellos, Ares. Ahora recuerdas que te he dicho que Ares trabajaba con Lucian, ¿verdad? Lucian controló a Seth. Nadie sabe cómo, pero estaba claro que Lucian tenía algún control paternal sobre Seth. Adoraba a Seth, lo hacía sentir como si fuera parte de una familia. Lo tenía enganchado.

Oh, no. Tal vez aquello sonara raro para Deacon, para todos los demás, pero yo sabía cómo había llegado a eso. Seth tenía una madre horrible. Tuvo una infancia de mierda. No hacía falta ser un genio para saber que Seth, en secreto o desesperado, quería pertenecer a algo, ser querido por alguien que fuera como un padre que lo amara y cuidara de él. Podía entenderlo. Si no hubiera tenido a mis abuelos, habría estado perdida.

Y Seth... había estado perdido.

—Lucian tenía a Seth de su parte. Aquello significaba que tenía a Seth de parte de Ares. Nadie lo sabía. Sin embargo, cuando el cumpleaños de Álex llegara, se desataría todo.

—¿Qué... qué pasó?

Me miró a los ojos.

—Esta es la parte que espero que estés lista para escuchar.

Esperé un momento y luego asentí.

—Seth estaba muy encariñado con Lucian y Ares, y hacía lo que ellos le ordenaran. La primera fase del plan de Ares de tomar el control del mundo era hacerse con el puesto de consejero principal en isla Deity y ya lo había conseguido. —El dolor cruzó su rostro, como si fuera demasiado para él recordarlo—. Utilizaron a Seth para hacerlo.

Tragué con fuerza. Oh, Dios.

—Atacaron al consejo. Fue... fue malo, causando una reacción en cadena entre los dioses. Poseidón se manifestó. Sí. *Ese* Poseidón. Destruyó la Isla Deity para detener a Seth y a Lucian, pero no funcionó. Muchas personas inocentes murieron.

Cerrando los ojos, tragué de nuevo. Recordé ver todo aquello en las noticias

cuando sucedió. Habían dicho que fue un desastre natural. El horror me embargó; saber que Seth había sido parte de tal... tal destrucción.

Ni siquiera estaba segura de poder matar a un daimon y Seth había matado... había matado a tanta gente, directamente o como resultado de sus acciones.

—Resultó que Seth había estado intentando despertar a Álex antes de su cumpleaños. Se estaba aprovechando de su éter... volviéndose adicto a su fuerza. Eso solo lo empeoró todo. Entonces Álex despertó y se conectó con Seth y lo que él estaba haciendo. Fue bastante horrible. Los dioses estaban enfadados. Los volcanes entraban en erupción. Terremotos. El horror se volvió real. Ares estaba en la Tierra, su influencia provocaba guerras y conflictos, y tuvimos que encerrar a una Álex psicópata para evitar que saliera y corriera a conectarse con un Seth aún más psicópata.

Abrí la boca de par en par. Seth era un asesino... y un adicto. Me quedé sin palabras.

—Sí, estoy bastante seguro de que Álex amenazó a Aiden con hacer una corona con mis costillas o algo así. Fue una perra durante ese tiempo. —Sonrió—. Pero tan cursi como suena, el amor lo vence todo, incluso a la suerte y al destino. Ella logró escapar de su encierro y Aiden fue tras ella. Podría haberlo matado, pero su amor por él la sacó de su estado. Se desconectó de Seth y dejó de estar loca.

—Es... es bueno saberlo —murmuré, mirándolo.

—Mientras tanto, en la Tierra, el Seth psicópata estaba haciendo todo lo que Ares le pedía. Luchar. Apartar del camino a todos los que intentaban de huir de Ares. Él... era una máquina de matar, adicto al poder, totalmente manipulado. Y totalmente psicópata y...

—Por favor para de decir eso —le corté—. Para de llamarlo psicópata.

Deacon parpadeó.

—Bueno. Buscaba a Álex, pensando que si podía llegar hasta ella, podría conseguir ponerla bajo su control, lo que significaría estar bajo el control de Ares. Fuera lo que fuera que el dios le daba de comer... lo tenía atrapado, Josie. Sí, podía ser un idiota engreído, pero bajo las órdenes de Ares... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza, y de repente me entraron ganas de llorar, porque nada de aquello era justo—. Pero entonces sucedió algo que lo cambió todo, algo que le marcó, liberándolo.

Exhalé pesadamente.

—¿A qué te refieres? ¿Se volvió contra Ares?

—Sí, al final, lo que importa es que mandó a Ares a freír espárragos. —Deacon se encogió de hombros—. En ocasiones, los dioses pueden ser crueles, de una forma que no podemos ni imaginar, de una forma horrible.

Y entonces lo entendí. Lo supuse al menos.

—Ares se apoderó de Álex, ¿verdad?

Asintió, su expresión llena de dolor.

—Se metió aquí, en la Universidad, y Álex estaba con su tío, Marcus, y Aiden

cuando se reveló ante ella. Los sacó de la habitación, pues sabía que Ares les mataría. Se enfrentó a él, pero... pero él era el dios de la guerra, Josie. La torturó de tal manera que no dejó un centímetro de su piel sin cicatrices. Fue tan horrible que Apolo tuvo que llevársela al Olimpo para curarla.

—Oh, Dios mío. —Las lágrimas aparecieron en mis ojos. Sentía dolor por una chica que nunca había conocido, una chica por la que Seth se había preocupado.

—Fue horrible. —La voz de Deacon se quebró y extendí la mano, apretando su brazo. Sonrió débilmente—. Mi hermano... Aiden lo escuchó todo, pero no pudo entrar, no pudo ayudarla. Eso... sí, mató una parte de él. Lo único bueno que salió de aquello fue... que Seth estaba conectado a Álex mientras luchaba con Ares. Sintió todo lo que ella sentía.

Otra dosis de terror se apoderó de mí. ¿Cómo podía ponerse peor aquello?

—Seth no sabía que Ares iba a hacer algo tan horrible y no fue capaz de encajarlo. Aquello rompió su unión con el dios. De alguna manera convenció a Ares de que podía conseguir que Álex se uniera a él y vino al Covenant, trayendo a Lucian con él. —Cogió aire y lo dejó escapar lentamente—. Cuando se presentó en las puertas, nos pareció que estaba a punto de atacar, pero él simplemente le dio a Lucian a Álex y se entregó. Creo... creo que simplemente estaba cansado, ¿sabes? Nunca quiso que Álex saliera herida. Creo que, en el fondo, nunca había querido hacer daño a nadie.

Sentí algo húmedo sobre mi mejilla y estiré la mano, alejándolo a toda prisa. Dios, todo aquello era tan terrible y tan triste.

—Para entonces, Seth ya no era el chico que habíamos conocido. Se quedó callado. Completamente insociable. Como lo es ahora. Todo aquello había hecho mella en él.

Cerré los ojos con fuerza. Aquello lo había cambiado, apoderándose de su cabeza y de su corazón.

—Pero, ese no es el final de la historia, Josie. —Cuando abrí los ojos, estaba sonriéndome—. Seth estuvo con nosotros al final. Trabajó con nosotros. Al final terminaron liberando a uno de los Titanes para ayudar a combatir a Ares. Aiden tuvo que hacer un trato con Hades para conseguirlo. Sí, Hades está bueno, pero también es un imbécil. Aiden tuvo que prometer pasar la eternidad como uno de los guardias de Hades una vez muriera a cambio de liberar a Perses, Perses el Titán.

Me quedé boquiabierta.

—Que por cierto, era un imbécil aún mayor.

Me quedé aún más boquiabierta.

—Sí, al parecer fue una mala idea, pero no fue de Seth, así que... al final, Seth hizo algo sorprendente.

—¿Qué hizo? —susurré, preguntándome cómo, después de escuchar todo aquello, Deacon podía estar en el mismo país que Seth, pero luego recordé la primera mañana en el Covenant y cómo Deacon le había agradecido algo a Seth.

Su sonrisa aumentó, volviendo sus ojos de un color gris plata y me pregunté si su hermano tendría el mismo color de ojos.

—Sí. Verás, estaba predestinado y profetizado que solo podía haber uno de ellos. Una mierda por cierto, rollo *Highlander*.

—¿Eh?

—Mortales —rodó los ojos—. Olvídalo. En la batalla final, Álex utilizó a Seth y se convirtió en el dios Asesino. Aquello fue idea de Seth, pues sabía que, con sus problemas con el poder, era demasiado arriesgado que lo hiciera él. Lucharon contra Ares juntos. Ganaron. El dios de la guerra dejó de serlo, pero esa maldita profecía no se podía cambiar. Los dioses aparecieron. No permitirían que un dios Asesino existiera. Álex... lo sabía. Sabía lo que estaba haciendo, sabía el precio que tendría que pagar y aun así lo hizo. La chica... tenía agallas.

Me puse rígida, tan quieta que podría imitar a una de esas estatuas del patio.

—Seth estaba con ella. La abrazó mientras los dioses la mataban.

—¡Oh, Dios mío! —grité, saltando de mi asiento—. ¿Qué quieres decir con que la mataron? Ella hizo todo aquello y ellos...

—Cálmate, abejita. Apolo se hizo cargo de ella. —Esperó hasta que me senté, pero mi corazón seguía palpitando a toda velocidad. No podía deshacerme de la imagen de Seth sosteniendo a aquella chica sin rostro mientras moría—. Cuando Apolo se llevó a Álex al Olimpo, le había dado ambrosía, el néctar de los dioses. Su muerte fue mortal, pero la ambrosía la hizo *inmortal*. Se convirtió en una semidiosa. No como tú, que naciste así, pero parecido. Apolo la salvó.

—Oh. —Aquello era algo confuso, pero me alegraba saber que no estaba *muerta* muerta.

—Entonces Seth nos sorprendió a todos. Conocía el acuerdo que Aiden había hecho, y sabiendo que no podría estar con Álex ya que ella tenía que quedarse en el inframundo seis meses al año, como Perséfone, además de que Álex nunca envejecería y Aiden sí, hizo un trato con Apolo y Hades.

Contuve el aliento, esperando.

—Comprometió su vida a los dioses y su alma a Hades, prácticamente convirtiéndose en su chacha, a cambio de que Aiden también bebiera ambrosía.

—Guau —murmuré.

—No creo que lo entiendas. Seth sacrificó su futuro, su otra vida, su *todo*, para que Aiden y Álex pudieran estar juntos —explicó Deacon y, sí, lo entendí. Simplemente no podía creérmelo—. Mientras esté aquí, en la Tierra, que solo será hasta que los dioses quieran, lo controlarán, y una vez muerto será un esclavo de Hades. Al final, lo perdió todo.

Retrocediendo, miré a Deacon, totalmente estupefacta.

—Oh, por Dios, Deacon, yo no...

—¿No sabes qué pensar o qué decir? Lo entiendo. Ninguno de nosotros sabe qué decir. Nadie esperaba eso de él, pero lo que hizo fue algo muy grande. Le dio todo a

mi hermano. Se lo dio todo a Álex, y al final no consiguió nada.

Deacon se inclinó hacia delante, tomando un mechón de mi cabello.

—Hasta ahora.

Parpadeé.

—Te tiene, ¿verdad? —Dejó ir mi pelo—. No me respondas. Te acabo de decir que el chico que deseas podría calificarse como asesino en serie en el mundo mortal y que prácticamente se volvió un santo al final de todo. ¿Cómo podrías contestarme ahora? —Se encogió de hombros—. Así que veamos *Supernatural*. Dan la nueva temporada por la tele.

Simplemente me senté mientras Deacon cogía el mando, encontraba el canal y ponía *Supernatural*, proporcionándome algo de distracción con los Hermanos Winchester.

—¿Sabes esa temporada en la que lucharon en el Cementerio Stull, porque es una de las puertas del infierno? —dijo riendo—. El Cementerio Stull es en realidad uno de los portales al inframundo. Me pregunto quién escribe los guiones.

Le miré de nuevo.

Deacon se centró en el televisor.

Dejando escapar el aire que no me había dado cuenta que estaba conteniendo, me hundí en los cojines, intentando entender el rompecabezas que ahora ya estaba completo. Había muchas cosas que Seth no me había contado y ahora... ahora entendía el porqué.

Era tarde.

Deacon se había marchado una hora antes y no había señal del regreso de Seth. Era imposible que me durmiera. La cabeza me daba vueltas. No sabía qué pensar de todo lo que había escuchado. Simplemente me quedé sobre la alfombra.

¿Que se suponía que tenía que pensar ahora de él? Había hecho cosas terroríficas, pero al final, hizo lo correcto. ¿Eso deshacía todo lo demás?

Sentándome frente a la mesita de café, entendí el conflicto que había visto en su mirada muchas veces, el dolor que parecía permanecer bajo la superficie. Él sentía remordimientos por cazar a los traidores.

Él había sido uno de los traidores más grandes.

Deacon tenía razón. ¿Cómo iba a relacionar esas dos mitades? Y eso sin tener en cuenta el hecho de que había otra chica. Sí, era algo discutible, pero aun así. Había renunciado a todo por ella.

A todo.

Me levanté de nuevo, andando alrededor de la mesita.

Todo en lo que podía pensar era que nada de aquello era justo. Allí estaba yo, sintiendo lástima de mí misma y mis circunstancias, cuando otros estaban mucho peor. Álex. Aiden. Seth.

Él había pasado de estar bajo el control de Ares y haber hecho cosas terribles, a hacer casi lo mismo para Apolo. Aquello no era justo. Estaba mal. Y era triste.

Pero eso no cambiaba lo que había hecho.

¿Seguía teniendo convicciones mortales demasiado cerca de mi corazón? Estaba entrenando para defenderme, para luchar. Era posible que tuviera que matar para protegerme. Incluso los seres humanos lo hacían.

Al acercarme a la puerta, escuché otra cerrándose en el pasillo, y mi corazón saltó en mi pecho. No había nadie más en las habitaciones cerca de las nuestras. Tenía que ser Seth. Sin detenerme a pensar en lo que estaba haciendo, abrí la puerta y corrí por el pasillo, descalza. Llegué a la puerta y llamé.

Un momento después se abrió. Seth se quedó allí, con el pelo suelto rozando sus hombros desnudos. Llevaba la camiseta térmica en las manos.

No estaba preparada para verlo. Debería haberlo pensado antes de salir corriendo.

—Hey —dijo, haciéndose a un lado—. Ahora iba para allá.

Al entrar en su habitación por primera vez, me di cuenta de que se parecía a la mía. Un salón. El dormitorio detrás de la puerta estrecha y una cocina pequeña a mi derecha. El corazón me latía apresurado mientras lo miraba a los ojos.

A los muchos secretos en aquellos ojos ámbar.

—¿Habéis... habéis encontrado algo? —pregunté, juntando las manos.

—No. —Los músculos de su estómago se tensaron y flexionaron mientras lanzaba su camisa sobre el sillón.

Entonces levantó la mano, pasándose los dedos por el pelo.

—No hay rastro de ellos. Nada. Marcus está aumentando la vigilancia en las puertas, por si acaso. Con suerte, no habrá nada de qué preocuparse.

—Eso espero —murmuré, levantando mi mirada hacia él. Era... era tan hermoso, pero había mucha oscuridad en su interior.

Frunció el ceño mientras daba un paso hacia mí.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo mientras no estaba?

—Lo sé —solté, y entonces me bloqueé.

Frunció el ceño.

—¿Sabes... qué?

—Sé... sé lo de Álex —dije, apretando las manos mientras el ceño fruncido desaparecía y abría los ojos de par en par—. Sé lo de Ares.

Seth dio un paso atrás mientras me miraba.

—¿Lo sabes?

Asentí. Mi pulso latía tan rápido que temía que estuviera enferma.

—Lo sé todo.

Me miró fijamente durante un largo rato, y luego levantó la barbilla. Su rostro era impassible, como una puerta cerrándose de golpe.

—Si lo sabes todo, ¿entonces por qué estás aquí, Josie?

Abrí la boca mientras negaba con la cabeza.

—Deberías estar en cualquier otro lugar menos aquí.

¿Debería? Crucé mis brazos sobre el pecho.

—No sé qué decir, Seth.

—Lo diré yo por ti. —Un músculo vibró a lo largo de su mandíbula—. Estás asqueada. Soy un asesino. —Su voz era baja e incluso así me estremecí—. ¿Pensaste que lo que había hecho el año pasado era perdonable? Eso es porque no lo sabías todo. Cuando te dije que era un monstruo, no estaba engañándote, Josie. Lo soy.

—No —dije, y entonces dije con más fuerza—: Diste todo por Álex y Aiden. Diste todo por sus vidas.

—¿Te dijeron que era un adicto? —Cuando asentí, rio con dureza—. Y aun así... estás aquí.

—Seth...

Se encogió de hombros mientras cogía la tira de cuero de su muñeca y levantaba los brazos, atándose el pelo.

—¿A qué vida estaba renunciado? No era tan importante como para no sacrificarla. Confía en mí, me lo merezco. Y me merezco lo que viene después.

—No mereces nada de esto. —Di un paso adelante, ignorando la forma en que su cabeza giró bruscamente hacia mí. Y en el momento en que las palabras salieron, supe que era así cómo me sentía. Bueno o malo, era lo que sentía—. Tú no mereciste

nacer con una madre horrible o tener una infancia de mierda. Y puedes estar seguro de que no te merecías que alguien usara todo eso en tu contra.

Su pecho subía.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Sé que Álex no merecía todo lo que le pasó. Al igual que tú tampoco. Eso no quiere decir que no tomaras malas decisiones.

—Estoy bastante seguro de que lo que hice se podría resumir mejor que en una mala elección. —Se rompió.

—Vale. —La frustración se apoderó de mí y di un paso adelante, sin llegar a empujarlo—. Has hecho cosas terribles, Seth. Has hecho cosas horribles. ¿Es eso lo que quieres que diga?

Empezó a mirar hacia otro lado.

—Es eso, ¿no? ¿Quieres que siga diciéndote lo que quieres creer de ti mismo? ¿Que no te mereces la felicidad? ¿Que eres un monstruo?

—¡Porque lo soy! —gritó, frente a mí, y de cerca sus ojos ardían. Un brillo de color ámbar se deslizó por sus brazos, evaporándose tan rápidamente que no estaba segura de que lo hubiera visto—. ¿Por qué no puedes verlo? Todo el mundo lo hace. Espera. ¿Simplemente te vas a quedar allí y me contarás más historias sobre cómo ejecutaste varios animales?

Mis ojos se estrecharon.

—Cállate.

Sonrió.

—No te ven como un monstruo. —Di un paso atrás—. Si lo hicieran, ¿crees que te dejarían entrar aquí? ¿Que Deacon te hubiera dado las *gracias*? ¿Que no habrían *intentado* darte una paliza ya?

Abrió la boca, pero no quería oírlo.

—¿O que Apolo me dejara a tu cargo? ¿Que no te hubiera despellejado vivo cuando nos encontró besándonos? ¿Por qué no puedes verlo?

Un momento de tensión pasó y luego bajó la barbilla, quedando frente a mí. Su voz fue baja cuando habló.

—¿Entonces puedes olvidar y perdonar todas las cosas horribles que he hecho? ¿Es eso lo que estás diciéndome?

Negué con la cabeza.

—No. No estoy diciendo eso. Lo que estoy diciendo es que no eres culpable de tus acciones. No puedes ser indiferente con todo lo demás.

Me miró y guau, me sentí orgullosa. Me aferré a eso.

—Sé que te preocupabas por las personas. Sé que te preocupabas por Álex. Y sé... sé que no hubieras hecho esas cosas si no hubieras sido manipulado. No estoy diciendo que carezcas de responsabilidad, pero eso no es lo único que te hace quien eres. Eres más que el Apollyon. Eres más que el chico que se puso de lado de Ares. Eres... también eres el chico que dio un gran paso para corregir lo que había hecho

mal. Eres el chico que lamenta lo que ha hecho. Eres el chico que no se rio de mí cuando dije que no tenía amigos en el colegio. También eres el chico que me dejó convertirlo en una almohada, y te preocupas por...

Se movió hacia adelante, acunando mis mejillas.

—Dilo otra vez.

—¿Decir qué? —contesté, agarrando sus muñecas—. Te he dicho un montón de cosas. Ayúdame.

—Di que no soy solo el Apollyon —susurró, con voz áspera.

Las lágrimas crecieron en mis ojos.

—No eres solo el Apollyon, Seth.

Sus ojos se cerraron, su rostro se tensó, mientras sus dedos recorrían mis mejillas.

—Ni siquiera sé quién soy. O lo que he sido.

Oh Dios, eso me partió el corazón.

—Eres solo... eres solo Seth.

Un temblor recorrió sus brazos.

—Y tú... tú eres más que mi salvación.

Di un grito ahogado cuando me soltó y se dio la vuelta. Cruzó la puerta de su habitación sin la gracia normal que lo caracterizaba. ¿Su salvación? Aquello era... poderoso. Importante. Lo seguí hasta el dormitorio. Se había detenido frente a la cama, con las manos en las caderas, la cabeza inclinada y los músculos de su cuerpo tensos.

—¿Seth?

Levantó la cabeza, y le escuché coger aire antes de enfrentarme. Vi lo que estaba sucediendo. Cualesquiera que fueran las paredes que había construido en torno a él se habían agrietado. Me miró como nunca antes.

—Si no me dejas ahora mismo, no quiero ser responsable de lo que haga —dijo; su voz era grave y áspera—. No estoy bromeando.

Me congelé mientras una serie de temblores se extendían a través de mi piel y mis ojos se abrían sorprendidos. Una parte de mí pensaba que sabía a qué se refería, pero la otra no estaba segura de nada que no fuera el hecho de que confiaba en él, por loco que fuera. ¿Quién decía eso de mí?

—Josie. —Su voz se quebró mientras sus brazos caían a sus lados.

En ese momento, supe que él necesitaba que me quedara. Realmente necesitaba más que eso. Dejarlo no probaba nada de lo que acababa de decirle y no quería dejarlo. Mi estómago se agitó nervioso mientras daba un paso hacia él.

Eso fue lo más lejos que llegué.

Seth estuvo delante de mí en un santiamén. Un brazo se curvó alrededor de mi cintura acercándome a su pecho desnudo. Con la otra mano, sostuvo la parte posterior de mi cabeza, inclinando mi boca para encontrarse con la suya.

El beso...

Fue lo más suave y dulce que jamás había sentido. Apenas un susurro sobre mis

labios, pero tan potente, tan demoledor, que tuve que luchar contra las lágrimas. Su poderoso cuerpo se estremeció contra el mío mientras trazaba las líneas de mi boca. Había algo infinitamente tierno en ese momento.

El beso...

Robó mi alma. Me reclamó de una forma que no sabía que fuera posible. Se metió dentro de mí, creando más que un incendio. Había esperanza en aquel beso. Una promesa de más, de redención.

De salvación.

Mis labios se abrieron bajo los suyos, dándole la bienvenida, y el beso se profundizó, pero no había nada apresurado en ello. Como una exploración lenta, vacilante, me besó como si nunca hubiera besado a nadie antes y sabía que no era el caso. Pero había algo nuevo, algo diferente en la forma en que nuestras lenguas se encontraron, y empecé a temblar.

Seth se echó hacia atrás, sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Quieres esto?

Encontré mi voz.

—Sí.

—Estás loca.

Entonces su boca se cerró sobre la mía y cuando mis manos se posaron sobre sus hombros, sentí que mis sentidos empezaban a girar descontrolados. Sus manos se movieron hasta el dobladillo de mi jersey y no rompió el contacto hasta que fue necesario para pasarlo por mi cabeza. Lo dejó caer al suelo y volvió a besarme.

Sus manos se posaron en mis hombros, rozando los tirantes de mi sujetador. Nunca antes había llegado tan lejos así que, cuando se echó hacia atrás y su mirada recorrió mi cara roja como un tomate y besó mi cuello, tuve que reprimir el impulso de cubrirme.

Mi cuerpo no era perfecto, no como el de él. Incluso con el entrenamiento y tras haber corrido, tenía el estómago flojo y las caderas seguían siendo anchas. Dudaba de que aquello cambiara nunca, pero era difícil estar allí y dejarle mirar hasta que se hartara.

Arrastró sus dedos por los tirantes, bajando hacia las copas de encaje, y contuve el aliento. Un derroche de sensaciones me inundaron. No le había escondido la reacción de mi cuerpo. Cuando sus dedos llegaron a la «V» en mi escote, sus manos se movieron hacia los lados, rozando las puntas de mis pechos.

Tragué saliva, la garganta no me funcionaba. Se acercó más, sus caderas presionándose contra mi vientre mientras ahuecaba mis pechos. Sus pulgares se movieron, realizando círculos ociosos cada vez más y más cerca de donde a mí realmente me dolía.

Sus espesas pestañas se levantaron, su mirada ardiente encontró la mía mientras sus pulgares tocaban las puntas endurecidas; gemí. Seth se inclinó, capturando el sonido con sus labios, pero sus dedos... Oh, Dios, no se detuvieron. Me atormentó y

se burló, tiró y me torturó de la forma más dulce posible a través del delgado satén, tocándome hasta que jadeaba y mis uñas estaban enterradas en sus hombros. Una mano se deslizó por mi espalda y, demostrando sus habilidades, desabrochó el sujetador con una mano. El material se aflojó y hundí mi cabeza en su pecho, presionando un beso en su tensa piel mientras arrastraba los tirantes por mis brazos. Esperó hasta que bajé los brazos, y luego dejó caer el sujetador entre nosotros.

Seth apretó sus labios contra la parte superior de mi cabeza y luego en la punta de mi nariz cuando levanté la barbilla. Los besos seguían llegando. Sobre mis mejillas, a lo largo de mi mandíbula y, a continuación, sobre mi cuello; su lengua se deslizó por mi pulso, enviando escalofríos por todas partes mientras sus manos encontraban su camino de regreso a mis pechos. Sin nada entre sus manos y mi piel, el roce fue como ser golpeada por un cable de alta tensión.

Un sonido que ni siquiera sabía que era posible salió de mi garganta y sentí sus labios curvarse contra la piel entre mi cuello y hombro. Me aferré a él mientras pasaba un brazo alrededor de mi cintura y me levantaba. Un momento después, estaba sobre mi espalda, sobre su cama, con el pelo esparcido por todas partes y en *topless*. Se puso sobre mí, mirándome de una forma que me estremeció tanto o más que el roce de sus manos.

—Perfecta —murmuró—. ¿Lo sabes? Absoluta y jodidamente perfecta.

No pude hablar mientras lo veía bajar la cabeza; varios mechones de pelo rubio cayeron hacia adelante, acariciando mi pecho. Dejé salir el aire en mis pulmones ante el roce. Dibujó un caliente y ardiente sendero por el centro de mi pecho mientras cambiaba su peso de un brazo al otro. Su mano se dirigía al sur mientras sus labios y lengua saboreaban cada centímetro de mi pecho, cada vez más y más cerca del endurecido pezón.

Sus dedos desabrocharon mis vaqueros. La cremallera bajó —con un sonido erótico— haciendo que mis dedos se curvaran. Su mano se extendió sobre mi cadera, sus dedos deslizándose bajo la cintura de mis pantalones. Tiró y el instinto me instó a levantar las caderas. Lo hice y un instante después, mis vaqueros estaban en el suelo. Cuando su mano volvió a mi vientre, su boca finalmente llegó a casa, cerrándose sobre la punta de mi seno.

Gemí, mientras mi espalda se arqueaba sobre la cama. Mierda. Sus manos no eran nada en comparación a su boca. Señor. Mis dedos se cerraron alrededor del edredón y un gemido gutural brotó de mí cuando capturó la punta entre sus dientes.

—¡Seth! —intenté respirar, pero rio entre dientes, chasqueando la lengua donde había pellizcado, calmando ese ligero escozor. Y entonces le dio a mi otro pecho el mismo tratamiento; besó, chupó, pellizcó, lamió y oh, *dioses*, estaba tan perdida que ni siquiera era gracioso.

Me estaba ahogando en lo que él estaba haciéndome y cuando deslizó la mano a lo largo de mis costillas, cerrándola sobre mi otro pecho, pensé que acababa de morir en aquel preciso momento. Podía sentirlo presionando contra mi cadera, grueso y

duro, y mi corazón latió de deseo, anhelo y mil cosas más.

Seth se tomó su tiempo, burlándose, hasta que mis caderas se movían sin descanso y mis muslos se apretaron, hasta que mis manos encontraron su camino hacia él y las deslicé por sus brazos, sintiendo sus músculos y el ligero temblor que recorrió su piel. Me pregunté si sus símbolos brillarían en aquel momento y cómo serían.

Pero entonces dejé de pensar, pues su mano seguía moviéndose mientras él se levantaba, colocando su boca sobre la mía. Los besos eran lentos, lánguidos, casi cuestionadores, besos dulces y vertiginosos. Seth *era* vertiginoso, cada aspecto de él lo era. Las chispas de electricidad bailaron sobre mi piel, colisionando con todo lo que estaba sintiendo hasta que pensé que había una buena probabilidad de que ardiera mientras su mano viajaba por mi estómago, sobre mis bragas.

—¿Te abres para mí? —me preguntó contra en mi boca.

Mis muslos se separaron y entonces me tocó. Me tensé completamente, en parte porque nunca había sido tocada de aquella manera y en parte debido a que la tensión dentro de mí se extendió.

Murmuró algo contra mi boca en un lenguaje que no entendía, mientras movía su mano entre mis piernas, sus dedos arrastrándose arriba y abajo.

—¿Te gusta?

Mis caderas se levantaron en respuesta, y rio de nuevo, presionando su frente contra la mía. Podía sentir su pecho moviéndose mientras mantenía el lento movimiento de sus dedos.

—Me lo tomaré como un sí —dijo.

—Yo... —Agarré su brazo, sintiendo los músculos que se movían bajo mi mano cada vez que movía los dedos—. Seth...

—No creo que llegue a cansarme de oírte decir mi nombre así. —Me dio un beso antes de echarse hacia atrás. Fui a cogerlo, pero él ya tenía las manos debajo del elástico de mis bragas y las arrastraba por mis piernas.

—Oh Dios —susurré.

Un lado de sus labios se arqueó mientras me miraba, completamente desnuda ante su mirada.

—Eres jodidamente hermosa, Josie.

Tartamudeé un «gracias» que ni siquiera estaba segura de que hubiera oído. Puso las manos a ambos lados de mi cintura, y me miró como si nunca me hubiera visto antes, pero seguía con los pantalones puestos. No me parecía bien, así que me senté, presionando mi rostro, ardiendo, en el espacio entre su cuello y hombro. Mis dedos buscaron el botón de su pantalón y él se retiró, dándome acceso.

Tiré de ellos y se inclinó, ayudándome a conseguir que bajaran por sus muslos. Se hizo cargo en ese momento, lo que agradecí, porque no tenía ni idea de cómo iba a conseguir bajarlo por sus largas piernas sin sentirme avergonzada. Cuando se quedó en calzoncillos, sentí la boca seca. Pude ver su longitud luchando contra la tela.

Su mano se curvó bajo mi barbilla, levantando mi mirada. Nuestros ojos se encontraron. Había suavidad en su mirada, algo que dudaba que mucha gente hubiera recibido de él.

Mordiéndome el labio, me estiré de nuevo. Su mano dejó mi barbilla, doblándose sobre mi muñeca antes de que pudiera deshacerme de su bóxer. Sorprendida, mi mirada se levantó a la suya de nuevo.

Todavía me miraba de *aquella* manera.

—A menos que me equivoque, hay algo que creo que deberías decirme.

—¿Qué? —¿Que estaba a punto de impregnarse en mi piel?

Seth bajó la cabeza, besando mi hombro desnudo mientras llevaba mi mano hacia él, presionando mi palma contra su longitud. Di un grito ahogado ante el calor que se filtraba a través del material, y él gimió.

—Josie, ¿has tocado a un chico así en alguna ocasión?

Mis dedos se cerraron alrededor suyo, y sus caderas se sacudieron. Deslizó mi mano por su dura longitud mientras levantaba la cabeza, besando la comisura de mi boca.

—*Josie...*

—No —susurré, apretando mi mano alrededor suyo, a través del bóxer—. Nunca he... estado con nadie.

Se estremeció al levantar la cabeza, su mirada me atrapó.

—¿Y vas a darme eso?

—Sí. —Y asentí. Solo en caso de que no le quedara claro.

Apartando mi mano se levantó, inclinando la cabeza para besarme profundamente mientras me empujaba sobre mi espalda, con su peso cubriéndome.

—Nunca he tenido algo que fuera mío —dijo contra mi boca—. Nada que fuera solo mío y de nadie más. Nunca he sido el primero de nadie. —Me dio un beso y luego levantó la cabeza. Lo miré fijamente a los ojos—. Nunca he sido el único de alguien.

Me dolió el corazón al escucharlo, mientras levantaba la mano, presionando mi palma contra su mejilla.

—Eres mi primero —susurré—. Eres... eres mi único.

Sus labios se separaron.

—No puedes decir eso y no decirlo en serio.

Sostuve su mirada mientras mi pecho se hinchaba.

—Lo digo en serio.

Pasó su pulgar por mi labio.

—Realmente soy un afortunado hijo de puta.

Antes de que pudiera procesar aquello, su boca reemplazó su pulgar. Era como si esas palabras hubieran formado una especie de vínculo inquebrantable y ese beso lo selló. Como si estuviéramos cumpliendo nuestra propia profecía y nuestro destino no pudiera ser borrado.

—No vamos a hacerlo —dijo.

Abrí los ojos sorprendida.

—¿Qué?

Rio en voz baja y luego gimió.

—Sí, ni siquiera puedo creerme que esté diciendo eso, pero hay otras primicias que quiero de ti. Otras cosas que quiero que sean mías antes de pasar a esto.

—Pero...

—Es lo que quiero —me dijo mientras se movía, deslizando su mano por mi estómago, entre mis muslos—. *Esto* es lo que quiero. —Su mano se dobló sobre mí, y mis caderas se levantaron—. Y hay un montón de maneras en las que lo quiero. Una de las muchas maneras en las que voy a hacerte mía.

Oh maldición.

Deslizó un dedo a través de la humedad y luego dentro de mí. Todo mi cuerpo se tensó, y cuando empezó a mover su dedo lentamente, me miró.

—Esta es una de esas maneras.

—*Seth*.

Sus ojos brillantes se abrieron e hizo algo con su mano que causó que mi cabeza se echara hacia atrás y mi aliento saliera en cortos y rápidos jadeos.

—Eres tan hermosa —dijo, moviéndose mientras su mirada iba de mi cara a su mano—. No tienes ni idea.

Mis caderas se movían al ritmo de su mano, y los sonidos que salían de mi boca probablemente me avergonzarían más tarde, pero en aquel momento no podía importarme menos. Entrelacé mis dedos en su pelo.

—Hay otra primera vez que quiero.

La sonrisa que apareció en su rostro era absolutamente pecaminosa. Alcancé a vislumbrarla antes de que me besara profundamente y luego hiciera su camino hacia abajo, deteniéndose en algunas zonas más que en otras. Besó mi ombligo y luego deslizó su lengua dentro; para entonces mis caderas estaban moliéndose contra su mano. Estaba tan cerca que, cuando apartó la mano, grité.

Y entonces me besó donde había estado su mano.

—*Seth* —susurré, mis dedos agarrados a su pelo—. Nunca... nunca he hecho esto tampoco.

—Lo he supuesto, Josie.

—Pero, en serio, no he...

—Lo sé. Y es todo mío —dijo—. Relájate.

No podía relajarme por miles de razones. Estaba entre mis piernas, su cálido aliento contra mi muslo mientras recorría el camino que llevaba a mi centro. Cuando su boca se cerró sobre mí, el calor inundó mis venas y él hizo un sonido que me recordó a un hombre muerto de hambre.

—Tan jodidamente dulce —dijo.

Mi corazón duplicó su ritmo mientras me besaba igual que había besado mi boca.

Lento y suave al principio, y luego más y caliente, hasta que me retorció tanto que puso una mano en la parte baja de mi estómago, sosteniéndome, guiando mis caderas para que coincidieran con los empujes de su lengua. La sensación me golpeó, intensa y hermosa. No pensé en lo íntimo que era aquello, solo me deleité en lo perfecto que era que fuera él.

—Seth —susurré su nombre.

Aumentó el ritmo y la profundidad. Pude ver sus caderas moviéndose, como si no pudiera controlarse a sí mismo, y algo de eso me puso a tope. De alguna forma innata, supe que él estaba más cerca que yo y me gustó. Cogí aire, pero la espiral dentro de mí se alzó. Grité y oí su ronco sonido gutural contra la parte más suave de mí. La liberación me golpeó, robándome el aliento, mientras me fundía bajo su tortura, pulsando y latiendo en un torbellino de sensaciones.

Seth se quedó conmigo, ayudándome a terminar y frenando para que pudiera recuperar el aliento. Mi mano se deslizó de su cabello, cayendo lánguidamente a mi estómago. Me besó una vez más en cada uno de mis muslos, antes de levantarse.

A través de una neblina, creí ver un sobresalto en su expresión, como si hubiera derribado otra barrera. Aquello estaba bien. Había acabado con el mío.

Subiendo a través de mi cuerpo, me besó suavemente y noté un sabor diferente, mezcla entre él y yo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Perfecta —murmuré—. Mejor que nunca.

Rio entre dientes.

—Lo comprobaré.

—Uh, huh.

Su rostro se suavizó mientras salía de la cama. Se inclinó, cogió una manta y la arrastró hasta mi cintura. Parecía lo suficientemente larga como para cubrirme entera, pero cuando su mirada cayó sobre mis pechos, me imaginé que lo había hecho a propósito.

Con los ojos medio abiertos, lo vi detenerse frente a la cómoda y sacar otro par de bóxer. Me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo.

—Eso ha sido la primera vez para mí también.

Completamente desvergonzado.

Me encantó.

Sonreí un poco mientras desaparecía en el baño. Oí agua corriendo, y me imaginé que estaba limpiándose. Regresó a los pocos segundos. No me había movido ni un centímetro.

Se subió a la cama, deslizándose un brazo bajo mi espalda. Se acurrucó a mi lado y tiró de mí hacia atrás, acomodando mi trasero en la base de sus caderas. Su brazo alrededor de mi cintura y nuestros cuerpos unidos.

—¿Todavía conmigo? —preguntó.

—Yo... —Me llevó un momento poner el cerebro en marcha—. No sabía que

podría ser así.

Seth besó mi hombro desnudo, y entonces me rompió el corazón un poco más.

—Yo tampoco.

Mi corazón seguía latiendo con fuerza, y no estaba seguro de cuánto tiempo pasó. Josie sostenía mi mano derecha —la mano de mi daga— mientras arrastraba la punta de su dedo a lo largo de mi palma, trazando diseños vagos.

¿Ella no sabía que podía ser así?

Demonios, yo tampoco. En serio. Nunca en mi vida me había corrido sin quitarme los *bóxers*, y aún así, seguía deseándola. Como un hombre de las cavernas, la palabra *mía, mía, mía* se repetía una y otra vez y sí, aquello era una primera vez. No había ocurrido de la noche a la mañana. Se había ido construyendo y ahora estaba jodido.

Ella lo sabía todo, cada maldita cosa sobre mí, y estaba aquí, entre mis brazos, gloriosamente cálida y suave. ¿Afortunado? Eso ni siquiera lo cubría. Ella era... era un regalo. Salvación.

Era peligroso sentirme de aquella manera, porque me hacía pensar en cosas que no podía tener. Un futuro, por un lado, y luego estaba el hecho de que ella era prácticamente un arma. Un día se enfrentaría a Hyperion. Mi brazo se apretó alrededor de su cintura.

No quería pensar en nada de aquello en aquel momento.

—Cuando era niña... —dijo. Tras ponernos cómodos empezó a hablar de cosas al azar y no quería que se detuviera. Me gustaba el sonido de su voz—. Era muy gordita. Mi abuelo solía llamarme bola de grasa.

Sonreí contra su garganta.

—Me gusta tu bola de grasa.

—Oh, Dios mío —se rio—. Eso suena tan mal.

—Es cierto.

—Apuesto a que tú no eras gordito. Probablemente naciste con una tableta de ocho.

Agachando la cabeza, besé la cicatriz en forma de media luna en su cuello, apartando la rabia que acompañaba el ver esa marca.

—Era el bebé más fuerte de los alrededores. Podía levantar dos botellas con un solo puño.

Su cuerpo se estremeció con su suave risa.

—Eres tonto.

Incapaz de evitarlo, acaricié su cuello, provocándole un escalofrío. Estaba listo para la segunda ronda, pero me controlé, satisfecho con solo abrazarla. No pasó mucho tiempo antes de que se quedara dormida en mis brazos. Y a pesar de estar cansado, estaba completamente despierto, centrado en ella, absorbiendo el lento y constante ascenso y caída de su pecho, la forma en que sus labios se separaban y la

longitud de sus pestañas.

Mientras estaba allí, la bola de plomo en mi estómago resurgió volviéndose más pesada. La duda se deslizó a través de mis pensamientos, disminuyendo la neblina de satisfacción que me rodeaba. No me arrepentía. Joder que no. Nunca me arrepentiría de aquellos momentos con Josie. El temor era más profundo, originado por todo lo que había experimentado. Era esa gélida sensación de que a pesar de tenerla entre mis brazos en aquel momento, iba a escurrirse en cualquier momento y no había nada que pudiera hacer al respecto.



Apenas había dormido unas horas, pero tan cursi como sonaba, me sentía como si hubiera dormido durante una semana cuando me desperté y encontré a Josie exactamente donde la había visto por última vez, entre mis brazos.

Estaba despierta, su rostro hacia mí, y una pequeña sonrisa tiró de esos labios.

—Buenos días —susurró.

Acortando la pequeña distancia entre nuestras bocas, la besé suavemente, ignorando el resurgimiento repentino de lo que había estado pensando antes de quedarme dormido. Sus labios eran suaves y cálidos bajo los míos, e infernos, no quería moverme de aquella cama.

—Entrenar —murmuró cuando levanté la cabeza—. Tenemos que... —Jadeó cuando arrastré mi lengua por su labio inferior—. Tenemos que entrenar hoy.

—Soy tu instructor. —Rodé, situándola justo donde la quería, debajo de mí, mientras clavaba mis codos a cada lado de su cabeza. Sus piernas se abrieron, y me coloqué entre sus muslos. Haría una locura si pudiera hacer que mis calzoncillos desaparecieran por arte de magia para que no hubiera nada entre nosotros, pero la suavidad de sus pechos contra mi pecho era lo suficientemente genial de por sí—. Puedes llegar tarde.

Me sonrió mientras colocaba sus manos sobre mi pecho, vacilante.

—Bueno, gracias por darme permiso.

—No es necesario que me agradezcas. Simplemente soy así de cortés.

—Tengo la sensación de que si no salimos de la cama ahora mismo, no lo haremos.

—No veo absolutamente nada malo en eso. —Bajando la cabeza, presioné un beso en su sien y luego otro en su mejilla—. Además, prometo que vas a aumentar tu ritmo cardíaco aquí.

—Oh, Dios mío —rio mientras deslizaba sus manos alrededor de mi cuello y enredaba sus dedos en mi cabello. Me gustaba. Infernos, me gustaba todo de aquella mañana.

Mis labios encontraron los suyos otra vez y el beso... sí, era salvaje pero tan nuevo, no se parecía a nada que hubiera hecho antes. No estaba seguro de lo que

realmente significaba, pero tenía razón. Lo último que teníamos que hacer era dejar que... *esto*... entorpeciera el entrenamiento.

A veces mi madurez me sorprendía. Aquel era uno de esos momentos en los que deseaba poder recurrir al Seth más egoísta.

Suspirando, la besé una vez más. Esta vez, cuando levanté la cabeza, me aparté de ella y balanceé mis piernas sobre el borde de la cama.

—Tienes razón. Vamos a por ello.

Josie se quedó allí un momento, sonrojada y con la vista desenfocada. La sábana se había deslizado, revelando una punta rosa, y sí, todo aquello de ser maduro fue un asco.

Cruzó el pasillo antes de que mandara a la mierda la moderación. Nos duchamos y nos pusimos la ropa de entrenamiento. Unos cuarenta minutos después, nos encontramos de nuevo en el pasillo y, cuando nuestras miradas se encontraron mientras deslizaba la sudadera con capucha sobre una camiseta sin mangas, sus mejillas se sonrojaron.

Ninguno de los dos habló durante un momento. Nos quedamos allí en el pasillo, en silencio, mirándonos el uno al otro. Sinceramente, no tenía ni idea de qué decir. Aquello... No tenía ninguna experiencia con aquello. Pasar la noche con una chica y no tener sexo. Verla de nuevo y no querer salir en dirección contraria.

Josie colocó un mechón de su pelo suelto detrás de su oreja mientras observaba el pasillo.

—¿Estás listo?

Asentí y nos pusimos en marcha. Recorrimos la mitad del pasillo antes de que hiciera algo totalmente cursi. Estiré una mano encontrando la suya y, sin mirar, junté mis dedos con los suyos.

Levantó la vista; la sorpresa ocupó su expresión, pero entonces sonrió, y sí, esa sonrisa valía la pena.



Las situación era... un poquito incómodas.

Ambos intentábamos fingir que unas horas antes no habíamos estado acostados en la cama juntos. Bueno, yo intentaba fingir que no había estado completamente desnuda y estaba haciendo mi mayor esfuerzo para no permitirme pensar dónde habían estado aquellos dedos y aquella boca. Intentaba no pensar en nada de eso, dejándolo para otro momento más adecuado.

Estaba fallando.

Aunque entrenar había sido idea mía, no había sido la más brillante. Mis pensamientos se dispersaban y se obsesionaban con todo lo que había sucedido la noche anterior.

Seth me rodeó. Con la barbilla baja y sus labios curvados en una media sonrisa

que mostraba su desacuerdo. Aquellos ojos ámbar estaban llenos de malvados secretos que hacían difícil concentrarse. Pensé en lo que pasaría cuando estuviéramos a puerta cerrada.

Se lanzó hacia adelante, moviendo un brazo. Desprevenida, me lancé a un lado en lugar de bloquearlo.

—Presta atención —murmuró.

Levantando los brazos en posición, entrecerré los ojos.

—Estoy prestando atención.

—No, no lo estás.

Se dio la vuelta y su brazo voló. En lugar de correr, entré al ataque, usando mi antebrazo para bloquear el golpe. El impacto fue duro, pero me estaba acostumbrando a ello. La primera vez que había bloqueado con éxito un golpe, había saltado sobre la colchoneta como un conejito demente, lloriqueando.

—Bien. —Seth bajó, y supe que estaba a punto de darme una patada. Odiaba aquello. Dando un paso atrás, moví mi brazo hacia abajo en un arco como me había enseñado, bloqueando la patada antes de que conectara con mi estómago.

—Podrías ser un poco más rápida. —Se enderezó cuando enrollé mis brazos. Caminando delante de mí, salté y dejé escapar un pequeño chillido cuando su mano conectó con mi trasero. Me giré hacia él con la boca abierta. Me guiñó un ojo—. Ves. Deberías haber anticipado eso.

Mis ojos se estrecharon, pero antes de que pudiera hacer algo realmente estúpido, como intentar darle una patada, las puertas de la habitación se abrieron y Luke entró.

—Hey —le gritó Seth, levantando una botella de agua de la colchoneta. Tomó un trago—. Llegas pronto.

Asintió mientras dejaba caer una mochila junto a la puerta.

—Sí, bueno, ha pasado algo y hemos terminado las clases antes de lo previsto.

—¿Qué ha pasado?

Luke se quitó el jersey, revelando unos bíceps impresionantes mientras Seth me entregaba el agua.

—Una mierda, pero no tan malo como lo que pasó en la cafetería.

—Oh, no. —Tomé un sorbo, mi estómago inquietándose.

Deteniéndose frente a nosotros, pasó una mano por su desordenado cabello.

—Un puro y un mestizo se enfrentaron. Las sillas y mesas terminaron rotas. —Miró a Seth, su expresión era distante—. No veo que esto vaya a mejor.

—Yo tampoco. —Se volvió hacia mí, sacudiendo su dedo hacia la botella—. Tienes que beber más. —Volviendo a Luke, no vio la cara que le hice—. ¿Qué crees que hará Marcus al respecto?

Se encogió de hombros.

—¿Qué puede hacer? Sepáramos no va a ayudar. Le dije a Deacon que no quería que fuera por ahí solo. Sé que puede cuidar de sí mismo, pero... tiende a ser un poco demasiado optimista.

—Cierto —murmuró Seth.

El comentario sobre Deacon me pareció extraño, pero los chicos se centraron en el entrenamiento. Enrosqué la tapa del agua y la dejé a un lado. Con Luke aquí, practicamos más técnicas de bloqueo hasta que sentí que no podía levantar los brazos. Luego pasamos a las técnicas para romper un agarre.

Otra cosa en la que no era particularmente buena.

Empecé con Luke, que hizo un agarre frontal con sus brazos alrededor de los míos, capturándolos contra mis costados. Había un par de maneras de salir del agarre. Podría echarme hacia atrás levantando las piernas, con la esperanza de que el atacante perdiera el equilibrio. O podría echarme hacia adelante, lanzando al atacante conmigo, pero eso requería estirar las piernas, y no creía que Luke fuera a quedarse quieto para que lo hiciera.

—Tienes que dejar de tratar a Luke como si fuera Luke. —Seth se quedó a un lado, los brazos cruzados sobre su pecho—. Te estás frenando.

—No es cierto.

Detrás de mí, Luke rio entre dientes.

—Sí, lo es. —Le lancé una mirada por encima de mi hombro. Arqueó las cejas—. Podrías haber hecho un montón de cosas hasta ahora como pisarme o darme un golpe con la cabeza.

Bueno, tenía razón, pero...

Seth inclinó la cabeza hacia un lado y esperó.

—Mierda —murmuré con ira. Tenían razón. No quería hacerle daño a Luke.

—Tienes que dejar todo eso de lado, Joe. —Seth se movió hacia adelante, desplegando sus brazos—. Si no puedes, esto no tiene sentido.

Nuestros ojos se encontraron, y Seth no tuvo que decirlo. Lo vi en su mirada. Una parte de él no creía que fuera capaz de hacer nada de aquello. Miré por encima del hombro a la pared de las armas; seguí teniendo una sensación extraña. Si era honesta conmigo misma, una parte de *mí* tampoco estaba segura de poder hacerlo.

Cristo.

Podía hacerlo. *Tenía* que hacerlo.

Los brazos de Luke estaban todavía a mi alrededor, y yo... Al infierno con todo aquello. Apretando los ojos, lancé mi cabeza hacia atrás. La parte superior de mi cráneo conectó con la barbilla de Luke. El dolor estalló, ondulándose a través de mi cuero cabelludo, pero los brazos de Luke cayeron inmediatamente.

—Maldita sea. —Se tambaleó hacia atrás—. Tienes una cabeza malditamente dura.

Frotando la parte posterior de dicha cabeza, me giré hacia él, sonriendo. Movía su mandíbula en círculos.

—Me lo tomaré como un cumplido...

El brazo de Seth rodeó mi cuello desde atrás, cortando mis palabras.

—¿Ahora cómo vas a salir de esto? —Su voz era un susurro en mi oído.

Por un momento, me congelé. Su cuerpo se apretaba contra el mío y eso era lo más cerca que habíamos estado desde aquella mañana, cuando había estado sobre mí, literalmente encima mío, y yo había estado totalmente desnuda.

Oh señor.

Varias imágenes me inundaron. Inmediatamente, sentí mis mejillas calentarse. Una vez que mi cerebro se había desconectado, no había vuelta atrás.

—¿Simplemente te vas a quedar aquí? —preguntó Seth, su voz sonaba áspera.

Me enderecé. Frente a nosotros, Luke dejó de jugar con su mandíbula y nos observaba. Moví mis caderas mientras agarraba sus brazos, extendiendo mis piernas por lo que una de ellas estaba entre las de Seth. La posición me permitiría no perder el equilibrio al prepararme para darle la vuelta, pero la posición también me puso en contacto directo con las... um, las partes bajas de Seth.

No era inmune a aquel contacto.

Me permití reconocerlo y ponerme toda femenina un segundo y luego me di cuenta de que tenía una gran oportunidad frente a mí. Él también estaba distraído, lo que era raro. No había sido capaz de romper ninguno de sus agarres y aquella era mi oportunidad. Agarrando sus brazos, tiré mi peso hacia adelante, doblándome por la cintura.

Mal movimiento.

Mi trasero empujó hacia atrás contra sus caderas y su suave gemido en mi oído me confundió. Moví mis caderas hacia un lado, llevando mi peso hacia el otro lado, y Seth me siguió mientras sus brazos se aflojaron alrededor de mi cuello. Se movió, y todo el peso cayó sobre mi pierna derecha. Fue demasiado.

Cayendo de bruces, estiré los brazos y los adelanté antes de que plantara mi mejilla contra la colchoneta. Seth cayó sobre mí, sus brazos golpeando la colchoneta junto a los míos. Sus piernas estaban enredadas en las mías, y la posición en la que estábamos, hizo que las puntas de mis orejas ardieran y mi estómago se tensara.

—Una monada —comentó Luke.

Seth se levantó para que yo pudiera rodar sobre mi espalda. Levantando la mirada hacia él, sentí el aliento atorarse en mi garganta. Sus ojos estaban en llamas, un brillante y luminoso rojizo. Los mechones más cortos de su pelo se habían soltado, rozando sus mejillas. En el momento en que nuestros ojos se encontraron, no me pude mover. Una lenta sonrisa se apoderó de sus labios.

—¿Estáis bien? —preguntó Luke.

Seth ignoró el comentario mientras pasaba su mirada sobre mi rostro, deteniéndose en mi boca. El endurecimiento en mi vientre cayó más abajo.

—¿Necesitáis algo de ayuda?

La mirada en el rostro de Seth era fácilmente legible. Mostraba una pregunta muy importante. Si ignorábamos a Luke el tiempo suficiente, ¿se iría?

—Vale —dijo Luke, suspirando—. Esto se está poniendo un poco raro. Tal vez debería ir... eh, a hacer algo. Voy a cerrar la puerta detrás de mí.

Me perdí en sus ojos y mi ritmo cardíaco aumentó mientras bajaba su cabeza. Estaba segura de que iba a besarme, allí mismo, en las colchonetas, delante de Luke y yo...

Un sonido estridentemente agudo estalló en la sala de entrenamiento, haciendo retroceder a Seth. En un segundo, estaba de pie. Me levanté de golpe sin darme cuenta. Luke ya se había dado la vuelta, corriendo hacia las puertas.

—¿Qué está pasando? —Hice una mueca mientras el sonido aumentaba.

—Sirena de aire, señal de advertencia para cuando el Covenant está siendo atacado.

El deber exigía que me dirigiera a la puerta, pero no iba a dejar a Josie sola.

—Tenemos que llevarla de vuelta al dormitorio.

Su rostro estaba pálido.

—Pero...

—Esto podría no ser nada, pero si lo es, no estás lista. —Su boca se abrió de nuevo, pero la corté—. No estoy diciéndolo por ser un imbécil. Es solo la verdad. No estás lista y necesito que estés a salvo. ¿Vale?

Parecía que iba a discutir, pero luego asintió. Cogiendo su mano, la arrastré de vuelta a los dormitorios, pasando a varios Centinelas que corrían y estudiantes asustados siendo acompañados a los edificios. La llevé a mi habitación, pensando que por alguna extraña razón estaría más segura ahí.

Me siguió dentro de la habitación.

—Si es algo, ¿significaría...?

Miré por encima de su hombro, de repente atrapado entre dos instintos muy diferentes. Uno era el de quedarme con ella, para asegurarme de que permanecería a salvo. El otro era actuar para lo que había sido entrenado desde que tenía ocho años, lo que se esperaba de mí debido a lo que era.

No eres solo el Apollyon.

Josie se sentó en el borde de la cama, sosteniendo la colcha a su alrededor, y negué con la cabeza mientras cogía una camiseta térmica de una percha y me la ponía.

—Podría significar que los muros han sido vulnerados.

—Oh, Dios —susurró, y la oí arrastrar los pies alrededor—. Tú... tienes que ir.

Dirigiéndome al vestidor, cogí varias armas y las cargué. Cuando me di la vuelta, estaba allí de pie con los ojos muy abiertos.

Mi corazón golpeó mis costillas mientras cruzaba la distancia entre nosotros. Tomé su rostro, inclinando su barbilla hacia atrás por lo que nuestros ojos se encontraron.

—Tengo que ir. Ese es mi...

—Lo entiendo —susurró.

Una media sonrisa se formó en mis labios. Lo que quería hacer era salir de allí con ella. Desaparecer. Juntos. Pero aquello era una jodida estupidez, porque no había un lugar al que pudiéramos ir, donde no fuéramos encontrados.

—Estarás bien. Solo necesito que te quedes aquí. —Mis ojos buscaron los de ella cuando asintió—. Nadie debería llegar hasta estos dormitorios, pero si lo hacen, tendrás esto. —Me incliné, desaté una de las dagas y la puse en su mano, doblando sus dedos alrededor de la empuñadura—. Sé que no has aprendido a usarla, pero es

bastante simple. Si cualquier cosa que no te inspire confianza llega a ti o atraviesa la puerta, lo apuñalas. No pares hasta que haya caído.

Su mirada se desvió a la daga que sostenía y el pánico me atrapó.

—¿Lo entiendes, Josie? Necesito saber que puedes hacerlo.

Levantó sus pestañas y respiró.

—Lo entiendo.

El malestar no desapareció, pero las sirenas sonaban de nuevo y no podía esperar más. Aquello no era una falsa alarma.

—Espérame aquí. Volveré.

—Aquí estaré. Lo prometo.

Asentí, pero no me aparté. No podía perder más tiempo. Mi trasero tenía que salir allí, pero ella estaba...

Joder.

Atrayéndola hacia mí, incline la cabeza y la besé. Nada suave. No bromeaba. Intenté atraparla, absorbiendo su aliento. Solté... bueno, todo lo que le había dicho y todo lo que no le había dicho, en ese beso. Cuando me aparté, parecía aturdida.

—Quédate aquí —le dije de nuevo, soltándola, porque si no lo hacía en aquel momento, no lo haría—. Bloquea la puerta cuando haya salido.

Asintió lentamente, y me obligué a moverme dirección a la puerta. Demonios, aquello era una de las cosas que más me había costado hacer en mi vida y eso... eso no auguraba nada bueno.

Los pasillos estaban vacíos. Corriendo, llegué al vestíbulo justo cuando se abrían las puertas del ascensor, y salía Luke llevando un arma en la mano.

—Un placer verte de nuevo —señalé.

—Quería asegurarme de que Deacon estaba donde se supone que debe estar. —Ni siquiera intentó ocultar que había hecho exactamente aquello para lo que había sido entrenado para no hacer.

Igual que yo.

Los Centinelas ya estaban en formación en el vestíbulo. Miré a Luke.

—Todo eso de retirarte no está yendo muy bien, ¿no?

Resopló.

—No me digas. —Enfundando el arma, abrió la puerta—. Por cierto, le dije a Deacon que fuera a la habitación de Josie.

—No está en su habitación.

Luke miró, pero sabiamente mantuvo la boca cerrada y sacó el móvil.

—Le enviaré un mensaje avisándolo.

—Asegúrate de que diga quién es y que va en son de paz o algo así, porque le he dejado una de mis dagas y con instrucciones de apuñalar a todo lo que pase por esa puerta.

Sus cejas se alzaron, pero sus dedos volaron sobre la pantalla del teléfono. Luego, salimos corriendo fuera del edificio y fue como en los viejos tiempos. Genial.

Las luces estaban encendidas, iluminando todo el campus, a pesar de las densas nubes que cubrían el cielo y ocultaban el sol. Al pasar cerca de varios grupos de Centinelas que se dirigían hacia los dormitorios, sentí alivio. Los estudiantes estarían bien guardados. Aquello significaba que Josie también lo estaría.

A medida que nos acercábamos al edificio principal del consejo, vi a Solos.

—¿Qué pasa?

Con los ojos entrecerrados contra el viento frío asintió en dirección a los muros.

—Nos han informado de que han vulnerado la seguridad. Nada más.

—Muy útil —comentó Luke.

Solos lo miró.

—Pensé que ya no eras Centinela.

—Pensé que estabas en el Consejo —le contestó Luke.

Suspiré, adelantándolos.

—No creo que lo podáis dejar nunca. Ser un Centinela es como estar en la maldita mafia. —Desenganché mi daga, sintiendo su peso ligero contra mi palma—. No se puede salir.

—Sabes, una comparación muy buena —replicó Solos—. Esperemos que ninguno de nosotros termine dándose un baño de cemento.

Sonriendo, dejamos atrás el edificio principal del campus. Desde allí pudimos ver el primer muro. El viento se levantó, llevándose consigo el olor a descomposición y muerte.

—Mierda —murmuró Luke.

Mi pecho se heló mientras escaneaba el lugar, corriendo hacia allí.

—Sombras. Maldita sea.

Los tres intercambiamos miradas. Aquello no era bueno. No hacía falta explicar por qué.

—Ya sabemos qué pasó con el grupo de exploración —dijo Solos con un suspiro—. Esto no va a ser fácil.

Si las sombras estaban aquí, solo había una razón. Estaban aquí por Josie. Me detuve en seco.

—Debo...

Una sombra salió disparada como una flecha de entre las estatuas, chocando contra Luke y tirándolo al suelo. Era una Centinela y el olor de la muerte la rodeaba. Me di la vuelta, intentando cogerla por la camiseta. Tirando de ella hacia atrás, apartándola de Luke, la lancé a un lado.

Se levantó de nuevo; sus extraños ojos negros mirándonos. Era una pena, pensé, mientras se ponía de pie y se precipitaba sobre mí. Una vez poseído, no había nada que se pudiera hacer. La esquivé fácilmente, moviéndome detrás suyo. Situé las manos a ambos lados de su cabeza y giré. El crujido fue como un trueno, y cuando me alejé, se desplomó como una bolsa de papel, pero no antes de que un humo negro saliera de su boca desapareciendo en el aire.

Y aquello apestaba, porque no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que iba a bajar por la garganta de otra persona inocente.

—Bueno, ahí va —Solos arrastró las palabras.

Me giré, suspirando cuando vi a cinco Centinelas que apestaban a muerte.

—¿Cómo de grande era la avanzadilla? —gruñó Luke mientras levantaba el culo del suelo.

—Veintitrés —respondió Solos, adelantándose de nuevo.

Para algunos no parecería mucho, pero veintitrés Centinelas entrenados, poseídos por sombras, era una mierda. No solo estaban extendiendo antigua y pura maldad, eran capaces de aprovechar toda la formación que los Centinelas tenían y todos sus conocimientos. Además, podíamos tirarnos todo el día matando Centinelas y no acabar nunca. Las sombras simplemente poseerían más.

Los Centinelas se acercaron.

Me dirigí al más cercano, el que estaba sonriendo. Agachándome bajo su brazo extendido, salté detrás de él y estrellé mi pie en su espalda, tirándolo hacia adelante. Cuando se levantó y se volvió hacia mí, envainé mi daga y levanté mi brazo, convocando el *Akasha*. La luz ámbar salió por mi brazo. Solo un dios podía sobrevivir a un golpe directo de *Akasha*.

Se detuvo en seco, riendo, y luego inclinó la cabeza hacia atrás. Abriendo la boca, la sombra salió; una sustancia espesa y aceitosa que pasó rápidamente sobre nuestras cabezas. El Centinela cayó al suelo, inconsciente y tal vez con vida. Parecía que los puros y mestizos podían soportar la posesión mejor que los mortales. Todo lo del encanto divino era muy útil.

—Eso no ha sido divertido —gruñí, cuando bajé mi brazo y me giré justo cuando un puño iba directo hacia mi cara.

Oh demonios, eso no.

Me lancé a un lado, agarrando el brazo de la Centinela que había visto unos días atrás, pero que ahora me mostraba una cara llena de rabia. Desenganché mi daga y metí la hoja en su hombro, enterrándola profundamente. La Centinela gritó y, como esperaba, la sombra salió rápidamente de allí, esfumándose en el aire. Cuando solté el brazo, la Centinela cayó, inconsciente.

—No tenéis por qué matarlos —les grité a Luke y Solos—. Incapacitadlos de alguna manera.

Luke me miró, como si se sorprendiera de que me importara; vaya mierda. Solos luchaba cerca de la arboleda que rodeaba el muro, y allí los cuerpos cubrían el suelo.

Los Centinelas poseídos siguieron llegando. Reducía a uno mientras dos más ocupaban su lugar. La adrenalina corrió por mis venas a la vez que la energía de la batalla tomaba el control. Usando el mango de la daga golpeé la parte trasera de la cabeza de uno, me di la vuelta y asesté una poderosa patada en el estómago del que se arrastraba detrás de mí. Cayó sobre su espalda y apunté a la misma zona, el hombro, esperando que pudiera infligir suficiente dolor para conseguir que la sombra saliera,

pero con esperanza... sí, con esperanza de no ensangrentar más mis manos.

Otro se acercó a mí.

Bajando en el último segundo posible, cogí al Centinela por el estómago con mi hombro, tumbándolo. Giré sobre mis talones, empujando la daga en el otro hombro, y el aire empezó a apestar. Me incorporé mientras Luke se giraba, con los hombros echados hacia atrás, su boca nada más que una línea en su cara. Estaba pensando lo mismo que yo.

Aquella mierda no iba a terminar nunca, y no había demasiado espacio entre yo y donde debería estar, que era de vuelta en el dormitorio, de pie entre aquellas malditas cosas y Josie. No allí.

Giré con el sonido de unos pies golpeando el suelo. Le di un puñetazo en la cara al Centinela que estaba más cerca, dejándolo inconsciente en el mismo momento que los símbolos en mi piel se volvieron locos.

Antes de que el Centinela cayera al suelo, su pecho estalló cuando algo brillante y nítido se arrastró a través de él. Apartándome, vi el mismo proyectil zumbar más allá de mí y golpear a otro Centinela poseído, justo en el centro de la frente.

Me giré. Cuando el primer Centinela fue derribado pude ver... buenos dioses, pechos y otras partes que no esperaba ver. Di un paso atrás.

Artemisa se puso frente a mí, vestida con una túnica blanca de gasa. Había visto tangas que cubrían más piel que ese atuendo. Un arco entre sus manos, cargado con flechas de plata, completaba el *look*.

—Hola, Apollyon —dijo, sus labios carnosos curvándose hacia las esquinas—. Me pregunto, ¿no os vais a cansar nunca de que os salve el culo?

—Puedo verte los pezones —le dije.

Su risa fue como varias campanas sonando al viento.

—Como si estos fueran los únicos pezones que has visto recientemente, ¿eh? — Su brazo se movió unos centímetros y su dedo disparó otra flecha. El sonido me dijo que había golpeado su objetivo, esperaba que no fueran Solos o Luke.

—Y ahí desaparece lo de «no matarlos» —suspiré.

Se encogió de hombros mientras agitaba su arco.

—¿Pero ves una sombra escapando a algún lado? No. No con mis flechas. Sacrificar unos pocos para salvar a muchos. —Los ojos blancos de Artemisa resplandecieron cuando el aire a su alrededor brilló. El vestido transparente desapareció y en su lugar apareció un atuendo de lo más... rosa—. Estoy segura de que entiendes esa práctica de batalla.

Ignoré ese pinchazo, principalmente debido a que las marcas del Apollyon se aceleraron sobre mi piel, formando múltiples advertencias. Otro dios estaba cerca.

¿Caían del cielo o qué?

Levanté la mirada hacia la pasarela y maldije.

—Mierda.

La pasarela de mármol estaba hecha trizas. Unas marcas negras se formaron

cuando la piedra se agrietó y la silueta de dos huellas de botas de un gran idiota se formaron, una tras otra. El follaje y los arbustos retrocedieron, fulminados, cuando dos piernas vestidas de cuero se materializaron, terminando en un torso enorme, un pecho y finalmente la cabeza llena de rizos negros.

Formándose de la nada, al lado suyo, un perro enorme, como si fuera un Rottweiler mutante de tres cabezas oliendo a azufre y podredumbre.

Hades se mofó al verme.

—Chiquillo.

—Creo que no he sido un chiquillo desde hace mucho tiempo —contesté, mirando al perro.

El dios ladeó la cabeza y volvió a hablar. Por alguna razón, su acento fue británico. Nunca me lo hubiera imaginado.

—No tienes ni idea de lo mucho que voy a disfrutarte más tarde.

—Dudo que sea algo que yo vaya a disfrutar.

Artemisa se aclaró la garganta.

—Chicos, ¿podemos guardar todo esto para otro momento? Estamos aquí para tratar con las sombras. Tienes... —Se interrumpió cuando uno de los descendientes de Cerberus trotó hacia mí, olfateando mi pierna.

Juré por los dioses que, si se meaba, iba a perder una de sus cabezas.

—Bonito cachorro —murmuré.

Levantó sus tres cabezas y gruñó, mostrando una boca llena de dientes de tiburón, antes de apartarse de mí.

Solos se acercó, patinando hasta detenerse cuando vio a los dos dioses y uno de los «cachorros» de Hades paseándose por el patio.

—Santos huevos...

El dios del inframundo sonrió.

—Es curioso que menciones los huevos... —Me miró fijamente.

Mis ojos se estrecharon.

Sacudiendo la cabeza, Solos se reorientó y su mirada me puso los pelos de punta.

—Un grupo de Centinelas que estaba protegiendo los dormitorios logró salir del campus. Se cree que estaban poseídos.

Ni siquiera me detuve a pensar.

Girando, me dirigí hacia los dormitorios, pasando cuerpos que no se movían, otros que gemían de dolor. Tenía el corazón en la garganta y era vagamente consciente de que Luke corría detrás de mí, pero el espacio entre nosotros se hizo más y más grande.

Subí las escaleras corriendo, con el estómago hecho un nudo cuando vi las puertas de vidrio reventadas. No había Centinelas en el vestíbulo. El lugar era un pueblo fantasma. Girando a la derecha, alcancé el pasillo.

En el momento en que vi la puerta abierta, lo supe.

Corriendo dentro, me esforcé por recuperar el aliento; nunca me había quedado

sin aliento. El salón era un desastre. La mesa de café estaba hecha añicos. Una pintura de un dios estaba en el suelo, rota.

Un suave gemido salió de la habitación.

Tropezando me dirigí a la puerta, agarrando el marco. La manta de la cama estaba en el suelo. Manchas rojas esparcidas a través de las sábanas. Las almohadas estaban rajadas, el relleno tirado sobre la alfombra. Y allí estaba la daga que le había dado a Josie.

El terror estalló en mi pecho mientras me rodeaba la cama. Deacon luchaba por sentarse mientras la sangre cubría parte de su cabeza.

Me hundí a su lado, agarrándolo por los hombros. Sus ojos grises desenfocados flotaron por encima de mi rostro mientras lo levantaba.

—¿Dónde está? —exigí—. Deacon. ¿Dónde está?

—Eran Centinelas —dijo, agarrándome del brazo—. Pensamos que era seguro. Intenté... detenerlos.

Un potente terror se apoderó de mí.

—Maldita sea, Deacon. ¿Dónde está?

Sus dolidos ojos se encontraron con los míos.

—Se la han llevado.

Me dolía la mandíbula y la cabeza cuando me desperté. No era lo único que me dolía. Mi estómago seguía recuperándose de la paliza. Empecé a sentarme, pero una mano me volvió a tumbarme, presionándome la espalda, consiguiendo que mi rostro se estrellara en lo que parecía vinilo.

—Quédate ahí o te obligaré.

Cogí aire ante el sonido de la voz del hombre. Eran Centinelas. Se suponía que eran buenos. Deacon había abierto la puerta... La preocupación me embargó cuando pensé en Deacon. Había sido rápido y brutal. Con el mínimo entrenamiento que había tenido, estaba segura de que no estaba preparada para aquello. Habían acabado con Deacon primero, golpeando su cabeza contra la pared con la fuerza suficiente para romper el yeso.

Oh, Dios.

Olía a muerte, justo como el chico de Radford. Mi mente corrió. Tenían que ser sombras y aquello significaba...

El vehículo giró hasta detenerse bruscamente y mi corazón se aceleró. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente, pero por lo que pude ver, estaba más oscuro que antes. No tenía ni idea de cómo demonios habían conseguido sacarme del Covenant y meterme en un coche, pero allí estábamos.

Sabía quién estaba esperándome.

Unas manos se posaron en mis hombros mientras se abrían varias puertas del coche. Me lanzaron fuera, cayendo de rodillas sobre el frío y duro suelo, con las manos temblándome.

Los finos pantalones de nylon no servían de nada en la helada noche. Me levanté sobre mis pies desnudos —¿dónde estaban mis zapatos?—, y me impulsaron hacia delante con un fuerte empujón en la espalda.

—Camina —dijo el hombre.

En la oscuridad pude distinguir un conjunto de escalones que se dirigían a un porche. Los árboles rodeaban lo que parecía una cabaña. Tenía la sensación de que todavía estábamos en las Black Hills, o al menos eso esperaba.

Ni de coña iba a entrar en esa cabaña.

Solo tenía una oportunidad de escapar, así que no pensé en ello. Me moví a un lado, pateé y empecé a correr, mis brazos y piernas dolían. No tenía ni idea de hacia dónde estaba corriendo. Había manchas del suelo cubiertas de nieve. Yo, obviamente, no estaba vestida para aquello, pero cualquier cosa sería mejor que enfrentarme con lo que sabía me esperaba allí dentro.

Di unos cuantos pasos antes de que un brazo me empujara desde atrás, levantándome del suelo y llevándome frente a los escalones de nuevo.

Alguien rio mientras el aire se congelaba en mis pulmones.

El frío quemó las plantas de mis pies mientras subía los escalones. Empecé a mirar detrás de mí, pero me empujaron de nuevo. La ira me embargó y traté de girarme de nuevo, pero una punta afilada presionó la piel debajo de mi garganta.

—No nos tientes —la voz era un susurro en mi oído—. Entra. —Cuando no toqué la puerta, el hombre (la cosa) maldijo mientras giraba el pomo. Las bisagras chirriaron mientras se abrían y un olor rancio mezclado con metal corrió a saludarme mientras entraba a lo que parecía ser una sala de estar.

La puerta se cerró detrás de mí y salté, soltando un suspiro tembloroso. Oh, Cristo, estaba jodida. Dando un paso adelante, me estremecí, al mismo tiempo que las tablas crujían bajo mis pies.

Una sola vela colocada en el centro iluminaba la habitación contigua. La pequeña llama parpadeaba, sin penetrar las sombras espesas que se filtraban por el suelo.

Crucé los brazos sobre mi pecho, temblando, mientras daba un paso adelante. Mi respiración salía formando pequeñas nubes de humo. A través de un estrecho pasillo, pude ver otra habitación. Una luz tenue salía de allí.

En alguna parte de la habitación, algo se movió. Un gemido detuvo mi corazón, deteniendo mi lenta progresión. Me giré hacia el sonido, escudriñando la oscuridad. Una de las sombras parecía ser más gruesa. Había algo apoyado en esa pared.

Sabiendo que aquello podría ser una trampa, pero sin poder continuar hacia adelante, me agaché y cogí la vela del amplio pilar. La sostuve frente de mí, conteniendo la respiración mientras me movía hacia ella.

El suave resplandor de la vela proyectaba una luz sobre la pared y, mientras bajaba la vela, exhalé bruscamente.

Oh, Dios mío.

Casi dejando caer la vela, me precipité hacia adelante y me arrodillé, presionando mis rodillas sobre el suelo sucio. Estirando mi otra mano, dudé...

—¿Erin?

El cuerpo en el suelo se movió. No había una parte de ella a la vista que no estuviera magullada o arañada. Tenía la cara hinchada, en carne viva, y parecía estar atrapada entre su forma mortal y la de una furia. Su cuerpo era parte gris y parte marrón. Un ala se retorció sobre ella, protegiendo su cuerpo desnudo. Mi pecho se rompió completamente cuando vi la cadena alrededor de su cuello, pegada a la pared.

La bilis subió por mi garganta cuando coloqué la vela a mi lado.

—*Erin.*

Su cabeza se movió, pero sus ojos estaban cerrados. Sus labios agrietados se movían sin descanso, pronunciando una palabra:

—Fa... fallé.

La llama se apagó.

Mi corazón se detuvo.

Los minúsculos vellos de mi cuerpo se pusieron de punta y abrí la boca, pero el

grito se cortó cuando una mano se enroscó alrededor de mi cuello, arrastrándome sobre mis pies. De inmediato me puse a la defensiva. Levantando los brazos, me agarré de la gruesa muñeca, intentando soltar su agarre.

Una risa profunda y oscura recorrió la habitación como una nube ominosa.

Erin gimió.

—Creo que deberías darle a tu amiga algo de tiempo para descansar. Después de todo, la he hecho trabajar muy duro.

El horror me invadió, la furia me encendió hasta los talones, empapando cada célula de mi cuerpo con su veneno al rojo vivo.

—¡Hijo de puta! —grité—. ¡Hijo desagradable de...!

Ya no me aguantaba. Ni siquiera estaba de pie. Lo siguiente que supe fue que estaba volando por el estrecho pasillo. Agité los brazos, pero no había nada a lo que agarrarse.

Mi espalda golpeó el suelo, sacando el aire de mis pulmones cuando el dolor explotó a lo largo de ella. Aturdida, me quedé allí un momento, incapaz de moverme o pensar siquiera.

Dos botas aparecieron a cada lado de mis piernas e Hyperion se inclinó sobre mí, su expresión tallada en hielo y negros ojos absolutamente sin alma.

—¿Sabes qué odio más que nada?

Abrí la boca, pero su mano se cerró sobre mis labios.

—No. No quiero que contestes. —Su sonrisa era más espeluznante que sus ojos—. Odio esperar. Y he tenido que esperar demasiado tiempo para poder poner mis manos sobre ti de nuevo.

Un segundo más tarde estaba sobre mis pies. Se echó hacia mí, obligándome a inclinarme hacia atrás.

—¿Sabes que los dioses cuidan de los Covenants? Deben haber visto a mis amigos causando el caos. —Seguía acercándose, y me obligué a moverme—. No estamos muy lejos del campus.

Me lancé a un lado, manteniéndolo frente a mí mientras intentaba recordar parte del entrenamiento.

—Nos encontrarán. Y vendrán. —Se volvió hacia mí lentamente—. Tu *padre* vendrá.

Me atraganté con una carcajada mientras buscaba un arma. Había sillas polvorientas y una vieja mesa con una lámpara. Me dirigí hacia ella, sin estar realmente segura de si podría utilizarlo en su contra, pero tenía que salir de allí. Tenía que coger a Erin y salir de allí.

—No, no lo hará.

Hyperion bajó la barbilla.

—Oh, claro que lo hará.

Girándome, cogí la lámpara. Mis dedos rozaron la base de metal mientras yo era lanzada hacia atrás y chocaba contra la pared con una mano en el centro de mi pecho.

Antes de que pudiera reaccionar, habló en un idioma que quemó mis oídos y entonces sucedió. El fuego me arrasó. No era una chispa. No era un brasa. Era un incendio forestal a pleno rendimiento. Mi último pensamiento, antes de que el dolor se hiciera cargo de mi cuerpo, fue que le había prometido a Seth que estaría allí cuando él regresara. Se lo había *prometido*.



No había forma de evitar que la historia volviera a repetirse.

Marcus se puso de pie frente a mí, intentando contenerme para que esperara, al igual que lo había hecho cuando Álex había desaparecido, cuando ella había dejado el Covenant para encontrar a su madre.

La gran diferencia aquí es que, con Álex, había sido capaz de sentirla. Había sido capaz de seguir su rastro, pero con Josie no sentía nada.

—Espera —dijo Marcus cuidadosamente, mirando hacia donde Artemisa estaba de pie, inmóvil, como una de las estatuas frente a la ventana—. ¿Qué vas a hacer? ¿Simplemente correr? No tienes ni idea de por dónde empezar siquiera a buscarla. Deja que Artemisa haga lo que sea que hace.

Tras descubrir que Josie había sido raptada, Artemisa apareció y convocó a un halcón dorado gigante que salió a recorrer la montaña.

Y yo estaba allí, de pie como un idiota atado de manos. La noche había caído y Josie, ella estaba...

Alejándome de Marcus, me pasé la mano por el pelo. Luke estaba en la esquina, frotando alguna mierda sobre el cráneo de Deacon. El puro no había hablado mucho desde entonces.

La puerta del despacho de Marcus se abrió. Dos Centinelas se hicieron a un lado mientras Solos entraba.

—Todas las sombras se han retirado del Covenant. Hades y su... em... perro, se han encargado y creo que... tengo que ir a vomitar.

Marcus suspiró mientras se paseaba por la habitación. Sabía que quería hablar sobre lo jodido que era todo, sobre que tenía que proteger el campus, pero, tras echarle un vistazo a mi cara, decidió que valoraba su vida.

En la ventana, Artemisa se dio la vuelta de repente; sus ojos eran como los del pájaro: de color amarillo brillante con las pupilas dilatadas.

—Los he encontrado.

—¿Dónde?

Su cabeza se inclinó hacia un lado.

—Están a unos quince kilómetros de aquí, todavía en Black Hills. En una cabaña. Hay cinco Centinelas custodiándola. —Parpadeó y sus ojos se volvieron totalmente blancos; una mejora—. Debe de ser una trampa, no se han ido muy lejos.

—No me importa. ¿Puedes aparecer allí como Apolo hace cuando está aburrido y

llevarme contigo?

Artemisa arqueó una ceja.

—Seth. —Marcus se acercó a mí, pero se detuvo en seco—. Si se trata de una trampa, debes detener...

—No me importa. —Me concentré en la diosa—. ¿Puedes hacerlo?

Marcus intentó de nuevo.

—Seth...

—¡Se suponía que debía protegerla! —espeté, girándome hacia el Decano. Los símbolos reaccionaron a mi enfado, moviéndose sobre mi piel.

Las pinturas en la pared se sacudieron y la sala se tiñó de color ámbar.

—Se suponía que debía mantenerla a salvo.

Movió sus manos.

—Sé que era tu trabajo, pero...

—No era solo un trabajo para mí —gruñí, y los ojos de Marcus se abrieron sorprendido—. Ir por ahí y defender el Covenant *era* un trabajo, uno del que me debería de haber alejado, pero lo he hecho porque era mi deber. Le he fallado a *ella* y ella es *todo* menos un trabajo para mí.

—Te llevaré —dijo Artemisa con calma.

Empecé a decir «demonios, sí», pero ella se apareció delante de mí y luego puso una mano en mi hombro.

Una fracción de segundo después, estábamos en el bosque, bajo una noche estrellada, inhalando el frío aire.

—Dioses —murmuré, intentando orientarme.

Artemisa retrocedió.

—Esto es lo más lejos que puedo llevarte. Un Titán te espera y... yo perderé contra él.

Bueno, aquello era tranquilizador, ¿no?

—Algo más allá de los árboles, te espera. —Su forma brilló, desapareciendo—. Buena suerte, Apollyon.

Y con eso, la diosa de la caza y la ropa transparente se marchó.

No tenía ni idea de por qué Artemisa había decidido ayudarme. Sí, Josie era importante para los dioses, pero rara vez intervenían cuando era necesario, por lo general aparecían solo después de que su ayuda hubiera sido útil. Pero a caballo regalado no se le miran los dientes. Y también sabía que iba directo a encontrarme con un Titán.

Iba a volver con Josie, aunque aquello acabase conmigo.

Corrí a través de los árboles, saltando las rocas y dejando atrás el lugar en cuestión de segundos. La cabaña quedó a la vista, agrandándose en la oscuridad; los cinco Centinelas estaban esperando.

Todo el asunto de «no matarlos» se volvió polvo en el viento.

Convocando *Akasha*, sentí que mis células se iluminaban mientras ponía en

marcha el quinto y más mortífero elemento. La espiral salió de mi brazo, formando un arco. Golpeé al primer Centinela, me acerqué y no salió humo de sus bocas.

No me extrañaba que hubieran escapado en el último momento.

Moviéndome hacia delante, me libré del segundo, el tercero y luego el cuarto. El último se apresuró, prácticamente corriendo directo hacia mi mano. Le di, enviando una sacudida de *Akasha* directa de mi palma hacia su pecho. Iluminándose desde el interior, convirtiendo todas sus venas en color ámbar bajo su piel antes de reventar sus globos oculares.

Ya estaba en los escalones.

No podía engañarme a mí mismo pensando que Hyperion no sabía que estaba allí, por lo que no me molesté en entrar de forma silenciosa. Entrando, el primer aroma que capté fue sangre, y mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, recorrí una amplia habitación a oscuras.

La vi inmediatamente, y mi estómago se revolvió. Llegando a su lado, me arrodillé, apretando los dientes mientras ella se apartaba de mí. La cadena alrededor de su cuello la mantenía allí. Mirándola, no fui capaz de rescatar nada de la animosidad que sentía por las de su especie.

Lo que le habían hecho era monstruoso, cruel, y más allá de cualquier cosa que pudiera entender. Incluso en mis momentos más oscuros había existido un límite. El Titán había traspasado cualquier límite.

Deslizando mis dedos por debajo de la cadena, convoque al elemento fuego, derritiendo los eslabones que, obviamente, ella había estado demasiado débil para romper por su cuenta.

Liberé a la furia y me agaché, susurrando:

—Sal de aquí ahora, Erin.

No esperé para ver si escuchaba o si respondía. Si era inteligente, saldría de allí. Recorrí el pasillo, hacia la habitación apenas iluminada, incapaz de prepararme mentalmente para lo que podría ver.

Si Josie estaba... si estaba herida...

Entré en la habitación. Inmediatamente, dirigí la mirada a la silla en la esquina. Mi corazón se detuvo y de repente sentí que volvía a lo sucedido después de la pelea con Ares, cuando sostuve a Álex entre mis brazos, hasta el momento en que simplemente se volvió nada.

Hyperion estaba sentado en un viejo sillón frente a la puerta. Estaba esperándome. En su regazo estaba Josie; su rostro sin color. Apenas pude ver su pecho moviéndose bajo la camiseta térmica que llevaba.

—Tenía hambre —dijo, colocando una gran mano sobre su estómago—. Estoy seguro de que sabes, Apollyon, que los semidioses tienen un valor muy interesante para nosotros. Esta en particular.

Una furia desconocida estalló dentro de mí, intensa y violenta.

—Déjala marchar.

—¿O qué? —respondió Hyperion, mirando hacia abajo mientras ella empezaba a moverse. Sus pestañas se abrieron y jadeó cuando su mirada se centró en mí. Empezó a incorporarse.

—Seth —susurró con voz ronca.

Akasha crepitó sobre mi piel, proyectando sombras. Hizo falta todo mi autocontrol para no lanzarlo, poniéndola en mayor riesgo.

—¿Qué quieres a cambio de su seguridad?

Josie se quedó sin aliento, pero Hyperion me miró, con la curiosidad marcando su expresión.

—¿Qué podrías darme que quisiera?

—Cualquier cosa —juré.

Hyperion me miró y luego se puso de pie, tirando a Josie a sus pies. Me dirigí hacia ella, pero él se desvaneció y reapareció frente a mí.

—Lo que quiero es venganza por miles de años sepultado. ¿Cómo demonios puedes darme eso?

No podía.

Rápido como un rayo en movimiento, clavé la daga del Covenant profundamente en su pecho, donde asumí estaba el corazón del hijo de puta, si es que tenía uno, y luego me puse de rodillas. Girando, lo empujé, golpeando la empuñadura de la daga, enterrándola aún más.

Hyperion ni siquiera se movió.

Observó la daga y me miró arqueando una ceja.

—¿En serio?

Joder.

Balanceándome, Hyperion me lanzó a través la habitación hacia una silla que había en la esquina, derribándola. Me di la vuelta sobre mi costado, intentando levantarme.

Estuvo sobre mí en menos de un segundo, levantándose por el cuello y dándome un puñetazo en la mandíbula, echando mi cabeza hacia atrás. Me soltó y aterricé sobre mis rodillas. Levanté los brazos para bloquear la patada, pero mis movimientos fueron demasiado lentos. Su bota aterrizó en mi estómago, tirándome sobre mi espalda.

Atrapé su bota antes de que cayera sobre mi cuello. Esforzándome, lo mantuve a raya, a milímetros de aplastar mi tráquea.

—Tengo un secreto —dijo Hyperion.

Luchando por mantener el pie apartado, gruñí:

—¿Envidias mi pelo?

Río con frialdad.

—Los Titanes pueden matar a un Apollyon, pequeño pedazo de mierda.

Ah, bueno, *mierda*...

—¡Apolo! —gritó Josie de inmediato, con la voz quebrada—. ¡Apolo! ¡Por favor!

Hyperion se apartó de mí, riendo.

—Sí. Llámalo. Llámalo...

Apartando su pie, me puse de pie y cerré mis manos sobre sus enormes hombros, apuntando el *Akasha* directamente hacia él. El gran hijo de puta se movió en el momento en que la parte posterior de su cráneo se iluminaba. Dejó escapar un rugido que hizo temblar las paredes. Usando la distracción, lo agarré de ambos lados de la cabeza y la retorcí.

Se agrietó como un tablero seco.

Excepto que cuando lo solté, Hyperion no cayó. Se dio la vuelta, con el cuello torcido en un ángulo doloroso e inquietante.

—Oh, vamos, no me jodas —le dije.

Hyperion me golpeó, dándome con el puño en el pecho, golpeándome la espalda contra la pared. El yeso se agrietó y el polvo salió volando mientras caía hacia delante, interrumpiendo mi caída con mis antebrazos.

Se agachó, agarrándome del pelo, y los gritos de Josie atravesaron la habitación.

—Tienes temple, pero estoy muy aburrido...

Una luz brillante llenó la habitación, como un rayo de sol en medio de la noche. Hyperion me soltó, dándose la vuelta. A medida que la luz se desvanecía no podía creerme lo que vi.

Apolo estaba de pie en medio de la habitación, tan alto y poderoso como el Titán. Su cabeza echada hacia atrás, los ojos blancos brillantes, escupiendo pequeños rayos de electricidad. No iba vestido para el combate —aquellos pantalones blancos de lino no lo parecían—, pero estaba allí y no podía creerlo.

Hyperion se desmaterializó y reapareció cerca de Josie, agarrándola por el cuello, cortándole la respiración.

—Me querías —dijo Apolo, con las manos a ambos lados—. Estoy aquí, pero no me tienes.

El Titán miró al dios, sus labios se movieron en una mueca de desprecio.

—Eso es lo que piensas ahora.

—*Paidí apó to aíma mou kai sárka mou.* —La voz de Apolo viajó como un trueno a través de la habitación—. *I apelefthérosi dýnamí.*

De mi sangre y de mi carne, te desato.

Mi mirada se fijó en Josie, y... y no pasó nada. Sus ojos dilatados pasaron de mí a su padre.

—¿Eso es todo? —Hyperion rio oscuramente—. Realmente decepcionante, Apolo. Casi siento vergüenza ajena.

Sonrió con frialdad.

—Vamos, Hyperion, sabes que soy más llamativo que eso.

Entonces Apolo se movió, blandiendo una daga de aspecto malvado. Se movió tan rápido que era difícil incluso para mí seguirlo. Su brazo se inclinó hacia atrás y soltó la daga.

Voló por el aire, moviéndose de forma mortal.

Hyperion soltó a Josie, dando un paso a un lado, pero la... la daga no estaba dirigida a él. No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Levantándome, sentí que mi estómago se retorció por el terror. Creció dentro de mí como un monstruo chasqueando sus enormes mandíbulas.

—¡No! —grité, tropezando, mientras convocaba *Akasha*. Pero fue demasiado tarde.

La hoja atravesó justo donde Apolo la había dirigido.

Se estrelló contra el centro del pecho de Josie, lanzándola contra la pared, y mi paso vaciló, como si hubiera sido yo el que recibiera el golpe mortal. El dolor atravesó mi pecho, sintiéndose muy físico. Oh, dioses, ya había vivido esto antes. Con una chica diferente, una situación diferente, pero lo había vivido.

La historia se *estaba* repitiendo.



Todo sucedió muy rápido.

Había visto la daga en la mano de Apolo. Lo vi echar atrás el brazo y lanzar la daga, pero no entendía cómo un dolor ardiente me había sacado el aire de los pulmones y me había empujado contra la pared. ¿Me había golpeado Hyperion?

Mirando hacia abajo, un sonido estrangulado separó mis labios. La daga de Apolo estaba enterrada en mi pecho, hasta la empuñadura. Una franja de color rojo teñía la parte delantera de mi camiseta. ¿Sangre?

Aquello no podía estar pasando.

Levanté las manos, pero no supe qué hacer con ellas. Intenté coger aire, pero era como si hubieran puesto un tapón en mi garganta.

—¿Qué demonios? —rugió Hyperion, su ira retumbó en la habitación.

Mi pulso latió de forma errática cuando levanté la barbilla. Mi mirada chocó con la de Seth. Se tambaleaba hacia mí, con el rostro pálido y sus ojos ámbar llenos de horror. Oh Dios, pensé en lo que había sucedido. Aquello no estaba bien. Aquello estaba tan mal... ¿Cómo podía Apolo hacerle aquello de nuevo? ¿Cómo podía hacerme aquello a *mí*?

Apenas habían pasado unos segundos desde el momento del impacto cuando mis dedos temblorosos se curvaron alrededor del mango de la daga. Tenía que sacarla de mí. En la parte de atrás de mi cabeza, sabía que era mala idea, pero no podía respirar y quería que se fuera.

Sentí mis piernas temblar mientras agarraba el mango de la daga. Alguien — ¿Seth?— gritó, mientras me doblaba. Tiré con fuerza. Mi cuerpo se sacudió mientras un grito se escapó de mí. La daga cayó al suelo. Un zumbido de bajo nivel llenó mi cabeza como un ejército de mil abejas cabreadas. Algo... *algo* estaba pasando.

Inhalé, atravesando el dolor agudo y penetrante y respiré fuego. Estaba en *llamas*.

Peor que cuando me atraparon y se alimentaron de mí. El incendio recorrió mis venas, infiltrándose en cada molécula de mi cuerpo. El dolor me robó la capacidad de pensar, pero sabía que aquello no era la muerte, no me estaba muriendo.

La muerte no podía ser *así* de dolorosa.

Una gran y terrible fuerza comenzó a subir por los dedos de mis pies, recorriendo rápidamente mis piernas, pasando mi cintura, hasta llegar a mi cráneo. Mi cuerpo se enderezó, inclinando la cabeza hacia atrás. Abrí la boca, pero no salió nada. El aire se arremolinó a mi alrededor y me di cuenta de que ya no tocaba el suelo. Estaba flotando.

Podía sentirlo.

Una espiral de poder que estaba dormida, algo que siempre había estado allí pero en reposo, construyéndose dentro de mí, apareció. Se había despertado, recorriéndome, llenándome, y sabía a luz solar y a fuerza. Era tan cálido, tan increíblemente caliente. Oí miles de voces, miles de oraciones pronunciadas a lo largo de tantos años, en muchos idiomas diferentes.

Mis ojos se abrieron por completo y vi a Hyperion. Una extraña en mi cuerpo sonrió.

—Maldita sea —gruñó él, echándose hacia atrás.

El calor dentro de mí estalló; una ola gigante desde la herida en mi pecho. Y fue como una onda de choque, una vez salió. Los muebles se levantaron, volcándose. El olor a ozono quemado llenó mis sentidos. La onda se expandió, ardiendo cuando llegó a Hyperion. La luz explotó, capturando su grito ronco y tragándose, antes de que la ola hiciera su camino de regreso, estrellándose contra mí.

Caí al suelo, aterrizando con fuerza sobre mis manos y rodillas, sacudiendo mis huesos. Toda esa maravillosa fuerza, la cálida luz gloriosa, se había ido. Me llevó toda mi fuerza levantar la cabeza.

La habitación estaba destruida.

Vidrios rotos. Los marcos de las ventanas en llamas. El suelo de madera estaba deformado, las tablas habían desaparecido en algunas zonas. Las cortinas habían desaparecido. Las sillas estaban hechas pedazos.

Hyperion se había ido.

También Apolo.

Incrédula, mis ojos recorrieron los restos de la habitación. Grité cuando vi a Seth. Estaba tumbado sobre la espalda en el centro de la habitación. No se movía. ¿Qué había hecho?

Me obligué a moverme por el suelo. Cuando llegué a su lado, los brazos me dolían, todo mi cuerpo temblaba y mi visión estaba llena de cientos de puntos negros.

—¿Seth? —Puse una mano sobre su pecho.

Sus ojos estaban cerrados, sus gruesas pestañas rozando la parte superior de sus mejillas. Cuando no hubo respuesta, me acerqué más. Tenía que sacarnos de allí, pero mi cabeza pesaba sobre mi cuello y lo siguiente que supe era que mi mejilla caía

sobre su pecho. Lo último que oí fue el constante y fuerte latido de su corazón.

Cuando abrí los ojos, pude ver unas luces fluorescentes. Durante unos momentos no me moví ni pensé en nada. Me di cuenta de que estaba en una especie de habitación de hospital, pero no había ruidos, líquido goteando, una máquina de presión arterial o un monitor que vigilara mi corazón. Tenía la boca seca y me dolía el pecho, pero aparte de aquello, me sentía bien. No. Me sentía más que bien. Me sentía un poco increíble, como si pudiera salir de aquella estrecha cama y, no sé, patear traseros o algo así, lo que era extraño...

Santo cielo.

Mi pecho.

Sentándome, bajé la manta delgada y descubrí que tenía una especie de horrible bata de hospital rosa brillante. Tiré de ella y me miré, boquiabierta.

Apolo —mi padre— me había lanzado un cuchillo. El cuchillo me había golpeado, incrustándose en mi pecho. Un disparo a muerte si hubiera visto uno, pero no me había matado. Había hecho algo completamente distinto; en aquel momento tenía unas marcas blancas en el pecho que formaban una imagen.

Una línea recta de unos diez centímetros de largo con dos líneas alrededor de ella en la parte superior. El diseño casi parecía el de dos diminutas alas.

Colocando la bata de nuevo en su lugar, cerré los ojos. Bien.

—Esta cicatriz no es normal.

—No. No lo es.

Grité al oír el sonido de la voz de Apolo. Mi giré hacia un lado. Estaba sentado en una silla al lado de mi cama, con una pierna sobre la otra. Era imposible que hubiera estado sentado allí un segundo antes.

Por lo menos esperaba que no estuviera cuando me estaba mirando los pechos.

—Es mi marca. Una de ellas —dijo, sonriendo ligeramente—. Algo así como un rito de ascenso.

Lo miré un momento y luego exploté.

—¡Me lanzaste un cuchillo!

—Lo hice —respondió con calma.

—¡Me lanzaste un cuchillo!

—Lo hice. —Se inclinó hacia delante, dejando caer su pie al suelo—. Como le he dicho a Seth, desatarte tú misma no hubiera sido fácil. Ojalá no hubiera tenido que hacerlo de esa manera. Lo último que quería era hacerte daño. No disfruté con ello... bueno, excepto por la expresión en el rostro de Hyperion, pero la única forma de que ascendieras es que pasaras por una muerte mortal.

Mi cabeza estaba hecha un lío, pero había algo muy importante en todo lo que había dicho.

—Seth. ¿Dónde está Seth?

Apolo me observó con unos ojos que hacían juego con los míos y, cuando no respondió, tiré de la delgada manta.

—¿Dónde está? —demandé, mi ritmo cardíaco ralentizándose. Recordé verlo en el suelo. Recordé arrastrarme hacia él. Un nudo se retorció en mi estómago, y saboreé el miedo una vez más—. Apolo. —Mi voz se quebró.

Cerró los ojos un instante.

—Está en la habitación de al lado, durmiendo. Está bien, mi niña. —Cuando empecé a mover mis piernas fuera de la cama, levantó una mano—. Sé que estás ansiosa por verlo, pero confía en mí, está bien. Es el Apollyon. No serías capaz de matarlo.

El alivio me calmó.

—Gracias a Dios.

La expresión de su rostro me decía que él no lo veía igual.

—Espero que un día ese alivio no se vuelva temor.

Mirándolo, sentí que alguien me apretaba el cuello dejándome sin aire, como Hyperion hizo en su momento. Tragué, pero me mantuve serena, empujando esa sensación fuera de mí. Lo sabía todo de Seth. No era de extrañar que Apolo tuviera algunas... dudas. Pasaron varios segundos.

—¿Qué hay de Erin? Estaba muy malherida. Él...

—Seth la liberó. Está en el Olimpo. Curándose.

Cerré los ojos, pero era incapaz de no ver la condición en la que estaba, el daño que Hyperion le había hecho.

—¿La veré de nuevo? ¿Pronto?

—Sí.

Eso fue un alivio. Me dolía lo que le habían hecho y necesitaba verla yo misma.

—Hija...

Abrí los ojos, concentrándome.

—¿Soy una... una semidiosa ahora?

—Conoces la respuesta a eso.

Por supuesto que la sabía. La gente no levitaba sobre el suelo y desprendía llamaradas solares siendo mortales.

—Tus poderes no están completos —continuó—. Hyperion no ha sido sepultado. Básicamente, lo has dejado KO por un tiempo. Cuando regrese estará muy, pero que muy enfadado.

Por alguna razón, me quedé con la parte menos importante de todo aquello.

—No voy a envejecer más, ¿verdad?

Frunció el ceño.

—Lo siento —suspiré—. Es solo que todo esto es... es mucho.

—Lo es.

—Una muerte mortal. Así que... ¿he muerto? —Mi voz fue apenas un susurro.

—Sí. Y no. Tu mortalidad sí. Eres una semidiosa, ahora inmortal en la mayoría de las formas. Todavía puedes perecer, pero no será fácil. Las enfermedades humanas ya no te afectarán. Las heridas mortales no te matarán.

Poco a poco sacudí la cabeza. No tenía ni idea de qué decir. Me sentía igual, solo un poco diferente; era difícil entender plenamente lo que me había pasado. Una parte de mí quería, no sé, saltar de una ventana y ver si aterrizaba sobre mis pies.

Alzó la mano, pasándose la mano por el pecho, con ademán cansado.

—Pero hay algo más que debes hacer. Hay un icono mío que tienes que encontrar, como el resto de los semidioses tendrán que encontrar los suyos. Una vez unidos y con todos los iconos, seréis capaces de hacer frente a los Titanes.

—¿Un icono? ¿Qué significa eso?

—Hay una bibliotecaria con la que creo que deberías hablar —dijo misteriosamente, y luego se levantó, suspirando. Finas líneas blancas aparecieron en las comisuras de su boca y una leve preocupación se reflejó en su rostro. Parecía... cansado. No creía posible que los dioses pudieran cansarse.

Apolo se inclinó hacia adelante, presionando la punta de los dedos sobre mi mejilla, como lo había hecho en mi dormitorio, pero ahora su toque era fresco. Sin quererlo lo había debilitado. Había cogido parte de lo que era él. Pero si no hubiera hecho esa elección al desatarme, hubiera muerto —o algo peor— a manos de Hyperion. Con los Titanes había cosas mucho peores que la muerte.

—Gracias —dije, aclarándome la garganta, pero las palabras aún sonaban ásperas—. Gracias por salvarme la vida.

Sus ojos se encontraron con los míos, y bajó la mano mientras se enderezaba. Un resplandor azul brillante apareció antes de desaparecer.

Me quedé mirando el lugar en el que había estado de pie mientras me incorporaba, colocando mi mano sobre mi mejilla. Las lágrimas rodaban sobre ellas. No sabía por qué, pero quería llorar. Probablemente tenía muchas razones para hacerlo.

Cogiendo aire, me tragué las lágrimas y salí de la cama. El suelo de baldosas estaba fresco bajo mis pies. Moví mis dedos, luego di un paso y después otro. Abrí la puerta, y de alguna manera, simplemente *supe* que tenía que girar a la derecha, era instintivo.

La siguiente puerta no tenía una ventanita, por lo que giré el pomo y la abrí lentamente. Me quedé sin aliento, con las rodillas temblando a pesar de tener más fuerza que nunca.

Era como si lo estuviera viendo por primera vez. Como si una delgada película hubiera sido retirada de mis ojos.

Seth yacía en la cama. Una manta lo cubría hasta la cintura, como si hubiera dado vueltas en algún momento y se hubiera destapado. No llevaba bata. Llevaba la camiseta térmica negra con la que lo había visto la última vez.

La puerta se cerró detrás de mí mientras me acercaba a él. Un débil moretón azul

cubría un lado de su frente, justo encima de su ceja. Tenía el pelo suelto, cayendo alrededor de su cabeza, mientras que el mío debía de estar hecho un desastre. Tenía un corte en su labio inferior y otro moretón rojizo a lo largo de su mejilla derecha.

Pero todavía era el hombre más guapo que hubiera visto nunca.

Mi pecho subió y bajó entrecortadamente mientras lo miraba fijamente. Había venido a por mí. Había luchado por mí, y le habían dado una brutal y feroz paliza por mi culpa. Y lo había oído gritar mi nombre cuando el puñal de Apolo me había golpeado.

La emoción se arremolinó en mi pecho, potente, consumiéndome. No sabía lo que aquello significaba, o tal vez lo hacía, pero no quería darle un nombre, pero todo estaba bien; él estaba allí y yo también.

Aun sabiendo que probablemente debería dejarle descansar, no pude detenerme. Extendí la mano y toqué su brazo.

Una corriente pasó de él a mí, sacudiéndose a través de mi cuerpo. Antes de que pudiera echarme hacia atrás, sus ojos se abrieron de golpe, brillantes y dorados, y su otra mano serpenteó, envolviendo mi muñeca. La sacudida llegó de nuevo, más fuerte, y subió zigzagueando a través de mis venas.

Entonces las vi.

Donde su mano se unía a la mía, unas sombras empezaban a aparecer sobre su piel, formando patrones que mis ojos seguían, arremolinándose y desplazándose hacia arriba por su brazo, llegando a su cuello y terminando en su cara. Eran símbolos que se movían y cambiaban constantemente, formando diferentes diseños.

Sorprendentemente, mi cerebro empezó a ordenar aquellos símbolos, leerlos y entenderlos. Aquello era extraño, porque no podía leer griego, pero sabía que aquellos símbolos eran sin duda de origen griego.

Fuerza.

Invencibilidad.

Mi mirada se dirigió a su pecho, que subía y bajaba rápidamente.

—Puedo verlos —dije, asombrada—. Los símbolos del Apollyon... puedo verlos. —Seth se movió rápidamente.

Se levantó, agarrándome y acercándose a él. Un brazo me rodeó la cintura, apretándome contra él mientras me levantaba, dándome la vuelta.

El aire se escapó de mis pulmones cuando me di cuenta de que estaba de espaldas sobre la cama. Él estaba medio de lado, medio encima de mí. El corazón me latía con fuerza mientras me levantaba sobre los codos. Luego se movió, curvando una mano alrededor de mi barbilla, guiando mi cabeza contra la almohada.

—Seth...

Su boca estaba sobre la mía. No había dudas o preguntas en aquel beso. Fue exigente. Feroz. Mis labios se abrieron con un gemido y llevó el beso al siguiente nivel, deslizando su lengua dentro, girando alrededor de la mía. Mi piel se estremeció y mi cuerpo ardió al sentir el contacto, pues no había nada entre nosotros.

La intensidad fue una locura antes, pero aquello... aquello era algo diferente, más fuerte e intensamente crudo. Una de mis manos se cerró alrededor de su pelo mientras la otra se deslizaba bajo la manga que había subido hasta su codo. Apenas podía respirar entre beso y beso. Tiré de su pelo y los besos se volvieron más profundos. No quería detenerme.

Y entonces levantó su boca lo suficiente para que su frente yaciera contra la mía y su respiración rozara mis labios hinchados.

—Seth —susurré su nombre esta vez.

Se movió hacia su lado y la mano en mi barbilla cayó al escote de mi bata. Sin decir una palabra, la bajó y el aire frío recorrió mi pecho.

Rápidamente comprendí que estaba revisando la herida del cuchillo, pero mi cuerpo tenía una idea diferente, más sensual. Un rubor se apoderó de mi piel, y las puntas de mis pechos se endurecieron.

Mordí mi labio inferior mientras él pasaba un dedo por la singular cicatriz, a lo largo de la marca de Apolo. Mis dedos de los pies se curvaron y mis caderas se movieron. Fue difícil respirar mientras su dedo se apartaba de la cicatriz y bajaba la cabeza. Las puntas de su pelo rozaron mis pechos, creando una locura de sensaciones.

Seth besó el centro de la marca, haciendo que mi corazón estallara en el pecho. Luego levantó la cabeza, colocando de nuevo la bata con reverencia.

—Eres una semidiosa —dijo con voz ronca.

Fue lo primero que dijo.

—Sí —contesté, mi voz entrecortada—. ¿Y eso... um... te molesta?

Su mirada se desvió a la mía, y arqueó una ceja.

—¿Tengo que besarte otra vez?

Mis labios temblaron.

—Tal vez.

Ahucó mi mejilla, extendiendo sus dedos.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Mejor que antes. ¿Y tú? No quise hacer... bueno, lo que sea que hice, pero cuando te vi allí, pensé que yo...

—No. Estoy bien. —Presionó un dedo sobre mis labios durante un segundo y luego lo arrastró sobre mi labio inferior. Un tenso minuto pasó—. ¿Te hizo daño de alguna manera que no puedo... que no puedo ver?

Mi estómago se desplomó y un estremecimiento bailó sobre mis hombros. No quería pensar en el tiempo pasado con Hyperion, en lo que había dicho.

—No.

No vi alivio en su mirada dorada.

—No deberías haber caído en sus manos. Mi trabajo era protegerte, y te dejé sin vigilancia. Estaba haciéndote daño. Tuvo...

—Detente. —Era mi turno. Puse un dedo sobre sus labios—. Estamos aquí. Ambos. No has hecho nada mal.

La mirada en su rostro me dijo que no estaba convencido, así que hice lo único que pensé que podía hacer. Aparté la mano mientras me incorporaba, sustituyendo mis dedos por mis labios.

Le di un suave beso.

Estaba lejos de ser tan hábil como él, o tan suave, pero hizo ese sonido en la parte posterior de su garganta, el sonido de aprobación, y movió su mano detrás de mi cabeza, manteniéndome pegada a él.

Esta vez, cuando nos separamos, Seth se movió y se las arregló para conseguir que la manta cubriera nuestras caderas, los dos en la misma cama con las mejillas sobre la misma almohada.

Nos miramos el uno al otro.

Y luego Seth se acercó, rozando sus labios sobre la curva de mi mejilla. La punta de mi nariz fue la siguiente, luego cada uno de mis párpados y finalmente me besó en la frente.

No hablamos durante un buen rato, a pesar de que había mucho de qué hablar y pensar. Era una semidiosa ahora. No sabía por dónde empezar y todo lo que ahora cambiaba después de haberme convertido. Además, ¿habría otra llamarada solar saliendo de mí de forma inesperada que pudiera acabar con puros y mestizos? ¿Qué pasaba con los elementos? ¿Sería una ninja como Seth? También estaba el hecho de que Hyperion todavía seguía vivo e iba a volver. Igual que el resto de Titanes. Tenía que encontrar un icono. Teníamos que encontrar a los otros semidioses antes de que los Titanes lo hicieran.

Había muchas cosas de qué hablar y pude ver en los ojos de Seth que también lo sabía, pero permaneció en silencio mientras me acariciaba el brazo. Con cada movimiento esa sacudida extraña disminuía, pero no desaparecía completamente. Si él lo sentía, no había dicho nada al respecto.

Dejé escapar el aire. No me había dado cuenta de que estaba aguantándolo.

—¿Adivina qué?

—¿Qué?

Buscando sus ojos color ámbar, admití lo que probablemente no era un secreto, pero que sentía que debía poner en palabras.

—Me gustas, Seth.

Poniendo su mano sobre la mía, la dejó allí, mientras me sonreía.

—¿Adivina qué?

—¿Qué? —susurré.

Seth se movió de modo que sus labios rozaron los míos mientras hablaba.

—Tú también me gustas, Josie.

Agradecimientos

Nada de esto habría sido posible sin Kate Kaynak y el fabuloso equipo de Spencer Hill Press, Rachel Rothman Cohen, Kellie Sheridan, Rich Storrs, Cindy Thomas y Damaris Cardinali. Un gran agradecimiento a ti, Kevan Lyon, el genial, genial agente, por mantenerme estable y cuerda. Gracias a Stacey Morgan, Lesa Rodrigues, Dawn Ransom, Laura Kaye, Sophie Jordan, Jen Fisher, Molly McAdams y Wendy Higgins por apoyar a Seth y a El Retorno al dejarme contarles sinsentidos o por leerles una versión temprana que seguramente era bastante horrible.

Y por supuesto, a ti, el lector. Cada vez que coges uno de mis libros nace un bebé pegaso. Vale. Es mentira. Pero eres la razón por la que puedo hacer esto, en serio, gracias.